

LA ENSEÑANZA EN SEMINARIO

LECTURAS
DE PREPARACIÓN
PARA EL MAESTRO

RELIGIÓN 370, 471 Y 475



LA ENSEÑANZA EN SEMINARIO

LECTURAS DE PREPARACIÓN PARA EL MAESTRO

Introducción al curso, Religión 370

Métodos para La enseñanza en Seminarios,
Religión 471

Seminario sobre La enseñanza en Seminarios,
Religión 475

Preparado por
el Sistema Educativo de la Iglesia

Publicado por
La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
Salt Lake City, Utah, Estados Unidos de América

© 2006 por Intellectual Reserve, Inc.

Todos los derechos reservados.

Impreso en los Estados Unidos de América.

Aprobación del inglés: 08/21. Aprobación de la traducción: 07/03.

Traducción de: *Teaching Seminary Preservice Readings*.

Spanish.

36923 002

ÍNDICE DE TEMAS

“La comunicación espiritual”, por el élder Richard G. Scott	1
<i>El curso trazado por la Iglesia en la educación</i> , por el presidente J. Reuben Clark Jr.	1
<i>La única defensa pura</i> , por el presidente Boyd K. Packer	8
“Venido de Dios como maestro”, por el élder Jeffrey R. Holland	13
<i>Tiempo de desafíos: un tiempo maravilloso</i> , por el Presidente Gordon B. Hinckley	16
“Círculos de exaltación”, por el élder Spencer W. Kimball	20
<i>Inversiones eternas</i> , por el presidente Howard W. Hunter	21
<i>Hombres ejemplares</i> , por el presidente Spencer W. Kimball	24
<i>El Maestro del Evangelio y Su mensaje</i> , por el presidente Ezra Taft Benson	28
<i>No os unáis en yugo desigual</i> , por el élder Boyd K. Packer	31
“Al aconsejar a los jóvenes”, por el élder Thomas S. Monson	32
“El Espíritu debe ser nuestro compañero constante”, por el élder Henry B. Eyring	33
“La lámpara de Jehová”, por el élder Boyd K. Packer	34
“La enseñanza por el Espíritu: ‘El lenguaje de la inspiración’ ”, por el élder Neal A. Maxwell	37
“El poder de la palabra”, por el presidente Ezra Taft Benson	43
“Vivir de acuerdo con los principios del Evangelio”	44
Respuestas a preguntas del Evangelio, por el élder Bruce R. McConkie	45
“Para que enseñen con más perfección”, por el presidente David O. McKay	49
“Enseñanzas falsas”, por el presidente Joseph F. Smith	50
“Fidelidad”, por el élder Harold B. Lee	50
<i>La insensatez de la enseñanza</i> , por el élder Bruce R. McConkie	50
“Cómo obtener revelación personal”, por el élder Bruce R. McConkie	51
“La enseñanza del Evangelio”, por el élder Dallin H. Oaks	54
“La lectura de las Escrituras”, por el élder Howard W. Hunter	56
<i>Guía para ayudar a otros espiritualmente</i> , por el élder Richard G. Scott	58
“El salón de clase común y corriente: lugar eficaz para un progreso firme y continuo”, por la hermana Virginia H. Pearce	61
“La educación de la juventud”, por el presidente David O. McKay	64
“Seamos puros”, por el presidente Ezra Taft Benson	65
“Obtener y mantener la pureza de las Escrituras y la doctrina”, por Edward J. Brandt	68
“El gran plan de felicidad”, por el élder Boyd K. Packer	72
<i>Enseñen las Escrituras</i> , por el élder Boyd K. Packer	78
<i>Debemos elevar nuestras miras</i> , por el élder Henry B. Eyring	81

<i>Por lo tanto, ¿qué tiene que hacerse?</i> , por el élder Jeffrey R. Holland	86
“ <i>Un estandarte a los de mi pueblo</i> ”, por el élder Jeffrey R. Holland	90
“Cosas demasiado maravillosas para mí”, por el élder Vaughn J. Featherstone	93
<i>Enseñar por la fe</i> , por el élder Robert D. Hales	95
“La actitud: Los asuntos más importantes”, por el élder Marion D. Hanks	98
“Por el Espíritu de verdad”, por el élder Boyd K. Packer	98
<i>El Señor multiplicará la cosecha</i> , por el élder Henry B. Eyring	99
“De acuerdo con Sus deseos”, por el élder Dean L. Larsen	104
“La guía de un alma humana: La gran responsabilidad del maestro”, por el presidente David O. McKay	105
“La responsabilidad individual y el progreso humano”, por el élder Dean L. Larsen	106
“En el espíritu de testimonio”, por el élder Boyd K. Packer	106
“Cuídense del orgullo”, por el Presidente Ezra Taft Benson	108
<i>Los peligros de las supercherías sacerdotales</i> , por Paul V. Johnson	112
<i>Cuatro cosas imprescindibles para los maestros de religión</i> , por élder Gordon B. Hinckley	118
<i>Nuestra misión consumadora</i> , por el élder Jeffrey R. Holland	119
<i>El manto es mucho, mucho más grande que el intelecto</i> , por el élder Boyd K. Packer	121
“La Biblia, un libro sellado”, por el élder Bruce R. McConkie	131
“La unidad”, por el presidente J. Reuben Clark Jr.	140
“La unidad: un principio de fortaleza”, por el presidente George Q. Cannon	140
“Todo tiene su tiempo”, por el élder Dallin H. Oaks	141

LA COMUNICACIÓN ESPIRITUAL

POR EL ÉLDER RICHARD G. SCOTT

DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

En Principles of the Gospel in Practice, Sperry Symposium 1985, (1985), pág.6.

Cuando recibí por primera vez asignaciones de la Iglesia, que incluían aconsejar y capacitar a otras personas, tuve muchos deseos de compartir experiencias personales que consideraba que tendrían alguna aplicación en la vida de ellas. Ese impulso de compartir se basaba



en un sincero deseo de ayudar. A medida que ganaba experiencia, cuando alguien venía pidiendo ayuda o consejo, parecía que tenía una lista de experiencias de mi propia vida o lecciones que había aprendido de otra gente que deseaba compartir con esa persona. Eso lo hacía con gran sinceridad y deseo de ayudar.

Con el transcurso de los años, me doy cuenta de que me siento menos inspirado a ayudar a las personas con lo que yo he aprendido; en cambio, me siento muy motivado a compartir con ellas *cómo* aprendí esas lecciones.

Muchas de esas lecciones me conmovieron profundamente y moldearon mi vida, pero me di cuenta de que la guía, el entendimiento, la claridad y la experiencia más atesorada vienen directamente del Señor por medio del Espíritu Santo.

EL CURSO TRAZADO POR LA IGLESIA EN LA EDUCACIÓN

POR EL PRESIDENTE J. REUBEN CLARK JR.

PRIMER CONSEJERO DE LA PRIMERA PRESIDENCIA

Edición revisada, 1994. Discurso dirigido a los maestros de religión el 8 de agosto de 1938, Universidad Brigham Young

“Queridos colegas:...

“El resumen del presidente Clark con respecto a las responsabilidades que los maestros tienen para con la Iglesia y su misión, así como para con las necesidades espirituales de los alumnos, es relevante, completo y constituye una fuente de inspiración.

“Su trascendencia vale para toda la Iglesia y bien puede servir como guía autorizada para nuestra forma de enseñar y en todas nuestras reuniones, tanto de las organizaciones auxiliares como de otras, en las que existiera alguna posibilidad de que dentro de los edificios de la Iglesia y durante el tiempo en que funciona la Iglesia, los miembros estuvieran expuestos a influencias contrarias” (introducción a “The Charted Course of the Church in Education”, Improvement Era, septiembre de 1938, pág. 520).

Cuando yo era niño, me sentí sumamente entusiasmado con el gran debate que habían sostenido dos de las personas más prominentes de nuestra nación: Daniel Webster y Robert Young Hayne. La belleza de la oratoria, lo sublime de la elevada expresión de patriotismo de Webster, el presagio de la lucha civil que tendría lugar por el dominio de la libertad sobre la esclavitud; todo ello me conmovía



profundamente. El debate comenzó debido a la Resolución de Foot, que tenía que ver con los terrenos públicos, y ocasionó que se consideraran grandes problemas fundamentales de la ley constitucional. Nunca he olvidado el párrafo inicial de la respuesta de Webster, mediante el cual puso en su lugar ese debate que se había desviado tanto de su curso. El párrafo dice:

“Sr. Presidente: Cuando el marinero ha sido zarandeado durante muchos días debido al mal tiempo y en un mar desconocido, naturalmente aprovecha la primera pausa en la tormenta, la primera aparición del sol, para medir la latitud y determinar cuánto lo han apartado los elementos de su verdadero curso. Imitemos esa prudencia y, antes de que nos dejemos arrastrar por la marea de este debate, volvamos al punto del cual nos apartamos para que, por lo menos, podamos hacer conjeturas respecto a dónde nos encontramos ahora. Pido que se dé lectura a la resolución”.

Ahora me apresuro a expresar que espero que no piensen que yo considero éste un debate como el de Webster y Hayne, ni que me considero un gran orador como el famoso Daniel Webster. Si piensan de esa manera, cometerían un grave error. Admito que soy viejo, ¡pero no tanto! Lo cierto es que él aplicó un procedimiento tan sensato para ocasiones en las que después de errar por alta mar o en el desierto hay que hacer el esfuerzo de volver al punto de partida, que pensé que ustedes me disculparían si mencionaba y usaba ese mismo procedimiento para volver a declarar algunos de los principios fundamentales y esenciales que sirven de base a la educación en las escuelas de la Iglesia.

Para mí, esos principios fundamentales son los siguientes:

La Iglesia es el sacerdocio organizado de Dios. El sacerdocio puede existir sin la Iglesia, pero la Iglesia no puede existir sin el sacerdocio. La misión de la Iglesia es principalmente enseñar, animar, ayudar y proteger a los miembros, en forma individual, en sus esfuerzos por vivir una vida perfecta, temporal y espiritualmente, como lo estableció el Maestro en los Evangelios: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48). En segundo lugar, la Iglesia debe mantener, enseñar, animar y proteger temporal y espiritualmente a los miembros, como colectividad, en su esfuerzo por vivir el Evangelio. En tercer lugar, la Iglesia se dedica con vehemencia a proclamar la verdad, llamando a los hombres al arrepentimiento y a vivir en obediencia el Evangelio, porque toda rodilla debe doblarse y toda lengua confesará (véase Mosiah 27:31).

En todo esto hay para la Iglesia, y para cada uno de sus miembros, dos puntos primordiales que no se pueden pasar por alto, ni olvidarse, ni ocultarse, ni descartarse:

Primero: que Jesucristo es el Hijo de Dios, el Unigénito del Padre en la carne, el Creador del mundo, el Cordero de Dios, el Sacrificio por los pecados del mundo, el Expiador de la trasgresión de Adán. Que fue crucificado; que Su espíritu abandonó Su cuerpo; que murió; que fue puesto en la tumba; que al tercer día Su espíritu se reunió con Su cuerpo y nuevamente se transformó en un ser viviente; que se levantó de la tumba como un Ser resucitado, un Ser perfecto; el Primogénito de la Resurrección; que posteriormente ascendió al Padre; y que debido a Su muerte y mediante Su resurrección y a través de ella, todo hombre que ha nacido en la Tierra desde el principio, literalmente resucitará. Esta doctrina es tan antigua como el mundo. Job declaró:

“Y después de deshecha esta mi piel, En mi carne he de ver a Dios;

“Al cual veré por mí mismo, Y mis ojos lo verán, y no otro” (Job 19:26–27).

El cuerpo resucitado es un cuerpo de carne, huesos y espíritu, y Job estaba expresando una gran verdad eterna. Esos hechos ciertos, y todos los demás necesariamente implicados en ellos, deben ser honradamente creídos, en plena fe, por todo miembro de la Iglesia.

La segunda de las dos cosas a las cuales debemos dar plena fe es que el Padre y el Hijo en realidad, en verdad y de hecho, aparecieron ante el profeta José en una visión en el bosque; que luego otras visiones celestiales siguieron manifestándose ante José y ante otras personas; que el Evangelio y el Santo Sacerdocio según el Orden del Hijo de Dios en verdad y de hecho fueron restaurados a la tierra, de la cual se habían perdido por la apostasía de la iglesia original; que el Señor de nuevo estableció Su Iglesia

mediante la obra de José Smith; que el Libro de Mormón es precisamente lo que profesa ser; que el Profeta recibió numerosas revelaciones para guía, edificación, organización y ánimo de la Iglesia y de sus miembros; que los sucesores del Profeta, igualmente llamados de Dios, han recibido revelaciones según lo han requerido las necesidades de la Iglesia, y que continuarán recibiendo revelaciones a medida que la Iglesia y sus miembros, al vivir la verdad que ya tienen, tengan necesidad de más; que ésta es de verdad La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; y que sus creencias básicas son las leyes y los principios establecidos en los Artículos de Fe. Esos hechos y cada uno de ellos, junto con todo lo implicado en ellos, o que proviene de los mismos, también deben permanecer inalterables, sin modificación, sin atenuación, excusa, disculpa y sin evasivas: no hay explicación convincente que los haga desaparecer u ocultar. Sin estas dos grandes creencias la Iglesia dejaría de ser la Iglesia.

Cualquier individuo que no acepte la plenitud de estos principios en relación a Jesús de Nazaret o en cuanto a la restauración del Evangelio y del Santo Sacerdocio, no es un Santo de los Últimos Días; los cientos de miles de hombres y de mujeres fieles, temerosos de Dios, que integran el gran organismo de la Iglesia, creen en estas cosas plena y completamente, y apoyan a la Iglesia y a sus instituciones en razón de esta creencia.

He señalado estos asuntos porque son la latitud y la longitud de la ubicación y posición real de la Iglesia, tanto en este mundo como en la eternidad. Conociendo nuestra verdadera posición, podemos cambiar nuestro rumbo, si necesita un cambio, y podemos establecer de nuevo nuestro verdadero curso. Aquí sabiamente podríamos recordar lo que dijo Pablo:

“Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema” (Gálatas 1:8).

Regresando al precedente establecido por Webster y Hayne, he concluido la lectura de la resolución original.

Como mencioné previamente, debo decir algo en cuanto a la educación religiosa de la juventud de la Iglesia. Agruparé bajo dos encabezamientos generales lo que tengo que decir: el alumno y el maestro. Hablaré con bastante franqueza, pues ya hemos superado la etapa del hablar con palabras ambiguas y frases veladas. Debemos expresar con claridad lo que deseamos comunicar, ya que el futuro de nuestros jóvenes, tanto aquí como en el más allá, así como también el bienestar de toda la Iglesia, dependen de eso.

Los jóvenes de la Iglesia, los alumnos de ustedes, son en gran mayoría sanos de pensamiento y de espíritu. El problema principal no es convertirlos, sino mantenerlos sanos.

Los jóvenes de la Iglesia tienen hambre de las cosas del Espíritu; están ansiosos por aprender el Evangelio, y lo

quieren en su forma más correcta y pura. Quieren saber en cuanto a los puntos fundamentales que he mencionado: en cuanto a nuestras creencias; quieren obtener un testimonio de la veracidad de esos puntos fundamentales; los de ahora no son jóvenes con dudas sino con interrogantes; son buscadores de la verdad. La duda no debe ser plantada en su corazón. Grande será la carga y la condenación de cualquier maestro que siembre la duda en un alma confiada.

Estos alumnos ansían la fe que tienen sus padres y sus madres y quieren tenerla en toda su sencillez y pureza. Ciertamente son pocos los que no han visto las manifestaciones del poder divino de la fe; ellos quieren ser no solamente los beneficiarios de esta fe, sino ser ellos mismos los que sean capaces de activar su poder.

Desean creer en las ordenanzas del Evangelio; quieren entenderlas tanto como les sea posible.

Están preparados para comprender la verdad, que es tan antigua como el Evangelio, y que Pablo (un maestro de la lógica y de la metafísica, sin parangón entre los críticos modernos que desacreditan toda religión) expresó así:

“Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios.

“Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido” (1 Corintios 2:11–12).

“Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu” (Romanos 8:5).

“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne.

“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis.

“Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley” (Gálatas 5:16–18).

Nuestros jóvenes también entienden el principio declarado en la revelación moderna:

“Por lo pronto no podéis ver con vuestros ojos naturales el designio de vuestro Dios concerniente a las cosas que vendrán más adelante, ni la gloria que seguirá después de mucha tribulación” (D. y C. 58:3).

“... fueron abiertos nuestros ojos e iluminados nuestros entendimientos por el poder del Espíritu, al grado de poder ver y comprender las cosas de Dios...

“Y mientras meditábamos en estas cosas, el Señor tocó los ojos de nuestro entendimiento y fueron abiertos, y la gloria del Señor brilló alrededor.

“Y vimos la gloria del Hijo, a la diestra del Padre, y recibimos de su plenitud;

“y vimos a los santos ángeles y a los que son santificados delante de su trono, adorando a Dios y al Cordero, y lo adoran para siempre jamás.

“Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de él, éste es el testimonio, el último de todos, que nosotros damos de él: ¡Que vive!

“Porque lo vimos, sí, a la diestra de Dios; y oímos la voz testificar que él es el Unigénito del Padre;

“que por él, por medio de él y de él los mundos son y fueron creados, y sus habitantes son engendrados hijos e hijas para Dios.

“Y mientras nos hallábamos aún en el Espíritu, el Señor nos mandó que escribiésemos la visión...” (D. y C. 76:12, 19–24, 28).

Estos alumnos están preparados también para comprender lo que quiso decir Moisés cuando declaró:

“Pero ahora mis propios ojos han visto a Dios; pero no mis ojos naturales, sino mis ojos espirituales; porque mis ojos naturales no hubieran podido ver; porque habría desfallecido y me habría muerto en su presencia; mas su gloria me cubrió, y vi su rostro, porque fui transfigurado delante de él” (Moisés 1:11).

Estos alumnos también están preparados para creer y comprender que todas estas cosas son asuntos de fe, que no se pueden explicar ni comprender por procedimiento alguno de la razón humana ni quizás tampoco mediante ningún experimento de la ciencia física conocida.

Estos alumnos (para abreviar), están preparados para entender y creer que hay un mundo natural y uno espiritual; que las cosas del mundo natural no servirán para explicar las del mundo espiritual; que las cosas del mundo espiritual no pueden ser entendidas ni comprendidas por las del mundo natural; que no se pueden justificar por la razón, primero porque las cosas del espíritu no se conocen ni se comprenden suficientemente y, segundo, porque la mente y la razón finitas no pueden comprender ni explicar la sabiduría infinita y la verdad suprema.

Estos alumnos ya saben que deben ser “honrados, verídicos, castos, benevolentes, virtuosos y [...] hacer el bien a todos los hombres”, y que “si hay algo virtuoso, o bello, o de buena reputación, o digno de alabanza, a esto aspiramos” (véase Artículos de Fe 1:13); eso se les ha enseñado prácticamente desde que nacieron. Se les debe exhortar, en toda forma apropiada, a hacer esas cosas que saben que son verdaderas, pero no tienen que tener un curso de un año para conocerlas y crearlas.

Estos alumnos perciben plenamente las enseñanzas huecas que harían del plan del Evangelio un simple sistema

de principios éticos; saben que las enseñanzas de Cristo están en el más alto nivel de la ética, pero también saben que son más que eso. Ellos verán que la ética se relaciona primordialmente con los hechos de esta vida, y que hacer del Evangelio un simple sistema de ética es admitir falta de fe y de incredulidad en el más allá. Saben que las enseñanzas del Evangelio no solamente tienen efecto en esta vida, sino también en la vida venidera, con la salvación y exaltación como metas finales.

Estos alumnos tienen hambre y sed, tal como sus padres antes que ellos, de un testimonio de las cosas del Espíritu y del más allá, y, al saber que no se puede entender la eternidad mediante la razón, buscan fe y el conocimiento que sigue a la fe. Sienten, mediante el Espíritu que poseen, que el testimonio que buscan es engendrado y nutrido por el testimonio de otras personas, y que el obtener ese testimonio que buscan —un testimonio vivo, ardiente y honrado tal como corresponde a un hombre justo y temeroso de Dios; de que Jesús es el Cristo y de que José Smith fue el profeta de Dios— vale más que mil libros y conferencias cuyo fin sea el de degradar el Evangelio a un sistema de ética o de intentar entender el infinito por medio de la razón.

Hace dos mil años el Maestro dijo:

“¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra?

“¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente?” (Mateo 7:9–10).

Estos alumnos, nacidos en el convenio, pueden entender que la edad, la madurez y la capacitación intelectual no son necesarias en absoluto para la comunión con el Señor y con Su Espíritu. Ellos conocen la historia del joven Samuel en el templo; la de Jesús a los doce años desconcertando a los doctores de la ley en el Templo; la de José a los catorce, viendo a Dios el Padre y al Hijo en una de las visiones más gloriosas jamás desplegadas ante el hombre. Ellos no son como fueron los corintios, de quienes Pablo dijo:

“Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía...” (1 Corintios 3:2).

Son más bien como era Pablo mismo cuando declaró a los mismos corintios:

“Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño” (1 Corintios 13:11).

Estos alumnos, al acudir a ustedes, están espiritualmente esforzándose por conseguir una madurez que alcanzarán pronto si ustedes tan sólo les dan el alimento adecuado. Acuden a ustedes poseyendo conocimiento espiritual y experiencia que el mundo no conoce.

Eso es todo en cuanto a sus alumnos, lo que ellos son, lo que esperan y de lo que son capaces. Les estoy repitiendo

lo que algunos de ustedes, maestros, me han dicho, y lo que muchos de sus jóvenes me han comentado.

Ahora bien, ¿puedo decirles algo a ustedes, los maestros? En primer lugar, no hay ni razón ni excusa para el establecimiento de nuestros edificios ni de nuestras instituciones para la enseñanza y la capacitación religiosas de nuestra Iglesia a no ser que a los jóvenes se les enseñe y se les capacite en los principios del Evangelio, abarcando en ello los dos grandes conceptos: que Jesús es el Cristo y que José Smith fue el profeta de Dios. Enseñar un sistema de ética a los alumnos no es razón suficiente para tener en funciones nuestros Seminarios e Institutos. El gran sistema de escuelas públicas enseña la ética. A los alumnos de los Seminarios e Institutos naturalmente se les deben enseñar las reglas comunes de un vivir recto y bueno, pues ellas son parte esencial del Evangelio. Pero están los grandes principios que atañen a la vida eterna, el sacerdocio, la resurrección y muchos puntos semejantes que van más allá de los preceptos del buen vivir. También se deben enseñar a los jóvenes esos grandiosos principios fundamentales; es lo primero que los jóvenes quieren saber.

El primer requisito de un maestro para enseñar esos principios es un testimonio personal de la veracidad de ellos. Ni el volumen del conocimiento obtenido, ni los estudios que se hayan cursado, ni la cantidad de títulos académicos logrados, nada puede reemplazar ese testimonio, el cual es esencial para el maestro en el sistema educativo de la Iglesia. El maestro que no posea un testimonio real de la veracidad del Evangelio, según ha sido revelado a los Santos de los Últimos Días y en el que ellos creen; que no tenga un testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios y el Mesías, y de la divina misión de José Smith —incluyendo, en toda su realidad, la Primera Visión— no tiene lugar en el sistema educativo de la Iglesia. Si hubiese alguien así, y espero y ruego que no lo haya, debe renunciar de inmediato; si el Comisionado de Educación sabe de alguien y éste no renuncia, el Comisionado deberá pedirle su renuncia. La Primera Presidencia espera que se realice este recorte.

Eso no significa que vayamos a expulsar de la Iglesia a tales maestros, no, en absoluto. Emplearemos con ellos amor, paciencia y longanimidad, para atraerlos hacia el conocimiento al que tienen derecho como hombres y mujeres fieles a Dios. Pero sí afirmo que las escuelas de nuestra Iglesia no pueden emplear a maestros que no estén convertidos y que carezcan de testimonio.

Mas para ustedes, maestros, la posesión de un testimonio no es suficiente. Además de eso, deben poseer uno de los rasgos más singulares y preciosos de entre los muchos rasgos del carácter humano: el valor moral; pues la ausencia de valor moral para declarar su testimonio servirá solamente para que llegue a los alumnos tan diluido que les

será difícil, si es que no les resulta imposible, detectarlo; y el efecto espiritual y psicológico de un testimonio débil y vacilante bien podría resultar perjudicial en vez de útil.

El maestro de Seminarios o de Institutos que desee tener éxito debe poseer también otro de los singulares e invalorable rasgos del carácter, el hermano mellizo del valor moral que a menudo se confunde con él; me refiero al valor intelectual: el valor de afirmar principios, creencias y fe que no siempre armonicen con el conocimiento, científico o de algún otro tipo, que el maestro o sus colegas puedan creer que poseen.

No son desconocidos los casos en los que hombres que se cree tienen fe, y que ocupan cargos de responsabilidad, creen que si expresan toda la fe que tienen podrían quedar en ridículo ante sus colegas incrédulos, al punto de que modifican lo que sienten o dan excusas por la fe que tienen, o incluso, le restan importancia o aparentan desecharla. Tales individuos son hipócritas para con sus colegas y para con los demás miembros de la Iglesia.

Es digno de piedad (no de burla) el hombre o la mujer que, al tener la verdad y reconocer que la tiene, considera necesario repudiarla o transigir con el error a fin de vivir con los incrédulos, o entre ellos, sin ser objeto del rechazo o de la burla. Ciertamente, su situación es trágica porque la realidad es que sus intentos de repudiar y de alterar la verdad al fin acarrear los mismos castigos que el de voluntad débil trató de evitar. Porque no hay nada que el mundo valore y veneré tanto como al hombre que, teniendo convicciones justas, las defiende en cualquiera y en toda circunstancia; no hay nada hacia lo cual el mundo mire con más desprecio que al hombre que, habiendo tenido convicciones justas, se aleja de ellas, las abandona o las repudia. Que un Santo de los Últimos Días que sea psicólogo, químico, físico, geólogo, arqueólogo o que esté en cualquier otra rama de la ciencia, trate de restar importancia, malinterpretar, evadir y eludir, o lo que es más, repudiar o negar las grandes doctrinas fundamentales de la Iglesia en las que profesa creer, significa mentirse a sí mismo y perderse el respeto; es acarrear pesar a sus amigos; es quebrantar el corazón y avergonzar a sus padres; es mancillar a la Iglesia y a sus miembros; es perder el derecho de merecer el respeto y el honor de aquellos a quienes ha intentado, por su comportamiento anterior, ganarse como amigos y ayudantes.

Espero fervientemente que no haya personas como éstas entre los maestros del sistema escolar de la Iglesia; pero si los hubiere, no importa adónde, deben recorrer la misma ruta del maestro que no tiene testimonio. El fingimiento, el pretexto, la evasión y la hipocresía no tienen ni deben tener lugar en el sistema escolar de la Iglesia, ni en el desarrollo del carácter y del crecimiento espiritual de nuestros jóvenes.

Otro aspecto que se debe vigilar en nuestras instituciones es éste: Debe impedirse que haya hombres que tengan cargos de confianza espiritual, que al no estar convertidos ellos mismos y siendo en realidad incrédulos, intenten dejar a un lado las creencias, la educación y las actividades de nuestros jóvenes, y también de nuestros adultos; que procuren apartarlos de los caminos que deben seguir, hacia otros senderos de la educación, hacia otras creencias y actividades, que (aunque conduzcan hacia donde el incrédulo querría ir) no nos llevan adonde el Evangelio nos llevaría. Que ello aplaque la conciencia del incrédulo que lo hace, no tiene importancia alguna. Ésa es la más burda traición a la confianza depositada en ellos, y hay razones para pensar que ya ha sucedido.

También deseo mencionar un asunto que ha tomado lugar en otros grupos, como advertencia para que no suceda lo mismo en el sistema educativo de la Iglesia. En varias ocasiones los miembros de nuestra Iglesia han ido a otros lugares para recibir capacitación en distintos campos educativos. Han recibido la capacitación que se suponía era la última palabra, el punto de vista más moderno, el *boom* de la actualidad; luego lo han traído y lo han enseñado sin pensar si lo necesitábamos o no. Me abstengo de mencionar casos bien conocidos respecto a esta suerte de cosas porque no deseo herir a nadie.

Antes de llevar a la práctica las ideas más innovadoras en cualquier campo del saber, de la educación, de la actividad o de otra área, los expertos deberían detenerse un momento y considerar que, a pesar de lo atrasados que piensen que estemos, y de lo atrasados que en verdad podamos estar en algunas cosas, en otras les llevamos la delantera y, por lo tanto, esos nuevos métodos tal vez sean viejos, si es que ya no son del todo obsoletos para nosotros.

En cualquier asunto que se relacione con la vida en la comunidad y con la actividad en general, con la diversión sana y el entretenimiento en grupos, con la adoración y actividad religiosas cuidadosamente dirigidas, con la espiritualidad positiva y bien definida que fomenta la fe, con una religión real que se practica a diario, con el deseo firme de tener fe en Dios y en saber que la necesitamos, nos encontramos a la vanguardia de la humanidad. Antes de que se haga un esfuerzo para inculcarnos nuevas ideas, los expertos deberían tener la bondad de considerar si los métodos que se usan para fomentar el espíritu comunitario o para establecer actividades religiosas entre grupos que son decadentes, y tal vez muertos en cuanto a estas cosas, se aplican a nosotros o si su esfuerzo por imponérselos es completamente inapropiado.

Por ejemplo, aplicar a nuestros jóvenes, que ya están preparados para recibir enseñanzas espirituales y religiosas, un plan creado para enseñar religión a una juventud que no tiene interés ni se preocupa por los asuntos del espíritu,

no solamente fracasaría en satisfacer nuestras necesidades religiosas actuales, sino que tendería a destruir las mejores cualidades que nuestros jóvenes ya poseen.

Ya he indicado que nuestros jóvenes no son niños desde el punto de vista espiritual; están bastante adelantados en el sendero que lleva hacia la madurez espiritual normal del mundo. Tratarlos como niños desde el punto de vista espiritual, tal como el mundo trataría a otro grupo de jóvenes de la misma edad, es también, por lo tanto, inadecuado. Digo una vez más, que casi no hay joven que pase por las puertas de los Seminarios e Institutos que no haya sido un beneficiario consciente de bendiciones espirituales, que no haya visto la eficacia de la oración, que no haya sido testigo del poder de la fe para sanar enfermos o que no haya percibido las manifestaciones espirituales que la mayoría del mundo no conoce. Ustedes no tienen que ubicarse furtivamente detrás de ese joven que tiene experiencia espiritual a fin de susurrarle la religión al oído; pueden ubicarse delante de él, cara a cara, y hablar con él. No tienen necesidad de disfrazar las verdades religiosas con un manto de cosas mundanas; pueden presentarle estas verdades tal y como son. Tal vez los jóvenes les teman menos a esas verdades que ustedes mismos. No tienen necesidad de encaramientos graduales, ni cuentos, ni mimos, ni de tratarlos con condescendencia ni otro recurso infantil que se use cuando se desea enseñar a aquellos que no tienen experiencia espiritual y que casi están espiritualmente muertos.

Maestros, ustedes tienen una gran misión. Como maestros, se encuentran en la cima más alta de la educación, porque ninguna otra enseñanza puede compararse, en cuanto a su valor inapreciable y en su efecto tan duradero, con la que tiene que ver con el hombre como fue en la eternidad pasada, como es en la vida actual y como será en el infinito del mañana. Lo que ustedes enseñan no es solamente para esta vida, sino también para la eternidad. No es sólo la salvación propia sino también la de aquellos que entran en los confines de sus aulas. Ésa es la bendición que ustedes buscan y la cual, al cumplir su deber, lograrán. ¡Cuán brillante será la corona de gloria que obtengan! Por cada alma que salven tendrá una piedra preciosa engarzada en ella.

Pero para alcanzar esa bendición y para ser coronados así, ustedes deben, lo digo una vez más, enseñar el Evangelio. No tienen otra función ni otra razón de ser dentro del sistema educativo de la Iglesia.

Cierto es que ustedes tienen interés en asuntos puramente culturales y en asuntos de conocimiento puramente secular; pero repito una vez más, a fin de dar énfasis: el interés principal de ustedes, y casi su único deber, es enseñar el Evangelio del Señor Jesucristo tal como ha sido revelado en estos últimos días. Deben enseñar este Evangelio, usando como recurso y autoridad

los libros canónicos de la Iglesia y las palabras de aquellos a quienes Dios ha llamado para dirigir a Su pueblo en estos últimos días. No deben, no importa la posición que ocupen, mezclar en su trabajo su propia filosofía, no importa cuál sea su origen o cuán agradable o racional les parezca. Hacerlo así significaría tener tantas iglesias como Seminarios, y eso sería un caos.

Ustedes no deben, no importa el puesto que ocupen, cambiar la doctrina de la Iglesia ni modificar lo que contienen los libros canónicos ni lo que declaran los que tienen autoridad para declarar a la Iglesia la voluntad e intención del Señor. El Señor ha dicho que Él es “el mismo ayer, hoy y para siempre” (2 Nefi 27:23).

Los insto a no caer en ese error infantil, tan común ahora, de creer que porque el hombre ha logrado tanto en el dominio de las fuerzas de la naturaleza, doblegándolas para su propio uso, las verdades del espíritu han cambiado. Es un hecho vital y significativo que la conquista de los asuntos del espíritu no marcha a la par de la conquista de los asuntos materiales. Muchas veces ocurre lo opuesto. La capacidad del hombre para razonar no ha igualado a su capacidad de comprender lo espiritual. Recuerden siempre y guarden como un tesoro la gran verdad de la oración intercesora:

“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3).

Ésta es una verdad suprema, como también lo son todas las verdades espirituales; no cambian a causa del descubrimiento de un elemento nuevo, ni por una nueva onda etérea, ni por batir por unos segundos, minutos u horas un récord de velocidad.

Ustedes no deben enseñar las filosofías del mundo, ni antiguas ni modernas, ni paganas ni cristianas, pues esa es la tarea de las escuelas públicas. Su única materia es el Evangelio, y éste es ilimitado en su propia esfera.

Pagamos impuestos para sostener las instituciones del estado cuya función y obra es enseñar las artes, las ciencias, la literatura, la historia, los idiomas, etc., hasta completar todo el curso secular, de modo que esas instituciones deben llevar a cabo esa obra; pero usamos los diezmos para llevar adelante el sistema educativo de la Iglesia, el cual recibe una encomienda sagrada. Los Seminarios e Institutos de la Iglesia deben enseñar el Evangelio.

Al declarar así esta función una y otra vez, con tanta insistencia como lo he hecho, se aprecia plenamente que la realización de esa función puede envolver el asunto del tiempo otorgado por el estado para estudios religiosos, donde esto ocurra. Pero nuestro curso es claro. Si no podemos enseñar el Evangelio, los principios de la Iglesia y los libros canónicos, todo ello en el “tiempo otorgado” en nuestros Seminarios e Institutos, entonces debemos afrontar la posibilidad de no preocuparnos del “tiempo

otorgado” y de crear otro plan para llevar adelante la obra del Evangelio en esas instituciones. Si llevar a cabo otro plan fuera imposible, nos enfrentaremos con el abandono de los Seminarios e Institutos y el regreso a los colegios y a las academias de la Iglesia. No estamos seguros ahora, a la luz de los acontecimientos, de que haya sido prudente haberlos abandonado.

Este punto queda bastante claro, es decir, que no nos sentiremos justificados en destinar ni un centavo más del fondo de diezmos para el mantenimiento de nuestros Seminarios e Institutos de religión a menos que se puedan usar para enseñar el Evangelio en la forma prescrita. El diezmo representa demasiado esfuerzo, demasiada abnegación, demasiado sacrificio, demasiada fe, como para que se use en la insípida instrucción de los jóvenes de la Iglesia en ética elemental. Esta decisión y situación se deben enfrentar cuando se considere el próximo presupuesto. Al decir esto, hablo en representación de la Primera Presidencia.

Todo lo que se ha dicho en relación con el carácter de la enseñanza religiosa y los resultados que, por la naturaleza misma de las cosas, se obtienen cuando no se enseña adecuadamente el Evangelio, se aplica de lleno y con igual fuerza a los Seminarios, a los Institutos y a cualquier otra institución educativa que pertenezca al sistema escolar de la Iglesia.

La Primera Presidencia solicita fervientemente la ayuda y la cooperación sinceras de todos ustedes, hombres y mujeres que, por estar en la línea de fuego, conocen tan bien la gravedad del problema que enfrentamos y que afecta tan vital e íntimamente la salud espiritual y la salvación de nuestros jóvenes, así como el bienestar futuro de toda la Iglesia. Los necesitamos; la Iglesia los necesita; el Señor los necesita. No se abstengan ni retiren su ayuda.

Para terminar, deseo rendir tributo humilde pero sincero a los maestros. Habiendo tenido que costear mis propios gastos de estudio — estudios secundarios, superiores y universitarios — sé de la dificultad y del sacrificio que esto exige; pero sé también del progreso y de la satisfacción que se recibe cuando se llega al final. De manera que sé lo que ustedes, posiblemente la mayoría, han tenido que sacrificar para llegar adonde se encuentran en este momento. Más aún, durante algún tiempo traté, sin mucho éxito, de enseñar en la escuela pública, de manera que también conozco los sentimientos de quienes a pesar de nuestros mejores esfuerzos, debemos aceptar un trabajo regular, en contra de lo que desearíamos.

Conozco la cantidad actual de la compensación monetaria que ustedes obtienen y lo pequeña que es —demasiado,

demasiado pequeña— y desearía desde el fondo de mi corazón que pudiéramos aumentarla, pero el egreso de fondos de la Iglesia es tan grande para el campo de la educación, que honradamente debo decir que no hay perspectiva inmediata de aumento. Nuestro presupuesto para este año lectivo es de \$860.000 dólares, casi el diecisiete por ciento del total calculado para el funcionamiento de toda la Iglesia, incluyendo la administración general, gastos de estacas, barrios, ramas, misiones, para todos los fines, incluso el bienestar y caridad. Ciertamente, desearía sentirme seguro de que la prosperidad de la gente fuera tan amplia para que todos pagaran suficientes diezmos con el fin de mantenernos marchando como hasta ahora.

De manera que rindo tributo a su laboriosidad, a su lealtad, a su sacrificio, a su dedicado deseo de servir en la causa de la verdad, a su fe en Dios y en Su obra, y al sincero deseo de hacer lo que nuestro líder y Profeta quiere que hagan. Y les ruego que no cometan el error de desechar el consejo de su líder, de no efectuar sus deseos, o de negarse a seguir su dirección. David, del Antiguo Testamento, cortando calladamente sólo la orilla del manto de Saúl, expresó el grito de un corazón herido:

“Jehová me guarde de hacer tal cosa contra mi señor, el ungido de Jehová, que yo extienda mi mano contra él; porque es el ungido de Jehová” (1 Samuel 24:6).

Que Dios siempre los bendiga en sus emprendimientos rectos. Que Él avive su entendimiento, aumente su sabiduría, que los ilumine por medio de la experiencia, que les confiera paciencia, caridad y, como entre sus más preciados dones, que los dote con el discernimiento de espíritus para que con certeza conozcan el espíritu de rectitud y el opuesto cuando se enfrenten a ellos. Que Él les dé entrada en los corazones de aquellos a quienes enseñan y que a ustedes les haga saber que al entrar allí se hallan en lugares santos que no deben manchar ni profanar, ya sea mediante doctrina falsa o corrupta, o por un acto pecaminoso. Que Él enriquezca el conocimiento de ustedes con la habilidad y el poder para enseñar la rectitud. Que la fe y el testimonio de ustedes aumenten, y que su habilidad para fomentar en los demás esos atributos crezca más cada día. Todo para que se enseñe, edifique, anime, e impulse a la juventud de Sión a fin de que no caiga junto al camino sino que llegue a alcanzar la vida eterna; para que cuando los jóvenes reciban estas bendiciones, ustedes, a través de ellos, puedan también ser bendecidos. Y ruego todo esto en el nombre del que murió para que podamos vivir, el Hijo de Dios, el Redentor del mundo, Jesucristo. Amén.

LA ÚNICA DEFENSA PURA

PRESIDENTE BOYD K. PACKER

PRESIDENTE EN FUNCIONES DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

Una velada con el presidente Boyd K. Packer, 6 de febrero de 2004



La Segunda Guerra Mundial terminó tan bruscamente como había empezado cinco años antes. De pronto, tenía algo que no había estado seguro que tendría: tenía un futuro. Era un sentimiento extraño; ¿qué se hace con un futuro?

Me encontraba en Ishima, una pequeñísima isla en la costa noroeste de Okinawa. Pocos días antes, todo en la isla había sido destruido por un tifón de un poder tan feroz que los grandes barcos se hundieron y los aviones salieron despedidos de la isla. La tormenta había pasado, la guerra se había acabado, y yo tenía un futuro.

Una noche tranquila, despejada e iluminada por la luna, me senté cerca de la playa en lo alto de un acantilado. Hacía tan sólo unos días, el océano, tan tranquilo ahora, se agitaba con enormes olas que sobrepasaban ese acantilado. Estuve sentado durante horas meditando y orando y decidí lo que haría con mi futuro: sería maestro.

Tenía un diploma de la escuela secundaria que obtuve mediante calificaciones aceptables; tenía un testimonio ferviente del Evangelio restaurado de Jesucristo y cierto conocimiento de las Escrituras como resultado de horas, días, semanas y meses de estudio. No sabía qué era lo que iba a enseñar; podría aprender algunos temas prácticos y seculares.

Me esforcé en mis estudios universitarios, los cuales se acortaron un año debido a las asignaturas que había tomado en la aeronáutica que se me reconocieron por haber sido piloto de la Fuerza Aérea. Tenía un título universitario en educación; pero, aun más importante, tenía una esposa y dos pequeños varones.

De repente, me contrataron a mitad de año como maestro de seminario para reemplazar al hermano John P. Lillywhite, que había sido llamado para que dejara el aula de clases y presidiera la misión de los Países Bajos. Así supe lo que tenía que hacer con mi futuro.

No imaginaba que estaría hoy aquí hablando a los maestros; estaba contento en aquel entonces, y estaría contento si ahora fuese maestro en el salón de clase.

Al saber lo que sé ahora, no espero que en el campo del destino se me recompense por mi llamamiento presente

por encima de los que he conocido de entre ustedes, y que entregan su vida, día tras día, enseñando en el salón de clase.

Pero aquí estamos. Digo *estamos* porque mi esposa está conmigo. No sabemos cuántos años se nos han concedido, no muchos me imagino, pero tenemos el testimonio seguro del Padre y del Hijo y el don inefable del Espíritu Santo.

Sabemos que el ser del mundo invisible que atacó al joven José en la Arboleda Sagrada siempre está cerca, porque, como lo dijo Pedro: “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5:8).

Ahora, de acuerdo con los criterios morales, sociales, políticos y aun intelectuales, parece que estamos perdiendo; pero la humanidad también sabe que en la gran escena final, Satanás no puede ganar.

Hay cerca de 41.000 de ustedes. Comparados con la necesidad que existe, no es una gran cantidad, pero recuerdo haber oído decir a sir Winston Churchill en las horas más negras de la Segunda Guerra Mundial, al dirigirse a unos cuantos pilotos de la Real Fuerza Aérea que afrontaban contratiempos casi insuperables: “Jamás en el campo de los conflictos humanos, tantos le debieron tanto a tan pocos”¹.

En octubre de 1983, regresé de Sudamérica y casi de inmediato me dirigí a Londres para reunirme con el élder Neal A. Maxwell en la primera conferencia regional. Iba a reemplazar a un miembro de la Primera Presidencia. Aquella primera conferencia era algo así como un experimento.

Nos encontramos en la capilla Hyde Park para una reunión del sacerdocio de cuatro horas. El élder Maxwell habló primero y citó al rey Benjamín: “... Hermanos... no os he mandado subir hasta aquí para tratar livianamente las palabras...” (véase Mosíah 2:9). Lo que dijo a continuación cambió mi vida: “Hemos venidos a ustedes hoy día en nuestra verdadera identidad de apóstoles del Señor Jesucristo”.

De pronto, mi cuerpo se llenó de calidez y de luz. El cansancio del viaje fue reemplazado por la confianza y la confirmación. Lo que estábamos haciendo contaba con la aprobación del Señor.

Nunca he olvidado aquel momento; fue como esos momentos de inspiración que cada uno de ustedes ha experimentado. Tales momentos confirman que el Evangelio restaurado de Jesucristo es verdadero.

EL LIBRO DE LA MEMORIA

Al prepararme para reunirme con ustedes, fue difícil mantener cerrado el libro de la memoria.

Recuerdo a J. Wiley Sessions, alto y sonriente, quien abrió el primer instituto de religión en Moscow, Idaho.

Thomas J. Yates, ingeniero de la planta de electricidad de las montañas que están al este de Salt Lake City, bajaba el cañón a caballo todos los días para enseñar en Granite la primera clase de seminario integrado. Nunca conocí al hermano Yates, pero me acuerdo de quienes lo reemplazaron.

Abel S. Rich, maestro de agronomía, fue contratado para abrir el segundo seminario en una casa de adobe en la calle que estaba frente al instituto de secundaria de Brigham City y era el director cuando el élder Theodore A. Tuttle y yo enseñábamos allí.

El hermano Tuttle había sido teniente en la Infantería de Marina. En Iwo Jima, él regresó al barco para sacar una gran bandera y, en la costa, se la entregó a un corredor que la llevó a lo alto del monte Sirabachi y, desde allí, a las páginas de la historia.

Antes de que a cada uno de nosotros se nos llamara como Autoridad General, el hermano Tuttle y yo enseñábamos y trabajábamos juntos como supervisores de seminarios e institutos de religión, bajo la administración de William E. Berrett.

El hermano Berrett había abierto un seminario en la Cuenca de Uintah. Durante el verano, él caminaba de pueblo en pueblo reclutando alumnos para su clase. Su primer hijo nació y yace enterrado allí. El hermano y la hermana Berrett fueron al cementerio en el asiento posterior de un auto; sobre su falda iba el pequeño féretro de madera que él había construido.

Conocí a Elijha Hicken a quien se envió a la Cuenca de Big Horn, en Wyoming, para abrir seminario. Nadie le dio una buena bienvenida y un grupo amenazó su vida. El patriarca le había dado una bendición, una promesa de que su vida sería protegida y sustentado por la fortaleza de aquella bendición, el hermano Hicken decidió no llevar más el revólver que había llevado a clase cada día.

En los años 1950, establecimos mesas de educación de estaca. Una vez se dijo algo que posiblemente fuera cierto. Se comentaba que un maestro de seminario había tenido un poco de dificultad para convencer a los líderes de la estaca sobre la necesidad de estudiar las Escrituras.

El maestro decidió tomarles un examen para probar su conocimiento de las Escrituras. La primera pregunta fue: “¿Quién derrumbó los muros de Jericó?”, lo cual originó un pequeño debate.

Finalmente, el presidente de estaca dijo: “¿A quién le importa quién derrumbó los muros? Constrúyalos otra vez y nosotros se lo pagaremos con los fondos de la estaca”.

Una vez, en Inglaterra, asistí a una reunión sacramental y el maestro de seminario, al hablar de las Escrituras dijo: “Ahora voy a ir al capítulo 3 de Mosíah en Doctrina y Convenios”. Nadie se rió. Todavía hay trabajo por hacer.

Cuando enseñé seminario por primera vez, teníamos tres libros de texto, uno para el Antiguo Testamento, otro para el Nuevo Testamento y otro para la Historia de la Iglesia. Fue en Brigham City donde añadimos una clase del Libro de Mormón.

El texto del Antiguo Testamento ya no se imprimía y era muy difícil de encontrar. Cuando se llevaba a cabo la reunión mensual del grupo en nuestro edificio, escondíamos nuestros textos porque, si no lo hubiéramos hecho, los preciosos libros probablemente habrían desaparecido.

Teníamos un tocadiscos en el que escuchábamos discos con historias de la Biblia; no teníamos proyectores.

LOS CURSOS DE ESTUDIO

Ahora ustedes tienen bosquejos de curso, ayudas visuales, equipo y edificios; y todo ello es superior a cualquier facilidad que teníamos antes.

Los cursos de estudio son los mismos: el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento, el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio. Otras fuentes provienen de los profetas y apóstoles vivientes; se nos indica en la revelación que, cuando el poder del Espíritu Santo los inspira, sus palabras adquieren la categoría de Escritura (véase D. y C. 1:38).

ESTÉN ALERTA

Ahora, otra vez de mi libro de recuerdos.

A inicios de los años 1930, surgió en algunos institutos la llamada erudición superior. Pensaban que la aprobación secular los haría más aceptables entre sus colegas universitarios.

Esa actitud infectó a varios en los seminarios; algunos siguieron adelante y crearon cursos de estudio enfocados en los valores sociales contemporáneos y no en la doctrina y la Escritura reveladas.

Varios de los maestros fueron a obtener grados avanzados en clases dictadas por eruditos en la Biblia. Buscaron aprender “de los mejores libros” (ver D. y C. 88:118; 109:7, 14), pero con muy poca fe. Volvieron habiendo obtenido diplomas pero habiendo perdido afinidad con el Evangelio restaurado de Jesucristo y posiblemente también el interés.

Esa actitud por parte de algunos maestros de religión no pasó inadvertida por los Consejos de la Iglesia. Las Autoridades Generales se inquietaron. En 1938, se reunió a todo el personal de Seminarios e Institutos para que participaran en un curso de verano en Aspen Grove, Utah.

El presidente J. Reuben Clark Jr., que habló en nombre de la Primera Presidencia, pronunció el monumental discurso: “El curso trazado por la Iglesia en la educación”.

Éste constituye un ancla en la actualidad tanto como lo fue en la ocasión en que fue dado. Seguramente han leído y releído ese curso. Como maestro de ustedes, les asigno que lo lean una vez más.

Conocía a casi todos los hombres que se desviaron del curso; llegaron a un punto en que su forma de pensar estaba en conflicto con las verdades sencillas del Evangelio. Algunos de ellos se alejaron y prosiguieron carreras prominentes en la educación secular donde se sentían más cómodos. Uno por uno ellos encontraron su camino fuera de la actividad de la Iglesia y unos cuantos tuvieron que dejar la Iglesia. A cada uno le siguió un grupo de estudiantes: un desenlace muy doloroso.

Con el transcurso de los años, he observado que los hijos, los nietos y los bisnietos de ellos no se hallan entre los fieles de la Iglesia.

Eso ocurrió otra vez en 1954. Se llamó al personal de seminarios e institutos al curso de verano de la Universidad Brigham Young. El élder Harold B. Lee, del Quórum de los Doce fue nuestro maestro. Dos horas por día, cinco veces a la semana durante cinco semanas, el élder Lee y otros de los Doce nos enseñaron. El presidente J. Reuben Clark Jr. nos dirigió la palabra dos veces y eso nos hizo retomar el rumbo.

Felizmente, muchos de los que fueron para estudiar regresaron magnificados por su experiencia y armados con títulos avanzados. Regresaron firmes en su conocimiento de que un hombre puede estar en el mundo pero no ser del mundo (véase Juan 17:14–19).

Tengan cuidado. Si no estamos alerta, estas cosas suceden y han vuelto a suceder. Cada uno debe estar alerta. Si sienten que se ven atraídos por otras personas que consideran que el logro intelectual es más importante que las doctrinas fundamentales o que desean exponer a sus alumnos a las llamadas realidades de la vida, retrocedan.

EN MEDIO DEL PELIGRO

Cuando era jovencito, las enfermedades de la niñez aparecían con regularidad en cada comunidad. Cuando alguien tenía varicela, sarampión o paperas, un empleado de salud pública del condado colocaba en la puerta o en la ventana un aviso de cuarentena para advertir a los demás que se alejaran. En una familia tan grande como la nuestra, aquellas enfermedades de la niñez llegaban a nuestro hogar unas tras otras; una criatura se contagiaba de la otra, así que el aviso a veces permanecía allí muchas semanas.

Cuando tomé una clase de salud en la secundaria, el maestro leyó un artículo. Una madre se enteró de que los niños vecinos tenían varicela y se dio cuenta de que existía la posibilidad de que sus hijos la contrajeran también, a lo mejor uno a la vez, y decidió resolver el problema de una vez por todas.

Así que envió a sus niños a la casa de sus vecinos para que jugaran con los niños de ellos y se contagiaran y así terminar con el asunto. Imaginen el horror cuando el doctor finalmente fue y le dijo que no se trataba de varicela sino de viruela.

“ENSÉÑENLES LA PALABRA DE DIOS”

Ahora cierro el libro de los recuerdos y me remonto hasta aquí; al presente.

Vengo ante ustedes como lo hizo Jacob cuando enseñó en el templo “habiendo primeramente obtenido mi mandato del Señor” (Jacob 1:17). Jacob y su hermano José habían sido consagrados sacerdotes y *maestros* para el pueblo.

“Y [magnificaron su] oficio ante el Señor, tomando sobre [ellos] la responsabilidad, trayendo sobre [su] propia cabeza los pecados del pueblo si no le [enseñaban] la palabra de Dios con toda diligencia” (Jacob 1:19).

El mundo y las iglesias cristianas han desentendido el Antiguo Testamento; pero es allí donde encontramos las pepitas de oro de la doctrina, palabras tales como *Aarónico, Melquisedec, sacerdocio, patriarca, Jehová, ordenanza, convenios o pactos* y muchas más. Ellas forman los eslabones esenciales en nuestro entendimiento del plan de redención.

En el Nuevo Testamento, aprendemos sobre la vida y las enseñanzas del Maestro.

Enseñen a sus alumnos acerca de la Apostasía y de la Restauración del sacerdocio, de José Smith y de la organización de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días por la propia declaración del Señor: “...la única iglesia verdadera y viviente sobre la faz de la tierra” (D. y C. 1:30).

Empápenlos con las verdades del Libro de Mormón. Eso los llevará a la prueba y a la promesa que allí se encuentran y así estarán armados con la influencia protectora de la verdad.

Cada uno puede entonces preguntar “a Dios el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo;

“y por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas” (Moroni 10:4–5).

Con un testimonio propio, estarán seguros en el mundo.

MUCHO DEPENDE DE USTEDES

El mundo va girando cuesta abajo a pasos acelerados y lamento decirles que no va a mejorar.

Mi propósito es *encomendarles* a cada uno de ustedes, en calidad de maestros, la responsabilidad, de ponerlos en

alerta. Éstos son días de inminente peligro espiritual para nuestra juventud.

UN MUNDO MORALMENTE CONFUSO

No sé de nada de la historia de la Iglesia o de la historia del mundo que se compare con nuestra situación actual. Nada ocurrió en Sodoma y Gomorra que supere en iniquidad la depravación que nos rodea actualmente.

Las palabras profanas, la vulgaridad y la blasfemia se escuchan por doquier. La iniquidad y la perversión indecibles antes se escondían en la oscuridad; ahora están a la luz del día, incluso bajo la protección legal.

En Sodoma y Gomorra esas cosas estaban localizadas. Ahora están esparcidas por todo el mundo y están entre nosotros.

No necesito— ni voy a hacerlo— describir cada maldad que amenaza a nuestra juventud. Es difícil que uno las desconozca.

LA PRIMERA LÍNEA DE DEFENSA

Ustedes, con los líderes y maestros del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares, no son la primera línea de defensa. A la familia le corresponde ese lugar. Satanás utiliza toda intriga para perturbar a la familia.

Están cubriendo de inmundicia la relación sagrada entre un hombre y una mujer, entre esposo y esposa, por medio de la cual se conciben los cuerpos mortales y la vida pasa a la siguiente generación.

Seguramente se dan cuenta de lo que se propone el adversario. La primera línea de defensa se está derrumbando.

El verdadero propósito de la Restauración se centra en la autoridad para sellar, en las ordenanzas del templo, en el bautismo por los muertos, en el matrimonio eterno y en el aumento eterno: ¡se centra en la familia!

El Señor les dio la primera responsabilidad a los padres: “Y además, si hay padres que tengan hijos en Sión o en cualquiera de sus estacas organizadas, y no les enseñen a comprender la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo por la imposición de manos, al llegar a la edad de ocho años, el pecado será sobre la cabeza de los padres...”

“Y también enseñarán a sus hijos a orar y a andar rectamente delante del Señor” (D. y C. 68:25, 28).

Existe “el escudo de la fe con el cual podréis apagar todos los dardos encendidos de los malvados” (D. y C. 27:17).

LA ARMADURA SE COLOCA EN EL HOGAR

El escudo de la fe se forja a mano en una industria casera. Lo que es más valioso se hace idealmente en el hogar. Ese

escudo se puede pulir en la sala de clase, pero se forja y se prueba en casa, adaptándolo a cada persona.

Muchos no cuentan con el apoyo de la familia. Cuando ese escudo no se proporciona en el hogar, debemos y podemos forjarlo nosotros. Ustedes, junto con los líderes y maestros, se convierten en la primera línea de defensa.

LA ADVERTENCIA DE LOS PROFETAS

Estamos exactamente en donde los profetas nos advirtieron que estaríamos.

En preparación para lo que vendría, el Salvador amonestó: “Por motivo de las maldades y designios que existen y que existirán en el corazón de hombres conspiradores en los últimos días, os he amonestado y os prevengo, dándoos esta palabra de sabiduría por revelación” (D. y C. 89:4).

Moroni nos dijo: “Por lo tanto, oh gentiles, está en la sabiduría de Dios que se os muestren estas cosas...”

“Por consiguiente, el Señor os manda que cuando veáis surgir estas cosas entre vosotros, que despertéis a un conocimiento de vuestra terrible situación” (Éter 8:23–24).

Pablo profetizó “que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos” (2 Timoteo 3:1), y después, palabra por palabra y frase por frase, describe exactamente nuestras condiciones actuales:

“...blasfemos, desobedientes a los padres,... impíos,

“sin afecto natural,... intemperantes,... aborrecedores de lo bueno,

“...amadores de los deleites más que de Dios...”

“...siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad” (2 Timoteo 3:2–4, 7).

¿Podría haber descrito él nuestras condiciones con más exactitud? Lean la profecía con sumo detenimiento.

EL PODER DE LAS ESCRITURAS

Pablo profetizó que las cosas no mejorarían: “mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados” (2 Timoteo 3:13).

Por fortuna, él nos dijo qué hacer: “Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido;

“y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús.

“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:14–16).

En su oración suprema por los apóstoles, el Señor dijo: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.

“No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. “Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:15–17).

UN MUNDO ENFERMO ESPIRITUALMENTE

Las enfermedades espirituales de alcance epidémico arrasan el mundo. No nos es posible controlarlas, pero podemos prevenir que nuestra juventud se contagie.

El conocimiento y el testimonio del Evangelio restaurado de Jesucristo son como una vacuna, y podemos inocularlos.

Inocular: *in*—“dentro” y *ocular* significa “relativo a los ojos”. Nosotros colocamos un ojo dentro de ellos: El don inefable del Espíritu Santo.

Nefi nos dice: “Los ángeles hablan por el poder del Espíritu Santo; por lo que declaran las palabras de Cristo. Por tanto, os dije: Deleitaos en las palabras de Cristo; porque he aquí, las palabras de Cristo os dirán *todas las cosas* que debéis hacer” (2 Nefi 32:3; cursiva agregada).

EL CAMINO ANGOSTO

Es muy angosto y estrecho el camino que está trazado ante ustedes.

“porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7:14).

Su camino como maestros puede ensancharse para incluir algunas actividades y eventos culturales buenos. Las actividades son como las especias y los postres que le añaden sabor a una comida balanceada; éstas deben ser siempre de un nivel que refleje el Evangelio. No dejen a un lado los nutrientes espirituales que alimentan el espíritu; las diversiones no son las que los protegen a ellos.

La enseñanza del Evangelio restaurado de Jesucristo *no se debe* considerar una cosa más entre lo que ustedes impar-ten; es más importante que cualquiera y que todas las actividades juntas. Se puede disfrutar de éstas, pero sin descuidar la enseñanza.

Las organizaciones auxiliares se organizaron y son responsables de la mayoría de las actividades. Enseñen a sus alumnos a ser fieles y activos en sus barrios y estacas, y a tener un gran respeto por los líderes del sacerdocio que los presiden.

Repito, el camino es angosto y estrecho, y no deben alejarse de él.

TENGAN FE Y VALOR

Cuando nuestra juventud se sienta rodeada y en minoría, recuerden lo que Eliseo le dijo a su criado cuando éste vio

el “ejército que tenía sitiada la ciudad, con gente de a caballo y carros”. El criado le dijo: “¡Ah, señor mío!, ¿qué haremos?”.

“[Eliseo] le dijo: No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos.

“Y oró Eliseo, y dijo: Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea. Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego...” (2 Reyes 6:15–17).

Ustedes *no* son responsables de sanar el ambiente del mundo. Ustedes pueden, con los padres y los líderes y los maestros del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares, enviar a los jóvenes Santos de los Últimos Días al mundo nutridos espiritualmente e inmunizados contra las influencias de la maldad.

“La gloria de Dios es la inteligencia, o en otras palabras, luz y verdad.

“La luz y la verdad desechan a aquel inicuo...”

“[A ustedes se les ha] mandado criar a [sus] hijos en la luz y la verdad” (D. y C. 93:36–37, 40).

UNA DEFENSA Y UN REFUGIO

“a fin de que el recogimiento en la tierra de Sión y sus estacas sea para defensa y para refugio contra la tempestad y contra la ira, cuando sea derramada sin mezcla sobre toda la tierra” (D. y C. 115:6).

Ellos no deben temer; *nosotros* no debemos temer; el miedo es contrario a la fe.

He participado en muchos consejos de la Iglesia y he visto muchas cosas. He presenciado desencanto, sorpresa y preocupación, pero nunca vi que nadie sintiera temor.

Los jóvenes pueden esperar con esperanza tener una vida feliz. Contraerán matrimonio, criarán su familia en la Iglesia y enseñarán a sus pequeños lo que ustedes les hayan enseñado. Ellos, a su vez, enseñarán a sus hijos y a sus nietos.

Isaías y Miqueas profetizaron: “Acontecerá en los postreros tiempos que el monte de la casa de Jehová será establecido por cabecera de montes, y más alto que los collados, y correrán a él los pueblos.

“Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas; porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová” (Isaías 2:2–3; véase también Miqueas 4:1–2).

En esta época la Casa del Señor *se ha establecido* en la cabecera de los montes y los pueblos corren a ella. La palabra del Señor —el Antiguo y el Nuevo Testamento— ha salido de Jerusalén. Ahora la ley sale de Sión. Ustedes son maestros de esa ley.

NO FRACASAREMOS

¡No fracasaremos!

“¿Hasta cuándo pueden permanecer impuras las aguas que corren? ¿Qué poder hay que detenga los cielos? Tan inútil le sería al hombre extender su débil brazo para contener el río Missouri en su curso decretado, o volverlo hacia atrás, como evitar que el Todopoderoso derrame conocimiento desde el cielo sobre la cabeza de los Santos de los Últimos Días” (D. y C. 121:33).

Han pasado 59 años desde que estuve sentado en el acantilado de esa pequeñísima isla del Océano Pacífico y decidí ser maestro. Supe entonces que a un maestro no se le recompensaría con riquezas; su recompensa es mucho más perdurable.

Durante esos años, naciones enteras han surgido y desaparecido mientras el maligno ha hecho su voluntad. He visto ensancharse las fronteras de Sión hasta cubrir toda la tierra (véase D. y C. 82:14; 107:74).

No sé ahora con más certeza que entonces, cuando era un joven soldado sentado en el acantilado de esa minúscula isla, que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, el Unigénito del Padre. Pero hay una diferencia, ahora conozco al Señor.

Testifico de Él e invoco Sus bendiciones para ustedes los que enseñan, que también son padres y madres, abuelos y abuelas, para sus familias, para sus alumnos, para el trabajo que realizan. Los bendigo para que el poder y la inspiración de Él los acompañe para que los que estén bajo su influencia puedan lograr que ese testimonio protector nazca en ellos. E invoco esta bendición sobre ustedes como siervo del Señor y en el nombre de Jesucristo. Amén.

NOTAS

1. Extracto del discurso de Winston Churchill, 20 de agosto de 1940 (Documentos de Churchill).
2. Ver *El curso trazado por la Iglesia en la educación*, por el presidente J. Reuben Clark, Jr., discurso pronunciado el 8 de agosto de 1938 a los directores de Seminarios e Institutos de religión en los cursos de verano de la Universidad Brigham Young, en Aspen Grove, Utah.

“VENIDO DE DIOS COMO MAESTRO”

**POR EL ÉLDER JEFFREY R. HOLLAND
DEL QUÓRUM DE LOS
DOCE APÓSTOLES**

*Liahona, julio de 1998,
págs. 26-28.*

Cuando Nicodemo acudió a Jesús en los primeros días del ministerio del Salvador, habló en nombre de todos nosotros cuando dijo: “Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro” (Juan 3:2).

Cristo fue, por cierto, mucho más que un maestro; Él era el Hijo mismo de Dios, el Santo del plan eterno del Evangelio, el Salvador y el Redentor del mundo.

Sin embargo, Nicodemo estaba empezando de la misma manera que ustedes y yo lo hicimos, de la forma que lo hace cualquier niño, joven, o nuevo converso: al reconocer y responder a un maestro emotivo que nos llega a los sentimientos más profundos del corazón.

LA INSTRUCCIÓN INSPIRADA NUTRE A LOS MIEMBROS

En meses recientes, el presidente Gordon B. Hinckley nos ha exhortado a retener a nuestros miembros en la Iglesia, en especial al nuevo converso. Al extender ese llamado, el Presidente nos hizo presente que para permanecer firmes



en la fe todos necesitamos por lo menos tres cosas: un amigo, una responsabilidad, y el ser nutridos “por la buena palabra de Dios” (Moroni 6:4; ver también *Liahona, julio de 1997, pág. 53*, “Los Conversos y los Hombres Jóvenes”, por el presidente Gordon B. Hinckley).

El apóstol Pablo enseñó:

“Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.

“[Pero] ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído?...

“...*La fe es por el oír*; y el oír, por la palabra de Dios.”
[Romanos 10:13-14, 17; cursiva agregada.]

REVITALIZAR NUESTRA CAPACIDAD DIDÁCTICA

En una época en la que el Profeta está solicitando más fe por medio del oír la palabra de Dios, debemos dar ímpetu a la buena enseñanza y darle un lugar preeminente en la Iglesia, en el hogar, desde el púlpito, en nuestras reuniones administrativas y por cierto en el salón de clases. La enseñanza inspirada jamás debe llegar a ser un arte perdido en la Iglesia, y debemos asegurarnos de que nuestra búsqueda de la misma no se convierta en una tradición perdida.

El presidente Spencer W. Kimball una vez imploró: “Presidentes de estaca, obispos y presidentes de rama: les ruego que tengan un interés especial en mejorar la

calidad de la enseñanza en la Iglesia... Temo que, muy a menudo, muchos de nuestros miembros van a la Iglesia, se sientan durante toda una clase o reunión y regresan a sus hogares [casi sin haber recibido inspiración]. Es muy triste”, dijo él, “cuando esto ocurre en un tiempo de angustia, tentación o crisis. Todos tenemos necesidad de ser conmovidos por el Espíritu y de ser nutridos por él, y la *enseñanza eficaz* es una de las maneras más importantes para que esto suceda. A veces trabajamos incansablemente para traer miembros a la Iglesia pero después no velamos debidamente para ver qué es lo que reciben cuando ingresan en ella”. [The Teachings of Spencer W. Kimball, ed. Edward L. Kimball (1982), pág. 524; cursiva agregada.] En cuanto a este tema, el mismo Presidente Hinckley ha dicho que “La enseñanza eficaz es la esencia misma del liderazgo en la Iglesia”. [Permítanme repetir esas palabras]: La enseñanza eficaz es la esencia misma del liderazgo en la Iglesia. “La vida eterna”, dice él continuó diciendo, “solamente se logrará a medida que a hombres y mujeres se les enseñe con tal eficacia que lleguen a cambiar y corregir sus vidas. No pueden ser obligados a ser rectos o a ir al cielo. Se les debe guiar y eso significa impartir enseñanza” (“How to Be a Teacher When Your Role as a Leader Requires You to Teach”, Gordon B. Hinckley, 5 de febrero de 1969; cursiva agregada).

Entre las últimas palabras que el Salvador dijo a Sus discípulos y entre las primeras que nos dice a nosotros hoy en día, están éstas: “Id, y haced discípulos a todas las naciones... enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:19-20). El Cristo resucitado, poco antes de ascender, dijo a Pedro, el líder apostólico de la Iglesia: “Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas... Sígueme” (Juan 21:15-19).

ENSEÑAR EL EVANGELIO POR EL ESPÍRITU

En todo esto, debemos tener presente que el consejo que el Señor ha dado a la Iglesia nunca ha sido más firme, y es que debemos enseñar el Evangelio “por el Espíritu, sí, el Consolador que fue enviado para enseñar la verdad” (D. y C. 50:14).

Él ha preguntado: ¿enseñamos el Evangelio “por el Espíritu de verdad”, o lo enseñamos “de alguna otra manera? Y si es de alguna otra manera”, amonesta Él, “no es de Dios” (D. y C. 50:14; 17-18). En palabras que hacen eco a otros mandamientos, Él ha dicho: “...si no recibís el Espíritu, no enseñaréis” (D. C. 42:14).

No se puede llevar a cabo ningún aprendizaje eterno sin la motivación del Espíritu de los cielos. En calidad de padres, maestros y líderes, todos debemos hacer frente a nuestras tareas de la misma forma que Moisés le hizo frente a la Tierra Prometida. Ya que sabía que no podía lograr el éxito de ninguna otra manera, Moisés le dijo a

Jehová: “Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí” (Éxodo 33:15).

Eso es lo que nuestros miembros en realidad desean cuando se congregan en una reunión o cuando entran a un aula. La mayoría de la gente no viene a la Iglesia meramente por algunos conceptos nuevos del Evangelio, ni para ver a viejos amigos, aunque ambas cosas son importantes. Viene a buscar una experiencia espiritual. Quiere paz. Quiere que su fe sea fortalecida y renovada su esperanza. En pocas palabras, quiere ser nutrida por la buena palabra de Dios, ser fortalecida por los poderes de los cielos. Aquellos de nosotros que seamos llamados a hablar, enseñar, o dirigir, tenemos la obligación de proporcionar eso, de la mejor manera en que podamos hacerlo. Únicamente podemos hacer eso si nosotros mismos nos estamos esforzando por conocer a Dios, si nosotros mismos continuamente estamos buscando la luz de Su Hijo Unigénito. Luego, si nuestros corazones son rectos, si somos tan limpios como nos es posible serlo, si hemos orado, llorado, preparado y preocupado hasta ya no saber qué más hacer, Dios puede decirnos como le dijo a Alma y a los hijos de Mosíah: “Levanta la cabeza y regocíjate... os daré el éxito” (Alma 8:15; 26:27).

NUTRIENDO CON LA PODEROSA PALABRA DE DIOS

... En tiempos como los nuestros, *todos* necesitamos lo que Mormón llamó “la virtud de la palabra de Dios” porque, dijo, la misma “había surtido un efecto más potente en la mente del pueblo que la espada o cualquier otra cosa que les había acontecido.” [Alma 31:5.] Cuando en nuestra vida surjan crisis – y surgirán – las filosofías de los hombres, entrelazadas con algunas Escrituras y poemas no nos podrán ayudar. ¿Estamos realmente nutriendo a nuestros jóvenes y a nuestros miembros nuevos de tal manera que ello los sostendrá cuando aparezcan las tensiones de la vida? ¿O estamos dándoles un dulce sin calorías – vacío de calorías espirituales? Cierta vez el presidente John Taylor calificó de de “espuma frita” a ese tipo de enseñanza, algo que uno puede comer todo el día y terminar sintiéndose totalmente insatisfecho. [Ver de John Taylor, *The Gospel Kingdom*, sel. por G. Homer Durham (1943), pág. 78.] Durante un crudo invierno, hace varios años, el presidente Boyd K. Packer notó que un buen número de ciervos había muerto de hambre aunque sus estómagos estaban llenos de heno. En un esfuerzo sincero por aliviar la situación, las agencias habían suministrado lo superficial cuando lo sustancial era lo que se necesitaba. Lamentablemente habían *dado de comer* a los ciervos, pero no los habían *nutrido*.

Me encanta lo que el presidente J. Reuben Clark Jr. dijo de nuestros jóvenes en todo el mundo, hace medio siglo. Lo mismo se puede decir de los miembros nuevos. “[Ellos] tienen hambre de las cosas del espíritu”, dijo;

“están ansiosos por aprender el Evangelio, y lo quieren recibir puro y sin diluir...”

“... Ustedes no tienen que ponerse furtivamente detrás [de ellos] y susurrarles religión en los oídos [de ellos]; ... pueden presentar estas verdades abiertamente”. [“El Curso Trazado por la Iglesia en la Educación”, (discurso dado en la Escuela de Verano por la Universidad Brigham Young en Aspen Grove, Utah, 8 de agosto de 1938), págs. 4, 9.]

Satanás ciertamente no es sutil en sus enseñanzas; ¿por qué habríamos de serlo nosotros? Sea que estemos enseñando en casa a nuestros hijos o de pie ante un auditorio en la Iglesia, *nunca* hagamos que nuestra fe sea difícil de detectar. Recuerden, debemos ser maestros “venidos de Dios”. Nunca sembraremos semillas de duda. Evitemos la actuación egoísta y la vanidad. Preparemos bien las lecciones. Presentemos sermones basados en las Escrituras. Enseñemos la doctrina revelada. Demos testimonios sinceros. Oren, practiquen e intenten mejorar. En nuestras reuniones administrativas recordemos que se nos ha mandado “...instruyáis y edificuéis” como dicen las revelaciones, para que esas enseñanzas sean finalmente “de lo alto” (D. y C. 43:8, 16). La Iglesia tendrá lo mejor para ella, y también ustedes, pues como Pablo le dijo a los Romanos: “Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo?” (Romanos 2:21).

EL EJEMPLO DE JEREMÍAS

Un relato memorable en relación con el poder de tal clase de enseñanza proviene de la vida del profeta Jeremías. Ese gran hombre percibía de la misma forma que sienten los maestros, oradores u oficiales de la Iglesia cuando son llamados: sin experiencia, inadecuados, temerosos. “¡Ah! ¡ah Señor Jehová!”, exclamó. “He aquí, no sé hablar, porque soy niño”.

Pero el Señor le aseguró: “No temas delante de ellos: porque contigo estoy... Tú, pues, ciñe tus lomos, levántate y háblales” (Jeremías 1:6, 8, 17).

Así pues, les hablé, pero al principio no con mucho éxito. Las cosas fueron de mal en peor hasta que al final fue encarcelado, convirtiéndose en el escarnio de la

gente. Enojado por haber sido maltratado y escarnecido, Jeremías juró, en efecto, que nunca enseñaría otra lección, ya fuese a un investigador, a un niño de la Primaria, a un converso nuevo, o – el cielo no lo permita – a los jóvenes de quince años. “No me acordaré más [del Señor], ni hablaré más en su nombre” dijo el desanimado profeta. Pero entonces llegó el punto decisivo en la vida de Jeremías. Algo había estado sucediendo con cada testimonio que había compartido, con cada pasaje que había leído, con cada verdad que había enseñado. Había estado pasando algo con lo cual él no había contado. Aunque había jurado cerrar la boca y apartarse de la obra del Señor, se dio cuenta de que podía hacerlo. ¿Por qué? Porque “... la palabra... en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, pero no pude” (ver Jeremías 20:7—9).

TODOS PODEMOS SER MAESTROS “VENIDOS DE DIOS”

Eso es lo que sucede en el Evangelio, tanto al maestro como al que se enseña. Es lo que les sucedió a Nefi y a Lehi cuando, dice el libro de Helamán: “el Santo Espíritu descendió del cielo y entró en sus corazones; y fueron llenos como de fuego, y expresaron palabras maravillosas” (Helamán 5:45). Seguramente debe haber sido esa clase de gozo celestial el que sintió María Magdalena cuando cerca de la Tumba del Jardín inesperadamente vio a su amado Señor, resucitado, y simplemente le dijo “Raboni” que literalmente quiere decir “Maestro” (véase Juan 20:16).

De parte de todos los que hemos recibido enseñanza a todos ustedes que enseñan: gracias, de todo corazón. Que magnifiquemos la experiencia que es enseñar, tanto en el hogar como en la Iglesia, y que mejoremos nuestros esfuerzos dirigidos a edificar e instruir. Que en todas nuestras reuniones y en nuestros mensajes podamos ser nutridos por la buena palabra de Dios. Y que nuestros hijos y nuevos conversos, nuestros vecinos y nuevos amigos, digan de nuestros esfuerzos sinceros: “Tú eres un maestro venido de Dios”. En el nombre sagrado del Maestro de Maestros, Jesucristo. Amén.

TIEMPO DE DESAFÍOS: UN TIEMPO MARAVILLOSO

**POR EL PRESIDENTE
GORDON B. HINCKLEY
PRESIDENTE DE LA IGLESIA**

*Una velada con el presidente
Gordon B. Hinckley, 7 de febrero
de 2003*



Mis queridos hermanos y hermanas, vengo a ustedes con amor, aprecio y respeto. Estoy agradecido por lo que el élder Eyring ha expresado y lo encomiendo a ustedes.

Creo que no es necesario decirles que ustedes tienen una responsabilidad única e importante en esta Iglesia. Les agradecemos a todos su dedicado servicio. Deseo agradecer especialmente a los hermanos en el Instituto, así como a sus colegas, quienes han sido una tremenda ayuda en la administración del Fondo Perpetuo para la Educación.

En esta reunión, ustedes representan varias categorías de maestros: miembros de la plana docente de los tres campus de la universidad Brigham Young, directores y maestros de instituto, y maestros de seminario, tanto de tiempo completo como de tiempo parcial, y los maestros del LDS Business College (Instituto superior de comercio SUD). Pero todos comprometidos en una labor común, la de cultivar en el corazón de los jóvenes amor hacia el Salvador del mundo y el deseo de seguir Sus enseñanzas.

La otra noche asistí a un concierto ofrecido por varios grupos musicales de la universidad Brigham Young. Fue maravilloso; una gran ocasión. La actuación fue formidable y contó con cerca de quinientos participantes, todos estudiantes.

Al contemplarlos, pensé en lo grandiosos que son esos jóvenes; demostraron mucho talento y todos actuaron en perfecta armonía. Luego pensé en que cada uno de ellos es un alumno de ustedes, que aprenden acerca de esta Iglesia, su doctrina, su historia y sus prácticas. Pensé en el gran desafío que ustedes tienen de enseñar de tal manera que no sea sólo para impartir conocimiento, sino, lo que es más importante, para inspirar.

Al mirarlos, me imaginé a los muchos miles más que están bajo el liderazgo de ustedes en los institutos de religión en otras universidades y colegios universitarios en todo el mundo. También pensé en los seminarios que ustedes representan, tanto maestros remunerados, como voluntarios. No creo que haya nada que se le compare en ninguna parte.

¿Se dan cuenta de aquello de lo que forman parte, esta inmensa labor de enseñar religión a los jóvenes de muchas naciones, con tantas lenguas diferentes? En alguna parte

del mundo hay siempre grupos de alumnos que se juntan para aprender del Señor y Su gran obra. Los felicito sinceramente. Les agradezco de todo corazón. Les animo a trabajar un poco más fuerte y ruego por su éxito así como por la satisfacción personal en lo que están haciendo.

Ustedes no tienen idea de los resultados de su servicio, y cuando transcurran los años y sus jóvenes alumnos continúen con sus trabajos, se casen y tengan familias, los recuerdos de lo que aprendieron en seminario o instituto les guiarán en sus decisiones y les motivarán en sus actividades.

Conocí a un hombre que estaba al frente de una institución financiera; su esposa era miembro de la Iglesia y él no, pero cada mañana él se levantaba y llevaba a sus hijos a la clase de seminario matutino. Durante un tiempo se quedaba en el auto para esperarlos. Después, cuando el clima se tornó frío, entraba y se sentaba en la parte posterior del salón. Se sintió intrigado por las lecciones que la maestra voluntaria enseñaba y empezó a hacer por sí mismo lo que ni su esposa había logrado que él hiciera: estudiar el Evangelio. Se bautizó y llegó a ser un miembro fiel y activo de la Iglesia. Hizo una enorme contribución.

USTEDES TIENEN UNA RESPONSABILIDAD MARAVILLOSA, LA CUAL TIENE SUS DESAFÍOS

La tarea que ustedes tienen no es fácil. Una vez yo la desempeñé, y perdónenme si comparto algo personal.

Fui llamado a servir a una misión en las Islas Británicas en 1933 y acababa de terminar mis estudios de bachillerato en la Universidad de Utah; era mayor que la mayoría de los misioneros de hoy.

Muy pocos salían a la misión en aquellos días y la terrible depresión económica afectaba al mundo entero; el dinero era extremadamente escaso. En las Islas Británicas sólo había sesenta y cinco misioneros mientras que hoy tenemos cerca de mil doscientos.

Los dos años que pasé en Inglaterra fueron muy fructíferos en lo referente a mi desarrollo. La mayor parte del tiempo lo pasé en Londres como asistente del presidente de la Misión Europea, quien era miembro del Consejo de los Doce. Cuando fui relevado para regresar a casa, me pidió que me reuniese con la Primera Presidencia para hablarles en cuanto a algunas de las necesidades de las misiones de Europa. Él ya les había escrito para hacerles saber de mi llegada.

El élder John A. Widtsoe previamente había servido como presidente de la Misión Europea y en ese tiempo era el Comisionado de Educación de la Iglesia. Me invitó a que pusiera algo a prueba: me pidió que fuera a la escuela secundaria South High School en Salt Lake City y enseñara seminario después de las clases, cinco días a la semana, por lo que me pagarían \$35 dólares al mes.

Me reuní con la Primera Presidencia y me invitaron a que empezara el trabajo de relaciones públicas en la Iglesia bajo la dirección de un comité de seis miembros del Consejo de los Doce. Por ese trabajo recibiría \$65 dólares al mes, haciendo un total de \$100 dólares cada mes, entre los dos trabajos. ¡A ustedes no se les paga tan poco después de todo!

Considero uno de los logros más grandes de mi vida haber guiado durante el año escolar a toda una clase que iba a nuestro edificio cada tarde después de la escuela. Permanecieron conmigo todo el año; era una responsabilidad agotadora, desafiante y maravillosa. Me dediqué a ella; oré en cuanto a ella; di lo mejor y sentí que era muy gratificante.

Cuando pasó ese año, los hermanos del Sistema Educativo me suplicaron que enseñara seminario a tiempo completo. De igual modo, el comité de los Doce, que tenía un poquito más de autoridad, me pidió que me dedicara de lleno al trabajo. Tenía que escoger, así que escogí irme con los Apóstoles.

He estado en servicio de jornada completa en la Iglesia más tiempo que cualquier hombre que aún viva; también he servido en varias posiciones eclesiásticas regulares, incluso la de presidente de estaca. Ya he sido Autoridad General durante cuarenta y cinco años, y estoy en mi vigésimo segundo año como miembro de la Primera Presidencia y en mi octavo año como Presidente de la Iglesia.

He tenido una larga vida, por lo cual le agradezco profundamente al Señor. He tenido experiencias maravillosas y gratificantes, por lo cual le doy gracias. Siempre estaré agradecido por la experiencia que tuve como maestro de seminario. Siempre estoy agradecido por la oportunidad de servir como presidente de la Mesa General de Educación y en la Dirección de la Universidad Brigham Young, lo que me mantiene en contacto con este programa tan importante. Éstas constituyen mayordomías que son extremadamente importantes, significativas y maravillosamente desafiantes.

Una muestra de la importancia que le damos al programa del Sistema Educativo de la Iglesia es el hecho de que gastamos más de los fondos de diezmos de la Iglesia en este programa que lo que gastamos en el programa misional en todo el mundo, en el programa del Templo e Historia Familiar, o casi cualquier otro programa excepto la construcción y el mantenimiento de los edificios.

En mi juventud fui el beneficiario de la enseñanza diaria del Evangelio. Asistí a la escuela secundaria SUD, una escuela grande aquí en Salt Lake City donde funcionó hasta 1930. Allí tuvimos una plana docente maravillosa y un gran grupo de estudiantes; todos los días teníamos educación religiosa como parte del curso regular de estudios. Nuestro recinto escolar estaba aquí mismo donde están el edificio de las Oficinas Generales de la Iglesia y el edificio de la Sociedad de Socorro.

En aquellos días se llevaba a cabo en Salt Lake City la celebración anual del Día de los Muchachos. Había tres escuelas secundarias en la ciudad: la Este, la Oeste y la SUD. Nosotros, los de la escuela secundaria SUD, marchábamos por la calle principal en un gran desfile en el Día de los Muchachos y mientras lo hacíamos cantábamos con algarabía: “Ratatatá, ratatatá, somos los chicos de instituto; no fumamos, ni tabaco mascamos, y con los que sí lo hacen no nos juntamos”.

Aquellos fueron días felices y maravillosos, con amistades que hasta ahora atesoro.

Desde entonces han pasado muchos años, setenta y cinco para ser exacto, y ¡cómo ha cambiado este mundo! Miro hacia atrás y me doy cuenta de que he vivido durante la primera y la segunda guerra mundial, la guerra de Corea, la de Vietnam, la guerra del golfo, y he visto los sufrimientos causados por el terrorismo. Qué historia tan sangrienta abarcan estos años.

Y qué cambio tan aterrador ha ocurrido en nuestra cultura. Un gran diluvio de sordidez se cierne sobre nosotros. El lenguaje inapropiado que hoy día se escucha en los recintos académicos nuestros labios jamás pronunciaron en los días de mi juventud. La pornografía, con su estimulante y viciosa atracción nos rodea por doquier; tenemos televisión, videos, DVDs, Internet y otros medios que llevan la inmundicia y la maldad a nuestros hogares y a nuestras vidas. Está causando gran daño, y quizá ustedes estén más al tanto de ello que ningún otro grupo que conozca, porque se enfrentan con los resultados todos los días. Ésta es la era del lenguaje de los bajos fondos, del vestir desaliñado y de la conducta descuidada.

ÉSTA ES UNA GENERACIÓN MARAVILLOSA

Al mismo tiempo, éste es el tiempo en el que muchos de nuestros jóvenes muestran fortaleza, capacidad y determinación maravillosas para hacer lo correcto. Cuán maravillosa es la generación con la que ustedes trabajan; nunca hemos tenido una generación que se le iguale en toda la historia de la Iglesia; están mejor educados, conocen más las Escrituras. Creo que oran con una mayor dosis de fe, tienen un mayor deseo de hacer la voluntad del Señor, son más activos en la Iglesia, van al mundo como misioneros mejor preparados y viven para llegar a ser mejores padres. Me parece que los buenos se están volviendo mejores y los malos, peores.

Ellos son sus alumnos; los tienen de ambas clases. El tremendo desafío que ustedes tienen es darles valor, inspiración y fe a los que tengan el deseo de aceptarlo; y tratar, con toda la capacidad que les sea posible poseer, de aferrarse a los que estén sintiendo una gran presión para participar en las actividades que los separarán de ustedes y de los alumnos que sean mejores.

DEBEN ENSEÑAR MORALIDAD

Ustedes tienen un papel difícil; su principal responsabilidad es enseñar la doctrina y la historia, y pienso que lo hacen muy bien. No presumen de ocupar el lugar del obispo ni el de los padres, ni deben hacerlo. Es la responsabilidad primordial de los padres nutrir, cultivar la fe, enseñar a sus hijos los caminos del Señor, criarlos en la verdad y la rectitud. La responsabilidad del obispo es aconsejar a los jóvenes, entrevistarlos, hablarles referente a sus vidas, sus aspiraciones, darles fortaleza para enfrentarse al mundo. Sin embargo, de manera inevitable, deberán enseñar también la moralidad y así edificar en estos jóvenes la fortaleza que los protegerá contra las engañosas tácticas del adversario.

Por supuesto, el pecado no es exclusivo de esta generación; ha estado en el mundo desde que Caín mató a Abel. En un momento, las cosas se tornaron tan malas que el Señor se vio obligado a limpiar la tierra con un diluvio.

A través de la historia, los profetas fueron apedreados y asesinados; el Redentor del mundo fue crucificado; Sus Apóstoles fueron muertos; los reformadores fueron martirizados; José Smith fue muerto a balazos en la cárcel de Carthage. Desde la fundación de la Iglesia, nuestros miembros han sufrido mucho y de diversas maneras. Todo ello como resultado de la obra del adversario.

Pero ahora hay un elemento más astuto en sus esfuerzos. Ya no se quema, no se apedrea, ni se expulsa a la gente de sus hogares, pero existe una invitación sutil y tentadora de abandonar lo bueno, lo hermoso y lo sagrado y volverse hacia los caminos malos, inmundos, sórdidos y adictivos del mundo.

La música y el entretenimiento son parte de esto. Por alguna razón que yo, un hombre viejo, no puedo entender, la música de estos grupos y artistas indecentes está seduciendo y atrayendo a nuestros jóvenes. No tiene melodía, no eleva, no veo belleza en ella, pero nuestros jóvenes se sienten cautivados. Pagan altas sumas de dinero para ir a los conciertos y van por millares. Allí saltan, se desmayan y actúan como animales y son como animales porque responden a sus instintos más bajos.

A menudo a esto le sigue el abuso de las drogas. Una cosa lleva a la otra hasta que se convierten en adictos; no pueden escapar de la esclavitud de las drogas; sus vidas quedan destruidas, excepto los pocos que se dan cuenta de su aprieto y con gran determinación y con la ayuda del Señor rompen el hábito; pero es un proceso doloroso.

La pornografía los atrae; viene en muchas formas y ellos las conocen todas. El sexo llega a ser parte del cuadro total. Muchos de nuestros propios jóvenes quedan atrapados.

Conozco a una jovencita, una hermosa jovencita cuyos padres la enviaron a una de las instituciones de ustedes. Ella

quería irse de casa y los padres estuvieron de acuerdo. El otro día ella regresó para decirle a su madre que estaba encinta. Se derramaron lágrimas y se enardecieron los ánimos; se ofrecieron oraciones suplicantes. A ello le siguió una boda, pero no fue una boda con felicidad; fue tan sólo un acontecimiento que tuvo como fin adaptarse a una situación trágica.

Ésta es una circunstancia que todos ustedes conocen muy bien. ¿Qué pueden hacer? ¿Qué pueden enseñar? ¿Cómo pueden ayudar en la situación desesperada a la que muchos se enfrentan?

ENSEÑENLES A ORAR Y A ANDAR RECTAMENTE

Voy a usar sólo un pasaje de las Escrituras; es la palabra del Señor a los padres, pero también se aplica a ustedes. Él dijo: “Y también enseñarán a sus hijos a orar y a andar rectamente delante del Señor” (D. y C. 68:28).

Creo que este breve mandato comprende las cosas más importantes que hacemos.

Primero, enséñenles a orar, no en un tono de superioridad moral, sino como respuesta a la invitación de nuestro Padre Celestial de dirigirnos a Él, de pedir Su consejo, de darle gracias, de suplicarle fuerza.

Qué hermoso será si les enseñan de tal manera que sepan que la oración es su refugio contra el pecado, una fuente verídica de fortaleza para resistir el mal, la promesa de que recibirán ayuda si la piden.

Enseñenles a orar en la mañana al enfrentarse a las oportunidades, los desafíos y las tentaciones del día. Enseñenles a orar en la noche para dar gracias por la guía, la fuerza y las bendiciones del Altísimo en sus labores. Enseñenles a arrodillarse, a solas, en oración, antes de salir de casa con una persona del sexo opuesto, para que puedan mantener el control de sí mismos, para que se comporten de tal manera que la noche les proporcione una experiencia hermosa y maravillosa y no algo de lo que tengan que lamentarse después. Enseñenles a orar con relación a sus estudios, con respecto a sus amigos, acerca del rumbo que deben tomar en sus vidas, con relación al futuro cónyuge de sus sueños.

Segundo, enséñenles a andar rectamente delante del Señor; enséñenles que hay un ojo que todo lo ve, que nos mira, que conoce nuestro corazón, que conoce nuestros pensamientos, del cual no podemos escondernos. Después de todo, tenemos que vivir con nosotros mismos, con el conocimiento de que ese ojo está siempre presente.

Enseñenles a escoger siempre lo mejor y, al hacerlo, andarán rectamente con su Señor.

No conozco un mejor consejo de las Escrituras que estas pocas palabras que nos exhortan a orar y andar rectamente delante del Señor.

SEAN UN EJEMPLO

Y ustedes, mis queridos hermanos y hermanas que sirven como los maestros de estos jóvenes, no está de más decirles que ustedes deben ser sus ejemplos al orar y andar rectamente delante del Señor.

Espero que supliquen al Señor que les dé fortaleza, habilidad e inspiración al enseñar a los que se sientan ante ustedes para recibir instrucción. Su ejemplo tendrá más peso que todo lo que digan acerca de la historia y la doctrina de la Iglesia.

Permítanles ver en ustedes el dulce fruto de una vida que han vivido según el modelo del Señor; que su matrimonio sea fuerte y sólido, dulce e inspirador; que su posición de padres sea un ejemplo de lo que ellos desean ser en calidad de padres; que en la vida de ustedes haya un tono de alegría; que haya diversión, felicidad, sentido del humor y la habilidad de reír, de vez en cuando, de las cosas divertidas.

Y a ustedes, mis queridos hermanos y hermanas que sirven como maestros de ellos, no es necesario decirles que deben ser ejemplos en orar y en andar rectamente ante el Señor.

Pienso en el viejo poema que tiene tanto significado para sus circunstancias:

*Mark Hopkins sentado al extremo de un madero
y en el otro el muchacho, el muchacho granjero.*

*Mark Hopkins vino como pedagogo
enseñaba como hermano mayor y primero.*

*No me importa lo que él enseñaba,
si su latín era poco y su griego era nada,
pues granjero que soy, el muchacho pensaba,
durante la charla y las pruebas...*

*“La clase de hombre que yo quiero ser
Es el hombre que en Mark puedo ver.”*

(Adaptado al español – en versión libre y no oficial – de la obra de Arthur Guiterman, “Education”, in *Masterpieces of Religious Verse*, ed. James Dalton Morrison [1948], 505.)

Quiéren ver en ustedes cierta clase de compañerismo; quieren saber que ustedes son la clase de personas con las que puedan hablar. Pero, recuerden, ustedes son los maestros; que no haya una familiaridad inapropiada; que el liderazgo preceda a la amistad.

Sus alumnos estarán con ustedes por un corto tiempo. ¿Los recordarán a ustedes y recordarán las cosas que les hayan enseñado?

Todavía recuerdo a muchos de mis maestros de la secundaria: James E. Moss, Arthur Welling, Owen Horsefall, J. R. Smith, Bessie Jones, son sólo algunos de ellos. No recuerdo mucho el tema que enseñaron; en gran medida ya he olvidado la matemática, la historia y las reglas del idio-

ma inglés, pero hay algo indefinible que ha permanecido conmigo todos estos años y que he incrementado al transitar por el largo camino de la vida; tiene que ver con la belleza de la música y el arte, de la literatura, la naturaleza; que siempre me invita a escoger lo recto y lo bueno en la vida.

LLENEN SUS VIDAS CON AMOR Y FELICIDAD

Mis queridos amigos y amigas, que sus vidas estén llenas de amor, de amor hacia Dios a quien pueden acudir para suplicar fortaleza y consuelo; amor por Su querido Hijo a quien pueden conocer como su Redentor, que dio Su vida sin egoísmo de ninguna clase para bendecir a la humanidad; amor por su esposa o esposo y familia, sus posesiones más preciadas; amor por sus alumnos y por la gran oportunidad de ser una influencia en sus vidas.

Que sus vidas estén llenas de felicidad. Ustedes, que hacen de esta enseñanza su profesión, tal vez no tengan todo el dinero que quisieran tener o que pudiesen ganar en otra ocupación, pero ahí no es donde se encuentra la felicidad. La felicidad se encuentra en las cosas pequeñas en las que surtimos un efecto en la vida de los demás y en las que convivimos juntos.

Estamos profundamente agradecidos a todos ustedes, a los que enseñan a tiempo completo y a los muchos que sirven como voluntarios. Siempre vean el lado positivo de las cosas. No tienen que fracasar; no lo están haciendo. Miren a su alrededor; miren a sus alumnos. Ustedes están haciendo el bien, un gran bien. Sigán haciéndolo y regocíjense en el Señor por la oportunidad. Oren y anden rectamente delante del Señor y Él los bendecirá.

Todos han escuchado mi discurso sobre los seis puntos importantes: Sean agradecidos, Sean inteligentes, Sean limpios, Sean verídicos, Sean humildes, Sean dedicados a la oración; y añadido: Sean felices.

Todos tenemos problemas; los enfrentamos todos los días. Cuán agradecido estoy de que tengamos cosas difíciles con que lidiar porque nos mantienen jóvenes, si eso es posible; nos mantienen con ánimo; nos ayudan a seguir adelante; nos mantienen humildes; nos hacen arrodillarnos para pedir al Dios del Cielo que nos ayude a solucionarlos. Sean agradecidos por sus problemas y sepan que de alguna manera habrá una solución.

HÁGANLO LO MÁXIMO DE LO MEJOR QUE PUEDAN

Que los cielos les favorezcan, mis queridos amigos en esta gran obra. Sólo hagan lo máximo de lo mejor que les sea posible, pero asegúrense de que sea lo mejor; luego déjenlo en las manos del Señor.

Al hablarles no he dicho nada profundo, pero les he hablado de aquellas cosas que son las más profundas en la vida,

los grandes valores que son el fundamento de nuestra civilización y que nos brindan felicidad personal, bienestar y progreso eterno.

Ruego que el cielo les bendiga, para que encuentren amor, paz y bondad en sus hogares, y para que encuentren felicidad, un desafío constante y las dulces recompensas

que provienen del dirigir, enseñar y ayudar a los jóvenes de esta gran Iglesia. Ruego que sean inspirados y que sirvan de inspiración para otros en la gran obra por la cual son responsables, lo ruego humildemente al dejarles mi amor y mi bendición, en el sagrado nombre del Señor Jesucristo. Amén.

CÍRCULOS DE EXALTACIÓN

POR EL ÉLDER SPENCER W. KIMBALL

DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

Extractos de un discurso dirigido a los educadores religiosos, 28 de junio de 1968, Universidad, Brigham Young, en Charge to Religious Educators, 3^a. ed. (1994), pág. 42.



Cuando visito las estacas de Sión uso una pizarra para presentar claramente algunas de las cosas que me parecen muy, pero muy importantes. Para la presidencia de la estaca, el sumo consejo y los obispados, dibujo en una serie de círculos, y en el de más arriba escribo “Vida Eterna o Exaltación”. Ésa es nuestra meta suprema para todos, naturalmente.

Siguiendo línea abajo — la senda recta y angosta que lleva a la vida eterna y que pocos hallan — el segundo círculo dice “Matrimonio Eterno”. Ésa es la puerta hacia la exaltación, y el Señor dice a través de Juan: “De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y saltador” (Juan 10:1). De hecho, solamente *hay* una puerta. Todos ustedes lo saben. Espero que estén adoctrinando a cada joven y a cada señorita que viene a su presencia. Solamente una puerta — no hay otra — y ésta es el matrimonio eterno, pues ningún alma atravesará sola los portales de la exaltación. No habrá solteros. Siempre serán dos, y esos dos serán un hombre y una mujer que se amen intensamente y que se hayan ajustado mutuamente en una perfección total: inada menos que eso!

Luego, en la pizarra, generalmente dibujo un tercer círculo y les pregunto a estos líderes cuál de todas las reparticiones que hay en la Iglesia y que hacen la contribución más inmediata e importante para el matrimonio eterno como una meta intermedia hacia la vida eterna — nuestra meta final — será la que mejor llene a este círculo. Es interesante oír sus muchas respuestas. Sugieren todo lo que ustedes puedan imaginar. Mencionan a las organizaciones auxiliares, y hacemos círculos pequeños alrededor del grande para indicar que cada una contribuye. Nombran a la Primaria, la Escuela Dominical, la Sociedad de Socorro, la AMM (asociación de mejoramiento mutuo), el programa de Escultismo, las reuniones del sacerdocio, las reuniones sacramentales, las conferencias — todo lo que ustedes puedan imaginar. Finalmente llegamos a un común acuerdo de que hay algo que tiene el impacto más importante en el matrimonio eterno. Eso, naturalmente, es una misión...

Hacemos otro círculo bajando por este camino recto y angosto que lleva a la vida eterna. Y entonces surge la pregunta: ¿Qué escribirían dentro del siguiente círculo? El de arriba es la exaltación, el segundo es el matrimonio eterno y el tercero es una misión...

...¿Qué pondremos en él? Bien, hay solamente una cosa para poner allí, que no está allí, y es el programa de Seminarios e Institutos. Nunca dejo de dar a este programa ese lugar importante, pues estoy convencido de que los Seminarios e Institutos pueden hacer mucho para conseguir que los jóvenes vayan al campo misional, que alcancen el matrimonio eterno y, finalmente, la exaltación. Ese programa es el medio perfecto en la Iglesia — naturalmente, todos los otros contribuyen enormemente.

INVERSIONES ETERNAS

POR EL PRESIDENTE
HOWARD W. HUNTER

PRESIDENTE DEL QUÓRUM
DE LOS DOCE APÓSTOLES

*Extractos de Una velada con el
presidente Howard W. Hunter, 10
de febrero de 1989*

TRABAJEN PARA LOS
JÓVENES

El presidente Heber J. Grant
una vez dijo:

“No hay tarea en la que cualquiera de nosotros pueda estar comprometido que sea más aceptable a la vista de nuestro Padre Celestial que la de trabajar por los [jóvenes] de la Iglesia de Jesucristo...

“...Hay un adagio que dice: ‘Árbol que crece torcido nunca su tronco endereza’. Ustedes, los que enseñan a nuestros [jóvenes] tienen parte en la tarea de enderezar el tronco....

“No hay dividendo alguno que pueda conseguirse de bonos y acciones, ni de las riquezas del mundo, que se comparen con el sentimiento de satisfacción que se experimenta cuando se ha sido un instrumento en las manos de Dios para ejercer una buena influencia en la formación de otra persona” (Heber J. Grant, *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia*, pág. 221–22).

Ustedes que están reunidos aquí esta noche, son agentes importantes en esta gran obra. Trabajan diariamente para llegar a nuestros jóvenes, y tienen una profunda influencia en ellos. Estoy seguro de que ya han descubierto la veracidad de las palabras del presidente Grant: que no hay dividendo financiero o mundanal de tipo alguno que se compare con la satisfacción que sienten al dar forma a la vida de estos jóvenes para bien. Ustedes están efectuando una gran inversión en estos alumnos y una gran inversión en la fuerza futura de la Iglesia. Un día gozarán de una gran recompensa como resultado de esa inversión: el conocimiento de que ayudaron directamente a la salvación eterna de hombres y mujeres, y en el establecimiento del reino de Dios en la tierra.

ESTUDIEN LAS ESCRITURAS...

Sé que en el trabajo de ustedes hay dificultades y que no toda aula o circunstancia está llena de perfección, pero tengo un secreto para ustedes: tampoco las circunstancias de otros, ni su trabajo en la vida, es perfecto. Cada persona se enfrenta con problemas para ganarse la vida con el sudor de su frente, de manera que si ustedes se enfrentan con algunos problemas, pueden estar seguros de que están muy acompañados. La mayoría de los miembros de la



Iglesia trabaja en un ambiente que no cuenta con el ambiente ideal en el cual ustedes trabajan.

ENSEÑEN A TENER CONFIANZA EN LAS ESCRITURAS

Firmemente los aliento a usar las Escrituras al impartir enseñanza y a hacer todo lo que puedan por ayudar a los alumnos a usarlas y sentirse cómodos con ellas. Me gustaría que nuestros jóvenes tuvieran confianza en las Escrituras, y me gustaría que ustedes interpretaran esa frase de dos formas.

Primero, queremos que los alumnos tengan confianza en la fuerza y verdades de las Escrituras, confianza en que su Padre Celestial realmente les está hablando a través de ellas, y confianza en que pueden escudriñarlas y encontrar respuestas para sus problemas y oraciones. Esa es una clase de confianza que espero puedan dar a sus alumnos, y pueden dársela si diariamente, hora a hora, les muestran que ustedes confían en las Escrituras exactamente de esa manera. Muéstrenles que ustedes mismos tienen confianza en que las Escrituras contienen las respuestas a muchos — ciertamente para la mayoría — de los problemas de la vida. De manera que al enseñar, enseñen basados en las Escrituras.

Obviamente otro significado implicado en la frase “confianza en las Escrituras” es enseñar a los alumnos los libros canónicos de tal forma, que ellos puedan fácilmente encontrar versículos con confianza, que aprendan pasajes claves, sermones y textos esenciales. Tenemos la esperanza de que ninguno de sus alumnos salga del aula con temor, desconcertado o avergonzado por no poder encontrar la ayuda que necesita, debido a que no conoce las Escrituras al punto de localizar los pasajes apropiados. Den a estos jóvenes experiencia suficiente en la Biblia, el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio para que ellos tengan las dos clases de confianza que acabo de mencionar.

A menudo he pensado que nuestros jóvenes serían muy parecidos a otros de afuera de la Iglesia si no establecieran cierto dominio en el manejo de los libros canónicos. Todos ustedes recuerdan los versículos que escribió José, el Profeta, desde su confinamiento en la Cárcel de Carthage. Entre ellos escribió: “porque todavía hay muchos en la tierra, entre todas las sectas, partidos y denominaciones, que son cegados por la sutil astucia de los hombres que acechan para engañar, y no llegan a la verdad sólo porque no saben dónde hallarla” (D. y C. 123:12; cursiva agregada).

Como educadores religiosos tenemos la gran responsabilidad en la Iglesia de asegurarnos de que nuestros miembros, nuestros propios jóvenes, no entren en esa lamentable categoría de ser cegados, de los que aun siendo buenos, refinados, dignos hombres y mujeres jóvenes quedan apartados

de las verdades de las Escrituras porque no saben dónde encontrarlas y porque no poseen confianza en lo que está entre las tapas de sus libros canónicos.

INVITARLOS A VENIR A CRISTO

Permítanme una palabra de advertencia para ustedes. Estoy seguro de que reconocen el peligro latente de tener tanta influencia y ser tan persuasivos, que sus alumnos lleguen a establecer una alianza con ustedes en lugar de hacerlo con el Evangelio. Bien, ése es un problema grande con el que tenemos que luchar; tenemos la esperanza de que todos ustedes sean maestros carismáticos, pero en ello existe un peligro muy real. Es por eso que ustedes deben invitar a sus alumnos a ir, ellos mismos, a las Escrituras no sólo para ustedes darles su interpretación y presentarlas. Es por eso que ustedes deben invitar a los alumnos a sentir el Espíritu del Señor, no sólo darles la interpretación de ustedes. Es con este fin, que ustedes deben invitar a sus alumnos a venir a Cristo, no a quien enseña Su doctrina, no importa cuán hábilmente lo haga. Ustedes no van a estar siempre a disposición de estos alumnos. No pueden tenerlos de la mano después que han salido de la escuela secundaria o de la universidad. Y ustedes no necesitan discípulos personales.

Nuestra gran tarea es hacer que estos alumnos sigan una senda firme que pueda llevarlos a través de la vida, dirigirlos hacia Aquél que los ama y guiarlos a donde ninguno de nosotros lo hará. Por favor asegúrense de que la lealtad de esos jóvenes es con las Escrituras y el Señor y con la doctrina de la Iglesia restaurada. Diríjanlos hacia Dios el Padre y Su Hijo Unigénito, Jesucristo, y hacia los líderes de la Iglesia verdadera. Asegúrense de que cuando el resplandor y el carisma de la personalidad de ustedes, sus disertaciones y el ambiente de las aulas hayan desaparecido, ellos no queden con las manos vacías para hacer frente al mundo. Enséñenles esos dones que los sostendrán cuando se encuentren solos. Al hacer esto, la Iglesia, al igual que las futuras generaciones, será bendecida.

METAN LA HOZ DEL ESTUDIO...

... Debemos tener una Iglesia llena de mujeres y hombres que conozcan a fondo las Escrituras, que tengan anotaciones estableciendo referencias cruzadas y que las marquen, que desarrollen lecciones y discursos basados en la Guía para el Estudio de las Escrituras; que dominen el librito de cronología, mapas y fotografías de la historia de la Iglesia, y otras ayudas que están contenidas en este maravilloso conjunto de libros canónicos. Allí, obviamente, hay mucho más de lo que podemos dominar rápidamente. Ciertamente el campo de las Escrituras está “blanco ya para la siega”. Necesitamos maestros del SEI que metan sus hoces con toda su fuerza y cosechen lo que allí se ofrece tan abundantemente.

No en esta dispensación, ciertamente no en *ninguna otra*, las Escrituras — la luz perdurable, esclarecedora de la palabra de Dios — han estado tan disponibles y estructuradas tan útilmente para el uso de todo hombre, mujer y niño que las escudriñe. La palabra de Dios, escrita, se encuentra en la forma más accesible jamás provista para los miembros en la historia del mundo. Sin ninguna duda seremos responsables si no las leemos, y también serán responsables, como maestros profesionales, si no enseñan a sus alumnos a confiar en ellas...

ENSEÑEN CON EL ESPÍRITU

... También deseo animarlos a prepararse y vivir de tal forma que tengan el Espíritu del Señor en lo que enseñen. En nuestro mundo hay tanto que destruye el sentimiento del Espíritu y tanto que puede impedirnos tenerlo con nosotros, que tenemos necesidad de hacer todo lo que podamos por el bienestar de estos jóvenes, que son asaltados y acorralados por el mundo que los rodea. Tenemos que hacer todo lo posible para permitirles sentir la presencia dulce y reconfortante del Espíritu del Señor. Sus aulas son santuarios semanales donde ellos deberían poder encontrar esto, cada día de la semana.

En una de las revelaciones más fundamentales de esta dispensación, el Señor dijo: “Y se os dará el Espíritu por la oración de fe; y si no recibís el Espíritu, no enseñaréis” (D. y C. 42:14).

Yo interpreto este versículo como indicando que no sólo *no deberíamos* enseñar sin el Espíritu, sino también que realmente *no podemos* enseñar sin él. El aprendizaje de las cosas espirituales sencillamente no se produce sin la presencia ratificadora e instructiva del Espíritu del Señor. José Smith parecía estar de acuerdo con esto: “Todos deben predicar el evangelio por el poder y la influencia del Espíritu Santo; y ningún hombre puede predicar el evangelio sin el Espíritu Santo” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 131).

Permítanme ofrecer una palabra de advertencia sobre este tema. Creo que si no somos cuidadosos como maestros profesionales trabajando en el aula cada día, podemos comenzar a intentar simular la verdadera influencia del Espíritu del Señor con medios indignos y falseados. Me preocupa cuando parece que la emoción o las lágrimas que corren libremente igualan a la presencia del Espíritu. Ciertamente el Espíritu del Señor puede producir sentimientos emocionales fuertes, incluyendo las lágrimas, pero esa manifestación externa no debe ser confundida con la presencia del Espíritu mismo.

He observado a un gran número de mis hermanos a través de los años y hemos compartido algunas experiencias espirituales inenarrables y poco frecuentes. Esas experiencias han sido todas diferentes, cada una especial en su propia manera, y esos momentos sagrados pueden o no ser acompañados

por las lágrimas. Muy a menudo lo son, pero a veces son acompañados por el silencio total. Otras veces son acompañados por gozo. Siempre son acompañados de una gran manifestación de la verdad, de la revelación al corazón.

Den a los alumnos la verdad del Evangelio enseñada con poder; ésta es la forma de darles experiencia espiritual. Dejen que venga naturalmente y como sea, tal vez con el derramamiento de lágrimas, pero tal vez no. Si lo que ustedes dicen es la verdad, y la dicen puramente y con convicción sincera, los alumnos sentirán el espíritu de la verdad que está siendo enseñada y reconocerán que la inspiración y revelación ha venido a sus corazones. En esa forma es como edificamos la fe. Así es como fortalecemos los testimonios: con el poder de la palabra de Dios enseñada en pureza y con convicción.

Presten atención a la verdad, oigan la doctrina y permitan que la manifestación del Espíritu venga como puede venir en sus muchas y variadas formas. Permanezcan con principios sólidos; enseñen con un corazón puro. Entonces el Espíritu penetrará en sus mentes y corazones y en la mente y corazón de cada uno de sus alumnos.

LLEGUEN A CADA INDIVIDUO

Permítanme animarlos a pensar en los alumnos a los que enseñan, y a tratar de llegar a ellos a nivel individual. Aunque trabajo con unidades grandes como son las estacas, regiones y áreas de la Iglesia, constantemente me recuerdo a mí mismo que esas unidades están formadas por personas, individuos con problemas, esperanzas y sueños individuales. Ustedes tienen grupos numerosos. Tienen que hacer preparativos y corregir exámenes. Los números pueden ser a veces abrumadores, pero ustedes deben recordar que están enseñando — y tratando de llegar — a cada alumno individualmente.

Siempre he sentido que el Señor nos trata personal e individualmente. En la Iglesia hacemos muchas cosas como grupo, y necesitamos organizaciones de determinado volumen para permitirnos administrar bien, pero muchas de las cosas importantes — las cosas *más* importantes — se hacen individualmente. Bendecimos a los bebés uno a la vez, aunque sean mellizos o trillizos. Bautizamos y confirmamos a los niños de uno en uno. Tomamos la Santa Cena, somos ordenados al sacerdocio, o recibimos las ordenanzas del templo como individuos, como una persona que desarrolla una relación con nuestro Padre Celestial. Puede haber otras personas muy cerca de nosotros durante esas experiencias, tal como hay otros en las aulas; pero el énfasis del cielo recae sobre cada individuo, sobre cada persona.

Cuando Cristo se apareció a los nefitas, dijo:

“Levantaos y venid a mí, para que metáis vuestras manos en mi costado, y para que también palpéis las marcas de los clavos en mis manos y en mis pies...”

“Y aconteció que los de la multitud se adelantaron y metieron las manos en su costado, y palparon las marcas de los clavos en sus manos y en sus pies; y esto hicieron, *yendo uno por uno*, hasta que todos hubieron llegado; y *vieron con los ojos y palparon con las manos*, y supieron con certeza, y dieron testimonio” (3 Nefi 11:14-15; cursiva agregada).

Esa experiencia requirió tiempo, pero era importante que cada individuo tuviera la experiencia, que cada par de ojos y cada par de manos tuviera ese testimonio *personal* y seguro. Luego, Cristo trató a los niños nefitas exactamente de la misma forma.

“Tomó a sus niños pequeños, *uno por uno*, y los bendijo, y rogó al Padre por ellos” (3 Nefi 17:21; cursiva agregada).

Será difícil para ustedes dar toda la atención personal a algunos de sus alumnos que tengan problemas o necesidades, pero traten, de la mejor forma que les sea posible, de pensar en ellos individualmente y en hacerles sentir algo personal y especial en el interés de ustedes, su maestro. Oren para saber qué alumno necesita algo y qué es lo que necesita, y manténganse sensibles a esos susurros cuando vengan.

No caigan en la trampa en la que a veces algunos de nosotros caemos, de dirigir las preguntas siempre a los que están más preparados, dispuestos y ansiosos por dar la respuesta adecuada. Busquen y pregunten a los que vacilan, a los tímidos y a los que se retiran, quizás, turbados en el espíritu. Si dar la palabra a una persona así, en el transcurso de la clase, no es lo mejor que se puede hacer — y en algunos casos bien podría no serlo — entonces busquen un buen motivo para hablarle antes o después de la hora de clase, en el corredor o, mejor aún, en la oficina de ustedes. Recuerden que la mejor manera de enseñar es uno a uno, y algunas veces eso ocurre fuera del aula.

La demanda del tiempo que ustedes tienen es grande. No podrán hacer esto tanto como quisieran, pero piensen en ello. Manténganlo en la primera línea de la mente. Estén atentos para encontrar la primera oportunidad de finalmente influir personalmente en cada uno durante el transcurso del tiempo en que son maestros. No deben asumir la actitud de hacer cálculos al respecto, como si sus alumnos estuvieran en una lista de prendas para la lavandería y en la que hay que ir marcando a cada una, sino que ustedes pueden ser algo sistemáticos para recordar a quiénes dan asignaciones, a quiénes piden las oraciones o les dan la palabra. Vean cómo pueden llegar individualmente a cada alumno de modo más eficaz.

En su búsqueda para impartir enseñanza individual a cada alumno, es casi seguro que descubrirán que algunos no andan tan bien como otros y que algunos ni siquiera van a clase. Interésense personalmente en ellos; pongan esfuerzo extra para invitar y ayudar a la oveja perdida para que vuelva al redil. “Recordad que el valor de las almas es

grande a la vista de Dios” (D. y C. 18:10). Nuestro Salvador pagó un precio incalculable por cada uno de nosotros y es nuestra responsabilidad hacer todo lo que podamos para cooperar con Él en Su obra. Tenemos que asegurarnos de que el don de la Expiación se extiende a cada uno de los jóvenes por los que tenemos responsabilidad. En el caso de ustedes, eso significa mantenerlos (a ellos) en plena actividad en sus clases.

Presten atención especial a aquellos que puedan estar luchando, y vayan, tal como sea necesario, a encontrar la oveja perdida. Una postal, una llamada telefónica, o, si es posible, una visita personal a un hogar, en muchos casos tendrá resultados maravillosos. La atención personal a una persona joven que apenas está comenzando a perderse, puede ahorrar horas y horas — ciertamente, años y años — de esfuerzo posterior en nuestro intento de llevar de nuevo a esa persona al camino de la actividad. Hagan todo lo que puedan para fortalecer a los fuertes y para volver a anclar a los que se hayan desviado en esa época de sus vidas. Más tarde será infinitamente más difícil el alcanzarlos con éxito.

“VIVAN SEGÚN LO QUE ENSEÑEN”

Permítanme terminar estos consejos con una amonestación en cuanto a representar en sus propias vidas lo que están tratando de enseñar que otros tengan en las suyas.

El presidente Ezra Taft Benson dijo a este mismo grupo hace más de una década:

“Es responsabilidad de ustedes vivir según lo que enseñen. Sean coherentes con el mensaje que declaran a sus alumnos. La mayoría de ustedes ha aportado fuertes ejemplos dignos de elogio de lo que debe ser la vida y el hogar de un Santo de los Últimos Días. ¡Cuántos alumnos han sido inducidos a decisiones correctas por causa de los ejemplos de sus maestros de los Seminarios e Institutos!...

“... Como maestros, ustedes necesitan preguntarse: ‘¿Cómo querría el Salvador que me presentara delante de otras personas? ¿Cómo desearía Él que yo actuara?’...

“Reiteradamente se les ha aconsejado ‘vivir en el mundo, pero no ser del mundo.’... Vivan de acuerdo a los convenios que hicieron en el templo” (“The Gospel Teacher and His Message” [discurso dirigido a los educadores de la Iglesia, 17 de set. de 1976], págs. 12, 14-15; ver también *Charge to Religious Educators*, 2^a. ed. [1982], págs. 52-53).

Nuestros jóvenes necesitan grandes ejemplos vivientes, héroes religiosos y morales, que ante ellos desplieguen un conjunto de normas de conducta y les muestren la gracia y la belleza de una vida digna.

HOMBRES EJEMPLARES

POR EL PRESIDENTE SPENCER W. KIMBALL PRESIDENTE DE LA IGLESIA

Extractos de un discurso dirigido a los educadores de la Iglesia, 12 de setiembre de 1975, págs. 1-7, 10-11; ver también Charge to Religious Educators, 3^a edición (1994), págs. 23-27.

Me gustaría hablarles específicamente en relación al desafío que tienen y a su cargo como maestros de los jóvenes...

... Algunos de ustedes han estado trabajando durante suficiente tiempo para recordar que hace casi una década hablé al cuerpo docente de Seminarios e Institutos en las clases de verano en la Universidad Brigham Young. En aquella ocasión dirigí mis comentarios al tema “Lo que espero que enseñen a mis nietos”. En aquel entonces yo tenía veintisiete nietos. Calculaba que durante los siguientes veinticuatro años habría hasta doce de estos niños preciosos bajo



la capacitación que ustedes imparten cada año, y que colectivamente ellos pasarían hasta 152 años en sus aulas y bajo la tutela de ustedes. También mencioné que esperaba por lo menos treinta y siete años de servicio misional de parte de ellos. Sentía interés en los hombres que serían empleados durante el siguiente cuarto de siglo. Quería que éstos fueran hombres de valor y fe, de empuje y valentía — hombres ejemplares.

Pedí entonces que a esos nietos se les enseñara la honradez, la lealtad, la humildad y el sentido de la responsabilidad. Expresé el deseo de que se les enseñara a evitar el fanatismo y las modas. Pedí a aquellos maestros que ayudaran a estos jóvenes a ponerse toda la armadura de Dios enseñándoles a conocer, amar y usar las Escrituras. Pedí que estos alumnos estuvieran seriamente dedicados a la lectura de las Escrituras. Las bendiciones que vienen por sumergirnos en las Escrituras son muchas. La distancia entre nuestro Padre Celestial y nosotros disminuye. Nuestra espiritualidad adquiere más brillo. Amamos más intensamente a aquellos a quienes debemos amar. Es mucho más fácil seguir consejos. Las lecciones de la vida se aprenden más rápidamente y con más certeza.

Conocer a los patriarcas y profetas de la antigüedad, su fidelidad bajo la presión, tentación y persecución, sirve para fortalecer las resoluciones de los jóvenes. A lo largo de las Escrituras se han relatado las debilidades y la fuerza del hombre, y las recompensas y castigos aparecen registrados en ellas. Ciertamente uno tendría que estar ciego para no aprender a vivir la vida en forma apropiada tras leer lo que se ha escrito. El Señor dijo: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Él era el mismo Señor y Maestro en cuya vida encontramos toda clase de bondad, todos los dones que deberíamos desarrollar en nuestras propias vidas.

Yo esperaba que estos 152 años – y un posible consiguiente milenio para mi posteridad — de entrenamiento fueran un suplemento a la capacitación recibida de sus padres, que brindara una hermosa normalidad en la vida de los de mi posteridad y de todos los demás — un bien equilibrado acercamiento a la vida. Conociendo la tendencia de la mayoría de la gente joven de ser admiradores de un héroe, yo quería que ustedes, como maestros de ellos, calificaran como merecedores de esa admiración la cual es casi adoración. Yo quería que ellos tuvieran vidas plenas, hermosas, según el modelo de la imagen ideal de la familia eterna. Esto lo aprenderían un poco de lo que ustedes les dirían, pero mucho más de lo que ustedes les mostrarían. Consecuentemente, yo esperaba que la imagen que quedara impresa durante estas quince décadas de aprendizaje se acercara a lo ideal. Esto me llevaría a esperar honor, integridad, pureza, positivismo y fe por parte de nuestros instructores de religión. Y así como cada día es un nuevo comienzo, así esperaba yo que los maestros se presentaran ante esos jóvenes como personas felices, positivas, bien presentados, bien vestidos; como provenientes de hogares donde la paz y el amor han dejado una influencia vibrante, cálida. Yo quería que ellos sintiesen que su maestro esa misma mañana había salido de un hogar amoroso donde reina la paz y el amor tiene su trono. Esto aún es parte del desafío que ustedes afrontan, hombres y mujeres maravillosos que trabajan en nuestro programa de educación religiosa durante la semana.

Ciertamente, la misión de todos los educadores religiosos en el Sistema Educativo de la Iglesia es ayudar a los padres a criar a sus hijos para que sean jóvenes rectos Santos de los Últimos Días, deseosos y capaces de servir eficientemente en el reino de Dios. Ésta es su responsabilidad. Para desempeñar bien su parte, es sabio recordar con Oliver Wendell Holmes que “para llegar a un puerto, debemos navegar, a veces con el viento, y a veces en contra de él; pero debemos navegar y no ir a la deriva, ni anclar”. Ustedes tienen que prestar oído a esta amonestación de hacerse cargo de sus propias vidas.

Ahora tengo veintisiete nietos y dieciséis bisnietos, con la probabilidad de cientos más de posteridad. Con el crecimiento de mi familia y el crecimiento de otras familias también, su horizonte de influencia y la autonomía de contacto han sido grandemente magnificados. Nuestro programa de Seminarios e Institutos ahora se extiende para ayudar a los padres en más de cincuenta países. Esa es una gran bendición, una gran oportunidad y una gran responsabilidad, pues sabemos por revelación que el hogar, con una familia estrechamente unida, es la salvación para la humanidad. La vida del hogar y la guía de los padres son el remedio para todos los males, la cura para todas las enfermedades, la solución para todos los problemas.

Con respecto a este tema, una de las declaraciones en los escritos sagrados más profundas y que más hacen reflexionar se halla en la instrucción de Pablo a los cónyuges en relación a su deber mutuo y para con sus familias. Primero manda a las mujeres:

“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor” (Efesios 5:22).

“Como al Señor” “Como al Señor, estén sujetas a sus propios maridos”, dice. “Como al Señor”. ¿Pueden imaginar eso? ¿Significa algo para ustedes al escuchar el consejo del Señor, hacer su voluntad, seguir sus preceptos, servirlo fielmente?

“Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia...” (Efesios 5:23).

¿Pueden hallar ustedes en todas las Santas Escrituras algo que indique que el Señor Jesucristo le falló a Su Iglesia? ¿Pueden encontrar algún pasaje que diga que fue infiel a Su pueblo, a Sus semejantes, amigos o asociados? ¿Fue fiel? ¿Fue verídico? ¿Hay algo digno y bueno que Él no haya dado? Luego, eso es lo que pedimos — lo que Él pide a un esposo, a cada esposo. Ésa es la meta. ¿Pueden pensar en alguna única excepción en Su gran vida? No la debe haber en la de ustedes tampoco.

“Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo” (Efesios 5:24).

En nuestros días hay muchos conceptos erróneos, muchos errores, que están deslizándose en los pensamientos de un gran número de personas. Esperamos que ustedes, hermanas, encabecen la marcha; que dirijan la procesión de mujeres que comprenden las grandes oportunidades que puede haber, las grandes responsabilidades. Porque oportunidad y responsabilidad van mano a mano. Esto no es ni una broma en vano, ni un asunto jocoso. En las palabras de Pablo, “como al Señor”, se dice mucho. Permitan que ello penetre profundamente en sus corazones. La mujer no tiene necesidad de temer que se la obligue o quedar sujeta a medidas dictatoriales, o demandas impropias, si el marido es considerado, generoso y digno. Uno

se inclina a pensar que ninguna mujer inteligente vacilaría en sujetarse a su propio y justo marido en todo; mas a veces quedamos sorprendidos al ver a la esposa tomar la dirección, asignando a alguien para orar, indicando el lugar en el cual se debe estar y las cosas que hay que hacer.

Se manda a los maridos:

“...amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Efesios 5:25).

Hay un pasaje de las Escrituras que dice: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13). Su esposa es su amiga. Ustedes deberían llegar hasta el punto de dar sus vidas por ellas si esa necesidad surgiera. ¿Darían sus vidas por ellas?

Tienen que preguntarse: “¿Puedo amar a mi esposa como Cristo ha amado a la Iglesia?” ¿Pueden pensar cuánto amó Él a la Iglesia? El mismo aliento de ella era importante para Él. Su crecimiento y cada uno de sus integrantes, eran preciosos para Él. Él dio a aquellas personas toda Su energía, todo Su poder, todo Su interés. Dio Su vida — ¿y qué más puede dar uno? Voluntariamente, Él dio Su vida. Dijo: “No tengo que hacerlo”.

A Pedro le dijo: “Yo podría llamar a doce legiones de ángeles; no tienes necesidad de sacar tu espada. No podrías defenderme de manera alguna. Pero yo podría llamar a doce legiones de ángeles, y ellos me protegerían, mas voy a dar mi vida. La doy por mi pueblo” (véase Mateo 26:52—54). Él dio esa vida preciosa: la vida más preciosa que ha existido sobre esta tierra!

Cuando el esposo esté listo para tratar a su familia de esa manera, no solo la esposa sino también sus hijos responderán a su liderazgo ejemplar y amoroso. Vendrá automáticamente. No tendrá necesidad de demandarlo; sucederá porque los suyos querrán hacer lo que entienden que es necesario y correcto.

Ciertamente, si los padres tienen que ser respetados, deben merecer el respeto. Si tienen que ser amados, deben ser coherentes, dignos de ser queridos, comprensivos y bondadosos: y deben honrar su sacerdocio. Deben verse a sí mismos como los afortunados encargados de preciosos hijos espirituales que Dios ha confiado a su cuidado.

¡Cuán gran incentivo tiene una madre para honrar y magnificar a su digno marido en la estima de los hijos, al darse cuenta de que ello contribuye a la vida bien equilibrada de éstos! ¡Y cuán gran incentivo tiene el padre para elevarse a su mayor estatura espiritual como para merecer el amor y respeto de todos los integrantes de la familia!

Y así es que les rogamos, padres, que regresen a sus pequeños reinos y, con bondad, justicia, disciplina adecuada y amor, inspiren a su familia. Suplicamos a las madres que ayuden a crear esa feliz relación familiar. Deseamos que nuestro pueblo fortalezca a sus familias de acuerdo con el

modelo dado por Abraham. Tenemos que preparar todo en nuestras casas para servir más allá de nuestros hogares a medida que los llamamientos y oportunidades llegan para lograr hacer un verdadero impacto en el mundo. El mundo quiere y necesita lo que nosotros tenemos. En la hermosa oración del hermano Holland, él mencionó el hambre en el mundo — hambre no de pan, no de las cosas necesarias comunes, sino hambre de la palabra del Señor; y ustedes son guardias del pan de vida, lo llevan a sus familias para que ellas puedan compartirlo con la gente del mundo.

Nosotros constantemente nos esforzamos por reiterar ante los padres en la Iglesia que es responsabilidad primordial de ellos criar a sus hijos en fe, y enseñarles principios correctos de vida. Pero debemos ser realistas, pues muchos padres fracasan, en distintos grados, en entrenar adecuadamente a sus hijos. Por lo tanto, todas las demás organizaciones dedicadas a hacer el bien deben tomar cuidadosamente la antorcha caída. Entre los más eficientes portadores de antorchas en la Iglesia, están aquéllos que enseñan en los Seminarios e Institutos y otros que enseñan religión en nuestras universidades y escuelas de la Iglesia. Para muchos jóvenes, ustedes, sus maestros, y sus encantadoras esposas, constituyen uno de los mejores modelos de la vida hogareña ideal. Espero que cada uno de ustedes se esté esforzando por ser el esposo y padre perfecto, con adecuado control de sí mismo y con relaciones familiares llenas de amor, para que sus alumnos vean en ustedes y en sus familias el ideal según el cual moldear sus vidas.

En los círculos políticos se suele oír decir: “tal como va el estado de Maine, va toda la nación”. Así como ustedes van, van ellos: los hijos, la juventud de Sión. Es mi deseo que nuestra juventud escoja bien a sus compañeros y a sus amigos, y aún más cuando comienzan a cortejar, parcialmente porque ven en su amado instructor o director todas las cualidades que conforman lo ideal. Ellos deberían ver a una esposa y madre inteligente y bien equilibrada que apoya a su marido y hace su parte por establecer la relación casi perfecta de marido-mujer. Espero que estos jóvenes vean a sus instructores contribuyendo sabiamente a la vida comunitaria como ciudadanos dignos y felices, y a la Iglesia como líderes devotos, confiables y eficientes. Espero que ellos los amen pues aquellos a quienes amamos, servimos. “¿Cómo encuentro a la esposa adecuada?” se me pregunta frecuentemente en los grupos de misioneros que comienzan a pensar en esa dirección. Mi respuesta siempre es: “Encuentren una como la mía, y entonces todo estará bien”. Espero que ustedes se sientan de la misma forma con respecto a su esposa.

Espero que la confianza de los jóvenes en ustedes crezca a tal nivel que ellos no vacilen en compartir con ustedes sus perplejidades. Aunque son maestros de religión y

profesores, ustedes no tienen autoridad eclesiástica y no son jueces comunes, pero pueden ser la primera línea de acercamiento. Su consejo sabio podría ayudarlos a resolver algunos de sus problemas, y ustedes, naturalmente, los dirigirán a sus obispos para tener las soluciones que están bajo el dominio del obispo.

Espero que ustedes sean esa clase de roca sólida para que ellos puedan recibir de ustedes la fuerza que pueda servirles de freno en las dificultades. La medicina preventiva es mejor que la de rehabilitación, aunque las dos son necesarias. Espero que ustedes puedan fortalecerlos contra el pecado. El pecado es todavía pecado, y está en el mundo en creciente proporción. La función principal de ustedes es, tal vez, reforzar las defensas de ellos contra el pecado. El obispo es quien los ayuda en el proceso curativo si es que cometen una falta y se sueltan de sus sólidos lazos.

En los hogares de ustedes se deben evitar las peleas y las fricciones. Se deben evitar, no sea que lleven a las aulas ese veneno contaminante. Sus alumnos no merecen sufrir por causa de los problemas de ustedes. Naturalmente, ustedes harán todo lo que enseñen a hacer a sus alumnos: ayunar, dar testimonio, pagar el diezmo, asistir a las reuniones de la Iglesia, ir al templo en el momento debido, santificar el día de reposo, servir en la Iglesia sin quejarse, tener las noches de hogar y las oraciones familiares, mantenerse solventes, ser honestos y llenos de integridad. Y recalco las palabras: *solventes, honestos y llenos de integridad*. Son palabras muy significativas. El ejemplo es mejor que el precepto no acompañado por la acción personal, lo cual es como “metal que resuena y címbalo que retiñe”.

Sus alumnos tienen derecho a esperar años de espiritualidad firme en la enseñanza eficaz que ustedes impartan. Cuanto más experiencia ustedes vayan adquiriendo, tanto mejor será la instrucción. Manténganse espiritualmente a tono para que su intelecto permanezca fuerte y receptivo a la verdad.

He dicho antes que nuestros jóvenes nunca deberían ser enseñados por mercenarios. Ninguno de ustedes debería estar enseñando en este programa meramente como una ocupación. Si es así, posiblemente encuentren otros lugares donde podrían ganar lo mismo. Pero si su salario es secundario y su “obsesión magnífica y grande” es nuestros hijos y su crecimiento y desarrollo, entonces me sentiría contento de tenerlos enseñando en Nueva York, o Michigan, o Wisconsin, Utah o California o en otros lugares donde se encuentre mi posteridad y la de ustedes...

La generación venidera también debe ser nutrida en su fe en Jesucristo al punto de tener el poder de elevarse por encima del egoísmo de la sociedad. El egoísmo da

golpes mortales en la raíz del carácter verdadero. El fracaso, en el sentido eterno de la palabra, está casi siempre asociado al egoísmo. Para que los jóvenes de la Iglesia cumplan adecuadamente su misión en la vida, se les debe enseñar a vencer el egoísmo. Eso lo pueden hacer los padres, y ustedes pueden ayudarlos en la tarea. Entender la obra y misión de nuestro Señor, tal como se enseña en las Escrituras, nos ayuda a desarrollar el deseo de servir generosamente.

Éste, entonces, es nuestro programa. Éste es el programa de ustedes. Ustedes han aceptado la responsabilidad y serán juzgados por la forma en la que lleven a cabo esta gran responsabilidad: la de reafirmar y audazmente llevar adelante la obra de Dios en pureza y rectitud, para llevar el Evangelio de verdad al mundo: a toda nación, reino, lengua y pueblo. A fin de hacer esto, necesitamos jóvenes y familias fuertes.

Como educadores en el campo de la religión, ustedes se encuentran en una posición clave para hacer mucho para ayudar en esta gran obra. Apreciamos todo lo que han hecho y lo que están haciendo. Los invitamos, tal como estamos invitando a otros en diferentes planos, a hacer más todavía. Prepárense para hacer aún más y para hacerlo mejor. Hagan que el desempeño de calidad sea una meta; busquen el Espíritu del Señor; estudien las Escrituras; trabajen en unidad; permanezcan asidos a los fundamentos a fin de que lo que enseñen sea la verdad; den fuerza a sus lecciones haciéndolas sencillas; amen a sus alumnos y guíenlos con la luz de sus propios testimonios; sean humildes y vivan el Evangelio en sus hogares y en sus propias vidas para que aquellos a quienes enseñan hagan lo mismo.

Les doy testimonio, mis hermanos y hermanas, de que ésta es la obra del Señor. No estamos desperdiciando nuestro tiempo al dedicarnos a ella. Éste es el programa del Señor; la juventud de Sión los necesita; claman por ustedes, y ustedes deben proporcionarles la fuerza que de ustedes puede emanar. Ayúdenlos a afirmar sus testimonios; ustedes no están muy interesados en lo secular; están sumamente interesados en lo espiritual. Vean que ellos tengan el material y las oportunidades de desarrollar sus testimonios, pues el testimonio es la esencia de la vida espiritual. Que Dios los bendiga al volver a sus grupos y que ustedes puedan llevarlos al conocimiento de la obra del Señor. El Señor está revelando; Él está llevando adelante Su obra; Él está inspirando a las Autoridades Generales a medida que enseñan el Evangelio verdadero. Que ésa también sea su situación feliz, ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.

EL MAESTRO DEL EVANGELIO Y SU MENSAJE

POR EL PRESIDENTE
EZRA TAFT BENSON

PRESIDENTE DEL QUÓRUM
DE LOS DOCE APÓSTOLES

Extractos de un discurso dirigido a los educadores de la Iglesia, 17 de septiembre de 1976, págs. 1–8, 12–16.

Esta noche deseo hablar del tema “El Maestro del Evangelio y Su Mensaje”. Al hacerlo, no hablo solamente al maestro que enseña en el aula, sino que hablo a sus asociados, pues todos ustedes trabajan como equipo. A menos que ustedes y sus cónyuges estén unidos en propósito, dedicación y lealtad, no tendrán éxito en el grado que de otro modo podrían...



PREPÁRENSE ESPIRITUALMENTE

Su primera responsabilidad como maestros en el Evangelio es prepararse espiritualmente. Todos fueron entrevistados por una Autoridad General cuando solicitaron empleo en el Sistema Educativo de la Iglesia. Entiendo que a la mayoría se le preguntó si poseen un testimonio: del llamamiento de José Smith y de la divinidad de Jesucristo. En las palabras del difunto presidente J. Reuben Clark, esto es “el primer requisito que un maestro debe tener para enseñar [el Evangelio]... Un maestro que no posea un verdadero testimonio... de la condición de Jesús como Hijo y como Mesías, y de la divina misión de José Smith, incluso de la primera visión, en toda su verdad, no debe tener cabida en el sistema educativo de la Iglesia” (“El Curso Trazado por la Iglesia en la Educación”, Discurso dirigido al personal de Seminarios e Institutos, Aspen Grove, 8 de agosto de 1938, pág. 7). Damos por sentado que cada uno de ustedes, sin equivocación alguna, posee tal testimonio; de otro modo, ustedes están actuando de manera deshonesta y la enseñanza que imparten es una farsa: una apariencia.

“La mera posesión de un testimonio”, declaró el presidente Clark, “no es suficiente. Además de esto, deben poseer... valor moral. Pues declarar el testimonio ante la falta de valor moral, servirá solamente para que llegue a los alumnos solamente de forma tal débil que será difícil, si es que no resulta imposible, detectarlo...” (Ibid).

Confiamos en que ustedes hacen esto en el cumplimiento de su misión; no obstante, esto representa solamente un requisito básico. Más allá de esto — para parafrasear al Maestro de Maestros — les diríamos “Maestro, icúrate a ti mismo!”, o, como Él dijo en otra ocasión a Su principal

apóstol: “...una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lucas 22:32). La conversión a Jesucristo y a su Evangelio es más que un testimonio; es ser sanados espiritualmente. En las palabras de Pablo, es participar del “poder de Dios”. Un ejemplo sumamente encomiable de este procedimiento se encuentra en el Libro de Mormón, en la historia de Enós. Todos ustedes están ya familiarizados con el relato, de manera que no repetiré los antecedentes. Sólo quiero dirigir su atención a los siguientes versículos. Enós testificó: “... os diré de la lucha que tuve ante Dios, *antes de recibir la remisión de mis pecados*” (Enós 2. Cursiva agregada).

Luego nos aclaró en qué consistió esa lucha con Dios. Noten el fervor de su petición: “Mi alma tuvo hambre...me arrodillé ante mi Hacedor... clamé a él con potente oración y súplica *por mi propia alma*... clamé a él todo el día...” (Enós 4. Cursiva agregada).

Entonces Enós testificó: “Y vino a mí una voz, diciendo: Enós, tus pecados te son perdonados, y serás bendecido... por tanto, mi culpa fue expurgada” (Enós 5, 6).

Ésta es la manera en la que los santos de todos los tiempos se han convertido, o en las palabras del Libro de Mormón: “cambiados de un estado carnal y caído, a un estado de rectitud, siendo redimidos por Dios, convirtiéndose en sus hijos e hijas; y así llegan a ser nuevas criaturas...” (Mosiah 27:25–26). Esto es lo que se quiere decir con participar del “poder de Dios”. A ustedes, maestros — a ustedes que deben enseñar el poder de este Evangelio — yo les preguntaría: “¿Habéis nacido espiritualmente de Dios? ¿Habéis recibido su imagen en vuestros rostros? ¿Habéis experimentado este gran cambio en vuestros corazones?” (Alma 5:14).

Una forma de medir este cambio es considerar lo que sucede con los motivos y deseos de quien enseña el Evangelio. Enós testificó: “Empecé a anhelar el bienestar de mis hermanos” (Enós 9). Alma, que también pasó por este potente cambio, dijo: “He trabajado sin cesar para traer almas al arrepentimiento; para traerlas a probar el sumo gozo que yo probé...” (Alma 36:24).

Que los motivos de ustedes sean igualmente puros. Que el bienestar de sus alumnos sea el motivo *primordial* cuando enseñan. Que ustedes sean convertidos para poder fortalecer a sus alumnos.

Antes de que puedan fortalecer a sus alumnos, es esencial que ustedes estudien la doctrina del reino y aprendan el Evangelio *tanto* por el estudio *como* por la fe. Estudiar mediante la fe consiste en buscar entendimiento y al Espíritu del Señor mediante la oración de fe. Entonces tendrán el poder de convencer a sus alumnos. Esto no es sólo un buen consejo; es un mandamiento del Señor. Escuchen Sus palabras:

“No intentes declarar mi palabra, sino primero procura obtenerla, y entonces será desatada tu lengua; luego, si lo deseas, tendrás mi Espíritu y mi palabra, sí, el poder de Dios para convencer a los hombres” (D. y C. 11:21; cursiva agregada).

La secuencia para poseer el poder de Dios al enseñar, es procurar primero obtener la palabra; luego viene el entendimiento y el Espíritu, y finalmente el poder para convencer. Sí, tal como nuestro profeta viviente nos ha enseñado: “Las bendiciones que vienen por sumergirnos en las Escrituras son muchas. La distancia entre nuestro Padre Celestial y nosotros disminuye. Nuestra espiritualidad adquiere más brillo” (Spencer W. Kimball, “Men of Example”. Discurso dirigido a los educadores de la Iglesia en el Salón de Asambleas, 12 de septiembre de 1975, pág. 2).

Recuerden siempre: no hay sustituto que iguale a las Escrituras y a las palabras de los profetas vivientes. Ellas deben ser sus fuentes originales. Lean y mediten más acerca de lo que el Señor ha dicho, y menos en lo que otros han escrito en cuanto a lo que el Señor dijo.

Espero que cada mañana antes de salir de sus casas se arrodillen delante del Señor, en oración secreta y oración familiar. También espero que antes de entrar al aula pidan ser guiados por el Espíritu. La parte más importante de su preparación para enseñar es que sean guiados por el Espíritu.

ENSEÑEN SOLAMENTE EL EVANGELIO DE JESUCRISTO.

Una segunda responsabilidad que nombro es que enseñen solamente el Evangelio de Jesucristo. Éste también es un mandamiento del Señor, pues Él ha dicho: “... los... maestros de esta iglesia enseñarán los principios de *mi evangelio*, que se encuentran en la Biblia y en el Libro de Mormón, en el cual se halla la plenitud del evangelio” (D. y C. 42:12; cursiva agregada).

En 1938 el presidente J. Reuben Clark, Jr., hablando por la Primera Presidencia declaró un mandato para ustedes en un discurso titulado “El Curso Trazado por la Iglesia en la Educación”. Todos ustedes deberían tener una copia de este discurso y leerlo por lo menos al comienzo de cada período lectivo. Cito esta declaración tomada de su discurso:

“...Su único deber, es enseñar el Evangelio del Señor Jesucristo... Deben enseñar este Evangelio, usando como recurso y autoridad los libros canónicos de la Iglesia y las palabras de aquellos a quienes Dios ha llamado para dirigir a Su pueblo en estos últimos días. No deben... mezclar en su trabajo su propia filosofía, no importa cuál sea su origen o cuán agradable o racional les parezca...”

“No deben... cambiar la doctrina de la Iglesia ni modificar lo que contienen los libros canónicos ni lo que declaran

los que tienen autoridad para declarar a la Iglesia la voluntad e intención del Señor...”

“Ustedes no deben enseñar las filosofías del mundo... Su única materia es el Evangelio...” (Clark, “El Curso Trazado”, Cursiva agregada).

Este consejo no ha cambiado con el transcurso de los años. Su aplicabilidad es aún mayor hoy en día, pues el programa de educación religiosa se ha expandido y el número de maestros ha aumentado. Más recientemente, el presidente Harold B. Lee renovó el mandato con las siguientes palabras: “Deben enseñar los viejos principios, no tan claramente que los alumnos no tengan más remedio que entender, *sino que deben enseñar la doctrina de la Iglesia tan claramente que nadie la pueda malentender*” (“Fidelidad”, Discurso dado al personal Seminarios e Institutos, 8 de julio de 1966, pág. 9. Cursiva agregada). A medida que se aferren a los principios fundamentales del Evangelio, adhiriéndose a los libros canónicos, a las palabras de las Autoridades Generales y a los cursos bosquejados por el Sistema Educativo de la Iglesia, buscando la guía del Espíritu, no deberían tener dificultad en aplicar este consejo...

VIVAN DE CONFORMIDAD CON LO QUE ENSEÑAN

En tercer lugar, y para terminar, la responsabilidad de ustedes es vivir en conformidad con lo que enseñan. Que su vida esté de acuerdo con el mensaje que declaran a sus alumnos. La mayoría de ustedes ha aportado ejemplos dignos de elogio, respecto a cómo debe ser la vida y el hogar de un Santo de los Últimos Días. ¡Cuántos alumnos han sido inducidos a tomar decisiones correctas gracias a los ejemplos de sus maestros de Seminarios e Institutos! “Yo quiero ser así, como ellos” es una expresión que se oye a menudo en relación a ustedes como esposos y esposas. Creo que esas expresiones son bien merecidas y les felicitamos por el ejemplo que ustedes dan.

Nos sentimos complacidos porque además de lo que enseñan, muchos de ustedes ocupan puestos de responsabilidad en la Iglesia. Les felicitamos por ello, pues tienen la obligación de hacer más por la Iglesia de lo que su vocación les requiere. La misión de la Iglesia nunca ha cambiado. Consiste en que todos los miembros procuren “sacar a luz y establecer la causa de Sión” (D. y C. 6:6). Al intentar hacer eso en sus vidas profesionales y en sus llamamientos, tendrán más el Espíritu con ustedes.

Esperamos que haya una relación excelente entre ustedes como esposos y esposas. Esperamos que su hogar tenga el espíritu de paz y amor del Salvador, y que lo puedan percibir todos los que lleguen a su casa. En sus casas no deben existir peleas ni fricciones.

El viernes pasado, con nuestros hijos, celebramos los primeros cincuenta años de nuestra relación eterna. Yo

sé lo que es gozar de las bendiciones invalorables de un compañerismo dulce, reforzado por amor cotidiano, devoción, lealtad y unidad, sin escuchar de ella ninguna queja. Sí, sé lo que es por ser el mayor de once hijos criados en un hogar en el que nunca oí una palabra dura entre papá y mamá.

Me causó una gran impresión el tributo que el élder Theodore Tuttle rindió al élder Boyd K. Packer y a su esposa en el prefacio del excelente libro del élder Packer, *Enseñad Diligentemente*. Hablando de la esposa del élder Packer, el élder Tuttle escribió:

“Ella es su amor, su amiga y su apoyo silencioso. Gracias a ella él puede decir, con una sinceridad total, yo sé que hay familias en las que los padres pueden vivir juntos en amor *sin una sola discusión durante más de treinta años*” (Prefacio, pág. IX. Cursiva agregada).

Aunque hoy en día el élder Packer es uno de los Doce, en el pasado fue maestro de Seminarios; luego, fue administrador en el Sistema Educativo de la Iglesia. Él y su esposa dieron ese ejemplo en ese entonces, así como lo hacen ahora.

El ejemplo de sus hogares puede ser una influencia más poderosa de lo que tal vez ustedes se den cuenta. Hace años, mientras nos encontrábamos en Washington D. C., un abogado constitucional prominente, John D. Miller, pasó una velada en nuestra casa. Después de una hora conversando en la sala, la hermana Benson y nuestras hijas, que habían estado preparando la cena, anunciaron que estaba lista. Fuimos al comedor y los hijos comenzaron a preparar las sillas para la oración familiar. De manera que le dije al Juez Miller: “Juez, es costumbre en nuestro hogar tener oración familiar diaria, en la mañana y en la noche. ¿Le gustaría acompañarnos?” Dijo: “Sí, me gustaría”. Observó a los más pequeños para ver qué hacían, y luego se arrodilló al lado de su silla. Le pedimos a nuestra hija mayor, que en ese entonces tenía unos ocho o nueve años de edad, que hiciera la oración. Hoy en día ella es madre de cinco hijos, y esposa de un presidente de estaca. Bárbara ofreció una linda y dulce oración, muy semejante a la que sus hijas ofrecerían, y luego agregó: “Y, Padre Celestial, bendice al Juez Miller para que goce de su visita con nosotros y vuelva sin inconvenientes a su hotel”. Eso fue todo.

Llevamos al juez hasta el hotel. No se dijo palabra alguna de todo lo transcurrido. Unos seis meses más tarde, este hombre fue el anfitrión de más de veinticinco líderes en el campo de la agricultura, de los negocios y de la industria en su casa en el estado de Florida. Después de la cena estaban sentados hablando de los problemas que la nación enfrentaba, y como sucede a menudo (más de lo que nos damos cuenta) el tema se encauzó hacia las cosas del Espíritu: a la religión. Y fue entonces que John D. Miller,

este buen caballero cristiano, no miembro de la Iglesia, relató lo que había sucedido en nuestro hogar: esa sencilla oración familiar. Y agregó: “Caballeros, esa noche me fui al hotel pensando que yo, como padre, no había cumplido totalmente con mis responsabilidades de padre. Nunca en nuestro hogar habíamos tenido esas muestras de devoción con mis hijos”. Y luego siguió hablando del poder que había sentido allí, y que éste debe hallarse en la vida de los hijos criados en un hogar en el que hay espiritualidad.

Permitan que sus hogares irradien lo que ustedes son, y esa apacible influencia tendrá un efecto duradero en todos los que los conocen.

Bien, permítanme hablarles de algunos asuntos más que tienen que ver con el ejemplo de ustedes ante los jóvenes.

Ustedes, como pareja, representan a la Primera Presidencia en todo lo que hacen y en la forma en que se presentan. Esperamos que sean conservadores y pulcros. La expresión “sigan a las Autoridades Generales” tiene un significado más amplio que el que algunos le dan. Significa no solamente estar de acuerdo con el consejo dado a la Iglesia por las Autoridades, sino también seguir su ejemplo en su apariencia y comportamiento. Como maestros, tenemos que preguntarnos constantemente: “¿Cómo querría el Salvador que me presentara ante los demás? ¿Cómo querría que actuara?” Ustedes no tienen que imitar modas mundanas en su vestir, ni usar las expresiones que llamamos “modismos”. Su peinado debe ir de acuerdo con las normas de la Iglesia. Ustedes se hallan en la primera línea, por así decir, para influir en los jóvenes que van a servir como misioneros. Ciertamente deben ser ejemplo de lo que requerimos de los futuros misioneros.

Por el ejemplo y la influencia que tienen sobre los jóvenes, de vez en cuando ellos se dirigirán a ustedes en busca de consejo acerca de sus problemas personales. Quiero invitarlos a que desarrollen una relación cercana con los líderes eclesiásticos de estos jóvenes, de manera que cuando ellos se acerquen a ustedes, ustedes puedan dirigirlos hacia sus obispos. Esto permite que los problemas sean manejados a la manera del Señor. Nunca debe interponerse entre el alumno y su obispo.

Lo siguiente que menciono está relacionado con su responsabilidad de solvencia financiera. Ustedes deben hacer todo lo posible para librarse de deudas y permanecer solventes. Comprendo que necesiten crédito para comprar sus casas, o tal vez para continuar sus estudios, y a veces necesiten crédito para obtener transporte; pero fuera de esas deudas, ustedes deben pagar al contado. No podrá comprar todas las cosas que desea inmediatamente. Aprenda a controlarse hasta que tenga el dinero en efectivo para comprarlas. Nunca deberían existir dudas concernientes a la honestidad e integridad de cualquiera de nuestros maestros. Paguen a tiempo sus deudas. No

hay excusa para que un maestro de este programa tenga mala reputación porque no paga sus deudas.

Cada uno de ustedes debe pagar un diezmo justo. Ése es un requisito de su empleo. Deben rendir un día honesto de trabajo por su paga. Esto significa que estén en el trabajo durante las horas normales de labor, aunque no estén enseñando clases durante algunas de esas horas.

Se les ha aconsejado repetidamente “vivir en el mundo, pero no ser del mundo”. A veces algunos de nuestros miembros quieren vivir tan cerca como les sea posible a las normas mundanas y al mismo tiempo tener derecho a una recomendación para el templo. Vivan según los convenios que hicieron en el templo; no vivan tan al borde de la obediencia. Serán juzgados por el tipo de películas que vean, por la forma en que se vistan y por la música que escuchen. Hace algunos años uno de nuestros maestros les dijo a sus alumnos que él consumía bebidas refrescantes de tipo “cola” y que eso no le impedía tener una recomendación para el templo. Esto es una indicación de criterio pobre por parte de él, e ilustra lo que quiero decir al hablar de no vivir “tan al borde de la obediencia”. Vivan el espíritu de los mandamientos.

El presidente Harold B. Lee hizo memorable la siguiente expresión: “Si ustedes quieren elevar a otra alma, ustedes mismos deben estar en un nivel más alto”. Este “nivel más alto” es su ejemplo convincente de obediencia a los mandamientos. De manera que para repetirles el consejo del presidente Kimball:

“Ustedes harán todo lo que enseñan a hacer a los que están bajo su cargo: de hecho, dar testimonio, pagar sus

diezmos, asistir a las reuniones que les corresponden, ir al templo, santificar el día de reposo, dar servicio – de buen corazón – a la Iglesia, tener las noches de hogar para la familia y las oraciones familiares; mantenerse financieramente solventes, siempre ser honestos y llenos de integridad” (“Men of Example” [Hombres Ejemplares], pág. 8).

“¿Qué clase de hombres habéis de ser?” preguntó el Salvador. Y Su respuesta a nosotros: “..aun como *yo soy*” (3 Nefi 27:27. *Cursiva agregada*).

Esta noche les he hablado directamente. Lo que les he dicho es para ayudarlos a mantenerse en el camino y presentar su mensaje más eficazmente. Como declaré al comienzo, estamos muy complacidos con su servicio, dedicación, lealtad y esfuerzos por inspirar a los jóvenes de Sión con sus testimonios del Evangelio. De manera que resumo: Prepárense espiritualmente; enseñen solamente el Evangelio de Jesucristo; y vivan en conformidad con lo que enseñan.

En la visión de Lehi acerca del árbol de la vida, él vio que un hombre vestido con una túnica blanca lo invitaba a atravesar el espacio oscuro y tenebroso, el cual representaba las tentaciones del mundo. Con la ayuda de la oración, Lehi fue llevado a participar del fruto de aquel árbol, el cual le dio “un gozo inmenso” (Ver 1 Nefi 8:6–12). Esperamos que ustedes, maestros, sean como esos hombres en túnicas blancas, dirigiendo a sus jóvenes a salvo a través de las tentaciones del mundo para que ellos también puedan participar del árbol de la vida y tengan gran gozo.

NO OS UNÁIS EN YUGO DESIGUAL

POR EL ÉLDER BOYD K. PACKER

DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

Extractos de un discurso presentado en el Seminario de representantes regionales, 3 de abril de 1975, 1

Hace varios años, Bill y Allie Marriott, Donna [mi esposa] y yo fuimos a una feria agrícola en New Hampshire. Era un hermoso día de otoño y fue una feria encantadora al estilo de las del pasado.

El centro de atracción era la competencia de la yunta de bueyes arrastrando una carga. Un trineo de madera era cargado con bloques de cemento: cinco mil quinientos



kilogramos — cinco toneladas — para comenzar. El objetivo era que los bueyes movieran el trineo casi un metro.

Me llamó la atención una yunta de animales muy parecidos entre sí y muy grandes, de color azulado con manchas grises. Eran de huesos grandes, un cruce entre Dirham y Holstein; en tiempos pasados eran bueyes muy conocidos de un color azulado. Por causa de su tamaño, naturalmente eran los favoritos.

A cada yunta se le daba tres oportunidades para mover el trineo. Si lo hacían con facilidad, se añadía más peso hasta que las yuntas fueran eliminadas una por una. Por turnos cada yunta era atada al trineo. El encargado colocaba a los animales cuidadosamente en posición, los palmoteaba, les cantaba un poco, les susurraba y tras darles un golpe seco con la aguijada y de darles en voz alta una orden de mando, se tiraban hacia delante contra el yugo. O el peso se movía o los bueyes sentían un tirón hacía atrás que los detenía.

¡Los bueyes azules ni siquiera ganaron un punto! Una yunta de bueyes pequeños y sin raza definida, diferente en tamaño, lograron mover el trineo tres veces.

Yo me sentí sorprendido y fascinado, y dirigiéndome a alguien de esa región, le pregunté si me podía explicar cómo pudo suceder eso. Me dijo: “E-yeh” (que en New England significa sí). Y entonces explicó. Los bueyes azules eran más grandes, más fuertes y más semejantes en tamaño entre sí en comparación con la otra yunta, pero los bueyes pequeños efectuaron mejor trabajo de equipo y coordinación. Empujaron del yugo al mismo tiempo. Ambos animales se movieron hacia adelante exactamente al mismo tiempo y la fuerza movió la carga.

Uno de los bueyes azules y grandes había demorado un segundo o tirado un segundo demasiado adelantado — como a veces sucede con un jugador de fútbol americano, al empezar un segundo antes de tiempo — y esa fuerza se utilizó en un golpe desparejo. El yugo quedó torcido y la yunta tironeada hacia un costado, y el trineo apenas se movió.

Si me pusiera a interpretar la moraleja, comenzaría en lenguaje típico del Libro de Mormón: “Y así vemos” que

la fuerza y el tamaño no son suficientes. También se requiere trabajo de equipo.

Todo lo que tengo para decir en el tiempo que me ha sido asignado acerca de la educación, puede ser demostrado con la ilustración anterior del trabajo en equipo de esos dos bueyes. En la Iglesia debemos efectuar trabajo de equipo en la educación — no la clase de trabajo en la que dos equipos compiten como adversarios, así como en atletismo, sino en trabajo de equipo como los bueyes atados por un yugo de igualdad, lado a lado, tirando juntos.

En el campo de la educación tenemos dos lados. De un lado tenemos a maestros asalariados, empleados, profesionales, dirigidos por supervisores y administradores. Por el otro lado tenemos los que han sido llamados, ordenados y que son presididos por oficiales del sacerdocio. Todos deben trabajar lado a lado en el barrio y en la estaca y a nivel regional. Sobre todos ellos preside la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce, quienes son representados por la Mesa Directiva de Educación de la Iglesia.

AL ACONSEJAR A LOS JÓVENES

POR EL ÉLDER THOMAS S. MONSON

DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

Extractos de Pathways to Perfection: Discourses of Thomas S. Monson (1973) págs. 92–93



Al aconsejar a los jóvenes, ustedes deben tener en mente el hecho de que tienen que ser receptivos al Espíritu del Señor si es que van a ayudarlos a tomar decisiones. En la vida de una persona joven no hay decisiones pequeñas. Recuerden que el poder para guiar, es también el poder

para desviar; y el poder para desviar es el poder para destruir. Ustedes tienen el poder de destruir las almas de jóvenes y de señoritas a su cargo. De la misma manera, ustedes tienen el poder de elevarlos acercándolos a Dios si ustedes viven rectamente y si sus enseñanzas reflejan esa vida justa.

Hoy les testifico que, a medida que ustedes *escuchen atentamente*, que *evalúen cuidadosamente*, que *aconsejen sabiamente*, *oren fervientemente* y a medida que *vivan en rectitud*, serán ese consejero que nuestro Padre Celestial escogió para bendecir la vida de Sus preciosos jóvenes. Provean esa palabra de ánimo, esa entrevista con el obispo, ese ejemplo que se debe seguir, el cual servirá para elevar a los jóvenes hacia el reino celestial de Dios. Ciertamente ustedes son los pastores que velan sobre Israel, y no se deben quedar dormidos cuando se necesite de su ayuda.

EL ESPÍRITU DEBE SER NUESTRO COMPAÑERO CONSTANTE

POR EL ÉLDER HENRY B. EYRING

DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

Extractos de Una velada con el presidente Gordon B. Hinckley, 7 de febrero de 2003

Hermanos y hermanas, valoro mucho su gran servicio. Muchos de ustedes hacen sacrificios extraordinarios; están realizando un maravilloso trabajo en las vidas de nuestros jóvenes, pero todavía tenemos que hacer más.

Demasiados de nuestros alumnos llegan a ser contados como bajas espirituales. Muchos van dignamente al campo misional y al templo. Sin embargo el corazón de ustedes y el mío se llena de dolor al pensar en algún nombre y ver el rostro de alguien a quien hemos enseñado y amado, y enterarnos de que fracasaron en la misión o en un su matrimonio en el templo.

Una sola de esas tragedias, resulta demasiado. No obstante, las dificultades y tentaciones con que nuestros alumnos se enfrentaban hace cinco años son pequeñas en comparación con lo que vemos hoy, y nos esperan tiempos aún más difíciles. He sentido, como muchos de ustedes han sentido, que lo que hemos hecho y estamos haciendo no será suficiente. Necesitamos mayor poder para llevar el Evangelio a los corazones y vidas de nuestros alumnos.

Dios siempre está listo con la ayuda que necesitamos. Él puede usar muchos medios por los cuales darnos el aumento de poder que tenemos que tener para enseñar. No sé todavía todo lo que Él querrá que hagamos. Una cosa que *sí requerirá* de nosotros no será nueva: que hagamos mejor lo que siempre se ha requerido de nosotros.

El mejor resumen de lo que debemos hacer se describe en un pasaje que a menudo repetimos. Está en la sección 42 de Doctrina y Convenios: “Y se os dará el Espíritu por la oración de fe; y si no recibís el Espíritu, no enseñaréis” (D. y C. 42:14).

Ustedes pueden ver porqué es tan importante saber cómo obtener el Espíritu. Lo que mantendrá a nuestros alumnos puros y en paz en este mundo al que hacen frente es



mucho más que conocer el Evangelio y la palabra de Dios; es más que conocer esta maravillosa organización, la historia inspiradora y los grandes líderes de la Iglesia. Ellos deben escoger la obediencia a los mandamientos del Señor al enfrentarse a las grandes tentaciones y pruebas. Deben hacerlo por fe pura en Jesucristo. Y esa fe solamente puede venir mediante el testimonio del Espíritu.

Ustedes deben tener el Espíritu como un compañero constante para enseñar con poder, y sus alumnos no sobrevivirán espiritualmente sin el Espíritu como su compañero. Tanto nosotros como ellos obtendremos ese poder que necesitamos de la misma manera. Recibir el poder del Espíritu requiere oraciones de fe y obediencia a los mandamientos de Dios. Para algunos de nosotros se requerirá más oración, pero de todos nosotros se requiere más fe. Debemos tener una confianza inquebrantable en que el Espíritu vendrá a socorrernos, al igual que a nuestros alumnos. Necesitamos orar con confianza en que el Espíritu nos guiará al impartir enseñanza y en nuestras vidas. Parte de esa fe es nuestra determinación, al implorar por el Espíritu, de que obedeceremos Su guía.

Una vez que el Señor sepa que nuestra fe es suficiente, que puede estar seguro de que obedeceremos, Él enviará al Espíritu para enseñarnos con más claridad y con más frecuencia. Una oración de fe siempre incluye un compromiso de obedecer. Nuestra obediencia nos traerá – mediante la expiación de Jesucristo – el cambio que necesitamos en nuestro carácter para encontrar paz en esta vida y vida eterna en el mundo venidero. Él desea eso para nosotros y para nuestros alumnos.

Pueden estar seguros de que vendrá un aumento de la influencia del Espíritu. Espérenla en los días y meses que tenemos por delante. Sus oraciones serán mas sinceras, su determinación de obedecer aumentará, y encontrarán que el Espíritu les enseña las cosas apacibles en tiempos menos apacibles. Verán señales de que la Expiación está cambiando los corazones de aquellos a quienes enseñan. Su fortaleza y felicidad les traerá gozo.

Sé que Dios el Padre vive. Su Amado Hijo es nuestro Salvador. José Smith fue un profeta y el presidente Gordon B. Hinckley es el profeta viviente de Dios. Estamos muy agradecidos de que esté con nosotros hoy. El Espíritu los acompañará a medida que, con una oración de fe en sus corazones, le presten atención. En el nombre de Jesucristo. Amén.

POR EL ÉLDER BOYD K. PACKER

DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

Extractos de Liahona, diciembre de 1988, págs. 32–37

De un discurso pronunciado en un Seminario para nuevos presidentes de misión, 25 de junio de 1982



He decidido, después de mucha consideración, hablar como si sus misioneros, sus élderes y hermanas, estuviesen aquí en lugar de ustedes, y presentar ideas más apropiadas para ellos, que son principiantes e inexpertos. Espero que mediante ustedes yo pueda compartir con ellos algunas cosas que he aprendido acerca del Espíritu y cómo podemos prepararnos para recibirlo.

No aprendemos lo espiritual exactamente de la misma forma en que aprendemos otras cosas, aunque leer, escuchar y meditar formen parte de ese aprendizaje. He aprendido que se requiere una actitud especial tanto para enseñar como para aprender todo lo concerniente al espíritu. Hay cosas que uno sabe o puede llegar a saber, que quizás sean difíciles de explicar a los demás, pero estoy seguro de que así tiene que ser...

NO SÓLO EN PALABRAS

No podemos expresar el conocimiento espiritual con palabras solamente. Sin embargo, mediante las palabras podemos enseñarle a otra persona la manera de prepararse para recibir el Espíritu, y éste le ayudará. "...porque cuando un hombre habla por el poder del Santo Espíritu, el poder del Espíritu Santo lo lleva al corazón de los hijos de los hombres" (2 Nefi 33:1).

Entonces cuando recibamos una comunicación espiritual, inmediatamente podremos reconocerla como tal; a esto se refieren las palabras de la revelación. Luego, si son cuidadosamente escogidas, las palabras serán las adecuadas para enseñar en cuanto a cosas espirituales.

No poseemos palabras (tampoco las Escrituras las tienen) que describan perfectamente al Espíritu. Por lo general las Escrituras utilizan la palabra voz, que no describe exactamente lo que es. Esas delicadas y refinadas comunicaciones espirituales no las podemos ver con nuestros ojos, ni las escuchamos, y pese a que se describe como una voz, es algo que se siente, más que se escucha.

Una vez que llegué a comprender eso, encontré un profundo significado a un versículo del Libro de Mormón y mi testimonio acerca de esta obra aumentó en forma

considerable. El pasaje trataba de Lamán y Lemuel, quienes se rebelaron contra Nefi, y a los cuales éste amonestó diciendo: "Habéis visto a un ángel; y él os habló; sí, habéis oído su voz de cuando en cuando; y os ha hablado con una voz apacible y delicada, pero habíais dejado de *sentir*; de modo que no pudisteis *sentir* sus palabras" (1 Nefi 17:45; cursiva agregada)....

UNA VOZ APACIBLE, DE PERFECTA SUAVIDAD

La voz del Espíritu se describe en las Escrituras como una voz que no es ni "áspera" ni "fuerte", no es "una voz de trueno, ni una voz de gran ruido tumultuoso", sino que es "una voz apacible de perfecta suavidad, cual si hubiese sido un susurro", y penetra "hasta el alma misma" y hace "arder" los "corazones" (3 Nefi 11:3; Helamán 5:30; D. y C. 85:6–7). Recordad que Elías descubrió que la voz del Señor no se encontraba en el viento, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino que era "un silbo apacible y delicado" (1 Reyes 19:12).

El Espíritu no atrae nuestra atención por medio de gritos ni de sacudidas bruscas. Por el contrario, nos susurra; nos acaricia tan tiernamente que si nos encontramos demasiado enfrascados en nuestras preocupaciones, quizás no lo percibamos en absoluto. (No es de sorprender que la Palabra de Sabiduría fuese revelada a nosotros, pues ¿cómo podría el ebrio o el adicto sentir una voz así?)

En algunas ocasiones sólo nos presionará con la firmeza necesaria para que le pongamos atención, pero la mayoría de las veces, si no le hacemos caso a esa suave impresión, el Espíritu se alejará y esperará hasta que acudamos en su busca y lo escuchemos, y en nuestras propias palabras nos expresemos como Samuel en los tiempos antiguos: "Habla, porque tu siervo oye" (1 Samuel 3:10).

LAS EXPERIENCIAS ESPIRITUALES FUERTES NO OCURREN CON FRECUENCIA

He aprendido que no recibimos experiencias espirituales impresionantes y fuertes muy frecuentemente, y cuando lo hacemos, son por lo general para nuestra propia instrucción o corrección. Dichas experiencias espirituales no nos dan la libertad para aconsejar o corregir a los demás, a menos que se nos haya llamado para hacerlo mediante la debida autoridad.

NO HABLE LIVIANAMENTE DE LAS EXPERIENCIAS

He llegado también a la convicción de que no es prudente hablar continuamente de experiencias espirituales extraordinarias. Éstas han de guardarse con la debida reserva, y se ha de hablar de ellas sólo cuando el Espíritu nos induzca a mencionarlas para el beneficio de otros. Tengo siempre presentes las palabras de Alma:

“A muchos les es concedido conocer los misterios de Dios; sin embargo, se les impone un mandamiento estricto de que no han de darlos a conocer sino de acuerdo con aquella porción de su palabra que él concede a los hijos de los hombres, conforme a la atención y la diligencia que le rinden” (Alma 12:9).

En una ocasión, en Ginebra, escuché al presidente Marion G. Romney aconsejar a los nuevos presidentes de misión y a sus esposas: “No digo todo lo que sé; nunca le he dicho a mi esposa todo lo que sé, porque descubrí que si hablaba a la ligera de asuntos sagrados, después el Señor no confiaría en mí”.

Yo creo que debemos reservarnos todas estas cosas y meditarlas en nuestro corazón, tal como Lucas dice que María hizo con respecto a los acontecimientos divinos que anunciaron el nacimiento de Jesús (véase Lucas 2:19).

NO SE DEBEN FORZAR LAS COSAS ESPIRITUALES

Hay algo más que debemos aprender: No se nos impone un testimonio por la fuerza, sino que es algo que crece dentro de nosotros. Nuestro testimonio va creciendo de la misma forma en que va creciendo nuestro cuerpo y aumentando nuestra estatura física durante los primeros años de vida, o sea, que crece paulatinamente sin que nos demos cuenta de ello.

No es bueno exigir respuestas o bendiciones inmediatas como nos plazca; no podemos forzar lo espiritual. Palabras como compeler, forzar, obligar, presionar, demandar, no describen nuestros privilegios con el Espíritu. No podemos forzar al Espíritu a que responda, tal como no podemos forzar a una semilla a germinar ni a un huevo a que empolle antes de tiempo. Se puede crear un ambiente que fomente el progreso, que nutra y proteja, pero no es posible forzar ni compeler, sino que debemos esperar el progreso natural.

No se impacienten por obtener un gran conocimiento espiritual; déjenlo aumentar, esfúercense por que aumente, mas no lo fuercen o darán lugar al engaño.

USEN TODAS ESAS FUENTES

Se espera que hagamos uso de la luz y el conocimiento que ya poseemos para dirigir nuestras vidas. No es necesario que tengamos una revelación que nos instruya a hacer nuestro deber, ya que en las Escrituras ya se nos ha dicho lo que debemos hacer; tampoco debemos esperar que la revelación reemplace la inteligencia espiritual o temporal que ya hayamos recibido, sino que solamente la aumente. Debemos seguir el curso de nuestra vida de una manera sencilla y laboriosa, siguiendo la rutina y guiándonos por las normas que la gobiernan.

Las reglas, las normas y los mandamientos son una proyección de gran valor. Si en alguna ocasión llegáramos a

necesitar que se nos revelase instrucción para alterar nuestro curso, la revelación estaría esperándonos cuando llegáramos al punto preciso. El consejo de estar “anhelosamente consagrados” es verdaderamente sabio (Ver D. y C. 58:27).

MÁS PODEROSO DE LO QUE PENSAMOS

No se sientan vacilantes ni avergonzados si no lo saben todo. Nefi dijo: “...Sé que ama a sus hijos; sin embargo, no sé el significado de todas las cosas” (1 Nefi 11:17).

Su testimonio puede ser más poderoso de lo que se imaginan...

POR DÓNDE COMENZAR

No es raro oír a un misionero decir: “¿Cómo puedo dar testimonio si no lo tengo? ¿Cómo puedo testificar que Dios vive, que Jesús es el Cristo, y que el Evangelio es verdadero? Si no tengo un testimonio de todo ello, ¿no sería un engaño?”

Si tan sólo pudiera enseñar este principio: Un testimonio se encuentra cuando se expresa. En alguna parte, en su búsqueda de conocimiento espiritual, existe ese “salto de fe”, como lo llaman los filósofos. Es el momento en que uno llega al borde de la luz y tropieza con la oscuridad, sólo para descubrir que el camino continúa iluminado cada uno o dos pasos. “La lámpara de Jehová” como dice el pasaje de las Escrituras, es verdaderamente “el espíritu del hombre” (Prov. 20:27).

Una cosa es recibir un testimonio de lo que uno ha leído o de lo que otra persona ha dicho, lo cual es necesario como comienzo, y otra es que el Espíritu nos confirme dentro de nosotros que lo que hemos testificado es verdadero. ¿Se dan cuenta de que ese testimonio se nos restituirá a medida que lo expresemos? Al dar de lo que tenemos, esto se nos reemplazará, ¡pero con valor aumentado!...

ÉL LOS SOSTENDRÁ

Si hablamos con humildad y sincera intención, el Señor no nos dejará solos. Las Escrituras lo prometen. Consideren ésta:

“Por tanto, de cierto os digo, alzad vuestra voz a este pueblo; expresad los pensamientos que pondré [noten que pondré está en tiempo futuro] en vuestro corazón, y no seréis confundidos delante de los hombres;

“porque os *será* [otra vez noten el tiempo futuro] dado en la hora, sí, en el momento preciso, lo que habéis de decir.

“Mas os doy el mandamiento de que cualquier cosa que declaréis en mi nombre se declare con solemnidad de corazón, con el espíritu de mansedumbre, en todas las cosas.

“Y os prometo que si hacéis esto, se derramará el Espíritu Santo para testificar de todas las cosas que habléis...” (D. y C. 100:5-8).

EL ESPÍRITU NO SIEMPRE LUCHARÁ CON NOSOTROS

Una vez lo recibamos, debemos ser obedientes a la inspiración. Siendo presidente de misión, aprendí una gran lección. Ya en aquel entonces era también Autoridad General. En varias ocasiones había recibido la impresión de que, para beneficio de la obra, debía relevar a uno de mis consejeros. Además de haber orado al respecto, había razonado y llegado a la conclusión de que sería lo mejor. Pero no lo hice por temor a herir a un hombre que había prestado un largo servicio a la Iglesia.

El Espíritu se apartó de mí y no recibí inspiración en cuanto a quién debía llamar como consejero si relevaba al actual. Esto duró varias semanas; mis oraciones parecían permanecer en la habitación donde las ofrecía. Traté de arreglar el trabajo de diferentes maneras, pero sin ningún resultado. Finalmente, hice lo que me había indicado el Espíritu e inmediatamente el don regresó. ¡Que exquisita dulzura tener el Espíritu Santo de nuevo conmigo! Ya saben de qué les hablo, porque ustedes también poseen el don del Espíritu Santo. El hermano en cuestión no se sintió herido, sino que fue bendecido grandemente y la obra prosperó.

PODEMOS SER ENGAÑADOS

Debemos estar alerta para no ser engañados por una falsa inspiración de procedencia maligna. Es posible recibir falsos mensajes espirituales. Existen espíritus falsos (véase Moroni 7:17). Tengan cuidado de no ser engañados, porque el diablo puede presentarse disfrazado como ángel de luz.

La parte espiritual y la emocional de nuestro ser están tan íntimamente ligadas que es posible que confundamos un impulso emocional con una inspiración espiritual. Algunas veces encontramos personas que piensan que han recibido inspiración espiritual de Dios, cuando lo que han creído percibir era fruto de sus propias emociones o provenía del adversario.

Eviten como a una plaga a aquellos que afirmen haber tenido alguna grandiosa experiencia espiritual que les autorice a poner en tela de juicio la autoridad del sacerdocio establecida de la Iglesia. No se sientan desconcertados si no pueden explicar las insinuaciones de los apóstatas o refutar las acusaciones falsas de los enemigos que atacan la Iglesia del Señor. En el debido tiempo, tendrán el poder de confundir a los inicuos e inspirar a los puros de corazón...

... La mejor perla, la de gran precio, es aprender temprano en la vida cómo es que uno es guiado por el Espíritu del Señor: un don excelso. Realmente, es una guía y protección.

“Y se os dará el Espíritu por la oración de fe; y si no recibís el Espíritu, no enseñaréis” (D. y C. 42:14).

USTEDES PUEDEN EFECTUAR LA OBRA DEL SEÑOR

Hay gran poder en esta obra, poder espiritual. Cualquier miembro de la Iglesia, como ustedes, habiendo recibido el don del Espíritu Santo mediante la confirmación, puede efectuar la obra del Señor.

Hace años, un amigo que falleció hace muchos años, me contó esta experiencia. Él tenía diecisiete años y con su compañero de misión llegó a una cabaña en los estados del sur. Era su primer día en el campo misional y su primera puerta. Una mujer de cabello canoso estaba de pie detrás de la puerta y les preguntó qué querían. El compañero le hizo señas de que procediera a hablar. Asustado y algo tartamudo, finalmente pudo balbucear: “Como el hombre es, Dios una vez fue, y como Dios es el hombre puede llegar a ser”.

Por extraño que parezca, ella se interesó y preguntó de dónde había sacado eso. Él respondió: “Está en la Biblia”. La mujer se retiró de la puerta por un momento, y regresó con su Biblia. Comentando que era ministra de una congregación, se la alcanzó y dijo: “Aquí está, muéstreme”.

Tomó la Biblia y nerviosamente fue pasando las hojas. Finalmente se la devolvió diciendo: “Tome, no lo puedo encontrar. Ni siquiera estoy seguro de que esté aquí, y si está, no podría encontrarlo. Pero vengo de una familia en la que vivimos el Evangelio de Jesucristo. Y eso ha hecho tanto por nuestra familia que he aceptado un llamamiento para venir en una misión durante dos años, pagando mis propios gastos, para decirle a la gente cómo me siento respecto al Evangelio”.

Después de medio siglo, él no podía contener las lágrimas al relatarme cómo ella abrió la puerta y dijo: “Entra, muchacho, me gustaría oír lo que tienes que decir”.

En esta obra hay un poder enorme, y cualquier miembro de la Iglesia, sostenido por el Espíritu, puede efectuar la obra del Señor.

Hay mucho más para decir. Yo podría hablar de la oración, del ayuno, del sacerdocio y la autoridad, de la dignidad: todo esencial para la revelación. Cuando todo ello se comprende, encaja perfectamente. Pero hay algunas cosas que uno debe aprender individualmente, y solo, enseñado por el Espíritu.

Nefi interrumpió aquel gran sermón sobre el Espíritu Santo y sobre los ángeles diciendo: “...yo...no puedo decir más; el Espíritu hace cesar mis palabras” (2 Nefi 32:7). Les he hablado lo mejor que he podido con las palabras que tengo. Posiblemente el Espíritu haya abierto el velo un poquito o les haya confirmado un principio sagrado de revelación, de comunicación espiritual.

Sé, por medio de experiencias demasiado sagradas para mencionar, que Dios vive, que Jesús es el Cristo, que el don del Espíritu Santo que se nos confiere en el momento de nuestra confirmación es un don celestial.

¡El Libro de Mormón es verdadero!

¡Esta es la Iglesia del Señor! ¡Jesús es el Cristo! Nos preside un Profeta de Dios. Los milagros no han cesado, ni los ángeles han dejado de aparecer y ministrar a los hombres. La Iglesia posee los dones espirituales. ¡El más preciado de éstos es el don del Espíritu Santo!

LA ENSEÑANZA POR EL ESPÍRITU: “EL LENGUAJE DE LA INSPIRACIÓN”

ÉLDER NEAL A. MAXWELL
DEL QUÓRUM DE LOS
DOCE APÓSTOLES

*En Old Testament
Symposium Speeches,
1991, págs. 1–6*

Vivimos y enseñamos entre una muy extensa variedad de personalidades individuales, experiencias, culturas, lenguas, intereses y necesidades. Solamente el Espíritu puede compensar tales diferencias. El Señor nos ha dicho que “la espada del Espíritu... es la palabra de Dios” (Efesios 6:17); puede facilitar la comunicación y penetrar como ninguna otra cosa. Por lo tanto, las Sagradas Escrituras y las palabras de los profetas vivientes ocupan una posición privilegiada; éstas son la clave para enseñar por el Espíritu para poder comunicarnos por lo que el profeta José Smith llamó “el lenguaje de la inspiración” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 61).

Tal vez los poderes especiales y evocativos de las Escrituras están ligados con nuestros destellos de memoria del mundo preterrenal, o por lo menos hacen renacer nuestras predisposiciones nutridas allí por tanto tiempo.

Las Escrituras inspiradas conllevan palabras santificadas.

El permanecer cerca de las Escrituras estratégicas no disminuye el papel de las revelaciones tácticas que pueden guiar al maestro.

Aun así, estando en un mundo cada vez más secularizado, debemos reconocer la verdad en las palabras de Pablo: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14). Muchas personas rechazan la inspiración del Espíritu. Sin embargo, como todos sabemos, cuando el locutor y el oyente (o escritor y lector) están unidos espiritualmente, sucede algo especial, ya que la revelación la reciben ambos.



“Por tanto, ¿cómo es que no podéis comprender y saber que el que recibe la palabra por el Espíritu de verdad, la recibe como la predica el Espíritu de verdad?”

“De manera que, el que la predica y el que la recibe, se comprenden el uno al otro, y ambos son edificados y se regocijan juntamente” (D. y C. 50:21–22).

John Taylor confirmó esto cuando afirmó: “No hay hombre que viva, ni nunca ha vivido hombre alguno que haya sido capaz de enseñar las cosas de Dios sin que haya sido enseñado, instruido y dirigido por el Espíritu de revelación que procede del Todopoderoso. Por consiguiente, no hay persona alguna que pueda recibir la verdadera inteligencia y formarse un juicio correcto con respecto a los principios sagrados de la vida eterna, salvo que se encuentre bajo la influencia de ese mismo Espíritu, por lo que tanto oradores como oidores están en las manos del Todopoderoso” (véase *Journal of Discourses*, tomo XVII, pág. 369).

Sabemos de la experiencia especial que José Smith tuvo al leer Santiago 1:5: “Ningún pasaje de las Escrituras jamás penetró el corazón de un hombre con más fuerza que éste en esta ocasión, el mío. Pareció introducirse con inmenso poder en cada fibra de mi corazón” (José Smith—Historia 1:12). ¡Santiago fue inspirado para escribir de tal manera y José para responder así a sus palabras! Otras personas se han beneficiado y continuarán beneficiándose de Santiago 1:5, pero su propósito primordial fue ser parte de la evocación espiritual que sirvió de guía en la última dispensación.

El Espíritu no solamente informa y aumenta la comprensión mutua; ¡convence! El Espíritu puede convencer al estudiante a “experimentar con” (véase Alma 32:27) el Evangelio, para que el premio de la verificación personal llegue y las personas conozcan por sí mismas que estas cosas son verdaderas.

Brigham Young afirmó en cuanto al poder de convencimiento del Espíritu:

“Cualquier cosa fuera de esa influencia, fallará en convencer a cualquier persona de la verdad del Evangelio de salvación...”

“...Cuando vi a un hombre sin elocuencia o talentos para hablar en público y que sólo pudo decir: ‘Yo sé, por el poder del Espíritu Santo, que el Libro de Mormón es verdadero, que José Smith es un Profeta del Señor’, el Espíritu Santo que procedía de aquel individuo [iluminó] mi entendimiento, y [percibí] la luz, la gloria, y la inmortalidad manifiestas ante mí. Dijo entonces haberse sentido rodeado y henchido por tales cosas y que comprendió dentro de sí que el testimonio de aquel hombre era genuino... Mi propio juicio, dones naturales, y educación se inclinaron a este simple, pero poderoso testimonio. Ése es el hombre que me bautizó (el hermano Eleazer Miller). Llenó mi cuerpo de luz, y mi alma con dicha. El mundo, con toda su sabiduría y poder, y con toda la gloria y esplendor de sus reyes y potentados, se hunde en perfecta insignificancia, comparado con el simple testimonio sin adornos de un siervo de Dios” (en *Journal of Discourses*, tomo I, págs. 90–91).

Ya sea enseñando o aprendiendo bajo la influencia del Espíritu, aceleramos el proceso en el cual una persona es “vivificad[a] en el hombre interior” (Moisés 6:65; véase también Efesios 3:16; Salmos 119:40). Eso con frecuencia puede implicar grandes experiencias espirituales, pero, más a menudo, consiste en momentos espirituales de quietud de gran significado.

Sin embargo, cuando hablamos de la enseñanza por el Espíritu, no se trata de un proceso místico. Enseñar no elimina la responsabilidad del maestro de prepararse por medio de la oración y la reflexión. Enseñar por el Espíritu no es el equivalente de ponerse en “piloto automático”. Aun con el Espíritu, necesitamos un plan de vuelo cuidadosamente elaborado. Estudiar algo en nuestras propias mentes incluye la presencia del Espíritu tanto en nuestras preparaciones como en nuestras presentaciones. No debemos errar, como Oliver Cowdery, al no pensar sino en pedir a Dios por su Espíritu (véase D. y C. 9:7).

Procurar el Espíritu tiene un mejor resultado cuando pedimos al Señor que se ponga al frente de una mente ya informada, que haya “estudiado” el asunto con anterioridad. Además, si ya estamos interesados profundamente en aquellos a quienes vamos a enseñar, es mucho más fácil para el Señor inspirarnos para dar consejo y énfasis en situaciones particulares a aquellos a quienes enseñamos. Por tanto, no podemos estar separados emocionalmente [de nuestros alumnos] cuando enseñamos por el Espíritu.

Un ejemplo del mundo secular me ayudará a explicarlo mejor. Cuando Winston Churchill tenía solamente veintitrés años, escribió un ensayo de oratoria que nunca fue publicado pero que se encontró entre sus papeles después de su muerte. En él hablaba de la necesidad de comunicarse con sentimiento. Afirmó:

“Antes de que él pueda inspirarlos con cualquier emoción, él mismo debe ser influido por ella... Antes de moverlos a las lágrimas, las suyas deben fluir. Para convencerlos, debe creer él mismo... Aquel que se regocija ejerce un poder más perdurable que el de un gran rey; es una fuerza independiente en el mundo. Puesto que, abandonado por su partido, traicionado por sus amigos, despojado de sus responsabilidades, quienquiera que pueda estar al mando de ese poder, sigue siendo formidable” (en William Manchester, *The Last Lion: Winston Spencer Churchill Solo, 1932–1940* [Boston: Little, Brown, and Co., 1988], pág. 210).

El presidente Harold B. Lee nos dio el equivalente espiritual:

“Ustedes no pueden encender un fuego en otra alma a menos que esté encendido en su propia alma. Maestros: el testimonio que portan, el espíritu con el que enseñan y con el que guían, es una de las actividades más importantes que pueden tener, puesto que ayudan a fortalecer a aquellos que necesitan tanto, en un aspecto en el que ustedes tienen tanto que ofrecer” (en *Conference Report*, abril de 1973, págs. 178–179).

Este acompañamiento de sentimientos propios, instructivo en sí mismo, se facilita por la elocuencia del ejemplo personal. Los demás responderán a la autoridad adicional del ejemplo cuando esté presente en nuestra vida. Es entonces cuando el Espíritu puede atestiguar especialmente la autenticidad de nuestras palabras, y otros pueden “creer en [nuestras] palabras” (D. y C. 46:14).

La fe inicial del principiante necesita la confianza en las palabras de los fieles. Desde el principio, puede tener “fe en tan sólo las palabras de mi siervo” (Mosíah 26:15). “Y ahora tú dices que hay un Dios, he aquí, yo creeré” (Alma 22:7). Tal seguimiento conlleva sus propias recompensas: “Y benditos son ellos a causa de su extremada fe en tan sólo las palabras que tú les has hablado” (Mosíah 26:16).

El presidente Joseph F. Smith instó a los padres: “Enseñen a sus hijos estas cosas con espíritu y con fuerza, *sostenidos y fortalecidos por la práctica personal*; háganles ver que son sinceros, y que practican lo que predicán” (“*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, pág. 373; cursiva agregada). La ausencia visible de tal sinceridad es la que priva a tantas lecciones o clases de su deseada influencia aun cuando el contenido es digno de alabanza.

Los alumnos vienen a ver y a sentir la compatibilidad de la presencia del Espíritu con aquellos que están trabajando seriamente en cultivar más allá los atributos y virtudes celestiales clave. Esos atributos son esenciales; son eternos; pueden llegar a ser parte de ustedes. A la cabeza está la “amorosa bondad” (véase 1 Nefi 19:9; D. y C. 133:52);

de hecho, nuestro grado de “sinceridad” se mide por nuestro mejoramiento personal y espiritual.

Hago una pausa para añadir algunos pensamientos de la sección 133 de Doctrina y Convenios; ésta se refiere a la segunda venida de Jesús, del impresionante espectáculo solar que sucederá con el sol y la luna. Enseguida dice: “Y las estrellas serán arrojadas de sus lugares” (vers. 49). Se escuchará la voz de Jesús cuando hable de haber pisado el lagar solo (vers. 50). Luego, en lo que parece una preciosa perspectiva, continúa diciendo que haremos memoria de su amorosa bondad para siempre jamás (vers. 52). A pesar de que las estrellas serán lanzadas de sus lugares, lo que mejor recordaremos de esa ocasión, es su amorosa bondad!

El Espíritu no se impone al maestro o al alumno que tenga una mala disposición. Una vez resistido, rápida y sencillamente se retirará.

Un sabio dijo que necesitamos más que se nos haga acordar que el ser instruídos. Una de las funciones más poderosas del Espíritu es traer a nuestra memoria cosas que ya hemos aprendido.

El Espíritu estimula la reflexión en los que escuchan y alienta la honestidad intelectual. Así fue con Amulek, quien cándidamente reconoció que antes de su despertar espiritual sabía concierne a estas cosas, mas no quería saber; que fue llamado y no quiso oír (véase Alma 10:6). El Espíritu induce esa clase de cándida reflexión. Puede suceder en un instante con un adolescente o un estudiante universitario; en el círculo familiar o en una calmada conversación. El Espíritu no tolerará la deshonestidad intelectual, mas en su lugar estimula la honestidad intelectual. Este proceso es realmente digno de ser descrito como la “espada del Espíritu” (véase Efesios 6:17).

De hecho, el Espíritu enlaza a los estudiantes directamente con el Señor. Las lealtades y perspectivas se correlacionan. Aun cuando los padres y maestros “desaparezcan” geográficamente y generacionalmente, el Espíritu continuará suministrando. Al desdeñar la tentación de la esposa de Potifar, José no solamente rechazó ser desleal al confiable Potifar, quien había sido tan generoso con él, sino que también no “haría este gran mal... contra Dios” (Génesis 39:9; véanse los vers. 7–20). Ese tipo de arreglo intelectual y espiritual permanece intacto y se nutre a través de los años. Nos da valor en circunstancias que nadie podría haber previsto.

Con razón cada semana, cuando compartimos el pan de la Santa Cena, pedimos tener al Espíritu con nosotros *siempre*. Sólo entonces estamos a salvo. De otra forma, sin el Espíritu, nos quedamos solos. ¿Quién querría estar completamente solo?

No existe un mejor ejemplo de cómo la fe llega al escuchar que el siguiente relato: Brigham Young era un estudiante muy dedicado del Evangelio, como todos sabemos. Hizo lo indecible (con frecuencia entre dificultades) para escuchar al profeta José. Más tarde él manifestó:

“Nunca dejé pasar una oportunidad de estar con el profeta José o de oírle hablar en público y en privado, pues deseaba adquirir comprensión de la fuente misma desde la que él hablaba, para así poder yo tenerla y acudir a ella cuando fuere necesario. Mi propia experiencia me dice que el gran éxito con el que el Señor ha coronado mis labores se debe al hecho de aplicar mi corazón a la sabiduría. Noto que aun mis hermanos naturales cuando entran en mi oficina, lo que no es muy frecuente, si hay asuntos importantes a la mano —cuando estoy enseñando a las Autoridades Generales los principios de gobernar, y cómo aplicarlos a sus familias, vecinos y naciones— dejan la oficina como si fuera una cosa sin importancia. Y éste es el caso con muchos de los élderes en la Iglesia. Esto me mortifica mucho. En los días del profeta José, tales momentos me eran máspreciados que toda la riqueza del mundo. No importaba cuán pobre fuese, mientras tuviera comida para alimentar a mi esposa y mis hijos, jamás dejaba pasar la oportunidad de aprender de las enseñanzas del Profeta” (véase “Prudencia y orden”, *Liahona*, diciembre 2001, pág. 21; véase también *Journal of Discourses*, tomo XII, págs. 269–270).

El Espíritu trae sustancia así como sentimiento. Observen estos ejemplos de las Escrituras:

“Estas palabras no son de hombres, ni de hombre, sino mías; por tanto, testificarás que son de mí y no del hombre” (D. y C. 18:34).

“Creeréis en estas palabras, porque son las palabras de Cristo, y él me las ha dado” (2 Nefi 33:10).

“La palabra tenía... un efecto más potente en la mente del pueblo que... cualquier otra cosa” (Alma 31:5).

Cuando un hombre trabaja por la fe “trabaja por las palabras” (véase *Lectures on Faith*, tomo VII, pág. 3).

“Pero esta generación recibirá mi palabra por medio de ti” (D. y C. 5:10).

Habiendo hablado de esas dimensiones básicas de enseñar por el Espíritu, puedo sugerir algunas cosas sobre *qué hacer* y *qué no hacer*. Los siguientes *qué hacer* y *qué no hacer* afectan el clima del aprendizaje. Los “*qué hacer*” invitarán al Espíritu y los “*qué no hacer*” harán que se retire.

QUÉ HACER	QUÉ NO HACER
1. Concéntrese en el momento de la enseñanza al ubicarse y estar sereno en su propio corazón.	1. Molestarse por las ansiedades como las de Marta. ¿Recuerda cómo José Smith fue ineficaz después de que él y Emma tuvieron un desacuerdo? Invitar al Espíritu es difícil, pero no vendrá si estamos colmados con otras preocupaciones.
2. Sea manso y “hablaré a tu mente” (D. y C. 8:2).	2. Tratar de impresionar a fin de ser escuchado o visto por los hombres.
3. Tenga considerable contacto visual con los estudiantes y escúchelos.	3. Estar tan ocupado haciendo la presentación que no es posible escuchar al Espíritu o a los alumnos. No espere que la clase lo escuche cuando usted no está prestando atención al Espíritu.
4. Utilice frases cortas inspiradas que se puedan recordar y retener.	4. Multiplicar palabras o conceptos. ¿Apreciaríamos el Sermón del Monte si ocupara tres tomos?
5. Conozca la sustancia de lo que se está presentando. Reflexione y ore sobre su enfoque sencillo.	5. Presentar una “variedad de enseñanzas” esperando que alguien encuentre algo de valor. La falta de enfoque deja a los receptores con dudas.
6. Proponga aplicaciones e implicaciones relevantes de lo que se está enseñando.	6. Responder a preguntas que nadie está haciendo.
7. Haga preguntas inspiradas.	7. Temer las preguntas.
8. Esté preparado para aprender de lo que dice mientras esté bajo la influencia del Espíritu. Escuché al presidente Marion G. Romney decir en varias ocasiones: “Sé cuando estoy hablando bajo la inspiración del Espíritu Santo porque siempre aprendo algo de lo que he dicho” (véase Boyd K. Packer, <i>Teach Ye Diligently</i> , Salt Lake City: Deseret Book Co., 1975, pág. 304).	8. Tener miedo de reflexionar frente a los estudiantes.
9. Proporcione momentos de pausa en forma deliberada. El Espíritu proveerá su propia “convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1).	9. Tener miedo a los silencios inspirados.

<p>10. Permita que las doctrinas hablen por ellas mismas. “Cada principio que Dios ha revelado lleva sus propias convicciones de su veracidad a la mente humana” (Brigham Young, en <i>Journal of Discourses</i>, tomo IX, pág. 149).</p>	<p>10. Terminar “vendiendo” las doctrinas. El profesor Arthur Henry King escribió lo siguiente de la narración de José Smith sobre la Primera Visión: “Cuando leí por primera vez la historia de José Smith me quedé profundamente impresionado. Yo no quería estar impresionado. Como un estilístico, he pasado mi vida con la inclinación a no dejar que nada me impresione. Así que cuando leí ese relato, pensé dentro de mí que esa cosa era extraordinaria, que era una historia franca e imparcial. Ese hombre no está tratando de persuadirme de nada. No necesita hacerlo. Está describiendo lo que le ocurrió, y lo está indicando, no entusiastamente, sino de una forma honrada. No está intentando hacerme llorar o sentir euforia. Eso me impactó, y empecé a edificar mi testimonio, porque podía ver que ese hombre estaba diciendo la verdad... “...Y no es una prosa de alguien que está tratando de componerla y hacerla convincente. Es la prosa de alguien que está tratando de decirlo tal y como es, que está flexionando todas sus facultades para expresar la verdad y no pensando en ninguna otra cosa. Y por encima de todo, aun cuando está escribiendo sobre José Smith, no está pensando en José Smith, no está pensando en las consecuencias que va a tener en otras personas, no está asumiendo una actitud artificial, no está pretendiendo ser alguien importante; solamente está siendo él mismo” (<i>The Abundance of the Heart</i>, Salt Lake City: Bookcraft, 1986, págs. 200–201).</p>
<p>11. Comparta su testimonio apropiada y específicamente.</p>	<p>11. Sólo decir “Tengo un testimonio”.</p>

Por supuesto que existen personas que están guardando sus convenios que carecen de carisma para enseñar. Desde luego que están aquellos cuyas vidas están en orden y que no son maestros muy animados; sin embargo, el Espíritu bendice los esfuerzos de todos los que viven dignamente. Apoya lo que ellos dicen o hacen. Existe una autenticidad que atestigua, que procede de aquel que guarda los mandamientos, que habla por sí misma. Por tanto, prefiero la exactitud doctrinal y certeza espiritual (aun con un poco de tedio) al carisma con inteligencia sin una base firme en las doctrinas de la Iglesia.

Sin embargo, parte de lo que puede faltar algunas veces en el maestro es un entusiasmo personal sobre el Evangelio que podría ser altamente contagioso. Dado que solamente podemos hablar la parte más pequeña de lo que sentimos, no debemos permitir que esa “parte más pequeña” se encoja aún más.

Finalmente, tal como lo dijo el profeta del Libro de Mormón: “¡Oh, sed prudentes! ¿Qué más puedo decir?” (Jacob 6:12).

Termino compartiendo con ustedes varios ejemplos. Los ejemplos que ustedes tengan serán tan buenos o mejores que los míos.

Era la noche de un domingo hace casi treinta años. Nos habíamos reunido en el instituto de la Universidad de

Utah. Se suponía que el presidente Hugh B. Brown iba a ser el orador. Llegó la hora de la reunión, y él no estaba allí. Aquellos que habían planeado la reunión estaban preocupados y apenados por el “error”. Esa noche estaba con nosotros al gran orador Richard L. Evans. Mientras el élder Evans nos hablaba, se envió a alguien a buscar al presidente Brown. Lo encontraron caminando alrededor de la manzana en la que estaba su casa. Se apresuró, se cambió de ropa, vino y nos habló. Y esa fue una de las maravillosas experiencias de mi vida. Bajo la dirección del Espíritu, nos enseñó sobre la Restauración y nos dio su testimonio. Ninguno de los que estábamos allí lo olvidaremos jamás.

Recuerdo haber estado presente en el auditorio del Edificio de las Oficinas Generales de la Iglesia en abril de 1974. El presidente Spencer W. Kimball estaba dando lo que, en efecto, era su primer discurso como presidente de la Iglesia. En su primera conferencia de prensa, con humildad, indicó que simplemente estaría contento si pudiera mantener las cosas en la misma senda en la que había trabajado el presidente Lee. Ese día la electricidad estuvo presente en su discurso: “Id por todo el mundo”. ¡Lo sentimos! El presidente Benson, el presidente de los Doce, comentó más tarde sobre eso. Todos nos sentimos conmovidos e inspirados. Hubo una unión, en el tiempo del Señor, del hombre y el momento. El Espíritu lo apoyó,

y sentimos la influencia del Espíritu en esa ocasión. Como se ha indicado anteriormente, ya sea en una gran audiencia o simplemente en una conversación de dos personas, el Espíritu actúa.

Ahora bien, pienso en la inspirada pregunta que hizo hace poco más de un año el jefe de la familia Critchfield, en Payson, Utah. Su hijo, Stanley, había sido apuñalado a muerte en Dublín, Irlanda, mientras servía en una misión allá. La sorpresa y decepción vino con la noticia. Entonces ese humilde padre preguntó al hermano pequeño de quince: “Hijo, en unos cuatro años tendrás diecinueve años; el profeta va a llamarte para ir a una misión. Has visto lo que le pasó a tu hermano Stanley, ¿qué vas a hacer tú?” “Iré, papá, iré”, fue la respuesta. El Espíritu santificó esa inspirada pregunta y respuesta, al igual que santifica la comunicación en grandes congregaciones. La maravillosa respuesta de ese muchacho que está ahora ahorrando su dinero para ir a una misión ha dejado una impresión perdurable. Su respuesta, después de todo, no difiere mucho de las palabras de Nefi: “Iré y haré”.

He mencionado el silencio inspirado. Siendo alguien que ha tenido la tendencia de hablar cuando hay momentos incómodos de silencio, ha sido difícil para mí aprender a quedarme callado algunas veces. Por fortuna han sido pocas las ocasiones. Aprendí eso sin querer de un compañero de la Segunda Guerra Mundial que se estaba recuperando de problemas del corazón en un hospital de Phoenix. Un buen setenta de la rama local me escribió una carta contándome los problemas de mi amigo. Yo había perdido contacto con él por unos treinta años. Le escribí una carta, luego le llamé, y le envié algunas noticias de la Iglesia. Después le volví a llamar cuando regresó a su casa en Duncan, Arizona. “¿Cómo te va, Harry?” “Bien.” “¿Has leído lo que te envié?” “Sí, he leído algo, pero...” “Harry, quiero ir y bautizarte.” Hubo una larga pausa. Afortunadamente, no me apresuré a llenarla. Luego vinieron sus palabras: “¿Podrías hacerlo?”. Así es que al poco tiempo viajé a Duncan, Arizona, y tuve el gran privilegio de bautizar y confirmar a mi amigo Harry White. Recibió la influencia del Espíritu. Él tenía una esposa maravillosa que era miembro de la Iglesia y otras personas que, por años, habían tratado de acelerar su conversión. ¡No teman al silencio!

Ustedes conocen el pasaje de las Escrituras que dice: “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios” (Salmos 46:10). Ustedes y yo quizás lo interpretemos como “estar callados”. No significa eso. Es “estar quietos”. En esa quietud especial llega una sumisión y un enfoque. Se expulsan las cosas superfluas. Permanezcamos quietos, y permitamos que esa quietud influya en esas ocasiones especiales cuando el Espíritu informa, inspira, o nos trae algo a la memoria.

Qué bendecidos somos al saber lo que sabemos, ser llamados a hacer lo que hacemos, estar en su reino. Éste es un tiempo en que la secularización ha incrementado. Es un tiempo en el que las cosas que son del Espíritu de Dios son locura para más y más gente en este planeta. Pero aquellos que saben, saben que saben.

La hermana Maxwell y yo nos encontrábamos en una charla fogueña para adultos solteros hace algunos meses. Entre los que tuvieron la bondad de venir a saludarnos había una hermana divorciada. No habló conmigo; habló con Colleen, aunque sí la saludé. Me entregó una pequeña nota que decía: “Recuerdo haberlo sabido, pero ya no lo sé”. Entre aquellos a los que ustedes inspirarán se encuentran los que alguna vez supieron, pero ya no recuerdan. Algunos como Amulek sabían, mas no querían saber, sino resistir.

Qué bendecidos somos de que el Espíritu realza lo que hacemos con nuestros escasos talentos. Que Dios los bendiga y los sostenga. Que los haga sentir lo importante que son para el trabajo de Su reino y para las generaciones que aún no han nacido, que en los años venideros, y seguramente por toda la eternidad, se levantarán y los llamarán bienaventurados.

Al ir manejando por la mañana por esos largos caminos invernales, cuando muy pocas personas parecen apreciar lo que están haciendo, sepan que están en los asuntos de su Padre. Él los bendecirá con Su Espíritu. Ustedes conocerán la dicha de recibir el aprecio de aquellos a quienes han enseñado. Permitan que los vean como hombres y mujeres de Cristo, en el proceso de ser como Cristo, y ustedes tendrán su Espíritu con ustedes, ¡siempre! En el nombre de Jesucristo. Amén.

EL PODER DE LA PALABRA

**PRESIDENTE EZRA TAFT
BENSON**

PRESIDENTE DE LA IGLESIA

*Extracto de Liahona, julio de
1986, págs. 72–74*

Vivimos en un período de grandes dificultades; vivimos en la época de la cual el Señor habló cuando dijo: “La paz será quitada de la tierra, y el diablo tendrá poder sobre su propio dominio” (D. y C.



1:35). Vivimos en aquel día que previó Juan el Revelador, cuando “el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 12:17). El dragón es Satanás; la mujer representa a la Iglesia de Jesucristo. Satanás está haciendo la guerra a los miembros de la Iglesia que tienen un testimonio y que están tratando de cumplir los mandamientos, y aun cuando muchos de nuestros miembros permanecen fieles y firmes, algunos están vacilantes; algunos caen. Algunos están haciendo cumplir la profecía de Juan de que en la guerra contra Satanás, algunos santos serían vencidos (véase Apocalipsis 13:7).

El apóstol Pablo también vio nuestro día. Lo describió como una época en que abundarían cosas tales como la blasfemia, la falta de honradez, la crueldad, la falta de afecto natural, el orgullo y el placer (véase 2 Timoteo 3:1–7). También advirtió que “los malos hombres y los engañadores [irían] de mal en peor, engañando y siendo engañados” (2 Timoteo 3:13).

Tan siniestras predicciones de los profetas de la antigüedad serían razón de temor y desaliento si esos mismos profetas no hubieran ofrecido al mismo tiempo la solución. En su inspirado consejo podemos encontrar la respuesta a la crisis espiritual de nuestra era.

En su sueño, Lehi vio una barra de hierro que conducía por los vapores de tinieblas. Vio que si la gente se asía a esa barra, podría evitar los ríos de la inmundicia, alejarse de los caminos prohibidos y dejar de desviarse por senderos extraños que conducen a la destrucción. Más tarde, su hijo Nefti explicó claramente el simbolismo de la barra de hierro. Cuando Lamán y Lemuel preguntaron: “¿Qué significa la barra de hierro?”, Nefti contestó “que era la palabra de Dios; y [noten esta promesa] *que quienes escucharan la palabra de Dios y se asieran a ella, no perecerían jamás; ni los vencerían las tentaciones ni los ardientes dardos del adversario para cegarlos y llevarlos a la destrucción*” (1 Nefti 15:23–24; cursiva agregada). La palabra de Dios no solamente nos guiará hacia el fruto que es más deseable que

todos los demás, sino que en la palabra de Dios y por medio de ella podemos encontrar el poder para resistir la tentación, el poder para frustrar la obra de Satanás y de sus emisarios.

El mensaje de Pablo es el mismo que el de Lehi. Después de describir la terrible iniquidad de los tiempos futuros (¡futuro para él, pero presente para nosotros!), le dijo a Timoteo: “Pero persiste tú en lo que has aprendido...

“desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, *las cuales te pueden hacer sabio para la salvación*” (2 Timoteo 3:14–15; cursiva agregada).

Mis queridos hermanos, ésta es una respuesta a los grandes desafíos de nuestra época. La palabra de Dios, según se encuentra en las Escrituras, en las palabras de los profetas vivientes y en la revelación personal, tiene el poder de fortalecer a los santos y armarlos con el Espíritu para que puedan resistir la iniquidad, aferrarse a lo bueno y encontrar felicidad en la vida.

...En años recientes les hemos aconsejado una y otra vez que ciertas actividades traen mayores recompensas espirituales que otras. En el año 1970, el presidente Harold B. Lee aconsejó a los Representantes Regionales:

“Estamos convencidos de que nuestros miembros están hambrientos del Evangelio puro con sus abundantes verdades... Parece haber algunos que han olvidado que las armas más poderosas que el Señor nos ha dado para combatir todo lo que es inicuo son sus propias declaraciones, las doctrinas llanas y simples de la salvación como se encuentran en las Escrituras” (En el seminario para Representantes Regionales del 1º de octubre de 1970, pág. 6).

En un mensaje de la Primera Presidencia en 1976, el presidente Spencer W. Kimball afirmó:

“Estoy convencido de que cada uno de nosotros, en algún período de nuestra vida, tiene que descubrir las Escrituras por sí mismo, y no solamente una vez, sino redescubrirlas constantemente...

“El Señor no bromea cuando nos da estas cosas, porque ‘a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará’ (Lucas 12:48). Disfrutar de esas bendiciones pone sobre nuestros hombros una gran responsabilidad. Debemos estudiar las Escrituras de acuerdo con el mandamiento del Señor (véase 3 Nefti 23:1–5), y permitir que sus enseñanzas gobiernen nuestra vida” (*Liahona*, septiembre de 1976, págs. 2–3).

En abril de 1982, el élder Bruce R. McConkie habló a los Representantes Regionales sobre la importancia primordial que tienen las Escrituras en nuestra obra. Dijo: “Estamos tan absorbidos en los programas, en las estadísticas, en las propiedades, en la riqueza y en lograr metas que harán resplandecer la excelencia de nuestro trabajo,

que hemos ‘omitido el verdadero valor de la ley’... Por habilidosos que sean los hombres en asuntos administrativos, por elocuentes que sean en expresar sus puntos de vista, por ilustrados que sean en las cosas del mundo, se les negará el suave susurro del Espíritu que pudo haberles pertenecido, a menos que paguen el precio de estudiar, meditar y orar acerca de las Escrituras” (En el seminario para Representantes Regionales del 2 de abril de 1982, págs. 1–2)...

...A menudo hacemos grandes esfuerzos tratando de aumentar los niveles de actividad en nuestras estacas; trabajamos diligentemente por aumentar la asistencia a las reuniones sacramentales; tratamos de obtener un mejor porcentaje de nuestros jóvenes que van a una misión; luchamos por mejorar la cantidad de casamientos en el templo. Todos éstos son esfuerzos valiosos e importantes para el crecimiento del reino, pero cuando los miembros en forma individual y como familias se compenetran en la lectura de las Escrituras en forma regular y constante, esos otros resultados llegarán en forma automática. Los testimonios aumentarán, la dedicación se fortalecerá, las familias progresarán, la revelación personal abundará.

El profeta José Smith dijo que “el Libro de Mormón era el más correcto de todos los libros sobre la tierra, y la clave de nuestra religión; y que *un hombre se acercaría más a Dios por seguir sus preceptos* que los de cualquier otro libro” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 233–234; cursiva agregada). ¿No es esto lo que deseamos para los

miembros de nuestros barrios y estacas? ¿No estamos deseosos de que se acerquen más a Dios? Entonces alentémoslos de todas las formas posibles para que se impregnen con este maravilloso testamento de Cristo de los últimos días.

Deben ayudar a los santos a darse cuenta de que el estudiar y escudriñar las Escrituras no es una carga impuesta por el Señor, sino una bendición y una oportunidad maravillosas...

...Hermanos míos, ino tratemos en forma ligera las grandes cosas que hemos recibido de la mano del Señor! Su palabra es uno de los dones más valiosos que nos ha dado. Los exhorto a volver a comprometerse a estudiar las Escrituras. Sumérjense en ellas diariamente para poder tener así el poder del Espíritu como ayuda en sus llamamientos. Léanlas con sus familias y enseñen a sus hijos a amarlas y atesorarlas. Luego, con un espíritu de oración y en consejo con otros líderes, busquen todas las formas posibles para alentar a los miembros de la Iglesia a seguir su ejemplo. Si lo hacen así, se darán cuenta de que, como Alma dijo, “la palabra [tiene] gran propensión a impulsar a la gente a hacer lo que [es] justo —sí, [ha] surtido un efecto más potente en la mente del pueblo que la espada o cualquier otra cosa que les [haya] acontecido” (Alma 31:5).

Y como Alma dijo, yo también les digo que es “prudente que [pongan] a prueba la virtud de la palabra de Dios” (Alma 31:5), en el nombre de Jesucristo. Amén.

VIVIR DE ACUERDO CON LOS PRINCIPIOS DEL EVANGELIO



El matrimonio eterno: Manual para el alumno (*Religión 234 y 235*, 2004, págs. IX–X)

GOBERNAR NUESTRA VIDA DE ACUERDO CON LOS PRINCIPIOS

El presidente Ezra Taft Benson aconsejó: “...una de las cosas más importantes que pueden hacer... es compenetrarse en las Escrituras. Escudríenlas

diligentemente. Deléitense en las palabras de Cristo. Aprendan la doctrina. Dominen los principios que se encuentran en ellas” (véase *Liahona*, julio de 1986, pág. 73).

El élder Richard G. Scott, miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, afirmó: “Al procurar el conocimiento espiritual, busca los principios, separando el principio en sí de la explicación de éste. Un principio es una verdad concentrada y preparada para aplicarse en una amplia

gama de circunstancias; cuando es verdadero, hace que las decisiones sean claras aun en medio de las condiciones más confusas. Vale la pena que nos esforcemos por resumir las verdades que escuchemos en la sencilla declaración de un principio” (*Liahona*, enero de 1994, pág. 101).

El conocer los principios correctos y vivir de acuerdo con ellos es parte esencial de una vida feliz y de un matrimonio feliz. Los principios del Evangelio incluyen la doctrina, los mandamientos, los convenios, las ordenanzas y los preceptos...

DEBEMOS CUMPLIR CON NUESTRA PARTE

Los principios a menudo se pueden dividir en dos partes principales: la *condición* y la *promesa*. La *condición* consiste en un consejo general por parte del Señor. La *promesa* consiste en el resultado que se promete por obedecer o desobedecer dicho consejo.

Al referirse a la Palabra de Sabiduría, el Señor la llamó “un principio con promesa” (D. y C. 89:3). La *condición*

es el consejo de mantener nuestros cuerpos física y espiritualmente puros. La *promesa* es que recibiremos salud, sabiduría, fortaleza y otras bendiciones.

El Señor guarda Sus promesas: “Yo, el Señor, estoy obligado cuando hacéis lo que os digo; mas cuando no hacéis lo que os digo, ninguna promesa tenéis” (D. y C. 82:10). Debemos recordar que Dios determina la *promesa* de acuerdo con Su sabiduría y no de acuerdo con nuestras expectativas.

Los principios no siempre se enseñan ni se escriben siguiendo el formato *condición-promesa*. Por ejemplo, las Autoridades Generales no siempre dicen: “Si ustedes tienen fe, el poder del Señor les acompañará en la vida”. En lugar de eso, puede que presenten ejemplos de fe o que nos motiven a tener fe.

LOS PRINCIPIOS DEL EVANGELIO SON UNIVERSALES

Los principios del Evangelio son universales: verdaderos en toda situación, en toda cultura y en todo momento. Los principios que fueron revelados a Adán en el principio del mundo siguen siendo igual de verdaderos en estos últimos días. Contamos con profetas, Escrituras y la influencia del Espíritu Santo para ayudarnos a reconocer y aplicar los principios correctos.

RESUMEN

Un principio es una verdad, una ley o una regla duradera que se puede seguir a la hora de tomar decisiones. Los principios nos ayudan a aplicar las doctrinas del Evangelio a la vida cotidiana, y nos proveen de una luz para iluminarnos el camino en un mundo cada vez más confuso e inicuo.

RESPUESTAS A PREGUNTAS DEL EVANGELIO

**ÉLDER BRUCE R.
MCCONKIE**

**DEL QUÓRUM DE LOS
DOCE APÓSTOLES**

*Carta abierta, alrededor de 1980,
Archivos del Departamento
Histórico, La Iglesia de Jesucristo
de los Santos de los Últimos Días*

A: Investigadores que buscan la verdad con sinceridad

Estimados hermanos y hermanas:

Recibo un diluvio de cartas en las que se hacen preguntas sobre las doctrinas, prácticas e historia de la Iglesia. Varias miles de preguntas me son presentadas cada año. Recientemente recibí una sola carta que incluía 210 preguntas principales, más muchas menores. Contestar las preguntas de esta sola carta hubiera tomado varios cientos de páginas. Con frecuencia tengo una pila de cartas sin contestar con una altura de 15 a 20 centímetros. Hay ocasiones en que pasan semanas sin que tenga la oportunidad de leer las cartas, y ciertamente sin poder tener ocasión de contestarlas.

Las personas sensatas se pueden percatar de que si dedicara todas las horas que paso despierto a la investigación y trabajo que tomaría contestar las preguntas que me llegan, aun así no podría contestarlas todas. Pero, y esto es mucho más importante, aunque me fuera posible efectuar este servicio, no estaría haciendo lo correcto, ni tampoco sería bueno para las personas que me presentan sus problemas. En vez de eso permítanme hacer las siguientes



sugerencias generales a aquellas personas que buscan respuestas a preguntas sobre el Evangelio:

1. BUSQUEN LUZ Y VERDAD.

Todos los hombres en todas partes, dentro y fuera de la Iglesia, sin referencia a una secta, partido o denominación, están obligados a buscar luz y verdad. La luz de Cristo viene como un regalo gratuito a todos los hombres; ilumina a todo hombre que viene al mundo; y los que siguen sus sugerencias buscan la verdad, logran conocimiento y entendimiento, y son guiados al Evangelio y sus verdades de salvación.

Los miembros de la Iglesia tienen una obligación adicional de entender tanto las leyes de la naturaleza como las doctrinas de salvación. Tienen el don del Espíritu Santo que es el derecho a la constante compañía de este miembro de la Trinidad, basado en la fidelidad. El Espíritu Santo es un revelador. “Y por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas” (Moroni 10:5). En el sentido completo y final, la única forma perfecta y absoluta de adquirir un conocimiento seguro en cualquier campo es recibir revelación personal del Santo Espíritu de Dios. Esta bendición enviada del cielo está reservada para aquellos que guardan los mandamientos y obtienen la compañía del Espíritu Santo, recordando que el Espíritu no morará en un tabernáculo impuro.

2. ESCUDRIÑEN LAS ESCRITURAS.

Las respuestas a casi todas las preguntas doctrinales importantes se encuentran en los Libros Canónicos o en los sermones y escritos del profeta José Smith. Si no se encuentran en esas fuentes, probablemente no son esenciales

para la salvación y puede ser que estén más allá de nuestra actual capacidad espiritual para comprenderlas. Se nos darán nuevas revelaciones cuando entendamos y vivamos en armonía con esas verdades que ya hemos recibido.

La forma de lograr un alto estado en los estudios del Evangelio es primero estudiar, reflexionar y orar sobre el Libro de Mormón, y luego seguir el mismo curso con relación a las otras Escrituras. El Libro de Mormón contiene esa parte de la palabra del Señor que ha dado al mundo para preparar el camino para una comprensión de la Biblia y las otras revelaciones que ahora tenemos entre nosotros. Se nos ha mandado escudriñar las Escrituras, todas ellas; atesorar la palabra del Señor, para que no seamos engañados, beber profundamente de la fuente de las Escrituras para que nuestra sed de conocimiento sea saciada.

Pablo dice que las Escrituras nos pueden hacer “sabios para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:15). Éstas nos guían a la Iglesia verdadera y los administradores legales que Dios ha asignado para administrar Su obra en la tierra. Es mucho mejor para nosotros obtener respuestas por medio de las Escrituras que por algo que alguien más dice acerca de ellas. Es verdad que muchas veces necesitamos un intérprete inspirado para ayudarnos a comprender lo que los apóstoles y profetas han escrito para nosotros en los Libros Canónicos, pero también es verdad que muchas explicaciones dadas por mucha gente concerniente al significado de los pasajes de las Escrituras son un tanto menos que la verdad y menos edificantes.

Nos encontramos en una situación mucho mejor si podemos beber directamente de la fuente de las Escrituras sin que las aguas sean enlodadas por otra gente cuya comprensión no es tan grande como la de los escritores proféticos que escribieron primero los pasajes que se hallan en los Libros Canónicos y que se han aceptado como tales. No estoy rechazando los comentarios analíticos apropiados sobre las Escrituras; conozco y aprecio su valor y he escrito volúmenes de ellos yo mismo; simplemente estoy diciendo que las personas que tienen la facultad para hacerlo estarán mucho mejor si crean sus propios comentarios analíticos. Existe algo sagrado, solemne y salvador en el hecho de estudiar las Escrituras de manera individual. Debemos capacitarnos en esa dirección.

3. LAS VERDADERAS DOCTRINAS ESTÁN EN ARMONÍA CON LOS LIBROS CANÓNICOS.

Los Libros Canónicos son Escritura. Nos sirven de guía. Son la voluntad, la intención y la voz del Señor. Él nunca ha revelado, revela o revelará algo que sea contrario al contenido de ellos. Ninguna persona que hable con el espíritu de inspiración enseñará jamás una doctrina que no esté en armonía con las verdades que Dios ya ha revelado.

Estas palabras del presidente Joseph Fielding Smith deben guiarnos a todos nosotros en nuestro estudio del

Evangelio: “No importa qué esté escrito o lo que cualquiera haya dicho; si aquello que se ha dicho no concuerda con lo que el Señor ha revelado, podemos hacerlo a un lado. Mis palabras, y las enseñanzas de cualquier otro miembro de la Iglesia, ya sea en un cargo mayor o menor, si no concuerdan con las revelaciones, no estamos obligados a aceptarlas. Expongamos claramente este asunto. Hemos aceptado los cuatro Libros Canónicos como las medidas o balanzas de acuerdo con las cuales medimos la doctrina de todo hombre.

“No podéis aceptar los libros escritos por las autoridades de la Iglesia como normas en cuanto a doctrina, sino hasta el punto en que concuerden con las palabras reveladas en los Libros Canónicos.

“Todo hombre que escribe es responsable, no la Iglesia, por lo que él escriba. Si Joseph Fielding Smith escribe algo que no va de acuerdo con las revelaciones, todo miembro de la Iglesia está obligado a rechazarlo. Si escribe aquello que concuerde perfectamente con la palabra revelada del Señor, entonces se debe aceptar” (*Doctrines of Salvation*, Bruce R. McConkie, tomo 3, págs. 203–204).

4. PROCUREN BUSCAR ARMONÍA ENTRE LAS EXPRESIONES PROFÉTICAS Y LAS ESCRITURAS.

Cada verdad, en cada estudio, en toda la tierra, y en toda la eternidad, está en total armonía con toda otra verdad. La verdad siempre se encuentra en armonía consigo misma. La palabra del Señor es verdad, y ninguna Escritura jamás contradice a otra; ninguna aseveración inspirada de cualquier persona se encuentra fuera de armonía con la aseveración inspirada de otra. Pablo y Santiago no tenían puntos de vista diferentes sobre la fe y las obras; y todo lo que dijo Alma sobre la resurrección está de acuerdo con la sección 76 de Doctrina y Convenios. Cuando encontramos algo que parece ser un conflicto, esto quiere decir que todavía no hemos captado la visión total de los puntos tratados.

El Señor requiere que busquemos armonía y acuerdo en las Escrituras y entre las Autoridades Generales en lugar de buscar divergencias aparentes de opiniones. Las personas que tienen fe y comprensión siempre buscan armonía completa entre todas las declaraciones de las Escrituras y todas las afirmaciones de las Autoridades Generales. La tendencia desafortunada que tiene alguna gente de señalar cualquier trozo de información y llegar a la conclusión de que existe una diferencia con lo que alguien más ha dicho, no viene de Dios. A través de los años he recibido miles de cartas que dicen: “Fulanito dijo una cosa pero Menganito dijo lo opuesto, ¿quién tiene la razón? Mi experiencia es que la mayoría de las veces, no, todas las veces, las aparentes diferencias se pueden armonizar, y cuando no se puede es algo sin importancia de todas maneras. El Espíritu del Señor nos guía a la armonía, a la unidad, al acuerdo y a la homogeneidad. El

espíritu del diablo apoya la división, el debate, la contención y la desunión.

5. ¿SON VERDADERAS TODAS LAS DECLARACIONES PROFÉTICAS?

¡Por supuesto que lo son! De eso se trata el sistema de enseñanza del Señor. Todo lo que Sus siervos dicen cuando son inspirados por el Espíritu Santo es Escritura, y su mandamiento a sus ministros es: “Y se os dará el Espíritu por la oración de fe; y si no recibís el Espíritu, no enseñaréis” (D. y C. 42:14).

Pero no todas las palabras que un profeta habla son declaraciones proféticas. José Smith enseñó que un profeta era profeta solamente cuando obraba como tal. Los hombres que llevan el manto profético siguen siendo hombres; tienen sus propias opiniones; y su comprensión de las verdades del Evangelio depende de su propio estudio e inspiración.

Algunos profetas (lo digo con respeto) saben más y reciben más inspiración que otros. Por lo tanto, si Brigham Young, quien fue uno de los grandes profetas, hubiera dicho algo acerca de Adán que estuviera fuera de armonía con la Sección 78, la Escritura es la que tiene precedencia. Ésta es una de las razones por la que llamamos a las Escrituras los *Libros Canónicos*. Son la norma de juicio y la vara de medir con las que se miden todas las doctrinas y opiniones, sin importar de quién sean las opiniones. Las Escrituras tienen precedencia.

6. DEJEN EN PAZ LOS MISTERIOS Y EVITEN TENER TEMAS FAVORITOS DEL EVANGELIO.

Nosotros no podemos comprender todas las cosas en nuestro estado presente de progreso espiritual. No tenemos la porción sellada del Libro de Mormón porque no estamos preparados para comprender y seguir las verdades que ahí se encuentran. Algunas cosas en las Escrituras están ocultas en parábolas, similitudes y metáforas. Estamos obligados a comprender la doctrina básica que nos guía a la vida eterna; fuera de eso, nuestra comprensión de los misterios depende del grado de nuestro progreso espiritual. Sería imprudente estar con el agua al cuello. Me he dado cuenta de que las personas que se enredan en contenciones infructuosas acerca del significado de pasajes de las Escrituras profundos y desconocidos, por lo regular son las personas que no tienen un conocimiento básico y lógico de las verdades de salvación simples y básicas.

También he aprendido algo de las personas a quienes les gusta discutir temas favoritos del Evangelio, que presumen estar capacitadas y son expertos en algún campo especializado, que tratan de que el plan de salvación gire alrededor de un campo que es de interés para ellos; he aprendido que tales personas son por lo regular espiritualmente inmaduras

e inestables. Entre estas personas se encuentran aquellas que se dedican —como si hubieran sido divinamente llamadas— a resaltar las señales de los tiempos; o hablar sobre la Segunda Venida; o una interpretación exagerada de la Palabra de Sabiduría; o una versión distorsionada con énfasis en el trabajo del templo o cualquier otra práctica de la doctrina. Los judíos durante el tiempo de Jesús se volvieron exagerados y extremistas en el campo de la observancia del día de reposo, y eso afectó y distorsionó su forma completa de veneración. Sería bueno que tuviéramos un enfoque balanceado, sensato y equilibrado del Evangelio completo y de todas sus doctrinas.

7. NO SE PREOCUPEN TANTO SOBRE LAS COSAS QUE NO TIENEN IMPORTANCIA.

Hay tanto que aprender acerca de las verdades eternas que forman nuestro destino, que es una pena prestar nuestra atención constantemente a cosas pequeñas y sin importancia. Muy seguido se formulan preguntas como: “Yo sé que no es esencial para mi salvación, pero me gustaría saber cuántos ángeles pueden bailar sobre la cabeza de un alfiler y si es importante que el alfiler sea hecho de latón o de bronce”. Es posible estar tan preocupados por los detalles insignificantes de la gran pintura que representa el plan de salvación que perdemos la visión de lo que es la vida, la luz y la gloria de recompensa eterna. Hay tal cosa como conocimiento inútil, y adquirirlo no va a causar ninguna diferencia al destino del reino o la salvación de sus seguidores.

8. RETENGAN JUICIO, SI ES NECESARIO, CON RESPECTO A LAS PREGUNTAS DIFÍCILES.

No hay preguntas difíciles para las personas que tienen una comprensión y entendimiento completo del Evangelio. Un misterio deja de ser misterio cuando se resuelve. Pero existen algunas preguntas que parecen invitar a que se haga una inquisición intelectual de áreas desconocidas, o que parecen envolver, en contención interminable, a aquellos que son espiritualmente analfabetos.

Si no pueden creer todas las doctrinas del Evangelio, retengan juicio en las áreas en cuestión. No se pongan en una posición que es contraria a la adoptada por los profetas y apóstoles que presiden el reino. Estudien, oren, trabajen en la Iglesia, y esperen más luz y conocimiento.

Si están preocupados por la así llamada evolución, y no han aprendido que Adán fue el primer hombre y la primera persona mortal de carne y hueso, y que no existía la muerte de ninguna forma viviente hasta después de la Caída, retengan juicio y no se pongan en contra de las Escrituras.

Si ustedes suponen que Dios está progresando y adquiriendo más conocimiento y verdad, y que Él no es en realidad omnipotente, omnisciente y omnipresente como José Smith enseñó, retengan juicio, permanezcan en

silencio y no se encierren en una posición en contra de la palabra revelada.

Si ustedes piensan que va a haber progresión de un reino de gloria a otro después de la resurrección, o que las personas que rechazan el Evangelio en esta vida tendrán otra oportunidad de obtener su salvación en el siguiente mundo, o que las parejas que están selladas en el templo pueden cometer toda clase de iniquidades y aún recibir su salvación, o cualquiera de las muchas falsas doctrinas que son comunes, retengan su juicio. No se comprometan a defender una causa falsa. Estudien algo más y esperen el día en que estarán preparados para recibir más luz en cuanto a lo que les molesta.

9. IGNOREN, SI PUEDEN, EL DESPLIEGUE INFINITO DE LITERATURA CONTRA LA IGLESIA Y EVITEN LAS SECTAS COMO A UNA PLAGA.

La conversión no nace por medio de la contención. El que tiene el espíritu de contención no es de Dios. Nuestra comisión divina es declarar buenas nuevas al mundo, no pelear con los demás acerca de la explicación de los textos. Hay, por supuesto, respuestas para todas las acusaciones falsas de todos los que se oponen a nosotros (no creo que el diablo haya tenido una idea nueva en cien años) pero la conversión no se encuentra en los debates. En vez de eso, viene en la forma que Moroni aconsejó a los que leen el Libro de Mormón. Los miembros de la Iglesia estarán en una mejor situación si simplemente ignoran las afirmaciones que no son genuinas de los antimormones profesionales.

Si las acusaciones falsas acerca de salvarse simplemente por medio de la gracia, o cualquier otra cosa que la literatura antimormona esté proclamando, si estas cosas les molestan, busquen las respuestas. Se encuentran en las Escrituras. Cualquier persona que no pueda aprender a través de la Biblia que la salvación no se obtiene simplemente con confesar al Señor solamente con los labios, sin hacer referencia a todos los otros términos y condiciones del plan de salvación verdadero, no merece la salvación.

Y acerca de las sectas, son la entrada al infierno. Los miembros de la Iglesia que siguen la práctica del matrimonio plural, por ejemplo, son adúlteros, y los adúlteros son condenados. La práctica común de los que hacen propaganda a esta práctica pone las enseñanzas de los profetas que han muerto en contra de las enseñanzas de los profetas vivientes. Cualquier persona que sigue a un profeta muerto más que a un profeta viviente lo seguirá hacia la muerte en lugar de a la vida. Repito, hay respuestas para las afirmaciones que no son genuinas, y los que se han manchado con estas falacias miserables y falsas será mejor que encuentren la verdad o, de lo contrario, se arriesgan a perder su salvación. El camino a la salvación y la sabiduría es que desde un principio uno nunca debe mezclarse con estas cuestiones.

10. NO EXISTEN LAS DOCTRINAS PRIVADAS.

Todas las doctrinas y prácticas de la Iglesia se enseñan en público. No existen las doctrinas o prácticas privadas, ni los cursos de conducta aprobados para sólo unos cuantos. Las bendiciones del Evangelio son las mismas para todos los hombres. No se dejen engañar al creer que las Autoridades Generales creen en doctrinas secretas o viven su vida de alguna manera confidencial. Todo lo que se enseña y practica en la Iglesia está abierto a la inspección pública, o por lo menos, cuando se trata de las ordenanzas del templo, para la inspección de todos los que se facultan a sí mismos por medio de su rectitud personal a entrar en la Casa del Señor.

11. MANTENGAN UNA ACTITUD ABIERTA.

Las doctrinas son del Señor. Él las ha establecido; Él las revela; Él espera que las aceptemos. A menudo las personas que tienen preguntas están más interesadas en mantener su posición previamente escogida que en aprender cuáles son los hechos. Nuestro interés debe consistir en encontrar y aferrarnos a la verdad. No debe tener importancia cuál es la doctrina, sólo que lleguemos a conocerla. Nuestra adopción y defensa de una doctrina falsa no la va a convertir en verdad. Nuestro interés es llegar a conocer la verdad, no probar un punto de doctrina al que nos hemos aferrado imprudentemente.

12. LA RESPONSABILIDAD DE ESTUDIAR ES PERSONAL.

Debemos llegar a la conclusión de todo este asunto, una conclusión que tendrá un efecto sobre nuestra salvación eternal, y es que cada persona debe aprender por sí misma la doctrina del Evangelio. Nadie más puede hacerlo por ella. Cada persona es individualmente responsable en lo que a su conocimiento del Evangelio concierne; cada uno tiene acceso a las mismas Escrituras y tiene derecho a ser guiado por el mismo Santo Espíritu; cada uno debe pagar el precio fijado por la Divina Providencia si es que habrá de obtener la perla de gran precio.

El mismo principio rige tanto el aprendizaje de la verdad como el vivir de conformidad con las normas de la verdad. Nadie puede arrepentirse por otra persona o a favor de ella; nadie puede cumplir los mandamientos en el lugar de otra persona; nadie puede salvarse en nombre de alguien más. Y nadie puede obtener un testimonio o avanzar en luz y verdad hacia la gloria eterna sino para sí mismo. Tanto el conocimiento de la verdad como las bendiciones prometidas a quienes se ajusten a los principios verdaderos son cuestiones personales. Y así como un Dios justo ofrece la misma salvación a cada alma que vive en armonía con las mismas leyes, también ofrece el mismo entendimiento de Sus verdades eternas a todos los que estén dispuestos a pagar el precio de quien busca la verdad.

El procedimiento de la Iglesia para lograr un conocimiento del Evangelio es el siguiente:

- a. La responsabilidad de obtener un conocimiento de la verdad recae sobre cada persona basada en sus propios esfuerzos.
- b. Segundo, las familias deben enseñar a los miembros de sus propias familias. A los padres se les manda criar a sus hijos en la luz y la verdad. El hogar debe ser el centro de enseñanza principal en la vida de cada Santo de los Últimos Días.
- c. Para ayudar a las familias y a cada persona, la Iglesia, como institución de servicio, ofrece muchas oportunidades para enseñar y aprender. Se nos ha mandado '[enseñarnos] el uno al otro la doctrina del reino' (D. y C. 88:77). Esto se hace en reuniones sacramentales, en conferencias y en otras reuniones, mediante los maestros orientadores, en las clases del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares, por medio de los programas de seminarios e institutos y a través del sistema educativo de la Iglesia.

Las oportunidades de aprender no tienen límite. Preguntas apropiadas se pueden discutir en cualquiera de las clases y escuelas que han sido proveídas para tales propósitos.

Sería apropiada una última palabra. Hay muy pocos gozos en la vida que se comparen con el gozo de llegar al conocimiento de la verdad. ¡Cómo se alegran las personas en sus testimonios! ¡Y qué gran espíritu de gozo y paz le llega al corazón de un estudiante del Evangelio cada vez que se le manifiesta una verdad! ¡Cada vez que su conocimiento aumenta para comprender completamente algún pasaje profético! ¡Cada vez que su alma aprende y siente la importancia de lo que dicen las Escrituras sobre algún gran principio!

Las previas expresiones se han dado con la esperanza de poder ayudar, de fomentar el estudio del Evangelio, y de guiar a los que buscan la verdad en un curso correcto y sabio.

Es mi oración que todos nosotros aprendamos y vivamos el Evangelio y finalmente ganemos una herencia en el reino eterno de Él, cuyos siervos somos.

Con todo buen deseo, y una oración para que el Señor los bendiga siempre,

Sinceramente su hermano,

[firmado]

Bruce R. McConkie

PARA QUE ENSEÑEN CON MÁS PERFECCIÓN

**PRESIDENTE DAVID O.
MCKAY**

PRESIDENTE DE LA IGLESIA

*Extracto de Improvement Era,
agosto de 1956, pág. 557*

Hay tres cosas que deben guiarles a todos ustedes los maestros: Primero, aprender el tema de la lección... Segundo, aplicar el tema a ustedes mismos; tercero, procurar dirigirlo a quienes enseñan para que apliquen el tema a su propia vida, sin forzarlos, sino dirigiéndolos para que vean lo que ustedes ven, sepan lo que ustedes saben y sientan lo que ustedes sienten (*Gospel Ideals*, 1953, pág. 424).



ENSEÑANZAS FALSAS

PRESIDENTE JOSEPH F. SMITH

PRESIDENTE DE LA IGLESIA

Extractos de Doctrina del Evangelio, 1978, pág. 367

Entre los Santos de los Últimos Días hay dos clases de personas de quienes se puede esperar la predicación de doctrinas falsas, disfrazadas como verdades del Evangelio, y casi son ellas las únicas. Son:

Primero: Las que permanecen ignorantes sin ninguna esperanza, aquellas cuya falta de inteligencia se debe a su



indolencia y pereza, que sólo hacen un débil esfuerzo, si acaso, por mejorarse mediante la lectura y el estudio; aquellas que padecen de esa enfermedad terrible que puede tornarse incurable, a saber, la pereza.

Segundo: Los soberbios y los que se engrandecen a sí mismos, que leen a la luz de la lámpara de su propia vanidad, que interpretan según las reglas por ellos mismos formuladas, que han llegado a ser una ley para sí mismos y se hacen pasar por únicos jueces de sus propios hechos. Éstos son peligrosamente más ignorantes que los primeros.

Guárdense de los perezosos y de los vanidosos; en ambos casos es contagiosa su infección; mejor será para ellos y para todos cuando se les obligue a poner a la vista la señal de peligro, a fin de que sean protegidos los sanos y los que no se han infectado.

FIDELIDAD

ÉLDER HAROLD B. LEE
DEL QUÓRUM DE LOS
DOCE APÓSTOLES

Extractos de un discurso a maestros de religión, 8 de julio de 1966, págs. 7, 9, en Un mandato a los maestros de religión, 3a edición, 1994, pág. 119

Como maestros de la juventud, no tienen que saber ninguna otra cosa que no sea Jesucristo y Éste crucificado. Sobre ese tema se espera que sean expertos. Se espera que conozcan el tema, se espera que tengan un testimonio y en eso tendrán gran fortaleza. Si el presidente de la Iglesia no ha declarado la posición de la



misma, entonces ustedes no deben salir en busca de la respuesta.

A veces tenemos a alguien en su posición que escribe un número de cartas a las Autoridades Generales, y si sucede que escribe a algunos que no son el presidente de la Iglesia, obtendrá tantas respuestas como cartas envíe. Y luego anda exhibiendo con ostentación y proclamando lo siguiente: “Miren, en esto las Autoridades Generales están divididas porque no concuerdan”. Todo esto puede constituir en las comunidades en las cuales ustedes están el más flagrante acto de deslealtad para con las Autoridades Generales. Recuérdenlo, es un asunto importante.

Y así venimos conferencia tras conferencia, sin traer nueva doctrina. Deben enseñar los viejos principios, no tan claramente que los alumnos no tengan más remedio que entender, *sino que deben enseñar la doctrina de la Iglesia tan claramente que nadie la pueda malentender.*

LA INSENSATEZ DE LA ENSEÑANZA

ÉLDER BRUCE R. McCONKIE
DEL QUÓRUM DE LOS
DOCE APÓSTOLES

Extracto de un discurso a maestros de religión, 18 de septiembre de 1981, págs. 6, 9, 11, 14–15

Les voy a sugerir cinco cosas que componen y comprenden la comisión divina del maestro...



1. Se nos ha mandado enseñar los principios del Evangelio...
2. Debemos enseñar los principios del Evangelio tal como se encuentran en los Libros Canónicos...
3. Debemos enseñar por el poder del Espíritu Santo...
4. Debemos aplicar los principios del Evangelio que enseñamos a las necesidades y circunstancias de nuestros oyentes...
5. Debemos testificar que lo que enseñamos es verdadero.

CÓMO OBTENER REVELACIÓN PERSONAL

ÉLDER BRUCE R. MCCONKIE
DEL QUÓRUM DE LOS
DOCE APÓSTOLES

Liahona, mayo de 1981,
págs. 4-9

Deseo referirme a algunas realidades espirituales y tratar en cuanto a lo que tenemos que hacer para obrar nuestra salvación (véase Filipenses 2:12) y ser miembros dignos del reino de Dios en esta vida, a fin de calificarnos para obtener nuestra recompensa eterna en la vida venidera. Deseo hablar respecto a la revelación personal, la forma en la que cada miembro de la Iglesia puede llegar a conocer la divinidad de la obra y la forma en la que puede sentir la voz del Espíritu en su corazón y alma; y, además, cómo puede ver visiones, hablar con los ángeles, ver el rostro del Señor y recibir todo el conocimiento y la sabiduría que han sido derramados sobre los fieles en todas las épocas.

Nosotros, los mormones, tenemos el hábito de decir que creemos en la revelación moderna; anunciamos que los cielos han sido abiertos, que Dios ha hablado en nuestro tiempo, que los ángeles han ministrado entre los hombres, que ha habido visiones y revelaciones, y que todos los dones que se poseyeron en la antigüedad se han dado en el presente.

Pero por lo general, al hablar de esta forma, pensamos en las experiencias de José Smith, Brigham Young, o de Spencer W. Kimball; pensamos en los apóstoles y profetas: hombres que han sido llamados, elegidos, y preordenados a recibir los llamamientos que tienen y ministrar en ellos. Pensamos en ellos y en la Iglesia misma que sigue adelante sobre el principio de la revelación.

Y bien, no hay duda alguna respecto a este asunto: la organización a la cual pertenecemos es literalmente el reino del Señor y fue establecida a fin de prepararnos y calificarnos para ir al reino celestial; y esta Iglesia es guiada mediante revelación. En distintas ocasiones en que he estado en reuniones con los apóstoles, el profeta de Dios en la tierra ha dicho, con humildad y testimonio ferviente, que el velo está tenue, que el Señor guía y dirige los asuntos de la Iglesia, que ésta es Su Iglesia y que Él nos está manifestando Su voluntad.

Existe la inspiración en los que dirigen la Iglesia; ésta está desempeñando su misión y progresando en la forma en la que el Señor quiere que progrese a fin de que, tan rápidamente como nuestras fuerzas lo permitan, Su mensaje vaya a Sus otros hijos en el mundo y a fin de que nosotros, como miembros del reino, podamos purificar y



perfeccionar nuestra vida y ser dignos de las más ricas bendiciones en esta tierra y en el más allá.

Pero la revelación no es sólo para el profeta de Dios en la tierra, ni las visiones de la eternidad están reservadas solamente para las Autoridades Generales. La revelación es algo que debe ser recibida por cada persona. Dios no hace acepción de personas (véase D. y C. 1:35), y cada alma es tan preciosa para Él como las almas de aquellos que son llamados a puestos de liderazgo. Puesto que Él obra sobre principios de leyes eternas y universales, cualquier persona que obedezca la ley que le permita obtener revelación podrá tener un conocimiento similar al del presidente Kimball, podrá hablar con los ángeles tal como José Smith habló con ellos, y podrá estar en armonía con todas las cosas espirituales.

El profeta José Smith dijo:

“Ni la lectura de las experiencias de otros, ni las revelaciones que ellos reciben, podrán jamás darnos a nosotros un concepto comprensible de nuestra condición y nuestra verdadera relación con Dios. El conocimiento de estas cosas sólo se puede obtener por la experiencia, mediante las ordenanzas que Dios ha establecido para ese propósito. Si por cinco minutos pudiéramos ver lo que hay en el cielo, aprenderíamos más que si leyésemos todo lo que se ha escrito sobre el asunto” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 400).

Tomemos en cuenta esta declaración: “Si por cinco minutos pudiéramos ver lo que hay en el cielo, aprenderíamos más que si leyésemos todo lo que se ha escrito sobre el asunto”. Pienso que nuestro interés es obtener revelación personal, saber por nosotros mismos cuál es la voluntad e intención del Señor concerniente a nuestras preocupaciones personales, y recibir confirmación de Su voluntad e intención con relación a Su Iglesia.

Hay dos clases de conocimiento: intelectual y espiritual. Al concurrir a centros de enseñanza, primordialmente buscamos conocimiento en el campo intelectual, conocimiento que recibimos probablemente mediante el razonamiento y a través de los sentidos.

Esto es sumamente importante y animamos a todas las personas que deseen progresar y alcanzar mayor entendimiento y preparación a mejorar su capacidad intelectual.

Pero creo que tenemos necesidad de dedicar una porción constantemente mayor de nuestro tiempo a la adquisición de conocimiento espiritual. Al tratar realidades espirituales no estamos hablando de obtener algo simplemente mediante la razón o a través de los sentidos, sino que hablamos acerca de la revelación de aprender a llegar al conocimiento de las cosas de Dios poniendo nuestro espíritu en armonía con el Eterno Espíritu de Dios. Éste es el canal, la forma en que la revelación llega al individuo.

No me preocupa mucho que alguien evalúe un problema de cualquier naturaleza, doctrinal o de la Iglesia, partiendo de una base estrictamente intelectual; todo lo espiritual está en total y completo acuerdo con las realidades intelectuales a las que llegamos mediante la razón, pero cuando las dos cosas se comparan en relación a sus respectivos méritos, las importantes son *las espirituales* y no las intelectuales. Las cosas de Dios se conocen solamente por medio del Espíritu de Dios.

Cierto es que uno puede razonar sobre asuntos de doctrina, pero no se abraza una religión mientras no se siente algo en el alma, mientras no ha habido un cambio en el corazón, mientras uno no ha llegado a tornarse en “nueva criatura” del Espíritu Santo. Gracias a la bondad de Dios cada miembro de la Iglesia ha tenido la oportunidad de hacer esto porque, después del bautismo, cada uno obtiene “el don del Espíritu Santo” (véase D. y C. 33:15), lo cual significa que, de acuerdo con su rectitud y fidelidad personales, tiene el derecho a la compañía constante de este miembro de la Trinidad.

Y bien, yo afirmo que *tenemos* derecho a la revelación. Cada miembro de la Iglesia tiene derecho a recibir revelación del Espíritu Santo; tiene derecho a que lo visiten los ángeles; tiene derecho a ver las visiones de la eternidad; y tiene derecho a ver a Dios en la misma forma en que cualquier profeta lo ha visto.

Al considerar a los profetas, pensamos en aquellos hombres que indican el futuro destino de la Iglesia y del mundo. Pero, además de eso, el hecho es que *cada persona debería ser profeta para sí misma y para sus propios asuntos*. Moisés dijo: “Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos” (Números 11:29).

Y Pablo dijo: “...procurad profetizar...” (1 Corintios 14:39).

Ellos mismos nos aconsejan que con todo nuestro corazón y fuerza, como individuos y para nuestros intereses privados, busquemos el don de la profecía.

Permítanme leer algunas declaraciones tomadas de las revelaciones dadas a José Smith el Profeta, las cuales bosquejan la fórmula mediante la que nosotros, como personas, podemos llegar a conocer las cosas de Dios por el poder del Espíritu.

El Señor dijo: “...hablaré a tu mente y a tu corazón por medio del Espíritu Santo que vendrá sobre ti y morará en tu corazón.

Ahora, he aquí, éste es el espíritu de revelación” (D. y C. 8:2–3).

Esta revelación habla del Espíritu que se dirige al espíritu, del Espíritu Santo que habla al espíritu que está dentro de mí, en una forma que es incomprendible para la mente; pero es clara para el espíritu y transmite conocimiento, da

inteligencia, aporta verdad y da un discernimiento seguro de las cosas de Dios. Esto se aplica a todos.

“Dios os dará conocimiento por medio de su Santo Espíritu, sí, por el inefable don del Espíritu Santo, conocimiento que no se ha revelado desde el principio del mundo hasta ahora;

“el cual nuestros antepasados con ansiosa expectación han aguardado que se revelara en los postreros tiempos” (D. y C. 121:26–27).

Éste es un pasaje glorioso, y *no* está dirigido a las Autoridades Generales. *No* está dirigido directamente al profeta de Dios; está dirigido *directamente a toda persona en la Iglesia*. En otras palabras, es una revelación personal para ustedes.

“Porque así dice el Señor: Yo, el Señor, soy misericordioso y benigno para con los que me temen, y me deleito en honrar a los que me sirven en justicia y en verdad hasta el fin.

“Grande será su galardón y eterna será su gloria.

“Y a ellos les revelaré [a todos en el reino] todos los misterios, sí, todos los misterios ocultos de mi reino desde los días antiguos, y por siglos futuros, les haré saber la buena disposición de mi voluntad tocante a todas las cosas pertenecientes a mi reino.

“Sí, aun las maravillas de la eternidad sabrán ellos, y las cosas venideras les enseñaré, sí, cosas de muchas generaciones.

“Y su sabiduría será grande, y su conocimiento llegará hasta el cielo; y ante ellos perecerá la sabiduría de los sabios, y se desvanecerá el entendimiento del prudente.

“Porque por mi Espíritu los iluminaré, y por mi poder les revelaré los secretos de mi voluntad; sí, cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han llegado siquiera al corazón del hombre” (D. y C. 76:5–10).

Ya me he referido a que podemos hablar con los ángeles, que podemos soñar y tener visiones, que podemos ver el rostro del Señor. Aquí tenemos una promesa en ese sentido:

“De cierto, así dice el Señor: Acontecerá que toda alma que deseché sus pecados y venga a mí, invoque mi nombre, obedezca mi voz y guarde mis mandamientos, verá mi faz y sabrá que yo soy” (D. y C. 93:1).

El Profeta dijo que el velo se puede desvanecer hoy en día, como en cualquier época, si nos congregáramos los élderes del reino en fe y en justicia y cumpliéramos los requisitos para tener las visiones de la eternidad. Aquí tenemos una declaración hecha por José Smith:

“La salvación no puede venir sin revelación; es en vano que persona alguna ejerza su ministerio sin ella. Ningún hombre puede ser ministro de Jesucristo sin ser profeta.

Nadie puede ser ministro de Jesucristo si no tiene el testimonio de Jesús; y el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía. Cuando se ha administrado la salvación, ha sido por testimonio. Los hombres de la época actual testifican del cielo y del infierno, y jamás han visto ni el uno ni el otro; y yo diré que ninguno sabe de estas cosas sin este espíritu de revelación” (*Enseñanzas*, pág. 186).

Tenemos derecho a la revelación. La revelación es esencial para la salvación. Las Escrituras tienen muchos ejemplos de lo que ha sucedido. Aquí tenemos algo que escribió Nefi:

“Si no endurecéis vuestros corazones, y me pedís con fe, creyendo que recibiréis, guardando diligentemente mis mandamientos, de seguro os serán manifestadas estas cosas” (1 Nefi 15:11).

En el Libro de Mormón hay también una declaración respecto a unos misioneros sumamente eficientes, los hijos de Mosíah:

“...eran hombres de sana inteligencia, y habían escudriñado diligentemente las Escrituras para poder conocer la palabra de Dios.

“Mas esto no es todo; se habían dedicado a mucha oración y ayuno; por tanto, tenían el espíritu de profecía y el espíritu de revelación, y cuando enseñaban lo hacían con poder y autoridad de Dios” (Alma 17:2–3).

Citaré algo más de José Smith el Profeta:

“Una persona podrá beneficiarse si percibe la primera impresión del espíritu de revelación. Por ejemplo, cuando sentís que la inteligencia pura fluye en vosotros, podrá repentinamente despertar en vosotros una corriente de ideas, de manera que por atenderlo, veréis que se cumplen el mismo día o poco después; (es decir) se verificarán las cosas que el Espíritu de Dios ha manifestado a vuestras mentes; y así, por conocer y entender el Espíritu de Dios podréis crecer en el principio de la revelación hasta que lleguéis a ser perfectos en Cristo Jesús” (véase *Enseñanzas*, pág. 179).

Las Escrituras abundan en esto. El profeta y todos los profetas han dicho mucho al respecto. Para nosotros esto significa que tenemos necesidad de la *experiencia religiosa*, de llegar a tener una relación íntima y personal con Dios; lo que nos importa no es leer lo que alguien ha dicho *sobre* la religión. Yo he leído de vez en cuando, pero más que nada por entretenimiento o diversión, lo que alguien ha dicho para criticar a la Iglesia o lo que algún profesor protestante de religión ha dicho sobre los dogmas de la cristiandad. Realmente lo que dicen —*sus* puntos de vista— no valen nada en lo que se refiere a importancia. Es totalmente sin importancia lo que alguien tiene que decir sobre la Iglesia en forma de crítica, quien está escribiendo para evaluar desde un punto de vista intelectual una doctrina o práctica o algún programa de la Iglesia;

es totalmente inconsecuente en lo que concierne a la Iglesia y a su gente espiritualmente inclinada. La religión no es una cuestión del intelecto.

Repito, cuanto mejor el intelecto, mejor somos capaces de evaluar los principios espirituales, y es una cosa maravillosa ser eruditos y educados y tener perspicacia y capacidad mental, porque podemos utilizar estos talentos y habilidades en el campo espiritual. *Pero lo que cuenta en el campo de la religión es convertirse en un participante personal en ello.* En lugar de leer todo lo que se ha escrito y evaluar todo lo que los eruditos de todo el mundo han dicho sobre el cielo y el infierno, necesitamos hacer lo que el Profeta dijo: contemplar cinco minutos dentro del cielo. Como consecuencia, conoceríamos más que todo lo que ha sido evaluado y escrito y analizado en la materia.

La religión consiste en hacer que el Espíritu Santo forme parte de la vida de una persona. Estudiamos y tenemos que evaluar lo estudiado, y gracias a ese estudio llegamos a algunos principios que nos colocan en un estado de ánimo espiritual. Finalmente el resultado es *que nuestra alma es conmovida por el Espíritu de Dios.*

¿Quieren tener una fórmula en cuanto a cómo obtener revelación personal? Ésta se podría escribir en muchas maneras. La mía consiste sencillamente en lo siguiente:

1. Escudriñar las Escrituras.
2. Obedecer los mandamientos.
3. Pedir con fe.

Cualquier persona que haga esto logrará poner su corazón en armonía con el Señor al punto de que a su ser llegarán principios eternos de la religión provenientes de la “voz suave y apacible”. Y a medida que progrese y se aproxime más a Dios, llegará el día en que hablará con los ángeles, verá visiones celestiales y, finalmente, contemplará la faz de Dios.

La religión es un asunto del espíritu. Usen todo su intelecto para ayudarse a sí mismos; pero en el análisis final tienen que ponerse en armonía con el Señor.

La primera gran revelación que una persona tiene que alcanzar es la de *conocer la divinidad de la Iglesia*; a eso lo llamamos “testimonio”. Una vez que la persona logra un testimonio, ha aprendido a ponerse en armonía con el Espíritu y a obtener revelación. Al ponerse en armonía con el Espíritu puede alcanzar conocimiento que lo dirija en sus asuntos personales. Finalmente, gozando y progresando en este don, puede obtener todas las revelaciones de la eternidad que el profeta o todos los profetas han tenido en toda época.

En cierta medida yo, junto con ustedes, he recibido revelación. Yo he recibido revelación que me dice que esta obra es verdadera, y en consecuencia *lo sé*; esta seguridad

es independiente de todo estudio e investigación: lo sé porque el Espíritu Santo ha hablado a mi espíritu y me ha dado un testimonio. En consecuencia, puedo declarar con toda autoridad y decir en verdad que Jesucristo es el Hijo de Dios, que José Smith es su Profeta, que Spencer W. Kimball es el profeta hoy en día y que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es la única Iglesia verdadera sobre la faz de toda la tierra.

LA ENSEÑANZA DEL EVANGELIO

ÉLDER DALLIN H. OAKS DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

*En Liahona, enero de 2000,
págs. 94–98*

LA INFLUENCIA DE UN MAESTRO

Un conocido autor escribió un libro acerca de su mejor maestro. El poderoso impacto que este maestro tuvo en el estudiante se basó en la convicción del joven de que su maestro realmente quería que aprendiera e hiciera lo que le ayudaría a encontrar la felicidad. El autor concluyó su tributo con esta pregunta: “¿Han tenido ustedes alguna vez un verdadero maestro? ¿Un maestro que les haya considerado como materia prima, pero a la vez una materia tan preciosa como una joya que, con sabiduría, podría pulirse hasta lograr un espléndido brillo? Si tienen la fortuna de encontrarse con maestros de tal calibre, nunca les será difícil regresar a ellos”¹.

Hay muchas maneras diferentes de enseñar, pero toda buena enseñanza se basa en ciertos principios fundamentales. Sin pretender abarcarlo todo, quiero señalar y comentar en cuanto a seis principios básicos de la enseñanza del Evangelio.

AMAR A DIOS Y A SUS ALUMNOS

El *primero* es el amor, y tiene dos manifestaciones. Cuando se nos llama a enseñar, debemos aceptar nuestro llamamiento y enseñar motivados por nuestro amor a Dios el Eterno Padre y a Su Hijo, Jesucristo. Además, el maestro del Evangelio debe enseñar siempre con amor por sus alumnos. Se nos ha enseñado que debemos orar “con toda la energía de [nuestros] corazones... [para estar] llenos de este amor” (Moroni 7:48). El amor a Dios y el amor a Sus hijos es la razón principal para servir. Los que enseñan por amor serán magnificados como instrumentos en las manos de Aquél a quien sirven.



Y además, en conexión con el tema que estamos considerando aquí, puedo certificar y testificar que *toda alma viviente que obedezca las leyes de Dios*, que escudriñe las Escrituras, cumpla los mandamientos y pida con fe, *puede obtener revelación personal de Dios* para la gran gloria y satisfacción de su alma aquí y para su salvación final en las moradas de lo alto.

ENFOCARSE EN LAS NECESIDADES DEL ALUMNO

Segundo, el maestro del Evangelio, tal como el Maestro a quien servimos, debe concentrarse totalmente en aquellos a quienes enseña. Su completa concentración se debe guiar a las necesidades de sus ovejas: el bienestar de sus alumnos. El maestro del Evangelio no debe dedicarse a sí mismo. Quien comprenda este principio no habrá de considerar su llamamiento como simplemente “dar o presentar una lección”, porque tal definición contempla la enseñanza desde el punto de vista del maestro y no del alumno.

Al concentrarse en las necesidades de sus alumnos, el maestro del Evangelio nunca obstaculizará la vista hacia el Maestro poniéndose por delante o distrayendo la lección con actitudes de engrandecimiento personal o intereses mezquinos. Esto quiere decir que el maestro del Evangelio nunca debe entregarse a las “supercherías sacerdotales”, las cuales son “el que los hombres prediquen y se constituyan a sí mismos como una luz al mundo, con el fin de obtener lucro y alabanza del mundo” (2 Nefi 26:29). El maestro del Evangelio no predica para “hacerse popular” (Alma 1:3) o “por causa de las riquezas y los honores” (Alma 1:16), sino que sigue el maravilloso ejemplo del Libro de Mormón en cuanto a que “el predicador no era de más estima que el oyente, ni el maestro era mejor que el discípulo” (Alma 1:26). Ambos siempre deben mirar hacia el Maestro.

ENSEÑAR EMPLEANDO EL MATERIAL APROBADO

Tercero, el maestro excelente del Evangelio debe enseñar empleando el material aprobado del curso con un mayor énfasis en destacar la doctrina, los principios y las ordenanzas del Evangelio de Jesucristo. Esto se nos ha mandado en revelaciones recientes en las que el Señor dice:

“Los... maestros de esta iglesia enseñarán los principios de mi evangelio, que se encuentran en la Biblia y en el Libro de Mormón, en el cual se halla la plenitud del evangelio.

“Y observarán los convenios y reglamentos de la iglesia para cumplirlos, y esto es lo que enseñarán, conforme el Espíritu los dirija” (D. y C. 42:12–13).

Los maestros a quienes se les ha mandado enseñar “los principios [del] evangelio” deben generalmente evitar enseñar reglas o aplicaciones específicas. Por ejemplo, no tienen que enseñar ninguna regla con el fin de determinar lo que es un diezmo íntegro y tampoco proporcionar una lista de las cosas que deben hacerse o no hacerse para santificar el día de reposo. Una vez que el maestro haya enseñado la doctrina y los principios correspondientes a la misma, tales aplicaciones o reglas específicas pasan por lo general a ser responsabilidad de las personas y las familias.

Las doctrinas y los principios bien enseñados tienen una influencia más poderosa sobre la conducta que cualquier reglamentación. Cuando enseñamos la doctrina y los principios del Evangelio podemos ser recipientes del testimonio y de la guía del Espíritu para así reforzar nuestra enseñanza e inspirar la fe de nuestros alumnos para que procuren la guía de ese mismo Espíritu al aplicar tales enseñanzas en su vida personal.

Al visitar diversos quórums y reuniones de la Sociedad de Socorro, generalmente he quedado muy complacido e impresionado sobre cómo se han presentado y recibido estas *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia*. Sin embargo, también he podido observar a veces que algunos maestros sólo han mencionado casualmente un determinado capítulo y entonces han presentado una lección y han fomentado comentarios sobre otros temas de su propia preferencia. Esto no es aceptable; el maestro del Evangelio no ha sido llamado para que escoja el tema de una lección, sino para que enseñe y comente sobre lo que se ha aprobado específicamente. Los maestros del Evangelio también deben tener mucho cuidado y evitar temas de su preferencia personal, conjeturas particulares y temas de controversia. Las revelaciones del Señor y las instrucciones de Sus siervos son muy claras al respecto. Todos debemos recordar la notable instrucción dada por el presidente Spencer W. Kimball en cuanto a que el maestro del Evangelio es un “invitado”:

“A él se le ha dado un cargo de autoridad y ha sido oficialmente aprobado, y aquellos a quienes enseña están justificados en suponer que, al haber sido escogido y sostenido en el debido orden, representa a la Iglesia y que lo que enseña ha sido aprobado por la Iglesia. No importa cuán brillante pueda ser o cuántas verdades nuevas crea haber descubierto, no tiene derecho a apartarse del programa de la Iglesia”⁶.

PREPARE Y PRESENTE LECCIONES EFICAZMENTE

Cuarto, el maestro del Evangelio se prepara diligentemente y trata de utilizar los medios más eficaces para presentar las lecciones aprobadas...

ENSEÑAR POR MEDIO DEL ESPÍRITU

El *quinto* principio fundamental de la enseñanza del Evangelio que deseo destacar es el mandamiento del Señor, citado anteriormente, de que los maestros del Evangelio “enseñarán los principios de mi Evangelio... conforme el Espíritu los dirija... Y si no recibís el Espíritu, no enseñaréis” (D. y C. 42:12–14). El maestro del Evangelio tiene el deber y el privilegio de tratar de obtener ese nivel de discipulado en el que sus enseñanzas sean dirigidas y apoyadas por el Espíritu en vez de seleccionarlas y disponerlas con rigidez para satisfacer su propia conveniencia o preparación. Los maravillosos principios de “Enseñanza del Evangelio y liderazgo” que aparecen en el nuevo *Manual de Instrucciones de la Iglesia*, incluyen lo siguiente:

“Los maestros y los miembros de la clase deben procurar el Espíritu durante la lección. Una persona puede enseñar verdades muy profundas y los alumnos pueden estar participando en análisis estimulantes, pero a menos que el Espíritu esté presente, eso no tendrá un efecto poderoso en el alma...

“Cuando el Espíritu está presente en la enseñanza del Evangelio, ‘el poder del Espíritu Santo... lleva [el mensaje] al corazón de los hijos de los hombres’ (2 Nefi 33:1)”⁷.

El presidente Hinckley mencionó una importante conclusión al mandamiento de enseñar por el Espíritu cuando hizo este desafío:

“Debemos... lograr que nuestros maestros hablen con el corazón más que de sus libros para comunicar su amor por el Señor y por esta obra maravillosa, y de alguna manera ello encenderá el corazón de aquellos a quienes enseñan”⁸.

Ése es nuestro objetivo: amar a Dios y dedicarnos a que el Evangelio de Jesucristo “encienda” el corazón de aquellos a quienes enseñamos.

ENSEÑAR PARA AYUDAR A OTROS

Eso nos trae al *sexto* y último principio que deseo destacar. El maestro del Evangelio se preocupa por el resultado de sus enseñanzas y medirá el éxito de su labor y de su testimonio en base al impacto que haya logrado en la vida de sus alumnos⁹. El maestro del Evangelio nunca estará satisfecho con solamente presentar un mensaje o predicar un sermón. El maestro excelente del Evangelio desea ayudar en la obra del Señor de brindar la vida eterna a Sus hijos.

El presidente Harold B. Lee aconsejó: “El llamamiento del maestro del Evangelio es uno de los más nobles del mundo. El buen maestro puede surtir una gran influencia en inspirar a los jóvenes y a los adultos para que transformen su vida y logren su más alta recompensa. La importancia del maestro fue descrita hermosamente por Daniel Webster cuando dijo: ‘Si trabajamos el mármol, perecerá; si trabajamos sobre bronce, se deteriorará;

pero si trabajamos sobre mentes inmortales, si las llenamos con los principios y el justo temor de Dios y el amor al prójimo, grabaremos sobre ellas algo que resplandecerá por toda la eternidad”¹⁰.

Testifico que ésta es la obra de Dios y que nosotros somos Sus siervos con la sagrada responsabilidad de enseñar el Evangelio de Jesucristo, el mensaje más sublime de todos los tiempos. Necesitamos más maestros que estén a la altura del mensaje. Ruego que todos lleguemos a ser excelentes maestros del Evangelio, en el nombre de Jesucristo. Amén.

LA LECTURA DE LAS ESCRITURAS

ÉLDER HOWARD W. HUNTER
DEL QUÓRUM DE LOS DOCE
APÓSTOLES

Véase *Liahona*, enero de 1980,
pág. 96



Cuando seguimos el consejo de nuestros líderes de leer y estudiar las Escrituras, recibimos toda clase de beneficios y bendiciones. Éste es el estudio más provechoso al que podemos dedicarnos. Con frecuencia nos referimos a la porción de Escrituras conocida como Antiguo y Nuevo Testamento, calificándola como la más grandiosa literatura del mundo. Estos libros pueden considerarse como tratados científicos, tesis filosóficas y también como registros históricos; mas si comprendemos el verdadero propósito de éstas y otras Escrituras, llegamos a la conclusión de que en realidad son la literatura fundamental de la religión.

LIBROS CANÓNICOS

Los Libros Canónicos contienen las declaraciones básicas en cuanto a Dios, a Sus hijos y la relación que hay entre ellos. En cada libro se nos insta a creer y a tener fe en Dios el Eterno Padre y en Su Hijo, Jesucristo; y desde el principio hasta el fin de cada uno de ellos se nos llama a cumplir la voluntad de Dios y a guardar Sus mandamientos.

Las Escrituras contienen un registro de la forma en que Dios se ha revelado al hombre, y por medio de ellas Dios le habla. ¿Cómo podrían existir horas más productivas que las que dedicamos a leer en los Libros Canónicos la literatura que nos enseña a conocer a Dios y a comprender nuestra relación con Él? El tiempo siempre es precioso para las personas ocupadas, pero al dedicar horas a una lectura infructuosa o a programas frívolos de televisión, destruimos su valor completamente.

NOTAS

1. Mitch Albom, *Tuesdays with Morrie*, 1997, pág. 192.
6. *The Teachings of Spencer W. Kimball*, editado por Edward L. Kimball, 1982, pág. 533.
7. *Manual de Instrucciones de la Iglesia*, págs. 362–363.
8. *Teachings of Gordon B. Hinckley*, 1997, págs. 619–620.
9. Véase Henry B. Eyring, “El poder del enseñar la doctrina”, *Liahona*, julio de 1999, pág. 85.
10. *The Teachings of Harold B. Lee*, editado por Clyde J. Williams, 1996, pág. 461.

Los hábitos en la lectura varían inmensamente. Algunos leen más rápido que otros; hay personas que leen a ratos, mientras que otras persisten en su lectura, sin parar, hasta la última página. Los que profundizan en la lectura de los Libros Canónicos, se dan cuenta de que para comprender las Escrituras se requiere algo más que una lectura ligera; debe hacerse un estudio cuidadoso. Es obvio que el que los estudia diariamente logra más que el que dedica muchas horas en un día, dejando pasar días enteros antes de reiniciar el estudio; y no sólo debemos estudiar cada día, sino que tendríamos que apartar una hora específica en la que podamos concentrarnos sin interrupciones.

ORACIÓN

No hay nada que nos oriente mejor en la comprensión de las Escrituras que la oración, pues mediante ella podemos tener la mente abierta para hallar respuestas a nuestras preguntas. El Señor dijo: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Lucas 11:9). Con estas palabras, Cristo nos da la seguridad de que si pedimos, buscamos y llamamos, el Espíritu Santo guiará nuestro entendimiento, si es que estamos listos para recibir.

PLAN DE ESTUDIO SISTEMÁTICO

Muchos consideran que el mejor tiempo para estudiar es por la mañana, cuando la mente está despejada después del sueño y se han desvanecido aquellas preocupaciones que la entorpecen y enturbian el pensamiento. Otros prefieren estudiar de noche, cuando las preocupaciones y el trabajo diarios se han dejado a un lado, y así terminar el día con la paz y la tranquilidad que proporciona la comunión con las Escrituras.

Lo que es más importante que la hora del día, quizás sea la regularidad con que se realice el estudio. Sería ideal que se dedicara una hora cada día; pero si no se puede, entonces podríamos lograr mucho con media hora, siempre que lo hagamos regularmente. Quince minutos no es mucho tiempo, pero es sorprendente toda la instrucción y

el conocimiento que se pueden lograr al estudiar un tema tan significativo. Lo esencial es no permitir que algo interfiera en nuestro estudio.

Algunos prefieren estudiar solos; pero el estudio con un compañero puede ser provechoso. Las familias reciben grandes bendiciones cuando los padres, con gran sabiduría, juntan a sus hijos para leer en familia las bellas historias de las Escrituras y luego, de acuerdo al entendimiento de cada uno, comentan las enseñanzas encerradas en ellas. Los jóvenes y los niños tienen a menudo una manera única de discernir y apreciar la literatura básica de la religión.

No debemos dedicarnos a esta lectura por casualidad, sino más bien desarrollando un plan sistemático de estudio. Algunos leen cierto número de páginas siguiendo un horario, mientras que otros se fijan un número determinado de capítulos por día o por semana. Tal programa fijo puede resultar justificable y grato cuando leemos por el placer de la lectura, mas no constituye un estudio significativo. Vale más dedicar cierta cantidad de tiempo cada día al estudio de las Escrituras, que fijarnos un número de capítulos para leer; a veces el estudio de un solo versículo puede ocupar todo el tiempo disponible.

CONTEMPLACIÓN

Se puede leer rápidamente sobre la vida, los hechos y las enseñanzas de Jesús, pues por lo general estas historias son sencillas y se han redactado en forma simple. El Maestro empleó pocas palabras en Sus enseñanzas, pero cada una con tanta precisión, que juntas muestran al lector una imagen de lo que Él quería expresar. Sin embargo, a veces quizás dediquemos muchas horas a la contemplación de una idea profunda expresada en pocas palabras.

En la vida del Salvador hubo un incidente del cual nos hablan Mateo, Marcos y Lucas. Marcos relata una parte significativa de la historia en sólo dos versículos breves y cuatro palabras del versículo siguiente. Permítanme citarlos:

HISTORIA DE JAIRO

“Y he aquí, vino uno de los principales de la sinagoga, llamado Jairo; y luego que le vio”, es decir, cuando vio a Jesús, “se postró a sus pies,

“y le rogaba mucho, diciendo: Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y vivirá.

“Fue, pues, con él” (Marcos 5:22–24).

Lleva aproximadamente treinta segundos leer esa parte del relato; es corto y sin complicaciones; el cuadro mental es sencillo y hasta un niño podría relatarlo sin dificultad. Pero a medida que lo meditamos y contemplamos, adquirimos un sentimiento profundo de comprensión y entendimiento. Concluimos que el relato encierra algo más que una sencilla historia sobre una niña enferma que fue curada por Jesús. Leámoslo de nuevo:

“Y he aquí”. Esta expresión es bastante común en las Escrituras, sin embargo encierra un sinnúmero de significados. En este ejemplo el sentido es de algo inesperado. Jesús y los que estuvieron con él acababan de cruzar el Mar de Galilea, y se encontraron con una gran multitud que le estaba esperando en la ribera, cerca de Capernaum. “Y he aquí”, [repentinamente] “vino uno de los principales de la sinagoga”. Las sinagogas grandes de la época eran presididas por un consejo de ancianos bajo la dirección de un jefe o gobernante; éste era un hombre de categoría y prestigio, muy respetado entre los judíos.

Mateo no nos da el nombre de este anciano principal, pero Marcos lo identifica con su título y luego dice: “llamado Jairo”. Éste es el único lugar de la Biblia donde se menciona su nombre; sin embargo, lo recordamos a través de la historia a causa de su breve contacto con Jesús. Muchas vidas, que de otra manera hubieran permanecido ocultas y olvidadas, se han hecho memorables sólo por el contacto que tuvieron con el Maestro, el cual obró un cambio significativo tanto en su modo de actuar como en su forma de pensar, trayendo así el despertar a una vida nueva y mejor.

“Y luego que le vio” [es decir, cuando Jairo vio a Jesús], “se postró a sus pies”.

Fue una circunstancia inesperada que un hombre de prestigio, un principal de la sinagoga, se postrara a los pies de Jesús, a los pies de quien la mayoría consideraba un predicador errante con el don de sanar. Muchos otros eruditos y personas prestigiosas vieron a Jesús y lo despreciaron, pues estaban cegados mentalmente. Hoy día existe la misma situación; muchos no ven al Señor por los obstáculos que hay en el camino.

“Y le rogaba mucho, diciendo: Mi hija está agonizando”. Aquí vemos una situación típica que impulsa al hombre a llegar a Cristo: no tanto por sí mismo, sino por la aflicción de un ser querido. El estremecimiento que imaginamos en la voz de Jairo al hablar de “su hija”, nos conmueve al pensar en aquel hombre de gran posición en la sinagoga, postrado humildemente delante del Salvador.

Y después viene la gran confesión de fe. “Ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y vivirá”. No sólo vemos aquí la declaración de fe de un padre atormentado, sino también un recordatorio de que todo lo que la influencia de Jesús toque vivirá; si Él influye en un matrimonio, éste prosperará; si se le permite influir en la vida familiar, la familia tendrá éxito.

Siguen, entonces, las palabras “Fue, pues, con él”. No supondremos que este incidente fuera previsto. El Maestro acababa de cruzar de nuevo el mar donde le esperaba la multitud en la ribera para que les enseñase, “Y he aquí”, repentina e inesperadamente, fue interrumpido por la súplica de un padre. Podría no haber hecho caso de la petición, pues muchos otros lo esperaban; podría haberle dicho a Jairo que pasaría a ver a su hija al día siguiente;

pero, “fue, pues, con él”. Si seguimos los pasos del Señor, ¿estaremos acaso alguna vez tan ocupados que no podamos dar la mano al necesitado?

No es preciso leer el resto del relato; cuando llegaron a la casa del gobernante de la sinagoga, Jesús tomó a la niña de la mano y le devolvió la vida. Asimismo, a todos los hombres que extiendan su mano hacia Él, los levantará a una vida nueva y mejor.

LAS ESCRITURAS OFRECEN UN CONOCIMIENTO MAYOR DE JESUCRISTO

Estoy agradecido por los Libros Canónicos, mediante los cuales podemos obtener un conocimiento mayor del

Señor Jesucristo. Estoy agradecido porque, además del Antiguo y el Nuevo Testamento, el Señor, mediante profetas de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, ha revelado otras Escrituras como testigos adicionales de Cristo: El Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio, los cuales sé que contienen la palabra de Dios. Todos ellos testifican que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

Que el Señor nos bendiga en el estudio y en el empeño de acercarnos a Él, ruego humildemente en el nombre de Jesucristo. Amén.

GUÍA PARA AYUDAR A OTROS ESPIRITUALMENTE

ÉLDER RICHARD G. SCOTT DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

Extracto de un discurso dirigido a los maestros de religión en un simposio de Doctrina y Convenios y de la historia de la Iglesia, Universidad Brigham Young, 11 de agosto de 1998, págs. 1–5, 8, 10–12



Si fuera maestro de jóvenes estudiantes, los comprometería a aplicar este principio: Intentaré aprender a través de lo que escucho, veo y siento; escribiré y pondré en práctica las cosas que aprendo.

Querrán explicar cómo utilizar cada una de estas tres avenidas de comunicación. Cada estudiante que hace eso con constancia será bendecido con una dirección inspirada en la vida...

Sugeriré algunas formas para que ustedes ayuden a los estudiantes a tener el derecho para ser guiados por el Espíritu y reconocer cuándo llega esa dirección, para registrarla y obedecerla.

Aquellos a quienes ustedes enseñan viven en un mundo sujeto a retos y tentaciones. Estoy convencido de que sin la ayuda del Espíritu una persona tendrá dificultad para evadir las transgresiones del mundo actual. Si esa persona toma decisiones equivocadas, será cautiva del pecado...

Conforme enseñan la doctrina apropiada y ayudan a explicar el proceso por el cual el Señor se comunica a través del Espíritu, sus estudiantes *experimentarán* ser guiados espiritualmente. Ellos aprenderán los principios sobre los cuales se basa dicha comunicación. Conforme apliquen esos principios, tomarán las decisiones correctas en la vida.

Con mucha frecuencia en el mundo, una relación de un maestro con un estudiante es la de dar consejo con poca o ninguna interacción. Con frecuencia no hay explicación de las razones por las que hay mandamientos, reglas y normas. La mayoría de las enseñanzas en el mundo están basadas en uno de los cinco sentidos: oír, ver, tocar, oler o gustar.

En sus salones de clases, ustedes pueden enseñar por el poder del Espíritu. Tienen la oportunidad de alentar la participación continua de sus estudiantes en la discusión para traer a sus vidas la dirección del Espíritu Santo.

Su capacidad para hacer esto es realizada por la dirección que ustedes reciben del Espíritu Santo.

Si no logran nada más en su relación con sus alumnos que ayudarlos a reconocer y seguir las sugerencias del Espíritu, ustedes bendecirán sus vidas inmensa y eternamente. Han aprendido que, para hacer eso, deben buscar constantemente la guía del Espíritu para saber qué decir y cómo decirlo.

Aquellos de ustedes que están comenzando su servicio como un instrumento del Señor al enseñar y testificar a la preciosa juventud de la Iglesia aprenderán una importante lección que los maestros con más experiencia han confirmado desde hace mucho tiempo. No hay lugar en sus enseñanzas para trucos, modas o sobornos por medio de favores o regalos. Tales actividades no producen una motivación duradera para el progreso personal ni ningún resultado benéfico duradero. Dicho de una manera sencilla, las verdades presentadas en un ambiente de verdadero amor y confianza cumplen los requisitos para que el Espíritu Santo las confirme.

Cuando ustedes alientan a sus alumnos a levantar la mano para responder a una pregunta, ellos indican al Espíritu Santo su buena disposición de aprender. Ese uso del albedrío moral permitirá al Espíritu motivar y darles una guía más poderosa durante su tiempo con

ustedes. La participación permite a los individuos *experimentar* ser guiados por el Espíritu. Ellos aprenden a reconocer y a sentir lo que es la guía espiritual. Es por medio del proceso repetido de recibir impresiones, registrarlas y obedecerlas que uno aprende a depender de tal dirección del Espíritu más que en la comunicación por los cinco sentidos.

Ahora me gustaría presentar unas doctrinas que serán la base de la experiencia que compartiremos juntos. Quizás algo de esto les sea útil para usarlo con sus estudiantes.

El Salvador afirmó: “Hablaré a tu *mente* y a tu *corazón* por medio del Espíritu Santo” (D. y C. 8:2; cursiva agregada).

Les explicaría a los estudiantes que una impresión a la *mente* es muy específica.

Las palabras detalladas se pueden escuchar o sentir y escribirse como si las instrucciones estuvieran siendo dictadas.

Una comunicación al *corazón* es una impresión más general. El Señor con frecuencia empieza dando impresiones. Cuando se reconoce su importancia y se obedecen, uno adquiere más capacidad para recibir instrucción más detallada a la *mente*. Una impresión al corazón, si se sigue, es fortificada por una instrucción más específica a la mente...

...Hablemos de diferentes maneras de aprender de las Escrituras.

Una forma es leer, reflexionar y orar sobre el significado de versículos específicos. Otra es analizar y hacer conexiones entre las Escrituras relacionadas. Luego, en una hoja de papel separada, escribir una declaración del principio que incorpora las verdades contenidas en esos pasajes de las Escrituras. Cuando estas dos cosas se hacen cuidadosa y sistemáticamente, entonces uno puede ser instruido a través de la inspiración conforme se escudriñan las Escrituras...

De las Escrituras en sí extraemos afirmaciones valiosas de verdades y las registramos en una hoja separada como una afirmación de un principio.

Empecemos la afirmación de principio escribiendo *A fin de tener el derecho de ser guiado más poderosamente por el Espíritu debo:*

Ahora iremos a pasajes de las Escrituras específicos y determinaremos qué escribir bajo ese encabezado. Utilizaremos la experiencia de Enós. Leeré varios pasajes de ese capítulo instructivo maravilloso y terminaré identificando dos instrucciones de gran valor que él recibió que nos ayudan a aprender verdades a través del Espíritu Santo.

“Salí a cazar bestias en los bosques; y las palabras que frecuentemente había oído a mi padre hablar, en cuanto a la vida eterna y el gozo de los santos, penetraron mi corazón profundamente” (Enós 1:3).

Él estaba experimentando una impresión general a su corazón y sabiamente respondió poderosa e inmediatamente.

“Y mi alma tuvo hambre; y me arrodillé ante mi Hacedor, y clamé a Él con potente oración y súplica por mi propia alma; y clamé a Él todo el día; sí, y cuando anocheció, aún elevaba mi voz en alto hasta que llegó a los cielos” (Enós 1:4).

No sabemos exactamente qué pasó, pero no es probable que estuviera de rodillas orando todo ese tiempo. Ustedes han tenido la experiencia de cuando se necesita resolver algo urgente, uno ora, medita, vuelve a orar, hace promesas y toma decisiones, las presenta al Señor, ora más y recibe sentimientos de guía de Él. La guía a Enós fue muy directa debido a la necesidad y su sabiduría en responder inmediatamente a una inspiración del Espíritu.

“Y vino a mí una voz, diciendo: Enós, tus pecados te son perdonados, y serás bendecido.

“Y yo, Enós, sabía que Dios no podía mentir; por tanto, mi culpa fue expurgada.

“Y dije yo: Señor, ¿cómo se lleva esto a efecto?”

Aquí está una instrucción de gran valor:

“Y Él me dijo: Por tu fe en Cristo...

“Ahora bien, sucedió que cuando hube oído estas palabras, empecé a anhelar el bienestar de mis hermanos”.

Otra impresión del Señor centrada en el corazón, y Enós inmediatamente respondió:

“Por tanto, derramé toda mi alma a Dios por ellos.

“Y mientras me hallaba así luchando en el espíritu... la voz del Señor de nuevo penetró mi *mente*, diciendo”:

Ahora el Señor da otra instrucción de gran valor:

“Visitaré a tus hermanos según su diligencia en guardar mis mandamientos” (Enós 1:5–10; cursiva agregada).

Hemos señalado dos verdades con relación a la comunicación espiritual que el Señor dio a Enós: “Por tu fe en Cristo” y “Visitaré a tus hermanos según su diligencia en guardar mis mandamientos”. Escribamos ahora esas verdades como parte de nuestra afirmación de principio...

¿Se está aclarando la norma que estamos siguiendo? Este mismo método podría ser utilizado para enseñar cualquier doctrina, tal como la expiación del Salvador. El esfuerzo por estudiar las Escrituras y unir los conceptos comunes de Escrituras similares lo calificará a uno para recibir mayor inspiración y guía al meditar las Escrituras...

Hace algunos años tuve un llamamiento de la Iglesia en México y Centroamérica similar al de un presidente de área. Noté cómo las falsas tradiciones con frecuencia encaminan aun a los miembros de la Iglesia a hacer cosas equivocadas. Por mucho tiempo oré para pedir la guía del

Señor para saber cómo podía ayudar a esas personas a quienes amo tanto a reconocer las falsas tradiciones sin ser malinterpretado como alguien que no apreciaba su cultura.

Cierto domingo asistí a los servicios en el edificio donde se reúnen tanto el barrio al que asiste mi familia como una rama de español. Visité la reunión del sacerdocio de la rama donde un humilde líder mexicano del sacerdocio sin educación escolar batallaba por comunicar las verdades del Evangelio. Era obvio cuán profundamente habían influido en su vida. Percibí que tenía un intenso deseo de comunicar tales principios, puesto que reconocía que eran de gran valor para aquellos hermanos que amaba. Leía del manual de lecciones y sin embargo su presentación manifestaba su amor puro por el Salvador y por aquellos a quienes enseñaba. Ese amor, esa sinceridad y pureza de intención permitían que la influencia del Espíritu Santo estuviera en el salón de clases.

El Señor eligió ese momento para contestar mis plegarias. Empecé a recibir una dirección clara de cómo ayudar a los líderes y miembros a conquistar las falsas tradiciones. Recibí otras impresiones personales. Conforme cada impresión llegaba, las registraba fielmente. Recibí verdades valiosas que necesitaba grandemente para servir al Señor con mayor eficacia.

Los detalles de la comunicación son sagrados, como una bendición patriarcal —para beneficio del receptor— mas compartiré algo de la comprensión que obtuve y la revelación de otras verdades que ocurrieron ese día. Esto es un ejemplo de la dirección inspirada del Señor a través del Espíritu Santo que cualquier persona puede recibir cuando las doctrinas que hemos discutido son aplicadas conscientemente.

El consejo específico comenzó con esta aseveración: “Debes continuar edificando la Iglesia con una base de principios verdaderos, pero con una expresión incrementada de amor y aprecio, cuya bendición has recibido, para entender y sentir por la gran gente lamanita”. Luego siguieron direcciones específicas, instrucciones y promesas condicionales que han alterado el curso de mi vida.

Subsecuentemente, visité la clase de la escuela dominical en el barrio al que asistía mi familia. Un profesor universitario muy bien educado presentó una lección. Esa experiencia era un contraste impactante de la que disfruté en la reunión del sacerdocio de la rama. Me pareció que el instructor había escogido a propósito referencias oscuras y ejemplos inusuales para desarrollar su tema asignado: la vida de José Smith. Tuve la impresión clara de que utilizó la oportunidad de enseñanza para impresionar a la clase con su gran conocimiento. En todo caso, no parecía estar dedicándose a comunicar los principios como lo había hecho el humilde líder del sacerdocio.

Esa experiencia también creó un ambiente donde nuevamente me vinieron fuertes impresiones. Empecé a escribir las instrucciones que recibí directamente en la mente. Algunos de los párrafos empiezan con frases tales como éstas: “Enseña y testifica para instruir, edificar y guiar a otros a la completa obediencia, no para demostrar algo respecto de ti mismo. Todos aquellos que se inflan serán talados”.

Otra entrada dice: “Tú, por ti mismo, no eres nada, Richard”. A eso siguió un consejo específico sobre cómo convertirme en un instrumento más eficaz del Señor. Luego más adelante comienza una sección: “Facultándose por medio de la obediencia, el autocontrol y el poder de la fe”. A esa frase le siguen más promesas condicionadas a esos requisitos.

En esta experiencia me llegó tal cantidad de impresiones personales que sentí era inapropiado registrarlas en el curso de una clase de la Escuela Dominical. En un lugar más privado continué escribiendo los sentimientos que fluían a mi mente, tan precisos como me fue posible. Después de que cada poderosa impresión era registrada, reflexionaba en ella, buscando confirmación de que había expresado los sentimientos que había recibido con precisión. Luego oré, expresando al Señor lo que pensé que me había enseñado el Espíritu y hubo sentimientos de paz que confirmaron lo apropiado de lo que había registrado. Entonces, recibí la impresión de preguntar si había más que habría de recibir, y vinieron más impresiones y el proceso se repitió hasta que recibí alguna de la orientación más preciosa y específica que cualquiera podría tener en esta vida.

Ésa no es una experiencia aislada. Sé que las personas honradas y sinceras que siguen los principios que hemos analizado disfrutarán de tal dirección del Señor. Tengan a bien ayudar a sus alumnos a comprender esos principios y a recibir la confirmación de su propio testimonio de la realidad de la dirección espiritual que los animará a buscar tal guía. Con espíritu de oración ayúdenlos a comprender que tal guía es tan real como lo son nuestros cinco sentidos físicos. Los aliento a enfatizar que con frecuencia dejamos la más preciada dirección personal del Espíritu sin escuchar, debido a que no registramos y respondemos a las primeras sugerencias que nos llegan cuando el Señor decide dirigirnos o cuando las impresiones llegan en respuesta a una oración urgente.

Esa sagrada experiencia ilustra el significado de esa instrucción familiar en Doctrina y Convenios:

“El que recibe la palabra por el Espíritu de verdad, la recibe como la predica el Espíritu de verdad[.]

“...El que la predica y el que la recibe se comprenden el uno al otro, y ambos son *edificados y se regocijan juntamente*” (D. y C. 50:21–22; cursiva agregada).

Para mí, la palabra *edificado* significa que el Señor personalizará nuestra comprensión de la verdad para satisfacer

nuestras necesidades individuales si nos esforzamos por obtener esa guía. En la reunión del sacerdocio de la rama, *comprendí* los principios que fueron enseñados por un instructor dirigido por el Espíritu. Tuve un testimonio de su veracidad. Pero además de eso fui *edificado*. El mensaje enseñado fue poderosamente expandido para mi beneficio personal con impresiones sagradas comunicadas por medio del Espíritu Santo. La humildad del líder del sacerdocio mexicano fue necesaria para que él haya sido utilizado como instrumento para la comunicación espiritual de la verdad.

La humildad es esa cualidad que nos permite recibir instrucción de lo alto a través del Espíritu, o ser enseñados por las fuentes cuyo origen son la inspiración del Señor, tales como las Escrituras y las palabras de los profetas. La humildad es la tierra preciosa y fértil de la persona honrada. En ella las semillas del crecimiento personal germinan y, cuando se cultivan por conducto del ejercicio de la fe, podadas por el arrepentimiento, y fortificadas por la obediencia y buenas obras, tales semillas producen la preciada fruta de la guía espiritual.

La importancia de la humildad se ilustra en el versículo 28 de la primera sección de Doctrina y Convenios: “Y para

que cuando fuesen *humbles*, fuesen fortalecidos y bendecidos desde lo alto, y recibieran conocimiento de cuando en cuando” (cursiva agregada).

Enseñen a sus alumnos que uno no puede “llamar” al Espíritu como algunos se inclinan a afirmar. Podemos crear un ambiente apropiado para que el Espíritu Santo nos instruya. La comunicación espiritual no puede forzarse. Debemos facultarnos y estar preparados para recibir la guía del Señor cuando Él determine proporcionarla. No importa cuán urgente sea nuestro cronómetro, el Señor responderá de acuerdo con Su propia voluntad.

Conforme ustedes ponen énfasis en la necesidad de obediencia a los mandamientos de Dios a fin de ser dirigidos espiritualmente, los jóvenes comprenderán por qué Satanás los tienta a desobedecer los mandamientos.

Incluso los asuntos que se consideran como desviaciones relativamente pequeñas afectarán seriamente su capacidad para ser guiados por el Espíritu. Las explicaciones y ejemplos que ustedes les ofrezcan les ayudarán a confirmar en su mente la determinación de ser rectos, a fin de facultarse para ser guiados por el Señor por medio del Espíritu en las decisiones importantes que deben tomar en la vida.

EL SALÓN DE CLASE COMÚN Y CORRIENTE: LUGAR EFICAZ PARA UN PROGRESO FIRME Y CONTINUO

HERMANA VIRGINIA H.
PEARCE

PRIMERA CONSEJERA DE
LA PRESIDENCIA DE LAS
MUJERES JÓVENES

Liahona, enero de 1997,
págs. 12–14

ESPERANZA DE QUE NOS
MANTENGAMOS ACTIVOS Y
FIELES



Hace varios meses mi esposo bautizó a una amiga nuestra. Durante ese servicio, recorrí mentalmente sus años de preparación para ese acontecimiento: los principios aprendidos, observados y calladamente aceptados, el reconocimiento de la mano de Dios en los sucesos de la vida, la placentera confirmación del Espíritu al tomar decisiones difíciles pero correctas. Recordé el pasado y me regocijé en el presente, y no pude menos que pensar con confianza en el futuro. Esperaba de todo corazón que esta buena mujer permaneciera activamente conectada a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días el resto de su vida, que continuara aprendiendo y viviendo el Evangelio, y disfrutara de la plenitud de sus bendiciones.

Esta mañana, al recordar esas esperanzas, pienso en las otras trescientas setenta y cinco mil, cuatrocientas sesenta y nueve¹ personas que se bautizaron el año pasado, y después pienso en el resto de nosotros, los aproximadamente nueve millones que hemos entrado a las aguas del bautismo en el pasado. Aunque nuestras historias varían, antes de llegar a esa ordenanza, todos aprendimos la verdadera doctrina del Reino, sentimos el Espíritu, comprendimos cómo la doctrina se aplica a nosotros, y demostramos nuestra voluntad de tratar de vivir siempre esas verdades.

Parece ser demasiado difícil pensar en la posibilidad o la probabilidad de que no todos continuaremos ceñidos a la Iglesia, viviendo sus principios². Muchos la dejaremos y nunca regresaremos a esta feliz hermandad; algunos la dejaremos por un tiempo y después regresaremos con más intensa gratitud por nuestra participación en el Reino de Dios sobre la tierra. La realidad de la vida es que cada uno corremos diariamente el riesgo de irnos a la deriva e incluso de volvernos menos activos.

LAS CLASES DE LA IGLESIA FOMENTAN PROGRESO EN
EL EVANGELIO

Hay muchas cosas que nos ayudan a permanecer activos y, en esta ocasión, me gustaría hablar de una de ellas. Quisiera indicar que el salón de clase de la Iglesia es un

lugar eficaz para un progreso firme y continuo en el Evangelio.

La Escuela Dominical, el sacerdocio, la Sociedad de Socorro, las Mujeres Jóvenes, la Primaria y las clases de seminario e instituto se pueden llevar a cabo en un edificio dedicado, bajo un árbol o en el hogar, pero cada clase es parte del plan de seguir aprendiendo el Evangelio toda la vida. ¡Debemos esperar que las horas dedicadas al aprendizaje tengan gran poder en nuestra vida! En las clases de la Iglesia podemos experimentar repetidas veces aquello que nos llevó a las aguas del bautismo; es un lugar donde aprendemos la doctrina y recibimos el testimonio ratificador de su veracidad; donde llegamos a comprender cómo aplicar la doctrina en la realidad de nuestra vida diaria y cómo aceptar el desafío de cambiar nuestra vida.

ENSEÑAR, APRENDER Y APLICAR LA DOCTRINA

El programa de estudio fundamental de todas las clases de la Iglesia lo constituyen las Escrituras³; ellas contienen las doctrinas invariables del Reino de Dios, las cuales nos guiaron a la Iglesia. Si dejamos de aprenderlas, no podremos permanecer. "...os mando que os enseñéis el uno al otro la doctrina del reino"⁴.

El presidente Boyd K. Packer dijo: "Si la verdadera doctrina se entiende, ello cambia la actitud y el comportamiento"⁵. ¿Cómo sabemos qué doctrina enseñar cada semana? La encontraremos en el objetivo de la lección. Pero, ¿cómo llegamos a *comprender* la doctrina de manera que cambie nuestra actitud y nuestro comportamiento?

Para poder comprender, debemos ver cómo se aplica la doctrina. En los manuales de curso, los relatos, los ejemplos, las actividades y los juegos tienen por objeto ayudar a los alumnos a comprender la doctrina en situaciones de la vida diaria.

Por motivo de que la vida diaria de las personas varía mucho entre los ciento sesenta países donde tenemos clases organizadas, a veces los relatos y los ejemplos de los manuales pueden confundir a los alumnos. Los maestros pueden orar y hacer adaptaciones, con la precaución de que siempre reflejen la doctrina.

La meta del maestro es más que sermonear acerca de la verdad; es invitar al Espíritu y emplear las técnicas que aumenten la posibilidad de que el alumno descubra la verdad por sí mismo y se sienta motivado a aplicarla.

APRENDER Y MEJORAR LAS TÉCNICAS DE ENSEÑANZA

Aunque hay quienes parecen ser maestros natos, las técnicas didácticas pueden aprenderse. ¿A quién pueden acudir los maestros para mejorar sus técnicas? ¿Podrían observar a otros maestros y aprender de ellos? ¿O quizás

podrían pedirle a un buen maestro que los observara y les diera sugerencias, o a la presidencia de la Primaria, si enseñan en la Primaria, o a la presidencia de la Escuela Dominical, si enseñan en esa organización? El pedirle ayuda regular y específica al coordinador del curso de mejoramiento del maestro del barrio pondría a su disposición multitud de fuentes de consulta⁶. No tenemos por qué esforzarnos solos en esta Iglesia. Hay ayuda para todos. Podemos tratar de aprender y practicar nuevas técnicas con oración y con valor.

LAS CLASES DE LA IGLESIA INFLUYEN EN LA ACTIVIDAD EN LA IGLESIA

Una vez tuve una conversación con un joven, la cual nunca he olvidado. Había sido activo en la Iglesia, después completamente menos activo y posteriormente había vuelto a ser activo, y todo eso tenía que ver con dos salones de clase. Él dijo: "Cuando tenía cerca de quince años, comencé a tener muchas dudas acerca de la Iglesia. Pensé que podría hacer algunas preguntas en las clases, pero no fue así. En el sacerdocio hablaban del partido de la noche anterior. En la Escuela Dominical era casi lo mismo: quizás una corta lección durante los últimos cinco minutos, cuando el maestro hacía preguntas. Hacía como un juego para adivinar las respuestas correctas de acuerdo con el manual".

Otras cosas sucedieron también; el joven empezó a llegar tarde a su casa los sábados por la noche, las reuniones se cambiaron al horario que empezaba más temprano, y al poco tiempo dejó de asistir. Pasaron varios años antes de que volviera a asistir a la Iglesia. Esta vez su rostro se iluminó al describir la clase de la Escuela Dominical.

"El maestro no tenía ningún atractivo, pero le emocionaba lo que enseñaba. No desperdiciaba ni un minuto. Hacía preguntas importantes; todos tenían sus Escrituras y buscaban los pasajes, compartían ideas, se escuchaban unos a otros. Hablaban de los problemas que había en la escuela y de cómo se aplicaban a la lección. Se veía que todos los miembros de la clase eran diferentes entre sí, pero tenían algo asombroso en común: estaban interesados en aprender el Evangelio. Después de cinco minutos, comprendí que ése era el lugar en el que yo debía estar".

MANERAS DE AYUDAR A LOS ALUMNOS DE LA CLASE A APRENDER

¡Qué diferencia hubo entre esas dos experiencias! Imagínense cientos de miles de clases dominicales, cada una con un maestro que entiende que "recae sobre el alumno la responsabilidad del aprendizaje. Por lo tanto, es a él a quien se debe poner en acción. Si el maestro es la estrella del espectáculo, si sólo habla él y se encarga de todo, de seguro está interfiriendo con el aprendizaje de los miembros de la clase"⁷.

Un buen maestro no piensa: “¿Qué haré hoy en clase?”, sino, “¿Qué harán mis alumnos hoy en clase?” No piensa: “¿Qué enseñaré hoy?”, sino, “¿Cómo podré hacer que mis alumnos se den cuenta de lo que tienen que saber?”⁸ El buen maestro no desea que los alumnos salgan de la clase hablando de lo maravilloso y extraordinario que es el maestro, sino que hablen de lo magnífico que es el Evangelio.

CÓMO CREAR UN AMBIENTE DE CONFIANZA Y SEGURIDAD EN LA CLASE

El aprendizaje se lleva a cabo mejor en un ambiente de confianza y seguridad. Eso significa que se respetan las preguntas y los comentarios de cada persona. Cuando nos sentimos seguros y percibimos que nos incluyen, podemos hacer preguntas que nos ayuden a comprender el Evangelio; podemos compartir conocimiento y fe que ayuden a los demás⁹. Podemos tropezar sin avergonzarnos al tratar de aplicar las lecciones aprendidas. Por otro lado, cuando pensamos que debemos protegernos y defendernos o dar la apariencia de ser más rectos de lo que somos, usamos nuestras energías en forma contraproducente y nuestro aprendizaje y el de los demás se limitan considerablemente. Tanto el maestro como los alumnos comparten la responsabilidad de mantener un ambiente de confianza y seguridad.

EL PRINCIPIO, LA MITAD Y EL FINAL DE LA CLASE

La hermana Janette Beckham, Presidenta General de las Mujeres Jóvenes, ha hablado con sencillez de este tema. Ella afirmó:

“Es responsabilidad del maestro presentar la lección y ayudar a establecer las bases. En medio de la lección, los alumnos participan y tratan de comprender y aplicar los conceptos. Después, el maestro debe observar la hora, porque a él le pertenecen los últimos minutos de la clase. Tiene la responsabilidad de aclarar y resumir la doctrina enseñada de manera que los alumnos no salgan confundidos acerca del mensaje. A continuación, puede dar su testimonio personal del principio que se haya tratado”¹⁰.

UNA CLASE DE MUJERES JÓVENES DE GRAN ÉXITO

Para concluir, quisiera que me acompañaran a visitar el salón de clases de unas jovencitas de doce y trece años. Escuchen mientras las alumnas descubren la doctrina. Noten la experiencia que les provee la maestra para que conecten la doctrina con la realidad de su vida. Sientan el testimonio del Espíritu:

La maestra acerca su silla al semicírculo de cinco jovencitas. “Tenemos una visita que está allí fuera”, dice. “Es la hermana Jonas. Ella ha aceptado mostrarnos a su hijito recién nacido y hablarnos de lo que siente al ser madre primeriza. Al observar a la criatura, fíjense también en la

mamá, en cómo trata a su bebé, en lo que hace y dice. Cuando salga, hablaremos de su visita”.

La hermana Jonas entra y habla durante unos siete u ocho minutos acerca de su bebé y contesta preguntas. Las jovencitas le dan las gracias y ella se va.

“El niño es hermoso, ¿no es cierto?”, comenta la maestra al escuchar los comentarios de las jóvenes. “Pero, ¿qué notaron en la mamá?”

Tras un momento de silencio, una de las jóvenes dijo: “Estaba feliz”. Otra: “Mecía al niño todo el tiempo”. Varias respuestas más, y después Katie dice: “Hablaban... con mucha suavidad”.

“¿Qué más me puedes decir de eso?”, le pregunta la maestra.

“El tono de la voz de la hermana me recuerda al de mi madre cuando el año pasado nos habló desde el hospital para decirnos que teníamos otra hermanita”.

La maestra, volviéndose a las otras jóvenes, pregunta: “¿Qué piensan? ¿Alguien más se fijó en su voz?”.

Las jovencitas se vuelven más pensativas y comienzan a responder con palabras como “reverencia”, “cielo”, “amor”.

La maestra dice: “Creo comprender. Creo que pensamos en esas palabras porque reconocemos un gran don de nuestro Padre Celestial. Él nos ama y confía tanto en nosotras que está dispuesto a compartir con nosotras Sus poderes creativos. Nosotras sentimos gratitud y reverencia por esa confianza. La maternidad es *divina*”.

Después de haber expuesto claramente la doctrina y su testimonio, la maestra sigue adelante y les pide a las jóvenes que mencionen las cualidades de sus propias madres que demuestren que comprenden que la maternidad es divina. “¿Podrían ustedes practicar una de esas virtudes a fin de prepararse ahora para la maternidad; quizás al ser más pacientes, más bondadosas o más positivas esta semana?”

Cada joven habla de lo que ha escogido. La maestra da su testimonio personal y se ofrece la última oración.

Es una clase sencilla. No hubo relatos sensacionales, ni alumnas de gran erudición, sino alumnas que fueron a la clase preparadas para participar. Tampoco hubo una maestra superdotada, sino una maestra que habitualmente se prepara con oración y utiliza las técnicas que les permiten a los miembros de la clase comprender y aplicar la verdadera doctrina.

FORTALEZA MUTUA POR MEDIO DE LAS CLASES

La semana pasada hablé por teléfono con nuestra amiga recién bautizada para preguntarle cómo le iba. Me respondió con entusiasmo: “A mi esposo y a mí nos han llamado

a enseñar la clase de los jóvenes de quince y dieciséis años, ¡y estoy aprendiendo tanto!”. En seguida me sentí tranquila y emocionada. ¡Qué mejor lugar para ella y para cada uno de nosotros que un salón de clase!

El presidente Hinckley nos ha dicho: “Todos estamos juntos en esto, y tenemos una gran obra por realizar. Todo maestro puede ser mejor de lo que es hoy”¹¹. Yo agregaría: “Todo alumno puede ser mejor de lo que es hoy, y todo salón de clases también”.

Ruego que continuemos apoyándonos mediante el aprendizaje eficaz en el salón de clase, en el nombre de Jesucristo. Amén.

NOTAS

1. Informe estadístico de 1995, *Liahona*, junio de 1996, pág. 23.
2. “Cíñanse a la Iglesia y vivan sus principios, y no dudo en prometerles que serán felices y tendrán logros importantes, que tendrán motivo para arrodillarse y agradecerle al Señor todo lo que ha hecho por ustedes al brindarles las maravillosas oportunidades que tienen” (Gordon B. Hinckley, citado en el periódico *Church News*, 3 de agosto de 1996, pág. 2).
3. Véase *Instructions for Priesthood and Auxiliary Leaders on Curriculum*, 1994, pág. 1.

4. Doctrina y Convenios 88:77, 78, 80.
5. “Si la verdadera doctrina se entiende, ello cambia la actitud y el comportamiento. El estudio de la doctrina del Evangelio mejorará el comportamiento de las personas más fácilmente que el estudio sobre el comportamiento humano” (Packer, Boyd K., *Liahona*, enero de 1987, pág. 17).
6. Véase *La enseñanza: El llamamiento más importante. Instrucciones para los líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares sobre el desarrollo del maestro*, 35028 002.
7. *La enseñanza del Evangelio: Un manual para los maestros y líderes del SEI*, pág. 14.
8. *La enseñanza del Evangelio: Un manual para los maestros y líderes del SEI*, pág. 13.
9. Véase Romanos 1:11–12.
10. Beckman, Janette H., discurso no publicado.
11. “Todos estamos juntos en esto, y tenemos una gran obra por realizar. Todo maestro puede ser mejor de lo que es hoy. Todo oficial puede ser mejor de lo que es hoy. Todo padre puede ser mejor padre, toda madre una mejor madre, todo esposo un mejor esposo, toda esposa una mejor esposa, todo hijo un mejor hijo. Estamos en el camino que lleva a la inmortalidad y la vida eterna y el día de hoy es parte de ella. No lo olvidemos nunca” (Gordon B. Hinckley, citado en el periódico *Church News*, 4 de noviembre de 1995, pág. 2).

Referencias adicionales: 1 Tesalonicenses 5:11; Jacob 1:19; Alma 1:26; 29:8; Doctrina y Convenios 42:12; 43:8; 50:22; 88:122.

LA EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD

**PRESIDENTE DAVID O.
MCKAY**

PRESIDENTE DE LA IGLESIA

*Extracto de Pathways to
Happiness, compilación de
Llewelyn R. McKay, 1957,
pág. 61*

El maestro es el mayor factor de influencia en el salón de clase; su personalidad, lo que piensa, no solamente lo que dice, pero lo que es, sinceramente y verdaderamente en su corazón, eso es lo que influye en sus alumnos.



SEAMOS PUROS

**PRESIDENTE EZRA TAFT
BENSON**

PRESIDENTE DE LA IGLESIA

*Véase Liahona, julio de 1986,
págs. 1–3*

Mis queridos hermanos y hermanas, al comenzar otra conferencia general de la Iglesia, deseo de todo corazón que por medio de su fe y oraciones, lo que diga pueda bendecirlos y edificar su alma.

Soy muy consciente de lo mucho que dependo de Dios, y también sé que Jesucristo está a la cabeza de esta Iglesia y que por medio de Él podemos hacer todo lo que se requiere de nosotros.



DEDICACIÓN, DEVOCIÓN Y SERVICIO

Felicito a los que están aquí presentes esta mañana, así como a los que están escuchando o mirando por televisión esta conferencia, y a los que más adelante van a tener oportunidad de oír o leer los mensajes de ella.

Nuestro corazón está lleno de una gratitud rebosante hacia ustedes y por todo lo que contribuyen al engrandecimiento del reino de Dios en la tierra. Estoy seguro de que el Señor está complacido con el generoso apoyo que nos dan tantos de Sus santos en todo el mundo y con el amor y el tiempo que consagran a Su obra.

Su dedicación, devoción y servicio indican que realmente la fe ha aumentado en el mundo. Raras veces el esfuerzo de tan pocas personas ha resultado en la bendición de tantas otras.

GUARDAS: ¿QUÉ DE LA NOCHE?

A medida que he buscado la guía del Señor, he recibido confirmación, tanto en la mente como en el corazón, de que debo predicar sólo el arrepentimiento a esta generación. Éste ha sido el lema de todos los profetas de los últimos días, junto con el testimonio de que Jesús es el Cristo y de que José Smith es un Profeta de Dios.

El arrepentimiento fue uno de los temas sobre los cuales predicó nuestro ya fallecido gran profeta, Spencer W. Kimball. Este tema prevalecía en sus discursos y en las páginas de sus libros, como en las del extraordinario libro *El milagro del perdón*. Y ésta debe ser nuestra declaración actual, dirigida tanto a los miembros como a los que no lo son: que se arrepientan.

Guardas: ¿qué de la noche? (véase Isaías 21:11). Debemos responder diciendo que no todo está bien en Sión. Como

nos aconsejó Moroni, sabemos que lo interior del vaso se ha de limpiar primero (véase Alma 60:23), o sea, que debemos empezar por nosotros mismos, después seguir con nuestra familia y finalmente encargarnos de la Iglesia.

CAMBIOS EN LA GENTE

Un profeta de Dios aconsejó: “Quitarás lo malo a medida que crezca lo bueno... hasta que lo bueno sobrepueje a lo malo” (Jacob 5:66). Para formar un pueblo de Sión se necesitan personas con las características de Sión, y debemos prepararnos para alcanzarlas.

Durante los últimos años se han creado en la Iglesia muchos medios para ayudarnos. Se han publicado ediciones nuevas de las Escrituras: ¿Sacamos provecho de ellas? Hay más templos cerca de una cantidad mayor de miembros: ¿Vamos con más frecuencia a la casa del Señor? Se creó el programa dominical integrado: ¿Nos beneficiamos al tener más tiempo para pasar con nuestra familia? Se publicó un manual especial para la noche de hogar: ¿Lo usamos? Acaba de salir un nuevo himnario: ¿Cantamos más cantos del corazón? (véase D y C. 25: 12). Y la lista puede seguir. Hemos recibido mucha ayuda. Ya no necesitamos cambios en los programas, ahora lo que necesitamos es cambios en la gente.

Recordamos a nuestro querido presidente Kimball por muchos consejos valiosos, entre los que se encuentra la exhortación de que alargáramos el paso. Necesitábamos esa guía porque el Libro de Mormón nos advierte sobre una de las tácticas del adversario en los últimos días: “Y a otros los pacificará y los adormecerá con seguridad carnal, de modo que dirán: Todo va bien en Sión; sí, Sión prospera, todo va bien. Y así el diablo engaña sus almas, y los conduce astutamente al infierno” (2 Nefi 28: 21).

Hay muchos pasajes en el Libro de Mormón que hablan de despertar, como el siguiente: “¡Oh que despertaseis; que despertaseis de ese profundo sueño, sí, del sueño del infierno... Despertad... ceñíos con la armadura de la rectitud. Sacudíos de las cadenas con las cuales estáis sujetos, y salid de la obscuridad, y levantaos del polvo” (2 Nefi 1:13, 23). En general, parece que podemos sobrevivir con más facilidad la persecución que la paz y la prosperidad.

INMORALIDAD SEXUAL

La plaga de esta generación es el pecado de la inmoralidad sexual. El profeta José Smith dijo que esto sería la causa de más tentaciones, más golpes y más dificultades para los élderes de Israel que cualquier otra cosa.

El presidente Joseph F. Smith dijo que la impureza sexual sería uno de los tres peligros que amenazarían la Iglesia desde adentro, y así es. Nuestra sociedad está saturada de eso.

El Libro de Mormón coloca la falta de castidad en una categoría apenas por debajo del asesinato (véase Alma 39:5). Alma declara: “Hijo mío, quisiera que te arrepintieses y abandonases tus pecados, y no te dejases llevar más por las concupiscencias de tus ojos... porque a menos que hagas esto, de ningún modo podrás heredar el reino de Dios” (Alma 39:9). Si hemos de limpiar el interior del vaso debemos abandonar la inmoralidad y ser puros.

PONER EN PRÁCTICA EL LIBRO DE MORMÓN

Si no leemos el Libro de Mormón, y prestamos oídos a sus enseñanzas, el Señor ha declarado en la sección 84 de Doctrina y Convenios que toda la Iglesia está bajo condenación: “Y esta condenación pesa sobre los hijos de Sión, sí, todos ellos; y permanecerán bajo esta condenación hasta que se arrepientan y recuerden el nuevo convenio, a saber, el Libro de Mormón y los mandamientos anteriores que les he dado, no sólo de hablar, sino de obrar de acuerdo con lo que he escrito” (vers. 56, 57).

No sólo debemos hablar más sobre el Libro de Mormón sino que tenemos que poner en práctica lo que dice. ¿Por qué? El Señor responde: “A fin de que puedan traer frutos dignos para el reino de su Padre; de lo contrario, queda por derramarse un castigo y juicio sobre los hijos de Sión” (vers. 58). Y ya hemos sentido este castigo.

El profeta José Smith dijo que “el Libro de Mormón era el más correcto de todos los libros sobre la tierra, y la clave de nuestra religión; y que un hombre se acercaría más a Dios por seguir sus preceptos que los de cualquier otro libro” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 233–234). El Libro de Mormón no ha sido, ni es hoy en día, la base de nuestro estudio, de lo que enseñamos a nuestra familia, de nuestra predicación, ni de la obra misional. De eso tenemos que arrepentirnos.

EL PRESIDENTE ROMNEY HABLA ACERCA DE LA LECTURA DEL LIBRO DE MORMÓN

No conozco otro hombre que haya sido más fiel al Libro de Mormón que el presidente Marion G. Romney. En un discurso durante una conferencia general declaró que el Libro de Mormón era la publicación más eficaz que teníamos en la obra misional, y también citó lo que dice en Doctrina y Convenios, que “...el Libro de Mormón y las santas Escrituras de mí proceden para vuestra instrucción...” (D. y C. 33: 16), y que “...los élderes, presbíteros y maestros de esta Iglesia enseñarán los principios de mi evangelio que se encuentran en la Biblia y el Libro de Mormón...” (D. y C. 42:12). Dijo que es obvio que a menos que leamos, estudiemos y aprendamos los principios que se encuentran en el Libro de Mormón, nosotros, los élderes, presbíteros y maestros de esta Iglesia, no podemos cumplir con este mandato de enseñar en cuanto a ellos.

“Pero hay otra razón por la que debemos leerlo”, continúa el presidente Romney, “porque al hacerlo llenaremos nuestra mente y la refrescaremos con un flujo constante del ‘agua’ que Jesús dijo que tendríamos en nuestro interior... ‘una fuente de agua que salte para vida eterna’ (Juan 4:14). Debemos obtener una fuente de esa agua para poder resistir el mal y retener las bendiciones de haber nacido otra vez.

“...Para lograr evitar los males del mundo, debemos seguir una senda en la que a diario se nutra nuestra mente y nos mantenga cerca de lo espiritual. Y la mejor forma de lograr esto es leer el Libro de Mormón...”

Entonces finaliza: “Por lo tanto, mis amados hermanos y hermanas, y amigos en todas partes, les aconsejo que formen el hábito de leer unos minutos el Libro de Mormón todos los días de su vida.

“Estoy seguro de que si en nuestros hogares los padres leen el Libro de Mormón regularmente entre ellos y con sus hijos, y oran al respecto, el espíritu de este libro tendrá una gran influencia sobre los que allí viven. El espíritu de reverencia aumentará, como también el respeto y la consideración mutuos. El espíritu de contención desaparecerá. Los padres podrán aconsejar a sus hijos con más amor y cordura y los hijos respetarán mejor a tales consejos. La bondad aumentará, y la fe, la caridad, el amor puro de Cristo serán más abundantes en nuestra vida y en nuestro hogar, llenándolo de paz, gozo y felicidad” (en *Conference Report*, abril de 1960, págs. 110–113).

ORGULLO

Ahora quisiera hablaros de un tema que me preocupa bastante y que merece que le dedique más tiempo del que tengo. Es el tema del orgullo.

En las Escrituras no existe tal cosa como el orgullo justo. Siempre se considera un pecado. No estamos hablando de un beneficioso sentido del valor individual, el cual se establece mejor cuando se tiene una buena relación con Dios, sino que hablamos del orgullo como el pecado universal, como alguien lo ha llamado.

Mormón escribe que: “el orgullo de esta nación, o sea el pueblo de los nefitas, ha sido la causa de su destrucción” (Moroni 8:27). En Doctrina y Convenios el Señor dice: “Cuidaos del orgullo no sea que lleguéis a ser como los nefitas de la antigüedad” (D. y C. 38:39).

“DEBÉIS HUMILLAROS ANTE DIOS”

En esencia, el orgullo es querer hacer la voluntad propia en lugar de la de Dios. Lo contrario del orgullo es la humildad, la mansedumbre, la sumisión (véase Alma 13:28), y el estar dispuestos a escuchar y aprender.

En los primeros tiempos de la Iglesia restaurada, el Señor amonestó a dos de sus miembros más destacados en cuanto al orgullo. A Oliver Cowdery le dijo: “Cuídate del orgullo, no sea que entres en tentación” (D. y C. 23:1). A Emma Smith le dijo: “Continúa en el espíritu de mansedumbre y cuídate del orgullo” (D. y C. 25:14).

El Señor exhorta: “No serás altivo de corazón” (D. y C. 42:40); y el Libro de Mormón dice: “Debéis... humillaros ante Dios” (Mosíah 4:10).

Cuando la tierra se limpie en los últimos días por medio de fuego, los orgullosos serán como el rastrojo (véase 3 Nefi 25:1; D. y C. 29:9; 64:24).

El espacioso edificio que Lehi vio representaba al orgullo del mundo, y allí estaban reunidas las multitudes de la tierra (véase 1 Nefi 11:35–36). Los que se mantuvieron en el camino estrecho y se aferraron a la palabra de Dios y participaron del amor de Dios soportaron la burla de los que estaban en el edificio (véase 1 Nefi 8:20, 27, 33; 11:25).

“Los humildes discípulos de Cristo” (2 Nefi 28:14) son pocos.

NO SE HAGA *MI* VOLUNTAD, SINO LA *TUYA*

El orgulloso no le presta atención a Dios ni se preocupa por hacer lo que está bien. Mira hacia los lados y discute con los hombres para probar que tiene razón. El orgullo se manifiesta en el espíritu de contención.

¿Acaso no fue el orgullo lo que llevó al diablo a transformarse en diablo? Cristo quería servir, pero el diablo quería tener el poder. Cristo quería lograr que todos los hombres fueran como Él; el diablo quería estar por encima de todos.

Cristo logró la perfección porque se puso en segundo plano; pidió que se hiciera la voluntad del Padre y no la Suya.

El orgulloso se caracteriza por preguntarse: “¿Qué quiero hacer con mi vida?”, en lugar de preguntar: “¿Qué desea Dios que haga con mi vida?”. Es tratar de hacer la voluntad propia en lugar de la de Dios. Es temerles a los hombres más que a Dios.

El humilde responde ante la voluntad de Dios, ante el temor de Sus juicios y ante las necesidades de los que lo rodean. Al orgulloso le halaga la adulación del mundo, al humilde le satisface la aprobación del cielo.

Se dice que el orgulloso no se contenta con tener algo, sino únicamente con tener más que los demás. El Señor dijo de un hermano: “No estoy bien complacido con él, porque pretende sobresalir, y no es suficientemente manso delante de mí” (D. y C. 58:41).

“LOS INSTRUIDOS Y LOS RICOS”

Los dos grupos que en el Libro de Mormón parecen tener más dificultad con el orgullo son “los instruidos y los ricos” (2 Nefi 28:15). Pero la palabra de Dios puede abatir el orgullo (véase Alma 4:19).

El orgullo acarrea muchas maldiciones; son muchas las bendiciones de la humildad. Por ejemplo, se nos dice: “Sé humilde; y el Señor tu Dios te llevará de la mano y dará respuesta a tus oraciones” (D. y C. 112:10). El humilde será bendecido y fortalecido desde lo alto, y recibirá conocimiento (véase D. y C. 1:28). El Señor es “misericordioso con aquellos que... confiesan [sus pecados] con corazones humildes” (D. y C. 61:2). La humildad puede aplacar la ira de Dios (véase Helamán 11:11).

TENEMOS QUE LIMPIAR EL INTERIOR DEL VASO

Mis amados hermanos y hermanas, a medida que limpiemos el interior del vaso, tendrán que verificarse cambios en nuestra propia vida, en la de nuestra familia y en la Iglesia. Los orgullosos no tratan de cambiar para ser mejores, sino que buscan excusas para justificar su manera de ser. Para arrepentirse es necesario cambiar, y para cambiar se necesita ser humilde; pero todos podemos lograrlo.

Hemos progresado muchísimo en el pasado, y alargaremos nuestro paso en el futuro; pero para hacerlo, primero tenemos que limpiar el interior del vaso siendo moralmente limpios, utilizando el Libro de Mormón de tal manera que Dios nos libre de la condenación y, finalmente, venciendo el orgullo por medio de la humildad.

Podemos lograrlo. Yo sé que podemos. Ruego que sea así para todos nosotros. Que Dios los bendiga por todo el bien que han hecho y el que llevarán a cabo. Dejo mis bendiciones con ustedes, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

OBTENER Y MANTENER LA PUREZA DE LAS ESCRITURAS Y LA DOCTRINA

EDWARD J. BRANDT
DIRECTOR, DIVISIÓN
DE EVALUACIONES,
DEPARTAMENTO DE
CORRELACIÓN



Un Énfasis Actual de la Enseñanza Para el Sistema Educativo de la Iglesia, 2003 (*video de capacitación para maestros en funciones*), págs. 7–11

La administración del Sistema Educativo de la Iglesia me ha pedido que hable en cuanto a “obtener y mantener la pureza de las Escrituras y la doctrina” o, en otras palabras, sobre “esforzarnos por mantener la pureza doctrinal”.

Sé que la mayoría son sinceros y brindan sus mejores esfuerzos por enseñar el Evangelio de Jesucristo como ha sido restaurado en estos últimos días por medio del profeta José Smith. Sin embargo, he conocido y observado a algunos que si bien eran sinceros, a veces se equivocaban. Si se enseña doctrina falsa o se malinterpreta una declaración profética o de las Escrituras, no suele ser a propósito. A veces nos expresamos mal, a veces nos falta preparación; con demasiada frecuencia queremos enseñar en la ignorancia, es decir, improvisar; a veces sucede que se nos ha enseñado algo incorrecto. Empero, a veces asumimos una experiencia o autoridad que no nos corresponde. Al cumplir con nuestras responsabilidades, debemos considerar todos esos factores junto con nuestras buenas intenciones.

Las aberraciones o los errores en cuanto a la verdad siempre parecen llamar la atención a los demás. Las equivocaciones se manifiestan de varias formas. Hay muchos testigos sobre lo que somos, lo que decimos y lo que hacemos.

Cuando nuestras enseñanzas parecen estar fuera de lugar o ser extrañas, el Sistema Educativo se entera mediante varias quejas y voces. Muchos de los alumnos tienen la sensibilidad espiritual de darse cuenta cuando algo no es cierto o está fuera de lugar. Entonces suelen comentarlo a sus padres; los padres también se dan cuenta de que hay cosas perturbadoras por los comentarios que hacen sus hijos. Los padres informan a los líderes del sacerdocio, quienes a su vez entrevistan con frecuencia a los jóvenes y se enteran por medio de ellos, o de otras personas, de que algo no anda bien.

Los directores y administradores del Sistema Educativo de la Iglesia también reciben informes. Algunos casos se presentan ante las Autoridades Generales o las Autoridades de Área de la Iglesia. Si bien las Autoridades Generales dejan que la administración del Sistema Educativo resuelva

la mayoría de esos preocupantes asuntos, advierten lo ocurrido y se preocupan al respecto.

Muchos casos llegan al Departamento de Correlación de la Iglesia para que los repasemos y evaluemos. Se me ha pedido que ofrezca algunas sugerencias que sirvan de guía y de advertencia para ayudarles a obtener y mantener la pureza de las Escrituras y la doctrina cuando ustedes enseñen.

La fuente fundamental a la que acudimos son las Escrituras. El Señor ha dicho: “Enseñarán los principios de mi evangelio, que se encuentran en la Biblia y en el Libro de Mormón, en el cual se halla la plenitud del evangelio.

“Y observarán los convenios y reglamentos de la Iglesia para cumplirlos, y esto es lo que enseñarán, conforme el Espíritu los dirija.

“Y se os dará el Espíritu por la oración de fe; y si no recibís el Espíritu, no enseñaréis” (D. y C. 42:12–14).

El presidente Gordon B. Hinckley ha dicho que:

“‘Los Libros Canónicos’... son la fuente de nuestra doctrina de los cuales fluyen las aguas de la luz del Evangelio. Proporcionan la norma con la cual se mide toda doctrina del Evangelio. Todos los otros [materiales] deben fluir de la palabra del Señor tal como se presenta en estos libros” (“Cornerstones of Responsibility” [seminario para representantes regionales, 5 de abril de 1991], pág. 2).

Las revelaciones presentan la siguiente base sobre la cual se debe establecer nuestra enseñanza al indicarnos que debemos enseñar “no diciendo sino las cosas escritas por los profetas y apóstoles, y lo que el Consolador les enseñe mediante la oración de fe” (D. y C. 52:9).

Y agrega nuevamente que no declaremos “nada sino las cosas de los profetas y apóstoles” (D. y C. 52:36).

¿Qué lugar único tienen los profetas y apóstoles en relación a nuestras oportunidades de enseñar?

Hace muchos años, el presidente J. Reuben Clark, hijo, habló a los maestros de religión de la Iglesia y enseñó lo siguiente:

“A algunas de las Autoridades Generales [los Apóstoles] se les ha asignado un llamamiento especial; poseen un don especial; se les sostiene como profetas, videntes y reveladores, lo cual les confiere una dotación espiritual especial en lo que se refiere a impartir enseñanzas a los de este pueblo. Ellos tienen el derecho, el poder y la autoridad de manifestar la intención y la voluntad de Dios a Su pueblo, sujetos al poder y a la autoridad totales del presidente de la Iglesia. A las demás Autoridades Generales no se les da esa dotación espiritual especial. La resultante limitación

se aplica a todos los demás oficiales y miembros de la Iglesia, porque ninguno de ellos es espiritualmente dotado como profeta, vidente y revelador” (“Los Doce Apóstoles”, *Liahona*, enero de 1997, pág. 6).

Los profetas, videntes y reveladores tienen una dotación espiritual especial en lo referente a cómo enseñan a la gente. Ni ustedes, ni yo, ni ningún otro oficial o miembro, poseemos esa misma dotación espiritual especial, así que al evaluar nuestra fuente principal de material, debemos preguntarnos sobre lo que el apóstol Pablo le dijo a Timoteo:

“...persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido” (2 Timoteo 3:14).

“Sabido de quién has aprendido”. ¿Cuáles son sus fuentes principales? ¿Son las Escrituras la fuente principal? Pablo escribió:

“Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, “a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16–17).

Las Escrituras poseen espíritu y poder. Empleen el idioma o las frases de las Escrituras al enseñar, sin sustituir esto con jergas modernas, expresiones trilladas o sus propias frases interpretativas. Dejen que las Escrituras hablen por sí solas.

El tomar versículos o frases de las Escrituras, generalmente fuera de contexto, y forzarlos a comprobar un punto o a establecer una supuesta base de las Escrituras para nuestra propia interpretación privada es una de las formas más comunes de descarriarse doctrinalmente.

El élder Boyd K. Packer enseñó los siguientes principios que pueden ayudar a enseñar la doctrina básica de la Iglesia:

“Primero: Las enseñanzas que son fundamentales para nuestra salvación no están escondidas en algún versículo o pasaje impreciso de las Escrituras, sino que, por el contrario, todo lo que es de vital importancia se repite una y otra vez.

“Segundo: Todo versículo, ya sea de los más comúnmente citados o de los menos conocidos, debe ser considerado a la luz de otros versículos. Encontramos en las Escrituras enseñanzas que se complementan y dan temple, las cuales sirven para equilibrar nuestro conocimiento en cuanto a la verdad.

“Tercero: Existe una compatibilidad total entre lo que el Señor dice y lo que hace...

“Cuarto: No todo lo que Dios ha hablado se encuentra en la Biblia. Otros Libros Canónicos, como el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio, son de igual validez y se complementan.

“Quinto: Si bien es cierto que muchas cosas debemos aceptarlas por fe, tenemos derecho a la revelación personal por medio de la cual obtenemos conocimiento de la verdad... Lo que tal vez no esté muy claro en las Escrituras puede quedar aclarado por medio del don del Espíritu Santo. Podemos gozar de un conocimiento tan pleno de las cosas espirituales como por el cual estemos dispuestos a trabajar” (*Liahona*, enero de 1985, pág. 53).

También vale la pena recalcar que “muchos elementos de la verdad llegan sólo tras una vida de preparación” (Boyd K. Packer, en *Conference Report*, abril de 1974, pág. 138; o *Ensign*, mayo de 1974, pág. 95).

Existe un orden o diseño que debemos seguir al prepararnos y al enseñar, el cual nos brindará la perspectiva del Evangelio y el poder para lograr lo que deseamos. Una vez más, el élder Packer nos enseña:

“El curso que seguimos no lo hemos diseñado nosotros. El plan de salvación, el gran plan de felicidad, nos fue revelado, y los profetas y apóstoles continúan recibiendo revelaciones a medida que la Iglesia y sus miembros las van necesitando...

“...Las Escrituras proveen el modelo y la base para una doctrina correcta.

De la doctrina aprendemos los principios de conducta, cómo responder a los problemas del diario vivir” (*Liahona*, julio de 1994, págs. 23–24).

“...un principio es una verdad perdurable, una ley, una regla que se puede adoptar como una guía para tomar decisiones. Por lo general, los principios no se explican en detalle. De ese modo tenemos la libertad de decidir cómo habremos de proceder, usando esa verdad o principio como punto de referencia” (*Liahona*, julio de 1996, pág. 18).

Las Escrituras, entonces, son la base de la doctrina. De las Escrituras proviene la enseñanza de la doctrina correcta; de la doctrina proviene la enseñanza de los principios; de los principios, con la ayuda del Espíritu, proviene la capacidad de descubrir cómo se pueden aplicar a nuestras necesidades y circunstancias hoy en día.

El resultado de tal enseñanza da una base para la superación y el crecimiento personales:

“Si la verdadera doctrina se entiende, ello cambia la actitud y el comportamiento.

“El estudio de la doctrina del Evangelio mejorará el comportamiento de las personas más fácilmente que el estudio sobre el comportamiento humano” (Boyd K. Packer, *Liahona*, enero de 1987, pág. 17).

Los programas, los procedimientos y las presentaciones que carecen de fundamento en las Escrituras y de entendimiento doctrinal están diluidos, y no tienen el potencial y el poder de cambiar la vida de la gente. Sobre esta base

debemos ayudar a los alumnos a encontrar aplicaciones para sus propias vidas.

Hace poco el élder Dallin H. Oaks demostró el poder de esto:

“Los maestros a quienes se les ha mandado enseñar ‘los principios [del] Evangelio’ y ‘la doctrina del reino’ (D. y C. 88:77) deben generalmente evitar enseñar reglas o aplicaciones específicas. Por ejemplo, no tienen que enseñar ninguna regla con el fin de determinar lo que es un diezmo íntegro y tampoco proporcionar una lista de las cosas que deben hacerse o no hacerse para santificar el día de reposo. Una vez que se haya enseñado la doctrina y los principios correspondientes tanto de las Escrituras como de los profetas vivientes, tales aplicaciones o reglas específicas pasan por lo general a ser responsabilidad de las personas y las familias.

“...Cuando enseñamos la doctrina y los principios del Evangelio, somos recipientes del testimonio y de la guía del Espíritu para así reforzar nuestra enseñanza e inspirar la fe de nuestros alumnos para que procuren la guía de ese mismo Espíritu al aplicar tales enseñanzas en su vida personal” (véase *Liahona*, enero de 2000, pág. 96).

En resumidas cuentas, el élder Harold B. Lee enseñó:

“Nuestra mejor esperanza de mantener la pureza doctrinal depende de que los miembros conozcan y comprendan las repercusiones doctrinales por causa de haber ‘probado por sí mismos’ ” (“Special Challenges Facing the Church in Our Time” [seminario para representantes regionales, 3 de octubre de 1968], pág. 7).

Es decir, que han seguido la indicación del Salvador: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta” (Juan 7:17).

El aferrarnos a estos principios puede servirnos de protección que nos impida alejarnos de la forma establecida, de la estrecha y angosta senda. Así que pregúntense a ustedes mismos: “¿He enseñado alguna vez doctrina falsa?”. Estoy seguro de que todos lo hemos hecho, pero a medida que crecemos, aprendemos y nos esforzamos por tener el Espíritu del Señor en nuestra vida, podremos corregirnos.

El élder Boyd K. Packer nos enseñó lo siguiente:

“Es factible que en un momento determinado un miembro no entienda uno que otro punto de doctrina, que malentienda algo o que aun crea que algo es cierto cuando en realidad no lo es.

“En eso no hay demasiado peligro... no es más que una parte necesaria del proceso de aprender el Evangelio. Ningún miembro de la Iglesia debería sentirse avergonzado ante la necesidad de arrepentirse de alguna idea falsa que hubiera tenido. Tales ideas se corrigen a medida que uno aumenta en luz y conocimiento.

“El problema de una idea falsa no está en que uno *crea* en ella, sino en que la *enseñe* a los demás” (*Liahona*, julio de 1985, págs. 33–34).

Y es así que el presidente Harold B. Lee le dio un mandato al personal del Sistema Educativo hace muchos años. Debe ser el distintivo de nuestros esfuerzos al enseñar. Él dijo:

“Como maestros, no se les envía a enseñar nueva doctrina. Deben enseñar los viejos principios, no tan claramente que los alumnos no tengan más remedio que entender, sino que deben enseñar la doctrina de la Iglesia tan claramente que nadie la pueda malentender” (“Fidelidad”, [discurso pronunciado ante los maestros de religión, 8 de julio de 1966], pág. 9; véase también *Charge to Religious Educators*, pág. 119).

Un ingrediente esencial al enseñar los principios del Evangelio es ser sensibles a las necesidades, la preparación espiritual y la madurez de los alumnos con los que estemos trabajando. El élder Boyd K. Packer, un maestro ejemplar, nos ha dado este sabio consejo:

“Hay cosas que son verdaderas pero no muy útiles...”

“Enseñar ciertas cosas verdaderas pero de forma prematura o en el momento errado puede causar dolor y congoja en lugar del gozo que se pretende que acompañe al aprendizaje.

“...Las Escrituras enseñan vigorosamente que debemos dar leche antes de carne. El Señor ha dejado bien en claro que ciertas cosas se deben enseñar de forma selectiva, y hay cosas que se deben dar sólo a quienes son dignos.

“No sólo importa *qué* se nos dice sino también *cuándo* se nos dice. Tengan cuidado de edificar la fe y no destruirla” (*The Mantle Is Far, Far Greater than the Intellect* [discurso pronunciado durante el quinto simposio anual de maestros de religión del Sistema Educativo de la Iglesia, 1981] págs. 4–5).

Además, el élder Lee ha dicho:

“En la actualidad enfrentamos la enorme tarea de mantener la pureza doctrinal... *¡La doctrina de la Iglesia no es ‘nuestra’, sino de Aquél a quien pertenece esta Iglesia!* Debemos inculcarles eso a todos. El no mantener la pureza y sencillez de la doctrina que Cristo dio causaría mucho sufrimiento humano aquí y por la eternidad. Por ese motivo, se debe resistir la especulación sin sentido, la fascinación con los misterios y la tendencia de algunos maestros a agregar sus propias vigas a la estructura del Evangelio” (“Special Challenges Facing the Church in Our Time”, pág. 6).

He aquí las dos áreas que parecen ser las más difíciles para los maestros que tienen dificultades doctrinales:

Una es compartir cosas inapropiadas. Algunos creen que tienen un entendimiento superior, una interpretación más

profunda. Deberán hacer un análisis propio para asegurarse de no estar enseñando algo sólo para demostrar que creen saber algo que los demás no saben, para impresionar o para dar información que vaya más allá de lo que algunos llaman “lo mismo de siempre”. Recuerden cómo se amonestó a alguien que creía tener conocimiento y entendimiento y que buscaba ser reconocido:

“Y en cuanto a mi siervo Almon Babbitt, hay muchas cosas que no me complacen; he aquí, ambiciona imponer su propio criterio en lugar del consejo que yo he ordenado, sí, el de la Presidencia de mi iglesia; y levanta un becerro de oro para que mi pueblo lo adore” (D. y C. 124:84).

Si en repetidas ocasiones les surgen interrogantes sobre alguna cosa que estén enseñando, algo no está bien. Dejen eso de lado, o por lo menos pónganlo a prueba con otros, con algún colega o alguna persona de vasto conocimiento. Pídanle a tal persona que les dé una opinión sincera y franca sobre lo que estén proponiendo. Tal vez ustedes sepan más de lo que es correcto y apropiado compartir. Sólo se debe enseñar lo que cuenta con el permiso y la autorización del Espíritu Santo. No traten de superar a las Autoridades Generales, o se perderán sin el Espíritu. La experiencia les debería enseñar que no están exentos del uso del sentido común.

Otra preocupación son las cosas tangenciales que nos distancian de la esencia misma del Evangelio. Tales cosas hacen que el maestro se aleje de lo que más importa y no se atenga al curso. A veces se presenta la tentación de entretener o divertir con cosas que suelen ser interesantes. Asegúrense de corroborar y validar con fuentes *confiables* lo que enseñen. Jamás les den a los alumnos información basada en habladurías o rumores. Por lo general, se pierde el tiempo cuando se enseña sólo para captar el interés.

Es importante guardar el equilibrio de lo que hacemos. La obsesión con un tema determinado hace que se refleje una visión inadecuada y distorsionada de la relación de tal tema con los otros elementos del Evangelio. Es como tener la costumbre de sólo tocar una misma tecla una y otra vez. Por ejemplo, hay quienes están obsesionados con la geografía del Libro de Mormón. El élder Faust ha dicho al respecto:

“Es importante saber lo que *no* es el Libro de Mormón. No es primariamente una historia, a pesar de que gran parte de su contenido es de carácter histórico...”

“[El presidente] George Q. Cannon declaró que ‘...el Libro de Mormón no es un texto de geografía, ni fue escrito para enseñar verdades geográficas. Lo que se dice de la ubicación de las diferentes tierras o ciudades... es generalmente un comentario relacionado con los aspectos doctrinales o históricos de la obra’...”

“La prueba para comprender este sagrado libro es netamente espiritual, y el anhelo de entenderlo filosófica y no

espiritualmente hará que sus páginas sean difíciles de comprender” (*Liahona*, enero de 1984, págs. 11–12).

En cuanto al Libro de Mormón, el presidente Hinckley ha dicho:

“La evidencia de su veracidad y validez en un mundo que tiende a exigir evidencias no yace en la arqueología ni en antropología (aunque el conocimiento de estas ciencias podría ser de ayuda para algunos), ni en la investigación lingüística, ni en el análisis histórico, aunque éstos podrían servir para confirmarla. La evidencia de su veracidad y validez yace en la lectura del libro mismo...”

“...se yergue como otro testimonio a una generación incrédula de que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (véase *Liahona*, enero de 1985, págs. 44–45).

Así que, en pocas palabras, el presidente J. Reuben Clark, hijo, en *El curso trazado por la Iglesia en la educación*, dio estas advertencias:

“...Grande será la responsabilidad y la condenación de cualquier maestro que siembre la duda en un alma confiada...”

“...Ustedes no deben... mezclar en su trabajo la propia filosofía particular de ustedes, no importa cuál sea su origen o cuán agradable o racional les parezca...”

“Ustedes no deben, no importa el puesto que ocupen, cambiar las doctrinas de la Iglesia ni modificarlas de la forma en que se declaren en los Libros Canónicos de la Iglesia y por aquellos cuya autoridad es declarar la voluntad e intención del Señor a la Iglesia” (edición revisada, 1999).

El élder Mark E. Petersen, en una ocasión en que enseñaba al personal del Sistema Educativo, dijo:

“Nuestras autoridades son [las Escrituras], los cuatro Libros Canónicos. También lo son José Smith y los demás presidentes y líderes; ellos son nuestros líderes directos. Debemos enseñar como ellos; debemos eludir la doctrina que ellos eluden” (“Evitemos el sectarismo”, en *Un mandato a los maestros de religión*, pág. 149).

Algunos dicen: “Pero debemos enseñar por el Espíritu, y he orado fervientemente, y siento que el Espíritu me ha dado un conocimiento adicional, una perspectiva nueva, una verdad superior”.

Hace muchos años, la Primera Presidencia de la Iglesia hizo la siguiente advertencia:

“No se dejen llevar por ningún espíritu o influencia que desacredite la autoridad establecida... o que los aleje de las revelaciones directas de Dios en cuanto al gobierno de la Iglesia. El Espíritu Santo no contradice lo que Él mismo ha revelado, y la verdad siempre está en armonía consigo misma. La piedad suele encubrir al error. El seguir los consejos que el Señor ha dado por los conductos que Él ha autorizado es lo seguro” (Joseph F. Smith, Anthon H. Luna y

Charles W. Penrose, “A Warning Voice”, *Improvement Era*, septiembre de 1913, pág. 1149).

Recuerden que el Espíritu Santo (el Espíritu del Señor) no se contradice a sí mismo.

Esperamos que este repaso de algunos fundamentos básicos les sirva en su enfoque como maestros del Sistema Educativo de la Iglesia. ¡Qué maravillosa es la oportunidad de instruir a los hijos espirituales del Padre Celestial durante la vida terrenal, enseñándoles las verdades eternas!

EL GRAN PLAN DE FELICIDAD

ÉLDER BOYD K. PACKER DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

Discurso dirigido a los maestros de educación religiosa en un simposio sobre Doctrina y Convenios e Historia de la Iglesia en la Universidad Brigham Young el 10 de agosto de 1993



Hace unos días hablé con el presidente William E. Berrett, que todavía se encontraba en el hospital. Ahora descansa cómodamente esperando con serena expectativa, lo que será en un futuro no muy lejano, su graduación final.

Hace un tiempo nos dijo al hermano Tuttle y a mí que, cuando era un adolescente en el sur del Valle de Lago Salado — que en ese entonces era una zona rural— los jóvenes del barrio constituían un problema, tal como los que hay en los barrios y en las clases de ustedes. Era la época de los inicios del programa de Seminarios y un obispo preocupado llamó a un hombre para enseñar a la juventud. El hermano Berrett describió al hermano como un converso originario de Europa que hablaba inglés con dificultad y que también era anciano, razones suficientes para no llamarlo; pero de todas formas, el obispo lo llamó.

Luego el hermano Berrett nos habló de ese período de clase. Al principio, les costaba mucho trabajo entenderlo. Él mismo concluyó la descripción de esa época de su vida diciendo: “Cada frase del maestro destrozaba la lengua inglesa, pero nosotros podíamos fortalecernos con el fuego de su fe”. El hermano Berrett le agradeció a aquel maestro la significativa influencia en los acontecimientos que posteriormente tendrían lugar en su vida.

A lo largo de los años he intentado seguir de cerca la educación que brinda la Iglesia. He conocido personalmente a casi todos los pioneros del programa de Seminarios e Institutos desde sus comienzos. Lo que han aportado a mi vida es incalculable.

Sigan estando llenos de oración, preparados y enfocados mediante lo sencillo y directo. Asegúrense de que todo lo que enseñen tenga como base las Escrituras y las enseñanzas de los profetas y apóstoles, porque ellos tienen una dotación espiritual especial en lo que se refiere a sus enseñanzas. Sigán estos principios doctrinales de las Escrituras, porque el hacerlo brinda seguridad, y las bendiciones de los cielos les acompañarán al enseñar. Y recuerden también que quienes ustedes son es una enseñanza en sí, por lo cual deben tener sus asuntos personales, temporales y espirituales en orden.

Todos ustedes son conscientes de la crisis de valores que padece este mundo, así como de la grave influencia que ésta ejerce en muchos miembros de la Iglesia. Ustedes conocen el desafío al que deben hacer frente con los jóvenes a causa de ello. No es un reto muy diferente al que se enfrentaba Mosiah cuando dijo:

“...Aconteció que había muchos de los de la nueva generación que no pudieron entender las palabras del rey Benjamín, pues eran niños pequeños en la ocasión en que él habló a su pueblo; y no creían en la tradición de sus padres.

“No creían lo que se había dicho tocante a la resurrección de los muertos, ni tampoco creían lo concerniente a la venida de Cristo.

“Así que, por motivo de su incredulidad no podían entender la palabra de Dios; y se endurecieron sus corazones” (Mosiah 26:1–3).

Más tarde Alma se opuso a Korihor, el anticristo, y enfrentó la apostasía de los zoramitas, circunstancias que, en mi opinión, no son tan diferentes de las que ocurren hoy día en la Iglesia.

Hace algunos días, en un momento de gran preocupación, debido a la rápida sucesión de acontecimientos que demuestran el desafío planteado por personas dentro de la Iglesia que poseen un espíritu de crítica, oposición y apostasía, tuve una impresión tal como una revelación. Era intensa y clara, porque en mi mente permanecieron las palabras: “¿Por qué? ¿Por qué, cuando necesitamos tanto estar unidos?”. Entonces vino la respuesta: “Se permite que esto ocurra para separar a los justos de los inicuos y ello tendrá un efecto insignificante en la Iglesia”.

Alma se enfrentó a Korihor y también la apostasía de los zoramitas, pero no albergó duda alguna sobre el modo de proceder. Las Escrituras dicen:

“Y como la predicación de la palabra tenía gran propensión a impulsar a la gente a hacer lo que era justo —sí, había surtido un efecto más potente en la mente del pueblo que la espada o cualquier otra cosa que les había acontecido—

por tanto, Alma consideró prudente que pusieran a prueba la virtud de la palabra de Dios” (Alma 31:5).

“Consideró prudente que pusieran a prueba la virtud de la palabra de Dios”.

Las doctrinas individuales del Evangelio no se detallan por completo en un solo lugar en las Escrituras, ni se presentan por orden o en secuencia. Éstas deben construirse a partir de piezas diseminadas en diversos lugares; en ocasiones se encuentran en grandes segmentos, pero lo más común es encontrarlas en trocitos dispersos a través de los capítulos y los versículos.

Quizá piensen que, a modo de ejemplo, si todas las referencias al bautismo se encontraran en un capítulo de cada uno de los Libros Canónicos, y todas las referencias a la revelación se agruparan en otro, el aprendizaje del Evangelio sería mucho más sencillo. Poco a poco, he cultivado un sentimiento de gratitud por el hecho de que las Escrituras estén organizadas de la manera en que lo están. Dado que las Escrituras están organizadas como están, existen infinitas combinaciones de verdades que responden a las necesidades de toda persona en cualquier circunstancia.

Cuando me encontraba en el extranjero con el ejército, emprendí por vez primera el estudio serio del Libro de Mormón. Me familiaricé con las referencias sencillas y las notas al pie de página de aquella época. Seguí, particularmente, una nota al pie de página en un capítulo del Libro de Mormón hasta un versículo en un capítulo posterior, pero el tema era distinto y creí haber encontrado un error en las notas al pie de página.

Entonces, repentinamente, tuve un pensamiento, una impresión con la que pude ver claramente la relación existente entre ambos temas. Concluí que no sólo no había error alguno sino que quien había organizado las notas de aquella manera, había sido inspirado.

Nuestra juventud tiene que aprender a subrayar las Escrituras y poner en práctica algún sistema de registro. Además, si ustedes les proporcionan un marco en el cual organicen en forma de testimonio personal, las verdades que vayan descubriendo al azar, les podrán brindar un buen servicio.

Después de haber enseñado seminario durante algunos años, descubrí un elemento determinante en el aprendizaje de los alumnos y en su capacidad para recordar lo aprendido.

Lo que descubrí fue lo siguiente: que es muy valioso presentar al principio una *breve* reseña de lo que tratará el curso entero, organizada cuidadosamente.

Tomemos, a modo de ejemplo, un curso de Historia de la Iglesia. Una clase o dos de introducción, en las que se aborden los temas de la Apostasía, la Restauración, el Martirio, las persecuciones, el éxodo al Oeste, la expansión

internacional de la Iglesia, todo ello en tan sólo una clase o dos, proporcionará una guía en la que los alumnos podrán organizar la información que ustedes impartirán, mientras realizan el mismo viaje a un ritmo mucho más lento, a medida que el curso avance. Es como el preludio de una ópera o un espectáculo musical.

Esas breves clases iniciales representan sólo una breve inversión de tiempo y permiten a los alumnos situarse en cualquier punto del recorrido. Les permite obtener una cierta idea general. Retienen mucho más en la memoria cuando saben cómo encajan todas las piezas y la luz del aprendizaje brilla con mayor intensidad. Esa introducción sirve de esquema de referencia y compensa el tiempo y el trabajo invertidos.

Lo único que lamento es haber descubierto este principio casi al final, en lugar de al principio de mi etapa como maestro de seminario. Me pregunto cuánto podría haber mejorado el aprendizaje de los alumnos si lo hubiera descubierto antes.

Sea cual sea el curso que enseñen, una breve reseña, o incluso un boceto, puede servir como un esquema de referencia en el que nuestros jóvenes podrán situar las verdades que les enseñarán, muchas de las cuales se aprenden inesperadamente.

Éste es un bosquejo que se adapta bien a cualquier curso que ustedes enseñen. Los elementos que lo componen se encuentran en todas las Escrituras. Tienen varios nombres:

- Misericordioso designio del gran Creador (véase 2 Nefi 9:6).
- El plan de misericordia (véase Alma 42:15).
- El gran plan de misericordia (véase Alma 42:31).
- El plan de redención (véase Jacob 6:8; Alma 12:25–26, 30, 32; 17:16; 18:39; 22:13–14; 29:2; 39:18; 42:11, 13).
- El eterno plan de redención (véase Alma 34:16).
- El gran plan de redención (véase Alma 34:31).
- El Plan de Salvación (véase Jarom 1:2; Alma 24:14; 42:5; Moisés 6:62).
- El plan de nuestro Dios (véase 2 Nefi 9:13).
- El gran plan del Dios Eterno (véase Alma 34:9).
- El gran y eterno plan de redención (véase 2 Nefi 11:5).
- El plan de la felicidad (véase Alma 42:16).
- El gran plan de felicidad (véase Alma 42:8).
- El plan de la restauración (véase Alma 41:2).
- El plan de los Dioses (véase Abraham 4:21).

Todas las referencias anteriores, a excepción de dos, provienen del Libro de Mormón; las otras se encuentran en la Perla de Gran Precio.

El brindar una reseña general del “plan de felicidad” (título que, al hablar del plan, es el que yo prefiero, porque es mi favorito) al comienzo del curso y repasarlo de vez en cuando, será de gran provecho para los alumnos.

Tengo una asignación para darles. Lo esperaban, ¿verdad? Se les da la asignación de preparar una breve sinopsis o reseña del plan de felicidad: el Plan de Salvación. Diseñenlo como un esquema de trabajo en el cual los alumnos puedan basarse para organizar los principios de las verdades que ustedes les den a conocer.

Al principio pensarán que se trata de una tarea muy sencilla pero les aseguro que no lo es. La brevedad y la sencillez son difíciles de lograr. Al principio se sentirán tentados a incluir demasiado. El plan, en su plenitud, abarca todas y cada una de las verdades del Evangelio.

Algunos santos que partieron de Nauvoo no obedecieron el límite de carga que las Autoridades Generales habían fijado y más tarde pagaron muy caras consecuencias. Ustedes, al igual que ellos, desearán incluir demasiado en su reseña [del Plan de Salvación] y se sentirán tristes al tener que dejar muchas cosas sin enseñar. Los pioneros de carros de mano sólo podían llevar 32 kilogramos con ellos. Esta reseña es algo como la carga de carro de mano.

Ésta tal vez sea la asignación más difícil y sin ninguna duda la más gratificante de toda su carrera educativa.

Su reseña del plan de felicidad debe ser tan sólo un vistazo general de las verdades reveladas del Evangelio. Después de presentar el plan, sus alumnos podrán determinar dónde se encuentran dentro de él.

Los jóvenes se preguntan: “¿Por qué?” ¿Por qué se nos manda *hacer* ciertas cosas y por qué se nos manda que *no hagamos* algunas otras? El conocimiento del plan de felicidad, incluso de manera esquemática, puede proporcionar a las mentes jóvenes una respuesta.

En cierta ocasión, un padre reprendió con aspereza a un niño a causa de un grave error diciendo: “¿Me puedes explicar por qué lo hiciste?”. El hijo respondió: “Si hubiera tenido un ‘porqué’ no lo habría hecho”.

Proporcionar a los alumnos una colección de verdades aisladas tendrá más efectos negativos que positivos. Apórtenles una impresión general de todo el plan, incluso si ésta se limita a unos cuantos detalles, y les ayudarán mucho más. Ayúdenles a saber de qué se trata y los alumnos tendrán un “porqué”.

La mayor parte de los problemas difíciles a los que hacemos frente en la Iglesia ahora mismo (y podríamos enumerarlos, tales como: el aborto y todo lo demás, todos los retos de los poseedores del sacerdocio y de los que no lo poseen) no pueden responderse sin el trasfondo de ciertos conocimientos del plan.

Alma dijo algo al respecto, y éste creo que es ahora mi pasaje preferido de las Escrituras, aunque de vez en cuando cambio de pasaje preferido de las Escrituras: “Por tanto, *después* de haberles dado a conocer el *plan de redención*, Dios les dio *mandamientos*” (Alma 12:32; cursiva agregada). Permítanme leerlo de nuevo: “*después* de haberles dado a conocer el plan de redención, Dios les dio mandamientos”. Una vez más: “*DESPUÉS* de haberles dado a conocer el plan de redención, Dios les dio mandamientos”.

Como decía a menudo el presidente Harold B. Lee: “No les enseñen para que entiendan, enséñenles para que no puedan malinterpretarlo” (véase “Fidelidad” [discurso dirigido a los maestros de educación religiosa, 8 de julio de 1966], pág. 9). Si ustedes procuran darles un “porqué”, sigan el patrón: “*después* de haberles dado a conocer el plan de redención, Dios les dio mandamientos”.

Ustedes no estarán con sus alumnos ni con sus propios hijos cuando las tentaciones les asedien. En esos momentos peligrosos deben depender de sus propios recursos. Si ellos son capaces de situarse en el marco del plan del Evangelio, se verán fortalecidos inmensamente.

El plan merece la repetición constante. Entonces el propósito de la vida, la realidad del Redentor y la razón de los mandamientos permanecerán en ellos.

Su estudio del Evangelio y sus experiencias en la vida contribuirán a formar un testimonio creciente de Cristo, de la Expiación, de la Restauración del Evangelio.

Tuve la tentación de elaborar una breve reseña del plan de felicidad para presentársela a ustedes como modelo, pero luego recapacité. Tienen que preparar la reseña ustedes mismos. Sólo entonces podrán presentarla de forma eficaz. Reitero que no será tarea fácil. Considero que les llevará varios meses, si lo hacen correctamente. Requerirá estudio, oración y trabajo. No cabe ninguna duda de que ustedes aprenderán más en el proceso que cualquiera de los alumnos. El mero hecho de realizar la asignación será su recompensa.

Les voy a dar un bosquejo conciso del plan para que puedan comenzar, pero cada uno de ustedes debe estructurarlo a su manera.

Los componentes esenciales del *gran plan de felicidad, de redención, de salvación*, son:

La existencia preterrenal

La creación espiritual

El albedrío

La Guerra en los cielos

La creación física

La Caída y la vida terrenal

Los principios y ordenanzas del Evangelio de Jesucristo (los primeros principios: fe en el Señor Jesucristo, arrepentimiento, bautismo...)

La Expiación

La vida después de la muerte

El mundo de los espíritus

El Juicio

La Resurrección

El presidente J. Reuben Clark nos enseñó en *El curso trazado por la Iglesia en la educación*, el cual es un discurso que seguramente leen todos los años, todos ustedes, todos los años. Es revelación; ese documento contiene revelación como la que encontrarán al abrir los Libros Canónicos, y lo cito:

“Ya he indicado que nuestros jóvenes no son niños desde el punto de vista espiritual; están bastante adelantados en el sendero que lleva hacia la madurez espiritual normal del mundo. Tratarlos como niños desde el punto de vista espiritual, tal como el mundo trataría a otro grupo de jóvenes de la misma edad, es también, por lo tanto, inadecuado. Digo una vez más, que casi no hay joven que pase por las puertas de los Seminarios e Institutos que no haya sido un beneficiario consciente de bendiciones espirituales, que no haya visto la eficacia de la oración, que no haya sido testigo del poder de la fe para sanar enfermos o que no haya percibido las manifestaciones espirituales que la mayoría del mundo no conoce. Ustedes no tienen que quedarse furtivamente detrás de ese joven que tiene experiencia espiritual con el fin de susurrarle la religión al oído; pueden presentarse delante de él, cara a cara, y hablarle. No tienen necesidad de disfrazar las verdades religiosas con un manto de cosas mundanas; pueden presentarle estas verdades tal y como son. Tal vez los jóvenes teman menos a esas verdades que ustedes. No hay necesidad de encaramientos graduales, ni cuentos, ni mimos, ni de tratarlos con condescendencia ni otro recurso infantil que se usan cuando se desea enseñar a los espiritualmente inexpertos que están casi muertos en ese sentido” (1992 ed. rev. [dirigido a los maestros de educación religiosa, 8 de agosto de 1938], pág. 13).

Lean *El curso trazado por la Iglesia en la educación*. Ya tienen dos asignaciones.

Hay verdades fundamentales que si se comprenden adecuadamente, ayudarán a nuestra juventud a entender el plan de felicidad y les impulsarán a seguir fieles.

Si coinciden con el presidente Clark en que nuestra juventud tiene madurez espiritual, y yo ciertamente estoy de acuerdo con él, podrán desplegar ante ellos las verdades de la inmortalidad y la eternidad.

Convénzanles de la realidad de las cosas espirituales y enséñenles primero que “el espíritu y el cuerpo son el alma

del hombre” (D. y C. 88:15). El hombre es un ser dual, un espíritu con un cuerpo mortal.

Es difícil enseñar sobre lo intangible, lo espiritual, pero hay formas de hacerlo. Por ejemplo, sus alumnos saben de computadoras (ordenadores). Una computadora personal está hecha de metal, plástico, cristal y una serie de materiales que contienen una gran cantidad de información. Todos los Libros Canónicos pueden almacenarse en una computadora, así como también las enciclopedias, los diccionarios, los libros y una biblioteca completa de temas, incluidas las ilustraciones y las fórmulas matemáticas.

Pulsando unas cuantas teclas, es posible seleccionar cualquier información almacenada en el interior y visualizarla al instante en una pantalla. Uno puede, al pulsar unas cuantas teclas más, reorganizar, añadir o quitar los datos almacenados en la computadora. Pulsando otra tecla o dos, podemos imprimir, incluso a todo color, una copia del documento que deseamos. Es posible tener en las manos una prueba tangible e irrefutable de que hay volúmenes, versos, poemas e ilustraciones dentro de la computadora.

No obstante, si desmontáramos la computadora pieza por pieza, no encontraríamos ni una sola palabra, ni una sola ilustración, ni una sola prueba tangible de que existen volúmenes, versículos, poemas y dibujos en su interior.

Podríamos disolver la computadora con ácido o quemarla y no encontraríamos ni una sola palabra como prueba tangible de su contenido. No podríamos encontrar palabras entre las cenizas de una computadora, al igual que resulta imposible encontrar al espíritu entre los restos de un cuerpo humano incinerado.

Nadie pone en duda que esta valiosa información se encuentra almacenada en la computadora. No debería ser demasiado difícil enseñar a cada joven que el cuerpo humano tiene en su interior un espíritu. Pese a ser invisible e intangible, es la esencia misma de la realidad. En el contexto del plan del Evangelio, es posible explicar qué es ese espíritu. Permítanme reiterarlo: en el contexto del Evangelio, es posible explicar qué es ese espíritu, de dónde viene y cuál es el destino de cada uno de nosotros.

Enséñenles a entender que cada uno de ellos es un “templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en [ellos]” (1 Corintios 3:16).

Muéstrenles que las Escrituras enseñan sobre la luz de Cristo, “la luz que existe en todas las cosas, que da vida a todas las cosas, que es la *ley* por la cual se gobiernan todas las cosas” (D. y C. 88:13; cursiva agregada; compárese con Juan 1:9; D. y C. 84:45–47; 88:6), y el “Espíritu de Jesucristo... [que] ilumina a *todo* hombre en el mundo” (D. y C. 84:45–46; cursiva agregada; compárese con D. y C. 88:1–13; Juan 1:9; Moroni 7:15–19).

Sea cual sea esa luz interior, el conocimiento del bien y del mal, la luz de Cristo, el sentido moral o la conciencia,

modera nuestras acciones a menos que la sometamos o la destruyamos; los animales no poseen un elemento semejante.

Lehi enseñó: “Los hombres son suficientemente instruidos para *discernir* el bien del mal; y la *ley* es dada a los hombres” (2 Nefi 2:5; cursiva agregada).

Lo que denominamos conciencia reafirma la realidad del espíritu de Cristo en el hombre. Reafirma, asimismo, la realidad del bien y del mal, de la justicia, de la misericordia, del honor, del valor, de la fe, del amor y de la virtud, así como de sus opuestos necesarios: el odio, la avaricia, la brutalidad y los celos (véase 2 Nefi 2:11, 16). Estos valores, aun siendo intangibles, responden a las leyes relacionadas a la causa y el efecto, en forma tan real como cualquier otra ley física.

“También el hombre fue en el principio con Dios. La inteligencia, o sea, la luz de verdad, no fue creada ni hecha, ni tampoco lo puede ser.

“Toda verdad es independiente para obrar por sí misma en aquella esfera en que Dios la ha colocado, así como toda inteligencia; de otra manera, no hay existencia.

“He aquí, esto constituye el albedrío del hombre y la condenación del hombre; porque claramente les es manifestado lo que existió desde el principio, y no reciben la luz.

“Y todo hombre cuyo espíritu no recibe la luz está bajo condenación.

“Porque el hombre es espíritu. Los elementos son eternos; y espíritu y elemento, inseparablemente unidos, reciben una plenitud de gozo;

“y cuando están separados, el hombre no puede recibir una plenitud de gozo.

“Los elementos son el tabernáculo de Dios; sí, el hombre es el tabernáculo de Dios, a saber, templos; y el templo que fuere profanado, Dios lo destruirá.

“La gloria de Dios es la inteligencia, o en otras palabras, luz y verdad.

“La luz y la verdad desechan a aquel inicuo.

“Todos los espíritus de los hombres fueron inocentes en el principio; y habiéndolo redimido Dios de la caída, el hombre llegó a quedar de nuevo en su estado de infancia, inocente delante de Dios.

“Y aquel inicuo viene y despoja a los hijos de los hombres de la luz y la verdad, por medio de la desobediencia, y a causa de las tradiciones de sus padres.

“Pero yo os he mandado criar a vuestros hijos en la luz y la verdad” (D. y C. 93:29–40).

Enséñenles sobre la ley; una ley es una norma fija de existencia independiente e irrevocable. Enséñenles que el

cumplimiento, la desobediencia e incluso el hacer caso omiso de la ley, siempre tienen consecuencias.

Las leyes gobiernan el universo físico con tal constancia y exactitud que una vez que el hombre las descubre, puede, en virtud de sus efectos, demostrar su existencia con total precisión.

Enséñenles a respetar las leyes, tanto físicas como espirituales.

Las leyes no cambian; una ley, tal como la verdad, “perdura y no tiene fin” (D. y C. 88:66). Una teoría es experimental, está sujeta a cambios y puede ser verdadera o no. Una teoría es un medio para la consecución de un fin, no el fin en sí mismo.

Existen leyes morales y espirituales relacionadas con los valores: el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto; leyes tan constantes, precisas y válidas como las que gobiernan el universo físico.

Algunas teorías que circulan actualmente enseñan que el hombre es un mero animal y que, por lo tanto, está exento de cumplir normas morales.

Las leyes que rigen lo espiritual son irrevocablemente decretadas en el cielo antes de la fundación de este mundo (véase D. y C. 130:20). Suele suceder que los jóvenes no aceptan las leyes morales ni las espirituales, porque éstas no se comparan con los métodos que ellos están acostumbrados a utilizar. Es mucho más sencillo demostrar las leyes físicas o naturales y éstas pueden ser útiles al enseñar sobre cosas espirituales.

Permítanme ilustrarlo con un ejemplo. Al nivel del mar el agua se congela al alcanzar los 0 grados centígrados y pasa del estado líquido al sólido. A una temperatura de 100 grados centígrados se convierte en un gas. Los alumnos saben que no pueden cambiar este hecho y que no pueden hacer nada para evitarlo. El proceso puede describirse de forma precisa o imprecisa, con medidas complejas, en grados Fahrenheit o grados centígrados, o con cualquier otra unidad de medida, y nada de lo que se diga al respecto va a cambiarlo, porque sucede de acuerdo con una ley; se congelará o se evaporará según una ley.

No debe resultar difícil comprender que existen leyes espirituales básicas que siempre han existido, que nunca cambian, que generan consecuencias y que no podemos modificar. Lo extraordinario es que podemos depender de esas leyes espirituales. “La maldad nunca fue felicidad” (véase Alma 41:10) y cualquiera que haya intentado averiguarlo lo ha comprobado; es una ley.

Si los alumnos no aceptan el hecho de que las leyes espirituales son tan fijas como las que se encuentran establecidas gobernando la naturaleza, no conozco ningún otro modo de explicar el significado de la palabra *Expiación* en las Escrituras. La ley de la justicia hizo preciso el cumplimiento

de la ley quebrantada; la Expiación fue un acto vicario del Mesías. A través de la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio, mediante la Expiación, toda la humanidad *será* redimida de la muerte física gracias a la Resurrección y, del mismo modo, toda la humanidad *puede* ser redimida de la muerte espiritual, si se arrepiente.

Los acontecimientos que han tenido lugar desde la Creación hasta el fin del mundo, están gobernados por la ley. Nuestro destino no está basado en el *azar*. ¡Está basado en la *elección*! Ése era el plan desde antes que el mundo existiese. Todo se desarrolla de acuerdo con el plan, el gran plan de felicidad.

El hombre es un ser dual, “Porque el hombre es espíritu. Los elementos son eternos; y espíritu y elemento, inseparablemente unidos, reciben una plenitud de gozo” (D. y C. 93:33).

Finalmente, enseñen a los alumnos a mirar con los ojos que poseían antes de tener un cuerpo mortal; enséñenles a escuchar con los oídos que tenían antes de nacer; enséñenles a descorrer las cortinas de la vida mortal y a contemplar las eternidades.

Nos acostumbramos a pensar en términos de principio a fin. Vemos el nacimiento como nuestro comienzo y la muerte como el final. Medimos todo lo que acontece en segmentos de tiempo: minutos, horas, años; cada uno con un comienzo y un final; así es la vida mortal.

Debemos enseñar a la juventud a expandir su mente y pensar en términos espirituales. Deben saber que no hubo un comienzo y que tampoco va a existir un final. Entonces comenzarán a entender el plan de redención.

En verdad:

La materia no tiene fin;
El espacio no tiene fin;
El espíritu no tiene fin,
La raza no tiene fin.

La virtud no tiene fin;
El poder no tiene fin;
La sabiduría no tiene fin;
La luz no tiene fin.

La unión no tiene fin;
La juventud no tiene fin;
El sacerdocio no tiene fin;
La verdad no tiene fin.

(“If You Could Hie to Kolob” [Si pudieras ir a Kólob], *Hymns*, N° 284).

Enseñen a sus alumnos a aceptar la verdad, incluso si no la comprenden muy bien al principio. Algunas cosas no tienen comienzo y nunca tendrán final. Tenía en mente preparar algo parecido a un resumen del plan “desde el

comienzo hasta el final”, y entonces me di cuenta de que no hay comienzo y de que tampoco habrá final.

Expandan sus mentes y contemplen las eternidades. Es muy útil salir en una noche despejada y mirar al cielo. Allí, incluso con ojos mortales, es posible ver la infinita inmensidad de la creación, además de verla con “ojos” espirituales (los ojos de nuestro entendimiento); y hay muchas referencias sobre esta cuestión en las Escrituras, por ejemplo en la sección 110 de Doctrina y Convenios: “los ojos de nuestro entendimiento fueron abiertos. Vimos al Señor sobre el bandal del púlpito” (versículos 1–2).

Si comprendemos que ver con estos ojos espirituales se aproxima más a la palabra *sentir* (el modo en el que vemos espiritualmente), entonces podremos empezar a sentir que hay algo más.

Abran los “ojos de su entendimiento” y ayúdenles a sentir la infinita inmensidad de la creación. Convénzanles de que ésta actúa con tal precisión y orden que es imposible que el hombre pudiera haberla creado; el hombre apenas puede medirla con los más precisos instrumentos que ha sido capaz de inventar.

Enseñen a sus alumnos que existe otra esfera a la que pertenece el hombre, incluso durante su paso por el mundo temporal. *Temporal* significa provisional. Esa expresión es idónea para el mundo; idónea para el cuerpo humano. Las palabras *infinito*, *para siempre jamás*, *sin fin*, describen nuestro destino espiritual. Cuando se unen un cuerpo que ha sido renovado y un espíritu que ya era eterno antes, se alcanza la plenitud de gozo.

Muéstrenles que lo que se puede llegar a conocer a través del sentido humano es limitado, pero lo espiritual no lo es. Empezarán a aprender aquello que no se puede enseñar a través del sentido humano.

Deben enseñarles que somos hijos espirituales de Dios con cuerpos mortales, que el plan se desarrolla de acuerdo a leyes eternas y que ni existe un comienzo ni existirá un final. Entonces comprenderán el plan de redención del que hablan las Escrituras.

Compartan con ellos las verdades que quizá no comprendan, sabiendo que si aceptan su veracidad por fe, abrirán los ojos de su entendimiento a maravillas espirituales.

Enseñenles el orden correcto de las cosas en el aprendizaje por medio del Espíritu. Primero tienen que aprender a aceptar estas verdades por fe, sin entendimiento, y entonces llegarán a conocer y recibirán una confirmación de las verdades espirituales.

El plan de felicidad, el plan de redención, es verdadero. Pueden confiar en nosotros en cuanto a esto; no tengan miedo de repetirles constantemente estas verdades. No les estarán desorientando ni se apartarán del camino si les enseñan a tener fe en el plan.

Enséñenles a ser como los de tiempos antiguos, “cuya fe era tan sumamente fuerte, aun antes de la venida de Cristo, que no se les pudo impedir penetrar el velo, sino que realmente vieron con sus propios ojos las cosas que habían visto con el ojo de la fe; y se regocijaron” (Éter 12:19).

Enséñenles que si “escudriña[n] diligentemente, ora[n] siempre, [y son] creyentes... todas las cosas obrarán juntamente para [su] bien” (D. y C. 90:24).

Si comprenden que no existe un comienzo y que no habrá un final y que, al igual que la naturaleza, todo está gobernado por leyes y que todas las cosas espirituales están regidas por leyes espirituales, ellos estarán preparados para entender el plan, el gran plan del Dios eterno.

Él nos ha mandado que criemos a nuestros hijos en la luz y la verdad y que debemos enseñarnos el uno al otro la doctrina del reino; y a ustedes les dice:

“Enseñaos diligentemente, y mi gracia os acompañará, para que seáis más perfectamente instruidos en teoría, en principio, en doctrina, en la ley del Evangelio, en todas las cosas que pertenecen al reino de Dios, que os conviene comprender;

“de cosas tanto en el cielo como en la tierra, y debajo de la tierra; cosas que han sido, que son y que pronto han de acontecer; cosas que existen en el país, cosas que existen en el extranjero; las guerras y perplejidades de las naciones, y los juicios que se ciernen sobre el país; y también el conocimiento de los países y de los reinos,

“a fin de que [ustedes y ellos] esté[n] preparados en todas las cosas, cuando de nuevo [Él] os envíe a magnificar el llamamiento al cual os [ha] nombrado y la misión con la que os [ha] comisionado” (D. y C. 88:78–80).

Que Dios les bendiga, mis compañeros maestros. Ruego que derrame sus bendiciones sobre ustedes para que, a través de ustedes, los miles de jóvenes que estén a su cuidado lleguen a saber y comprender el gran plan del Dios eterno, el plan de felicidad; entonces se encontrarán a ellos mismos. Es mi oración que sean un instrumento en sus vidas igual que lo fue aquel inmigrante inseguro para el gran maestro del que hablamos, el hermano William E. Berrett.

Es mi oración que Él les bendiga en sus hogares y con sus familias, para que al servir a los jóvenes, al salvar a los hijos de Dios, que Él a su vez salve a los Suyos Que el Señor vele por ustedes en sus asuntos materiales, para que puedan obtener el sustento para sus familias, suplir las necesidades, proporcionar las comodidades, o quizás incluso los lujos en el transcurso de su vida, para que les sean proporcionadas esas cosas que hacen que la vida valga la pena, las cosas que son bellas, de buena reputación o dignas de alabanza.

Que Dios les bendiga con el testimonio de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, el Unigénito del Padre, de que ésta es Su Iglesia, de que Él es nuestro Redentor, y que el plan en el que todos nosotros tomamos parte en este momento se abra ante nuestra vista, tal y como las Escrituras nos lo han revelado, y que puedan, de una forma figurada y de una forma literal, tomar de la mano a estos miles de jóvenes y guiarlos hacia delante, para que puedan volver a Su presencia en el debido tiempo.

Testifico que Él vive. Sé que Él vive; tengo ese testimonio. Es Él quien preside esta Iglesia; Él dirige Su obra. Él no es un extraño para Sus siervos aquí en la tierra. Les agradezco el servicio que han prestado; les dejo este testimonio y esta bendición en el nombre de Jesucristo. Amén.

ENSEÑEN LAS ESCRITURAS

ÉLDER BOYD K. PACKER DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

Extracto de un discurso dirigido a los maestros de educación religiosa el 14 de octubre de 1977, págs. 4–7

En la historia de la Iglesia no existe un mejor ejemplo de la profética preparación para este pueblo, que los inicios del programa de Seminarios e Institutos. Esos programas comenzaron en un momento en el que se les consideraba como una actividad positiva, no como una necesidad crítica. Se les concedió un período de tiempo para florecer y crecer hasta convertirse en una línea



de defensa para la Iglesia. El programa de Seminarios e Institutos se ha convertido en un regalo del cielo para la salvación del Israel moderno, en un tiempo extremadamente difícil. Ahora nos encontramos asediados por todos los frentes. Nuestros jóvenes se encuentran en grave peligro; estamos en los últimos días, predichos por los profetas de la antigüedad.

Voy a leer una profecía clara, descriptiva y precisa que es muy antigua, pero que al mismo tiempo es tan oportuna que puede corroborarse en las noticias que llenan las noticias de nuestra época.

También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos.

Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres [ése imaginan una profecía sobre esto?], ingratos, impíos,

sin afecto natural [vemos las oleadas de perversión sexual que se baten contra nosotros, por no mencionar la terrible plaga del abuso infantil que se convierte en algo común, incluso entre nuestra gente], implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno,

traidores, impetuosos, infatuados, amantes de los deleites más que de Dios,

que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita.

[Al pensar en lo que sucede actualmente en la sociedad, el siguiente versículo adquiere un tremendo significado.]

Porque de éstos son los que se meten en las casas y llevan cautivas a las mujercillas cargadas de pecados, arrastradas por diversas concupiscencias.

Estas siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad (2 Timoteo 3:1-7).

Esa descripción profética de nuestra época es muy exacta. Las circunstancias de iniquidad que detalla, rodean a *cada uno* de los alumnos que ustedes enseñan.

Un día, mientras estudiaba, leí hasta este punto y me quedé allí sentado meditando sobre todas las circunstancias que evidencian lo acertado de cada aspecto de esa profecía. Mi estado de ánimo era sombrío y lleno de malos presentimientos, tenía un sentimiento siniestro de frustración, casi de impotencia. Eché un vistazo a la parte inferior de la página y una palabra captó mi atención, creo que no fue por casualidad. Leí ávidamente y descubrí que el apóstol que había profetizado todos aquellos males había incluido en el mismo escrito la vacuna contra todos ellos. Saltando algunos versículos, continuaré leyendo en el mismo capítulo.

Mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados.

Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido;

y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús.

Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia,

a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:13-17).

Ahí lo tienen; su comisión, su estatuto, su objetivo en la enseñanza de educación religiosa. Deben enseñar las Escrituras. Esa es la palabra que atrajo mi atención: *Escrituras*. Si los alumnos conocen las revelaciones, no habrá pregunta (personal, social, política o profesional)

que quede sin respuesta. En ellas se encuentra la plenitud del Evangelio restaurado. En ellas encontramos los principios verdaderos que resolverán cualquier confusión, problema o dilema que la familia humana o cualquiera de sus integrantes tengan que afrontar.

Vivimos en una época de grandes acontecimientos relacionados con las Escrituras. Hace poco tiempo se han añadido dos revelaciones a los Libros Canónicos...

La primera revelación [D. y C., sección 137], dada al profeta José Smith en el templo de Kirtland, Ohio, el 21 de enero de 1836, es una visión del reino celestial, en la que se dio a conocer la doctrina de la salvación de los muertos.

La segunda, [D. y C. 138] fue una visión dada al profeta Joseph F. Smith el 3 de octubre de 1918. En ella, el presidente Smith vio cómo se llevó el Evangelio a los que habían muerto sin recibirlo en la tierra. Ambas revelaciones versan sobre el mismo tema, lo cual es muy significativo.

Me sorprendió, y pienso que también fue motivo de sorpresa para las Autoridades Generales de la Iglesia, el modo despreocupado con que los miembros de la Iglesia recibieron el anuncio de la anexión de estas dos revelaciones a los Libros Canónicos. Pero viviremos para comprobar la relevancia de este hecho; se lo contaremos a nuestros nietos y bisnietos, y lo registraremos en nuestro diario; estábamos en la tierra y recordamos cuándo sucedió.

Durante cuatro años, se ha venido desarrollando un trabajo intenso, que aún está en curso, para diseñar medios que faciliten el estudio de las Escrituras de los miembros de la Iglesia. La primera parte de este inmenso proyecto se centra en la concordancia de la versión inglesa de la Biblia del rey Santiago [en inglés] con el resto de los Libros Canónicos. Esta tarea, ahora en un estado muy avanzado, es tan inmensa que no podría haberse abordado sin la ayuda de las computadoras. Además de la concordancia, se anexarán ayudas útiles para aclarar el significado en el idioma hebreo de ciertas palabras, de dónde proceden, y donde sea apropiado, algunos textos explicativos basados en la Traducción de José Smith. Todo este material se organizará en formato de notas al pie de página de la Biblia.

Uno de los principales logros de ese proyecto será la inclusión en la Biblia [en inglés] de lo que conocemos como la Guía temática. En diversos versículos bíblicos existen referencias significativas de los Libros Canónicos, que resultan demasiado extensas para enumerarlas en las notas al pie de página. En consecuencia, se decidió acumular estas referencias en la Guía temática, organizadas alfabéticamente y por temas en diversos encabezados para facilitar su consulta. Por ejemplo, en el encabezado *familia* de la Guía temática [en inglés], existen ocho apartados principales: familia; familia, hijos, deberes de; familia, hijos, responsabilidades hacia; familia, eterna; familia,

noches de hogar con; familia, amor en; familia, gestión de las finanzas; familia, patriarcal. Solamente una de dichas categorías contiene más de ochenta referencias extraídas íntegramente de los Libros Canónicos. Ahora pueden ver por qué no es posible incorporar todas en las notas al pie de página...

En la edición de la Biblia [en inglés], actualmente en preparación, se incluirá también el Diccionario Bíblico, que refleja la teología de los Santos de los Últimos Días. Diversos elementos existentes en diccionarios podrán proporcionar aclaraciones suplementarias a causa del conocimiento mayor que aportan las revelaciones de los Santos de los Últimos Días; de modo que nuestro propio Diccionario Bíblico está en preparación y es excelente...

Pues bien, estos cuatro años de trabajo intenso e inmensurable son sólo el comienzo. Un día todos los Libros Canónicos estarán organizados y preparados para constituir un extraordinario testimonio de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, el Unigénito del Padre. Las doctrinas de salvación deben estar al alcance de toda la humanidad, no sólo en sus manos, sino también en sus mentes y en sus corazones. Ustedes y yo, todos nosotros, debemos formar parte de este esfuerzo. En ninguna época, desde la fundación del mundo, se ha intentado algo así, y ahora la obra se encuentra en un estado muy avanzado.

Desde sus humildes comienzos hace quince años, el plan de estudios de la Iglesia se ha reconstituido por completo, se ha coordinado y asegurado permanentemente basándose en las Escrituras...

Antes dije que no existe problema significativo contra el que no estemos inmunizados si conocemos las revelaciones. Me viene a la mente un ejemplo que quisiera mencionar.

En las elecciones presidenciales de hace más o menos un año, los dos candidatos principales deseaban estar lo suficientemente a favor del aborto para obtener la mitad de los votos, así como estar lo suficientemente en contra para conseguir la otra mitad. En aquel entonces, como ahora, se trataba de una cuestión política importante. ¿Qué postura hemos adoptado en la Iglesia? ¿Cómo sabemos qué hacer? ¿Dónde obtenemos información para ayudarnos a decidir? Pues bien, si conocemos las revelaciones, hemos leído lo siguiente: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hurtarás; no cometerás adulterio; no matarás, *ni harás ninguna cosa semejante*” (D. y C. 59:6; cursiva agregada).

No matarás “*ni harás ninguna cosa semejante*”. Cualquier Santo de los Últimos Días que conozca las revelaciones no tiene necesidad de verse influido en este sentido o en otro por cualquier cuestión que se suscite en el mundo.

¿Ven, hermanos y hermanas, la inmensa y monumental obra que se está llevando a cabo en esta Iglesia y en el reino de Dios? ¿Ven ustedes esa poderosa fuerza protectora que prepara a este pueblo? ¿Perciben la gloria? Ustedes y yo, todos y cada uno de nosotros, formamos parte de ello. Su tarea en esta gran viña consiste en cultivar las ramas tiernas. Protéjanlas, guíenlas bien, nútranlas. Caven alrededor de ellas y pódenlas según sea necesario y no darán fruto silvestre.

Si leen la alegoría del olivo cultivado y el olivo silvestre en el libro de Jacob y la aplican a lo que acabo de decir, quizá comprendan por primera vez algunos fragmentos de este pasaje. En los comienzos de esta dispensación, el Señor nos trajo aquí a las partes más lejanas de la viña. A medida que el árbol maduraba, se extrajeron injertos y se formaron estacas con ellos y se hundieron profundamente en la tierra de cada nación a la que pudieran ir los siervos del Señor, y han florecido y han dado mucho fruto. ¿Captamos la visión de esto? ¿Ven la misión que desempeñan ustedes? ¿No tienen un sentimiento de calidez y regocijo al saber que ustedes forman parte de algo así?

Estas palabras son de la Presidencia de la Iglesia en 1907: “Nuestras motivaciones no son egoístas; nuestros objetivos no son superficiales ni terrenales; contemplamos la raza humana —del pasado, del presente y de lo porvenir— como seres inmortales, por cuya salvación tenemos la misión de trabajar; y, a esta obra, amplia como la eternidad y profunda como el amor de Dios, nos consagramos, ahora y para siempre” (Joseph F. Smith, John R. Winder y Anthon H. Lund, *Improvement Era*, mayo de 1907, pág. 495).

Desearía tener el poder de transmitir de alguna manera, una parte de la visión que, de un modo discreto, se viene desarrollando en la Iglesia. Hemos visto la gran atención prestada a las revelaciones; una importante reestructuración. Se ha culminado la colocación de los cimientos y la estructura; ahora estamos preparados. Mientras vemos esa marea desplazándose a nuestro alrededor, podríamos decir lo que dijo el presidente Brigham Young cuando se le informó que se acercaba el ejército de Johnson: “No importa, que vengan”. En él había una silenciosa actitud de desafío espiritual, porque sabía en Quién había confiado, y del mismo modo que ellos no estaban dormidos, nosotros tampoco ahora lo estamos.

DEBEMOS ELEVAR NUESTRAS MIRAS

ÉLDER HENRY B. EYRING DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

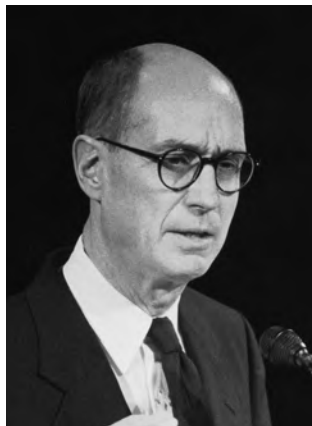
Discurso dirigido a los maestros de educación religiosa en una conferencia sobre el Libro de Mormón en la Universidad Brigham Young el 14 de agosto de 2001

Estoy agradecido por la música, interpretada de forma bellísima y elegida perfectamente para el mensaje y el propósito que se me han dado esta noche. Estoy agradecido al hermano Stanley Peterson por la introducción. Una de las cosas más placenteras de que se me permita ser el Comisionado de la Educación, es poder relacionarme con ustedes y con gente como ustedes y el hermano Peterson, y tener la oportunidad de sentir el aprecio que el Salvador tiene por ustedes y por él. Quiero que sepan que he tenido una evidencia inequívoca de que el Señor conoce al hermano Peterson, de que ha velado por él y de que está agradecido y complacido con él. Creo que fue inspirado al hacer que los voluntarios y los misioneros se pusieran de pie para que yo, por un segundo, pudiera sentir no *mi* gratitud, sino la gratitud del Maestro.

Me emocionó también que la primera oración fuera solicitada a alguien que ha prestado tantos años de servicio, porque mientras él oraba, tuve la sensación de que algunos de ustedes que trabajan tiempo completo, sienten que han trabajado en el anonimato; pero no es así, su trabajo es conocido.

Estoy agradecido por estar con ustedes y por la oportunidad de enseñar el Evangelio a los jóvenes de la Iglesia. Ellos tienen el futuro en sus manos. La Iglesia ha estado siempre a una generación de la extinción. Si se perdiera una generación completa, lo que no sucederá, perderíamos la Iglesia. Pero la pérdida de una sola persona cierra la puerta a generaciones de descendientes, a menos que el Señor los alcance y los traiga de vuelta. La confianza que pone el Señor en nosotros como maestros es grande, y también es grande nuestra oportunidad.

El mundo en el que nuestros alumnos eligen la vida espiritual y la muerte espiritual cambia rápidamente. Cuando sus hermanos mayores van de visita a las mismas escuelas y universidades a las que asistieron, encuentran un clima moral radicalmente diferente. El lenguaje en los pasillos es más ordinario. La tolerancia por lo inicuo no sólo ha aumentado, sino que mucho de lo que llamábamos equivocado ya no se condena y hasta a veces nuestros alumnos lo admiran. Los padres y los administradores han cedido a las presiones de un mundo cambiante y se



baten en retirada ante normas morales que una vez se aceptaban completamente.

La fortaleza espiritual necesaria para que la juventud se mantuviera firme hace pocos años, ya no es suficiente. Muchos de ellos son admirables por su madurez espiritual y por su fe, pero incluso los mejores de ellos son sumamente probados. Y las pruebas se tornarán más severas.

Ahora bien, la juventud es responsable de sus propias decisiones. Hay muchos para ayudarla: los fieles padres, los líderes del sacerdocio y los líderes de la juventud apoyan la fe de los alumnos a los que enseñamos. Pero nuestra oportunidad es especial. Se les ha requerido a los alumnos de las universidades de nuestra Iglesia que tomen cursos de religión. Los profetas de Dios repetidamente han promocionado las clases de Seminarios e Institutos y exhortado a la juventud a ser nuestros alumnos. Se nos ha dado la oportunidad regular, a menudo diaria, de reunirnos con ellos y usar la palabra de Dios como texto; somos sus guías de confianza.

Ustedes y los que han ido antes que ustedes han hecho una obra maravillosa. El mundo ha cambiado, pero también nuestros cursos de estudio. Los alumnos de Seminarios y de Institutos, y de nuestras clases de religión en los campus universitarios, leen las Escrituras y las entienden. Si ustedes no han estado enseñando con nosotros desde hace 25 años, no pueden captar la gran medida de esos cambios. Donde una vez se usaron materiales costosos con la idea de atraer el interés de la gente joven, e incluso entretenerla, las palabras de las Escrituras son ahora las que los atraen. En sus clases sus alumnos conocen las Escrituras más allá de lo que lo hicieron sus hermanos mayores o sus padres. Ustedes han hecho que las Escrituras vivan.

Pero necesitan más. Muchos graduados de seminario no califican para el campo misional. Muchos de nuestros fieles alumnos nunca reciben las bendiciones de las ordenanzas del templo, y la proporción de esas tragedias entre ellos aumentará si no cambiamos.

Debemos empezar por nuestro objetivo, nuestra visión de lo que buscamos en la vida de los alumnos. Siempre hemos tratado de matricularlos y mantenerlos en nuestras clases. Nos hemos enfocado con persistencia hacia la graduación de ellos. Siempre hemos tenido la meta de que calificaran para el campo misional y el matrimonio en el templo, y de que luego permanecieran fieles. Esas son metas notables y difíciles, pero debemos elevar nuestra visión.

Muchos de nuestros alumnos desean las bendiciones de una misión y del templo; sin embargo, no perseveran para reclamarlas. Para muchos de nuestros alumnos el próximo año está muy lejos y los años futuros parecen una eternidad. Para ellos la misión y el templo están

distantes, en un futuro cuando el gozo de la juventud ya se ha ido. Esas metas están a una distancia tal que muchos, demasiados, se dicen a sí mismos: “Sé que algún día tendré que arrepentirme y sé que la misión y el matrimonio en el templo requerirán cambios, pero me puedo ocupar de eso cuando llegue el momento. Tengo un testimonio, conozco las Escrituras, sé lo que se necesita para arrepentirse. Hablaré con el obispo cuando sea la hora y luego haré los cambios. Soy joven sólo una vez; por el momento seguiré la corriente”.

Ahora bien, la corriente se ha convertido en inundación y pronto será un torrente. Será un torrente de sonidos, miras y sensaciones que inviten a la tentación y ofendan al Espíritu de Dios. Nunca fue fácil nadar río arriba hacia la pureza contra las olas del mundo. Se está poniendo complicado y pronto puede ser terroríficamente difícil.

Debemos elevar nuestra visión. Debemos mantener las metas que siempre tuvimos: la matriculación, la asistencia regular, la graduación, el conocimiento de las Escrituras, la experiencia de sentir que el Espíritu Santo confirma la verdad. Y debemos enfocarnos hacia el campo misional y el templo. Pero los alumnos necesitan más durante el tiempo que son nuestros alumnos. Es entonces cuando están tomando las decisiones diarias que bendecirán o destruirán su vida, y es entonces cuando las presiones de la tentación y de la confusión espiritual aumentan.

EL EVANGELIO PURO TRANSFORMA VIDAS Y CORAZONES

El Evangelio puro de Jesucristo debe llegar al corazón de los alumnos por el poder del Espíritu Santo. No será suficiente para ellos haber recibido el testimonio espiritual de la verdad y desear hacer cosas buenas posteriormente. No será suficiente que tengan la esperanza de una pureza y fortaleza futuras. Nuestra meta debe ser que se conviertan verdaderamente al Evangelio restaurado de Jesucristo cuando estén con nosotros.

Entonces habrán logrado una fortaleza por lo que son, y no por lo que saben. Llegarán a ser discípulos de Cristo, serán Sus hijos espirituales que le recordarán siempre con gratitud y con fe. Tendrán el Espíritu Santo como compañero constante. Se abrirán sus corazones, interesados por el bienestar temporal y espiritual de los demás. Caminarán con humildad. Se sentirán limpios y mirarán al mal con aborrecimiento.

El Libro de Mormón describe tal cambio y testifica que es posible. El relato se encuentra en todas partes del mencionado libro. Una evidencia es la experiencia del pueblo del rey Benjamín, el señor de maestros:

“Y ahora bien, aconteció que cuando el rey Benjamín hubo hablado así a su pueblo, mandó indagar entre ellos, deseando saber si creían las palabras que les había hablado.

“Y todos clamaron a una voz, diciendo: Sí, creemos todas las palabras que nos has hablado; y además, sabemos de su certeza y verdad por el Espíritu del Señor Omnipotente, el cual ha efectuado un potente cambio en nosotros, o sea, en nuestros corazones, por lo que ya no tenemos más disposición a obrar mal, sino a hacer lo bueno continuamente.

“Y también nosotros mismos, por medio de la infinita bondad de Dios y las manifestaciones de su Espíritu, tenemos grandes visiones de aquello que está por venir; y si fuere necesario, podríamos profetizar de todas las cosas.

“Y es la fe que hemos tenido en las cosas que nuestro rey nos ha hablado lo que nos ha llevado a este gran conocimiento, por lo que nos regocijamos con un gozo tan sumamente grande.

“Y estamos dispuestos a concertar un convenio con nuestro Dios de hacer su voluntad y ser obedientes a sus mandamientos en todas las cosas que él nos mande, todo el resto de nuestros días, para que no traigamos sobre nosotros un tormento sin fin, como lo ha declarado el ángel, para que no bebamos del cáliz de la ira de Dios.

“Ahora bien, estas palabras eran las que de ellos deseaba el rey Benjamín; y por lo tanto, les dijo: Habéis declarado las palabras que yo deseaba; y el convenio que habéis hecho es un convenio justo.

“Ahora pues, a causa del convenio que habéis hecho, seréis llamados progenie de Cristo, hijos e hijas de él, porque he aquí, hoy él os ha engendrado espiritualmente; pues decís que vuestros corazones han cambiado por medio de la fe en su nombre; por tanto, habéis nacido de él y habéis llegado a ser sus hijos y sus hijas” (Mosíah 5: 1–7).

Este gran cambio se da una y otra vez en el Libro de Mormón; la forma en que sucede y lo que la persona llega a ser, es siempre igual. Las palabras de Dios en doctrina pura llegan a lo más profundo del corazón por el poder del Espíritu Santo. La persona ruega a Dios con fe. El corazón del arrepentido es quebrantado y su espíritu es contrito. Se han hecho convenios sagrados. Y entonces Dios guarda Su convenio de conceder un corazón nuevo y una vida nueva.

ENSEÑEN CON SENCILLEZ EL EVANGELIO EN SU PUREZA

Si el milagro ocurre en un momento, o con los años, como es más común, es la doctrina de Jesucristo la que efectúa el cambio. A veces desestimamos el poder que tiene la doctrina pura de penetrar el corazón de la gente. ¿Por qué tantos respondieron a las palabras de los misioneros cuando la Iglesia era tan nueva, tan pequeña y al parecer tan extraña? ¿Qué predicaron en las calles y en las colinas de Inglaterra Brigham Young y John Taylor y Heber C. Kimball? Enseñaron que Dios había abierto una nueva dispensación, que nos había dado un profeta

de Dios, que el sacerdocio había sido restaurado, que el Libro de Mormón era la palabra de Dios y que teníamos un nuevo y glorioso día. Enseñaron que el Evangelio puro de Jesucristo había sido restaurado.

Esa doctrina pura penetró lo más profundo del corazón entonces, como ahora, porque la gente estaba hambrienta y la doctrina se enseñó en forma simple. La gente en Inglaterra, y nuestros alumnos, fueron vistos hace mucho por un profeta de Dios; su nombre es Amós:

“He aquí vienen días, dice Jehová el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová.

“E irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente discurrirán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán.

“En aquel tiempo las doncellas hermosas y los jóvenes desmayarán de sed” (Amós 8:11–13).

Se sabe que la mayoría de los primeros conversos de Inglaterra estaban hambrientos por recibir la verdadera palabra de Dios. Nuestros alumnos quizás no sepan que están desmayándose de hambre, pero las palabras de Dios satisfarán una sed que ellos no saben que tienen, y el Espíritu Santo las llevará hasta sus corazones. Si hacemos que la doctrina sea simple y clara y enseñamos desde nuestro cambiado corazón, el cambio para ellos llegará, tal y como lo hizo con Enós. Oigan su relato, tan similar al de otros.

“He aquí, aconteció que yo, Enós, sabía que mi padre era un varón justo, pues me instruyó en su idioma y también me crió en disciplina y amonestación del Señor —y bendito sea el nombre de mi Dios por ello—

“y os diré de la lucha que tuve ante Dios, antes de recibir la remisión de mis pecados.

“He aquí, salí a cazar bestias en los bosques; y las palabras que frecuentemente había oído a mi padre hablar, en cuanto a la vida eterna y el gozo de los santos, penetraron mi corazón profundamente.

“Y mi alma tuvo hambre; y me arrodillé ante mi Hacedor, y clamé a él con potente oración y súplica por mi propia alma; y clamé a él todo el día; sí, y cuando anocheció, aún elevaba mi voz en alto hasta que llegó a los cielos” (Enós 1:1–4).

Y el milagro se hizo:

“Y vino a mí una voz, diciendo: Enós, tus pecados te son perdonados, y serás bendecido.

“Y yo, Enós, sabía que Dios no podía mentir; por tanto, mi culpa fue expurgada.

“Y dije yo: Señor, ¿cómo se lleva esto a efecto?

“Y él me dijo: Por tu fe en Cristo, a quien nunca jamás has oído ni visto. Y pasarán muchos años antes que él se manifieste en la carne; por tanto, ve, tu fe te ha salvado” (versículos 5–8).

Y después Enós describe sus primeros efectos:

“Ahora bien, sucedió que cuando hube oído estas palabras, empecé a anhelar el bienestar de mis hermanos los nefitas; por tanto, derramé toda mi alma a Dios por ellos” (versículo 9).

Y termina con una descripción de los efectos perdurables:

“Y sucedió que empecé a envejecer; y ya habían transcurrido ciento setenta y nueve años desde el tiempo en que nuestro padre Lehi salió de Jerusalén.

“Y vi que pronto tendría que descender a mi sepultura, habiendo sido influido por el poder de Dios a predicar y a profetizar a este pueblo y declarar la palabra según la verdad que está en Cristo; y la he declarado todos mis días, y en ello me he regocijado más que en lo del mundo.

“Y pronto iré al lugar de mi reposo, que es con mi Redentor, porque sé que en él reposaré. Y me regocijo en el día en que mi ser mortal se vestirá de inmortalidad, y estaré delante de él; entonces veré su faz con placer, y él me dirá: Ven a mí, tú, que bendito eres; hay un lugar preparado para ti en las mansiones de mi Padre. Amén” (versículos 25–27).

UN PROFUNDO CAMBIO EN NUESTROS ALUMNOS

Lo que buscamos para nuestros alumnos es ese cambio. Debemos ser humildes al llevar a cabo nuestra parte en el proceso. La verdadera conversión depende de que el alumno busque libremente con fe, con gran esfuerzo y algo de dolor. Entonces es el Señor el que concede, en Su momento, el milagro de purificación y cambio. Cada persona comienza en un lugar diferente, con experiencias distintas y por consiguiente es necesario una purificación y un cambio también diferente. El Señor conoce el lugar y por tanto sólo Él puede marcar el camino.

Pero para nuestros alumnos, nosotros podemos cumplir una función trascendente. Enós recordó las palabras de vida eterna que le habían enseñado. Lo mismo sucede con Nefi y con el pueblo del rey Benjamín. Las palabras fueron puestas en la memoria de modo tal que el Espíritu Santo pudo introducirlas profundamente en el corazón. Nuestro cometido como maestros es colocar esas palabras de tal modo que, cuando los alumnos escojan y rueguen, el Espíritu Santo las confirme en su corazón y el milagro comience.

LA DOCTRINA PURA ENSEÑADA CON CLARIDAD

Gran parte del poder del Libro de Mormón es la presentación de la doctrina pura en forma sumamente sencilla. Por ejemplo, como si nos estuviera hablando a nosotros, el

Señor por medio de los profetas nos dijo las palabras que se encuentran en 2 Nefi:

“Y ahora bien, amados hermanos míos, ésta es la senda; y no hay otro camino, ni nombre dado debajo del cielo por el cual el hombre pueda salvarse en el reino de Dios. Y ahora bien, he aquí, ésta es la doctrina de Cristo, y la única y verdadera doctrina del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, que son un Dios, sin fin. Amén” (2 Nefi 31:21).

Y el Señor reitera lo mismo, como si fuéramos a malinterpretarlo:

“Y ésta es mi doctrina, y es la doctrina que el Padre me ha dado; y yo doy testimonio del Padre, y el Padre da testimonio de mí, y el Espíritu Santo da testimonio del Padre y de mí; y yo testifico que el Padre manda a todos los hombres, en todo lugar, que se arrepientan y crean en mí.

“Y cualquiera que crea en mí, y sea bautizado, éste será salvo; y son ellos los que heredarán el reino de Dios.

“Y quien no crea en mí, ni sea bautizado, será condenado.

“De cierto, de cierto os digo que ésta es mi doctrina, y del Padre yo doy testimonio de ella; y quien en mí cree, también cree en el Padre; y el Padre le testificará a él de mí, porque lo visitará con fuego y con el Espíritu Santo” (3 Nefi 11:32–35).

Y siguió y dijo, incluso otra vez:

“De cierto, de cierto os digo que ésta es mi doctrina; y los que edifican sobre esto, edifican sobre mi roca, y las puertas del infierno no prevalecerán en contra de ellos.

“Y quienes declaren más o menos que esto, y lo establezcan como mi doctrina, tales proceden del mal, y no están fundados sobre mi roca; sino que edifican sobre un cimiento de arena, y las puertas del infierno estarán abiertas para recibirlos, cuando vengan las inundaciones y los azoten los vientos.

“Por tanto, id a este pueblo, y declarad las palabras que he hablado, hasta los extremos de la tierra” (versículos 39–41).

Ahora ustedes, magníficos maestros, ya han hecho un gran esfuerzo y sacrificio en su preparación para enseñar la palabra, en su enseñanza y en su preocupación por los alumnos. Más que estudiar, ustedes meditan las palabras de Dios. La declaran con fe y con testimonio. Ayunan y ruegan en oración pidiendo ayuda, tanto para los alumnos como para ustedes. Enseñan la doctrina pura con testimonio y claridad.

UNA VISIÓN MÁS ELEVADA

Pero hay más: podemos aumentar nuestra visión añadiendo una fe más grande aún, para que nuestros alumnos reciban el cambio prometido por el Señor. Los maestros del

Sistema Educativo de la Iglesia tuvieron fe en que los alumnos incorporarían las Escrituras a su vida, y lo hicieron. Entre las grandes contribuciones por las que Stan Peterson puede sentirse satisfecho al mirar hacia atrás, está el hecho de que contribuyó en gran manera a que se efectuase ese milagro.

Ahora ustedes pueden añadir también su fe de que la mayor parte de nuestros alumnos escogerá aquello que lleva a la verdadera conversión. El Señor cumple siempre Sus promesas. Podemos ejercer nuestra fe de que Él cumplirá Su palabra, a favor de nuestros alumnos y de nosotros mismos.

Ustedes ya están preparados. Han sentido el deseo de arrepentirse y de ser purificados al llegarles estas palabras al corazón:

“Y tan cierto como vive el Señor, porque el Señor Dios lo ha dicho, y es su palabra eterna que no puede dejar de ser, aquellos que son justos serán justos todavía, y los que son inmundos serán inmundos todavía; por lo tanto, los inmundos son el diablo y sus ángeles; e irán al fuego eterno, preparado para ellos; y su tormento es como un lago de fuego y azufre, cuya llama asciende para siempre jamás, y no tiene fin.

“¡Oh, la grandeza y la justicia de nuestro Dios! Porque él ejecuta todas sus palabras, y han salido de su boca, y su ley se debe cumplir.

“Mas he aquí, los justos, los santos del Santo de Israel, aquellos que han creído en el Santo de Israel, quienes han soportado las cruces del mundo y menospreciado la vergüenza de ello, éstos heredarán el reino de Dios que fue preparado para ellos desde la fundación del mundo, y su gozo será completo para siempre” (2 Nefi 9:16–18).

Y ustedes también sintieron el corazón henchido de amor tal como lo describen las palabras de Moroni (piensen en sus propias experiencias):

“Y la remisión de los pecados trae la mansedumbre y la humildad de corazón; y por motivo de la mansedumbre y la humildad de corazón viene la visitación del Espíritu Santo, el cual Consolador llena de esperanza y de amor perfecto, amor que perdura por la diligencia en la oración, hasta que venga el fin, cuando todos los santos morarán con Dios” (Moroni 8:26).

Debido al poder de la Expiación, cada uno de ustedes alguna vez ha sentido en su vida alivio cuando una tentación dejó de atraerles, tal como expresan las palabras de Alma:

“Y aconteció que cuando Ammón se levantó, también él les ministró, y lo mismo hicieron todos los siervos de Lamoni; y todos declararon al pueblo la misma cosa: Que había habido un cambio en sus corazones, y que ya no tenían más deseos de hacer lo malo” (Alma 19:33).

Y han sentido que las manchas de su alma se desvanecían como pasó con estos siervos de Dios, como lo describen las palabras de Alma:

“Por tanto, fueron llamados según este santo orden, y fueron santificados, y sus vestidos fueron blanqueados mediante la sangre del Cordero.

“Ahora bien, ellos, después de haber sido santificados por el Espíritu Santo, habiendo sido blanqueados sus vestidos, encontrándose puros y sin mancha ante Dios, no podían ver el pecado sino con repugnancia; y hubo muchos, muchísimos, que fueron purificados y entraron en el reposo del Señor su Dios.

“Y ahora bien, hermanos míos, quisiera que os humilla-seis ante Dios y dieseis frutos dignos de arrepentimiento, para que también podáis entrar en ese reposo” (Alma 13:11–13).

Y también habrán sentido esto: que miraban hacia arriba y se deleitaban en las palabras del Maestro y en Su amor, tal como lo prometieron las palabras de Jacob, y tal vez algunos de ustedes lo hayan experimentado en este mismo momento:

“¡Oh todos vosotros que sois de corazón puro, levantad vuestra cabeza y recibid la placentera palabra de Dios, y deleitaos en su amor!; pues podéis hacerlo para siempre, si vuestras mentes son firmes” (Jacob 3:2).

Ahora saben lo que yo sé. Como testigo de Jesucristo, les testifico que las promesas son verdaderas. Nuestro Padre Celestial vive; Jesús es el Cristo. Por medio de la fe en Él y al guardar Sus mandamientos, podemos al igual que nuestros alumnos, obtener la vida eterna. Sé que la palabra de Dios puede llevarse al corazón de hombres y mujeres por el poder del Espíritu Santo, y sé que la bendición que el Señor nos ha dado tan libremente desde el comienzo del mundo, de un corazón nuevo, sin mancha y lleno de Su amor puro, todavía se ofrece en Su Iglesia verdadera. Les testifico que Él les ha llamado a enseñar y que Él invita a todo el que lo desea a convertirse en Su verdadero discípulo, y en Sus hijos e hijas.

UNA BENDICIÓN FINAL

Ahora al concluir, tengo que compartir el deseo de mi corazón. He orado para tener la oportunidad de dejarles una bendición. Ustedes saben que *todas las bendiciones son condicionales*. Sé lo que quiero que tengan. Sé lo que deseo para sus alumnos y sus familias; pero no es suficiente que yo lo desee; lo que tenía que saber por mí mismo es: ¿qué está Dios dispuesto a darles? ¿Están ustedes preparados para hacer lo necesario para recibir ese don? ¿Están sus alumnos listos? He orado para saber eso y se me ha confirmado la bendición que les daré. Sé que tanto ustedes como sus alumnos están preparados para recibir esa bendición.

La razón por la que tomo un instante para explicar esto es que debo explicarles la forma de ejercitar una fe inamovible. La fe no es sólo esperar, no es simplemente saber que Dios puede hacer algo; fe es saber que Él lo hará. Les testifico que Nuestro Padre Celestial y Jesucristo están preparados para bendecir a nuestros alumnos; y ahora dejo una bendición con ustedes y ésta es mi bendición:

Les bendigo para que al ejercitar una fe inquebrantable en el Señor Jesucristo y en Su Expiación, puedan ver un cambio poderoso multiplicado en la vida de sus alumnos. Al buscar el poder para dar esta bendición, se me dijo que muchos de ustedes ya han visto con frecuencia un cambio en sus alumnos más allá de lo que es razonable esperar y, por eso, saben que es el poder de la Expiación que está obrando en la vida de ellos. Les bendigo para que vean eso engrandecido tanto en la magnitud del cambio como en los números alcanzados.

Bendigo de la misma manera a sus familias.

Al dejar esta bendición, también les advierto: enseñen la doctrina sencillamente. No tienen que dar discursos sobre la verdadera conversión. Les he dado un ejemplo; podría haber intentado describir en mis propias palabras o con relatos lo que significa tener un cambio poderoso, como he hecho otras veces, pero no lo hice. Traté de darles las palabras que el Señor nos ha dado, con fe para que el Espíritu Santo las lleve a su corazón y por ello se produzca el deseo de ejercitar la fe.

Mi esperanza es ésta: que no hablen mucho a sus alumnos sobre un cambio poderoso, ni de la bendición del hermano Eyring. Sería mejor que les enseñaran con una fe inamovible la doctrina sencilla que se enseña tan bien en el Libro de Mormón. Después, solos, al arrodillarse en oración, con gran fe, expresen la confianza y el amor que tienen por ellos.

Se me ha confirmado que muchos responderán a la doctrina pura cuando ésta se enseñe con humildad y testimonio, por aquellos que sientan los efectos de la Expiación en su propia vida.

No tienen que hablar de eso a los alumnos por el hecho de que ustedes hayan experimentado el efecto de la Expiación en su vida. Ellos lo sentirán por la forma en que les enseñen; ellos lo sabrán.

Podría haberles contado de mis propias luchas, de mis propias experiencias; pero sentía que una mano me refrescaba y decía: “No lo hagas. Hazlo sencillo. Enseña la doctrina de Jesucristo, sencilla y claramente, usando el Libro de Mormón”.

Den testimonio sin usar ejemplos de su vida, sino tengan fe en que cada uno de ellos está siendo preparado y cada uno verá en su propia vida la aplicación de las Escrituras que les leerán.

Se me ha dado esa confirmación de que el Espíritu Santo les enseñará y les dará testimonio, no sólo de la verdad, sino de lo que deban hacer. A cada uno se le dará un rumbo diferente. A cada uno se le bendecirá de manera diferente. El Señor tal vez no les revele dónde están o lo que deben hacer, pero Él se lo dirá a ellos; se lo aseguro.

Les amo; el Salvador les ama. Hay gran seguridad cuando la juventud acepta el Evangelio en su vida; y la habrá en los tiempos de gran dificultad que se avecinan. La habrán experimentado debido al poderoso cambio en sus corazones. Escogerán la rectitud y hallarán que no tendrán más

deseos de hacer lo malo. Eso llegará, no en un instante, pero llegará con el tiempo. Les prometo que el año que viene presenciarán milagros de fortalecimiento entre sus alumnos. Y ellos se fortalecerán mutuamente. Y habrá una fortificación creada por el Evangelio de Jesucristo mediante su fe y sus grandes esfuerzos.

Otra vez les digo, en el nombre de Jesucristo, que Él les ama, les conoce y que en este servicio sentirán Su amor. Lo testifico, como siervo Suyo, en el nombre de Jesucristo. Amén.

POR LO TANTO, ¿QUÉ TIENE QUE HACERSE?

ÉLDER JEFFREY R. HOLLAND DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

Extracto de un discurso dirigido a los maestros de educación religiosa en un Simposio sobre el Nuevo Testamento, Universidad Brigham Young, el 8 de agosto de 2000, 3–5, 7–9



ENSEÑAR, PREDICAR, SANAR

Permítanme darles un ejemplo, un ejemplo que he elegido porque también me permite decir algo sobre los resultados deseados en el aula. (Intentaré sacar esta tarde el máximo provecho posible de las enseñanzas de las Escrituras.)

Con rapidez y facilidad nos viene a la mente la imagen de Cristo como maestro; yo siempre he pensado y pensaré en Él de esa manera; es el maestro más grandioso que haya vivido o que vivirá jamás. El Nuevo Testamento está repleto de Sus enseñanzas, Sus dichos, Sus sermones, Sus parábolas. De un modo u otro, Él desempeña el papel de maestro en todas y cada una de las páginas de ese libro. No obstante, cuando enseñaba, hacía conscientemente algo más que enseñar: ponía las enseñanzas en perspectiva.

Tras el relato de Su natividad y Su niñez, aspecto del que sabemos relativamente poco, se nos cuenta del bautismo de Cristo realizado por Juan. Después, es llevado al desierto “para estar con Dios”, no con el diablo. “Para estar con Dios” según la Traducción de José Smith de la Biblia (TJS, Mateo 4:1).

Hago una pausa en este punto y les pido a ustedes y a sus alumnos que presten atención a estas extraordinarias notas al pie de página y que estudien las ayudas existentes en nuestras ediciones SUD de los Libros Canónicos.

Nuestros productos SUD, las Escrituras (en este caso, el Nuevo Testamento en la versión SUD de la Biblia del rey Santiago [en inglés]) hace de estas publicaciones SUD las mejores “Escrituras de enseñanza” jamás producidas en la historia del mundo. Disfruten de estas ayudas de estudio y notas al pie de página como la que acabo de citar. Y ahora, volvamos al relato.

Tras las tentaciones que presentó el adversario y el triunfo del Salvador sobre ellas, Cristo realiza la llamada inicial a aquellos primeros discípulos (que aún no son apóstoles), y comienza la obra.

Esto es lo que dice Mateo:

“Y recorrió Jesús toda Galilea, *enseñando* en las sinagogas de ellos, y *predicando* el evangelio del reino, y *sanando* toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mateo 4:23; cursiva agregada).

Y bien, la enseñanza y la predicación son algo que conocemos y podríamos esperar. Además, sabemos que hubo milagros de toda clase y curaciones de numerosos afligidos, pero recuerdo la primera vez que me di cuenta de que, desde el comienzo, desde la primera hora, las curaciones se mencionan como si se trataran de un sinónimo de la enseñanza y la predicación. De hecho, el pasaje que cito continúa diciendo más sobre la curación que sobre la enseñanza.

Mateo continúa:

“Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y paralíticos; y los sanó” (versículo 24).

Lo que sigue a continuación es el grandioso Sermón del Monte, seis páginas y media que, supongo, llevaría seis años y medio enseñar como es debido. Pero en cuanto finaliza el sermón, el Señor baja de la montaña y comienza de nuevo la curación. En rápida sucesión, cura a un leproso, al siervo del centurión, a la suegra de Pedro

y a continuación a un grupo que se le describe como “muchos endemoniados” (Mateo 8:16). En pocas palabras, la Escritura dice que el Señor “sanó a todos los enfermos” (versículo 16).

Obligado a cruzar el Mar de Galilea a causa de las multitudes que le rodeaban, expulsó demonios de dos hombres que habitaban los sepulcros de los gadarenos y volvió en la barca a “su ciudad” (Mateo 9:1), donde curó a un hombre parálítico confinado a una cama, a una mujer que había sufrido de flujo de sangre durante doce años (en lo que considero ser uno de los episodios más hermosos y conmovedores del Nuevo Testamento), y a continuación levantó de los muertos a la hija del hombre principal, después, por cierto, de hacer salir de la habitación a los espectadores (desearía disponer de tiempo para comentar el significado que *esta* lección del Nuevo Testamento ha llegado a adquirir para mí, en mi ministerio actual, pero quizás deba tratarlo en otra ocasión).

Después, les devolvió la vista a dos ciegos, a lo que siguió la expulsión de un demonio que había privado a un hombre de la capacidad del habla. Se trata de un breve resumen de los cinco primeros capítulos del Nuevo Testamento centrados en el ministerio de Cristo. Entonces, leamos el siguiente versículo; escuchen y vean si les suena familiar:

“Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, *enseñando* en las sinagogas de ellos, y *predicando* el evangelio del reino, y *sanando* toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mateo 9:35; cursiva agregada).

Con la excepción de algunas palabras, este versículo es exactamente el que leímos cinco capítulos atrás; y Él necesita ayuda.

“Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor.

“Entonces dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos.

“Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies” (versículos 36–38).

Así, el Señor llama a los Doce y les comisiona con este mandato. “Id,” dice, “a las ovejas perdidas de la casa de Israel.

“Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado.

“*Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia*” (Mateo 10:6–8; cursiva agregada).

Ahora bien, después de detenernos demasiado para hacer hincapié en este punto, permítanme terminar de explicarlo. Pensamos en el Salvador, sabemos que el Salvador es el Gran Maestro; Él es el Gran Maestro y mucho más.

Cuando el Señor dice que la mayor parte de la mies está ahí delante de nosotros y que hay muy pocos obreros, inmediatamente pensamos en los misioneros y en otros, como ustedes, que han de enseñar. Pero la llamada está dirigida a un tipo concreto de maestro, un maestro que en el proceso, también sana.

Permítanme ser totalmente claro; esto les ahorrará el sello en una carta dirigida al presidente Hinckley o una llamada de teléfono. Cuando me refiero como lo he estado haciendo hasta ahora al término “sanar”, tal y como se aplica al papel que ustedes desempeñan en las aulas, *no* hago referencia al uso formal del sacerdocio, ni a las bendiciones a los enfermos, ni a nada por el estilo. Resulta obvio que esa *no* es su tarea como maestros y administradores del SEI. ¿Está claro? Ciertamente, una de las pocas maneras, y han sido solamente unas pocas, en las que he visto al personal del SEI meterse en problemas a lo largo de los años, ha sido al no entender la diferencia entre su misión de maestros y el papel de un poseedor del sacerdocio con un llamamiento eclesiástico. Ahora bien, si ustedes prometen no confundirse con esto, seguimos adelante.

Creo que Cristo desea que nuestras enseñanzas conduzcan a una curación de tipo espiritual. Me cuesta creer que los diez capítulos a los que acabamos de hacer referencia, de los escasos veintiocho escritos por Mateo, estuvieran tan centrados en el ministerio del Salvador a las personas afligidas, atribuladas, angustiadas tan sólo por mera casualidad. Como en el caso del Maestro, ¿no sería extraordinario medir el éxito de su enseñanza en función de la sanidad que produce en la vida de sus alumnos?

Permítanme hablar de un modo más concreto; en lugar de dar una mera lección, intenten devolverle la vista a esa estrella del baloncesto que está ciega espiritualmente, o restaurar el oído a esa reina de la graduación aquejada de sordera espiritual, o hacer que vuelva a andar de verdad ese representante estudiantil que cojeaba en privado. Esfuércense un poco más por fortalecer a alguien, de tal manera que cualquier tentación que los demonios o el infierno lancen contra él o ella, puedan soportarlas y así quedar libres del mal en esos momentos. ¿Pueden esforzarse un poco más por enseñar con tanto poder y espiritualidad que sean capaces de alzar a ese alumno, a ese muchacho o muchacha que vaga en soledad de una escuela a otra, que se siente apartado del resto en la cafetería, que nunca ha tenido una cita con nadie, que es el blanco de todas las bromas, que llora en lo más oscuro de la noche? ¿Pueden desatar el poder presente en las Escrituras y en el Evangelio para “limpiar” así a ese leproso, al joven aquejado de una lepra que no es el resultado de sus acciones, al leproso creado por las personas a nuestra diestra y siniestra y en ocasiones, por nosotros mismos?

“POR LO TANTO, ¿QUÉ TIENE QUE HACERSE?”

Quizás una lección extraída de las actividades actuales del Quórum de los Doce me sea útil para expresar lo que deseo sobre este asunto y evitar confusiones de su parte. He sugerido que se lea con el propósito de obtener una perspectiva panorámica, a fin de poder ver las enseñanzas dentro de su contexto. Acabo de utilizar un ejemplo; no el mejor ejemplo, sino sólo un ejemplo. Ahora quisiera convertirlo en un resultado, en una evaluación del maestro.

El presidente Boyd K. Packer, gran maestro y administrador del Sistema Educativo de la Iglesia con una extensa experiencia, plantea a menudo una pregunta cuando acabamos de hacer una presentación o una exhortación a los Doce. Alza la mirada, como diciendo: “¿Ya terminaste?”, y entonces dice al que acaba de hablar (y de manera implícita al resto del grupo): “Por lo tanto, ¿qué tiene que hacerse?”.

“Por lo tanto, ¿qué tiene que hacerse?”; creo que el Salvador respondía a esas palabras día tras día como elemento inseparable de Sus enseñanzas y predicación. He intentado sugerir precisamente eso. Estos sermones y exhortaciones eran en vano si no cambiaba la vida de Sus discípulos.

“Por lo tanto, ¿qué tiene que hacerse?” Ustedes y yo sabemos que todavía tenemos jóvenes, y demasiadas personas adultas también, que no han establecido una conexión entre lo que dicen creer y su forma real de vivir. Algunos, ciertamente no todos ni la mayoría de ellos, sino más bien algunos de ellos, parecen provenir de buenos hogares, en los que los muchachos avanzan en el sacerdocio, y en los que tanto los chicos como las chicas progresan en los diversos programas de la Iglesia, en algunos casos (y quiero ser muy cuidadoso en este punto) consiguiendo llegar al templo para servir como misioneros y contraer matrimonio y aceptar esos convenios sagrados, sólo para descubrir después que prácticamente nada de lo que se les enseñó anteriormente —o al menos, no lo suficiente de esas enseñanzas— se ha convertido en un arrepentimiento sincero y en vivir el Evangelio.

De nuevo quisiera recalcar que hablo de excepciones, pero hay días en los que pareciera haber más excepciones de las que ustedes, yo y nuestro Padre Celestial deseáramos. De modo que vuelvo a hacer el llamado del Maestro de tener más obreros en la viña, no sólo declarando el Evangelio del reino, sino enseñando también de tal forma que éste sane toda clase de enfermedades.

Oren para que el fruto de su enseñanza sea el cambio. Oren para que, como dice la letra de una canción ahora olvidada, sus lecciones hagan que sus alumnos “se enderecen y vuelen rectos” (Nat King Cole, “Straighten Up and Fly Right”, 1943). Queremos a nuestros jóvenes erguidos

y derechos. Los queremos felices, felices en esta vida y salvos en la otra...

ENSEÑAR POR EL ESPÍRITU

Les ruego que enseñen por el Espíritu. Si no enseñan de esa manera, entonces, según la las Escrituras, estamos enseñando de “alguna otra manera” (D. y C. 50:17). Y de alguna otra manera, “no es de Dios” (versículo 20). Proporcionen a sus alumnos experiencias espirituales siempre que puedan. Eso es precisamente lo que el Nuevo Testamento intenta hacer por ustedes. Ése el mensaje de los Evangelios, es el mensaje del libro de los Hechos, es el mensaje de todas las Escrituras. Estas experiencias espirituales de los registros sagrados mantendrán a sus alumnos fieles y activos en la Iglesia en nuestros días, así como sucedió con aquellos primeros miembros en los tiempos del Nuevo Testamento, y como ocurre en cualquier otra dispensación.

“Y se os dará el Espíritu por la oración de fe; y si no recibís el Espíritu, no enseñaréis” (D. y C. 42:14). Este pasaje no significa solamente que no enseñaremos, que no podremos enseñar, o que será una enseñanza de poca calidad. No; es más firme que eso. Es la forma imperativa del verbo: “No enseñaréis”. Está escrito en el estilo del Monte Sinaí; es un mandamiento. Estos alumnos son de Dios, no de ustedes; al igual que la Iglesia es la Iglesia de Dios, y no es ni la de Pedro ni la de Pablo, ni la de José Smith ni la de Brigham Young.

Fomenten esta manifestación en el corazón de sus jóvenes, la cual les permite saber que a través de nuestros líderes y las bendiciones de la vida en la Iglesia se encuentran el poder, la seguridad y la salvación. Hagan que miren al cielo para encontrar guía como hicieron los once apóstoles el día que Cristo ascendió ante sus ojos desde el Monte de los Olivos; tal como Pedro cuando ofreció la oración en nombre del resto para encontrar al nuevo apóstol para los Doce; al igual que lo experimentaron los primeros santos de esta dispensación cuando vieron a Brigham Young transformarse ante su mirada.

Para concluir, recuerdo casi con pavor (no creo que sea una palabra demasiado fuerte) la responsabilidad de enseñar la Crucifixión, la Expiación y la Resurrección en mis clases, porque sabía que nunca podría estar al nivel de dignidad que el tema requería. Tenía muchos deseos de que los alumnos le dieran la importancia que merece y sabía que si existía un eslabón débil en la experiencia, no sería por parte del alumno ni por supuesto por parte del Señor, sino que el responsable sería yo.

Aunque amo al Salvador incluso más ahora y se me ha llamado a ser testigo de Su nombre en todo el mundo, aún me siento abrumado y poco apto en este tema concreto. Digo eso para animarles. En su papel de maestros

lo sentirán algunos días y a menudo será en los días en los que desean ser el mejor maestro.

Anímense; dejen que el Espíritu actúe en ustedes de maneras que quizá no tengan el privilegio de percibir o de reconocer. Ocurrirán más cosas de las que ustedes piensan si son honrados en sus corazones e intentan vivir con tanta pureza como sea posible. Cuando lleguen a esos momentos supremos y prácticamente imposibles de enseñar en cuanto al Getsemaní, el Calvario y la Ascensión, les pediría que recordaran, entre otras muchas cosas, dos de las muchas aplicaciones que espero utilicen con sus alumnos.

CRISTO PERMANECIÓ FIEL

Recuerden a los alumnos (y hay muchas cosas más que podrían decirse) que en medio de este dolor indescriptiblemente desgarrador e imposible de soportar para la naturaleza humana, *Cristo permaneció fiel*.

Mateo dijo que el Señor comenzó “a entristecerse y a angustiarse en gran manera... [y a sentirse] muy triste, hasta la muerte” (Mateo 26:37–38). Se retiró solo al jardín, dejando intencionalmente que los discípulos esperasen afuera. Tenía que hacerlo solo. Se hincó de rodillas y entonces, en palabras del apóstol, el Señor “se postró sobre su rostro” (versículo 39). Lucas afirma que “estando en agonía oraba más intensamente” hasta que su sudor era “como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lucas 22:44). Marcos dice que cayó a tierra y lloró, “*Abba*, Padre” (Marcos 14:36). *Papá*, diríamos, o *Papí*. No estamos hablando de teología abstracta. Se trata de un muchacho implorando a su papá. “*Abba* [papi, papá]... todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa”.

¿Quién podría resistir algo así? Dios de los cielos —en Su rectitud, para éste, Su Hijo Unigénito y perfecto— ¿quién podría resistir? Todo es posible para ti, yo lo sé. Aparta esta copa de mí.

Como Marcos puso de manifiesto, el contenido de la oración en su totalidad era un ruego para que esa hora fuera eliminada del plan. En efecto, el Señor dice: “Si hay otro camino, preferiría recorrerlo. Si hay otra manera, cualquier otra manera, con gusto la aceptaré”. En Mateo dice: “Pase de mí esta copa” (Mateo 26:39). “Si quieres, pasa de mí esta copa”, dice en Lucas (Lucas 22:42). Pero al final, la copa no pasó.

Entonces el Señor dijo e hizo lo más notable de Su vida en el tiempo y la eternidad, las palabras y el acto hicieron de Jesús el Hijo de Dios, según el gran profeta del Libro de Mormón, Abinadí. Dijo e hizo lo que tenía que decir y hacer para convertirse en el Hijo de Dios (con “H” mayúscula). Se sometió a la voluntad de Su Padre y dijo: “no se haga mi voluntad, sino la tuya” (versículo 42). Esa es, a todos los efectos, la última conversación divina entre Padre e Hijo en el ministerio terrenal de Jesús. Desde

aquel momento, la suerte estaba echada. Él lo llevaría a cabo pasara lo que pasara.

Y de esta última declaración en el Viejo Continente pasamos a la primera declaración en el Nuevo. A los nefitas reunidos en las inmediaciones del templo les dijo: “Y he aquí, soy Jesucristo... la luz y la vida del mundo; y he bebido de la amarga copa que el Padre me ha dado, y he glorificado al Padre, tomando sobre mí los pecados del mundo, con lo cual me he sometido a la voluntad del Padre en todas las cosas desde el principio” (3 Nefi 11:11). Esa es su propia presentación, la manera que Él considera la mejor para decirnos Quién es.

Si pueden, dejen a sus alumnos un elemento de compromiso en respuesta al incomparable sacrificio del Salvador por ellos, por el pago de sus transgresiones y el sufrimiento por sus pecados; ayúdenles a ver la necesidad de obedecer, de sufrir, en su propio ámbito de dificultad y en sus momentos de decisión, “la voluntad del Padre” (versículo 11), sea cual sea el precio a pagar. No siempre lo harán, ni mejor ni peor que ustedes o que yo, pero ése debería ser su objetivo; ése debería ser su propósito. El aspecto de la misión de Cristo que parece estar más ansioso por recalcar (más allá de las virtudes personales y los magníficos sermones, e incluso más allá de las curaciones), es que sometió Su voluntad a la del Padre.

Todos nosotros somos, a menudo, personas obstinadas. Ciertamente, nuestros alumnos pueden ser obstinados en experimentar, en examinar los límites, en poner a prueba su fe y a la Iglesia, y a menudo, la fe de ustedes; pero el mensaje para cada uno de nosotros y cada uno de ellos es que nuestra ofrenda, a similitud de Su ofrenda, es un corazón quebrantado. Debemos romper nuestro egocentrismo y llorar por nuestros pecados y por los pecados del mundo. Rueguen a sus alumnos que se sometan al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo; no hay otra manera. Sin compararnos demasiado a Él, porque sería un sacrilegio, el símbolo de la copa que no puede pasar es algo que también llega a nuestra vida, igual que llegó a la Suya, en una escala muy inferior, en un grado mucho menor; pero sucede con la suficiente regularidad como para enseñarnos que tenemos que obedecer.

CRISTO CONOCE EL CAMINO

La segunda lección de la Expiación que quiero que les recuerden a sus alumnos, está relacionada con la anterior. Si sus alumnos sienten que ya han cometido demasiados errores; si sienten que han dado la espalda al principio de la obediencia en demasiadas ocasiones; si sienten que trabajan, viven y se esfuerzan lejos del alcance de la luz de Cristo, enséñenles, como el profeta José enseñó a los santos, que Dios tiene “una predisposición a perdonar”, que Cristo es “misericordioso y benevolente, lento para la ira, lleno de longanimidad y bondad” (*Lectures on Faith*, 1985,

pág. 42). La misericordia, con sus virtudes fraternales del arrepentimiento y el perdón, se encuentra en el corazón mismo de la expiación de Jesucristo. Todos los aspectos del Evangelio nos enseñan que podemos cambiar si lo deseamos con verdadera intención, que podemos recibir ayuda si la pedimos con sinceridad, que podemos sanar, sean cuales sean los problemas del pasado.

A pesar de las tribulaciones de la vida y de lo terribles que puedan ser las expectativas, existe ayuda para sus alumnos en esta jornada. Cuando Cristo les invita a someterse, a ceder, a obedecer al Padre, sabe cómo ayudarles a hacerlo. Él ya ha pasado por ahí, y les pide que hagan lo que Él mismo ya ha hecho anteriormente. Él lo ha hecho más seguro; Él ha facilitado mucho su jornada y la nuestra. Sabe dónde hay pedregales puntiagudos y piedras de tropiezo, y dónde son más espesos los cardos y las zarzas. Sabe en qué puntos se vuelve peligroso el camino y sabe qué dirección debemos tomar cuando nos encontramos en una bifurcación al caer la noche. Él lo sabe porque ha sufrido “dolores, aflicciones y tentaciones de todas clases... a fin de que... sepa cómo socorrer a los de su pueblo, de acuerdo con las enfermedades de ellos” (Alma 7:11–12). *Socorrer* significa “ayudar a alguien con urgencia”. Testifiquen a sus alumnos que Cristo correrá hacia ellos y está corriendo en este mismo momento, para que ellos puedan recibir el brazo extendido de Su misericordia.

Para los que tropiezan y caen, Él está ahí para ayudarles a recuperar el equilibrio y fortalecerles. Al final, Él está ahí para salvarnos y por todo ello dio Su vida; sin embargo, por oscuros que puedan parecer nuestros días y los de sus alumnos, los días del Salvador del mundo han sido mucho más oscuros. Como recordatorio de esos días, Jesús ha elegido, incluso en un cuerpo resucitado, perfecto, conservar

para el bien de Sus discípulos las heridas en Sus manos, Sus pies y Su costado; señales, por así decirlo, de que cosas dolorosas les ocurren incluso a los puros y perfectos; símbolos de que el dolor en este mundo *no* es prueba de que Dios no nos ama; son símbolos de que los problemas pasan y la felicidad puede ser nuestra. Recuerden a sus alumnos que el capitán de nuestras almas es el Cristo herido, el que lleva aún las cicatrices de nuestro perdón, las heridas de Su amor y humildad, la carne desgarrada de la obediencia y el sacrificio.

Estas heridas son el medio principal que tenemos para reconocerle cuando venga. Puede que nos invite a acercarnos, como ha invitado ya a otros, para verlas y palparlas. Si no fue antes, seguramente en ese momento recordaremos con Isaías que fue por nosotros que Dios fue “despreciado y desechado... varón de dolores, experimentado en quebranto”, que “herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:3, 5).

Testifico que Jesucristo es el Hijo de Dios, testifico que Él es perfecto, Uno con Su Padre en todo pensamiento, virtud y deseo. Testifico que Su vida es la mejor vivida y que sólo Su nombre es salvación. Testifico que José Smith, llevado por el Espíritu Santo al otro lado del velo, vio al Padre y al Hijo. Testifico que estos Seres Celestiales, la Trinidad, conducen y dirigen Su Iglesia todavía, y que el presidente Gordon B. Hinckley es Su profeta en este preciso instante en el más estricto sentido de la palabra.

Les amo y amo esta obra, amo a sus alumnos y envidio su oportunidad de enfrascarse este año en el magnífico Nuevo Testamento y en la vida de Aquél de Quien testifica.

“UN ESTANDARTE A LOS DE MI PUEBLO”

**ÉLDER JEFFREY R.
HOLLAND**

**DEL QUÓRUM DE LOS
DOCE APÓSTOLES**

Extracto de un discurso dirigido a los maestros de educación religiosa en un simposio sobre el Libro de Mormón, Universidad Brigham Young, el 9 de agosto de 1994, págs. 13–15



Ningún debate sobre Cristo en el Libro de Mormón estaría completo sin incluir al menos una referencia del notable contenido en 3 Nefi. En ese libro hay muchas cosas extraordinarias. Quisiera compartir un pensamiento que quizá les parezca obvio.

Cuando el Salvador llega al final del singular primer día de Su visita a los nefitas, percatándose de que están agotados y que debe dejarles por un tiempo, les dice: “preparad vuestras mentes para mañana, y vendré a vosotros otra vez” (3 Nefi 17:3). A continuación, para subrayar que no se marchaba por una razón sin importancia, les comunica su asignación: “Pero ahora voy al Padre, y también voy a mostrarme a las tribus perdidas de Israel, porque no están perdidas para el Padre, pues él sabe a dónde las ha llevado” (3 Nefi 17:4). Resulta obvio que su deber le llamaba en ese momento.

Pero entonces mira alrededor y ve a la multitud con lágrimas en los ojos que expresaban sus sentimientos, rogándole que se quedara con ellos un poco más. Lleno de compasión y sin decir una palabra, accede, invitándoles a traer a sus enfermos, cojos, ciegos, leprosos, debilitados y sordos, para que con Su mano Él los sanara de acuerdo

con su fe y con la voluntad del Padre. Si bien esta escena debe haber sido milagrosa y conmovedora, es tan sólo el preludio de la impresionante experiencia que tiene acto seguido con los niños, con los que llora y a los que bendice uno por uno. Ángeles descienden del cielo en medio de fuego santo y rodean a los pequeños, bendiciéndoles en gloria y majestad.

Lo que sigue a esta serie de acontecimientos de grandiosa espiritualidad es la institución de la Santa Cena, con toda la importancia sagrada que conlleva.

Así pues, hemos repasado poderosas doctrinas, palabras conmovedoras de labios del mismo Hijo de Dios. Hemos pasado nuestro primer día con Él —desde 3 Nefi 11 a 3 Nefi 18— habiendo palpado por nosotros mismos las heridas en Su carne, escuchado el sermón junto al templo, aprendido sobre el convenio, visto manifestaciones de ángeles envueltos en llamas, todo ello coronado por la institución de la Santa Cena.

Y entonces recibimos este consejo, que en mi opinión tiene como propósito convertirse en la joya de la corona de un día rebotante de gemas sin igual. Al llegar a la cumbre del primer día, cuando se está repartiendo el sacramento de la Cena del Señor, obtenemos este refulgente diamante, este mandato sencillo y claro. El Señor les dice a los Doce nefitas:

“De cierto, de cierto os digo que debéis velar y orar siempre, no sea que el diablo os tienta, y seáis llevados cautivos por él.

“Y así como he orado entre vosotros, así oraréis en mi iglesia, entre los de mi pueblo que se arrepientan y se bauticen en mi nombre. *He aquí, yo soy la luz; yo os he dado el ejemplo*” (3 Nefi 18:15–16; cursiva agregada).

Entonces, apartándose de los Doce, habla a la multitud: “He aquí, en verdad, en verdad os digo que debéis velar y orar siempre, no sea que entréis en tentación; porque Satanás *desea poseeros para zaramdearos* como a trigo” (3 Nefi 18:18; cursiva agregada). A continuación, les invita a todos a orar con sus familias, a orar por los que están aprendiendo sobre la Iglesia, que es una gran invitación sobre la amplitud que deben tener nuestras oraciones, seguida de las siguientes palabras: “Alzad, pues, vuestra luz para que brille ante el mundo. *He aquí, yo soy la luz que debéis sostener en alto: aquello que me habéis visto hacer. He aquí, habéis visto que he orado al Padre, y todos vosotros habéis sido testigos*” (3 Nefi 18:24; cursiva agregada).

Y en verdad habían visto a Cristo orar:

“...oró al Padre, *y las cosas que oró no se pueden escribir*, y los de la multitud que lo oyeron, dieron testimonio.

“Y de esta manera testifican: Jamás el ojo ha visto ni el oído escuchado, antes de ahora, tan grandes y maravillosas cosas como las que vimos y oímos que Jesús habló al Padre;

“y no hay lengua que pueda hablar, ni hombre alguno que pueda escribir, ni corazón de hombre que pueda concebir tan grandes y maravillosas cosas como las que vimos y oímos a Jesús hablar; y nadie puede conceptuar el gozo que llenó nuestras almas cuando lo oímos rogar por nosotros al Padre” (3 Nefi 17:15–17; cursiva agregada).

Me cuesta imaginar cómo sería *escuchar* al Salvador orar, pero no puedo ni siquiera comprender qué quieren decir con las palabras “y no hay lengua que pueda hablar, ni hombre alguno que pueda escribir, ni corazón de hombre que pueda concebir” lo que *vieron* al Señor orar. Es una cosa *escuchar* una oración, pero es otra muy distinta *ver* una.

¿Qué fue lo que vieron? Bien, no puede escribirse; baste decir que se trata del gran, definitivo y último ejemplo que dio a aquellas personas aquel día. La culminación, el consejo dado tras el reparto de la Santa Cena a los Doce y a todos los demás presentes que tomarían su cruz y lo seguirían, fue éste: *debían orar* y orar siempre.

Debían orar individualmente y en familia. Depían orar por el converso más reciente, por el niño más pequeño y por el anciano. Debían orar por los que aún están en el mundo, los que aún no tienen la verdad. Debían orar por todos, incluso sus enemigos y aquellos que los insultan y los persiguen. *Ésta* es la luz que están llamados a sostener en alto; es la prueba que darán de su fe en el Padre Celestial.

La oración es adoración en su forma más sencilla y poderosa, como enseñó el desconocido Zenós (véase Alma 33:3). *Es* “el deseo sincero del alma, expresado o no expresado” (“Prayer Is the Soul’s Sincere Desire”, (La oración es el deseo sincero del alma), *Hymns*, N° 145 [traducción libre]). “Alzad, pues, vuestra luz para que brille ante el mundo. He aquí, yo soy la luz que debéis sostener en alto: aquello que me habéis visto hacer. *He aquí, habéis visto que he orado al Padre, y todos vosotros habéis sido testigos*” (3 Nefi 18:24; cursiva agregada).

El Cristo que ora; ése es el ejemplo que debemos dirigir hacia los demás. El Cristo de la humildad, el Cristo de la comunión espiritual, el Cristo que depende de Su Padre, el Cristo que pide bendiciones para otros, el Cristo que invoca los poderes del cielo, el Cristo que es uno con el Padre en por lo menos una manera en la que nosotros también podemos ser uno con Él: a través de la oración.

De los numerosos aspectos de la vida del Señor que ustedes enseñan a sus alumnos, asegúrense bien de enseñarles del Cristo que ora. Además de poner las Escrituras en sus manos, no hay una ayuda más segura que puedan proporcionarles en este mundo en el que viven y en los tiempos cada vez más destructivos que tendrán que afrontar. Alcen esa luz para que ellos la vean: Cristo buscando la guía, el apoyo y la protección del Padre. El Cristo que se doblega, se arrodilla, se somete y obedece la voluntad de Su Padre

en los Cielos. Ésta es la luz que hemos de mostrar al mundo y ustedes deben alzarla para que la vean sus alumnos. Ésta es la imagen de Cristo orando y pronunciando palabras inexplicables.

Hagan a sus alumnos esta promesa, la misma que Cristo hizo a la multitud nefita: “y cualquier cosa que pidáis al Padre en mi nombre, si es justa, creyendo que recibiréis, he aquí, os será concedida” (3 Nefi 18:20). Necesitan creerlo. Y lo creerán, si ustedes lo creen.

El testimonio que quiero compartir a modo de conclusión es el de Moroni, con toda seguridad la voz más solitaria en la historia de las Escrituras. En su aislamiento, Moroni se convierte en tres testigos a la vez, hablándonos tres veces, por así decirlo, en una declaración final del Salvador y del testamento mesiánico del que será el último autor. Su primer testimonio es la conclusión del libro de su padre, que incluye los capítulos ocho y nueve del texto. Un pasaje de las Escrituras de ese fragmento, centrado en Jesucristo, ha sido una bendición para mí en un momento crucial de mi vida, de forma más poderosa y dramática que cualquier otro versículo de las Escrituras. Amaría siempre a Moroni por tan sólo esa experiencia, aun si no hubiera otra razón; pero hay muchas otras razones.

El segundo testimonio de Moroni se encuentra en el libro de Éter, donde incluye sus propios comentarios en ese libro, seguido de esa experiencia única y sin parangón del hermano de Jared. Esos veintiocho versículos del tercer capítulo de Éter pueden ser el encuentro más notable con Cristo experimentado por un hombre mortal en esta tierra, y estamos en deuda con Moroni por haberlos preservado. ¡Y qué lección de humildad que en una revelación sin precedentes como ésta, recibida por un profeta de fe sin igual, no nos dé ni siquiera el nombre de ese profeta! ¡Qué declaración sorprendente y silenciosa a un mundo prácticamente ahogado en un mar de egoísmo y egocentrismo!

Encontramos el tercer y definitivo testimonio de Moroni en su propio libro, que pone fin al registro, en el que se subrayan la caridad, la fe y la esperanza en Cristo, con la oración de que estas tres grandes virtudes cristianas, estos tres principios fundamentales del cristianismo, nos conduzcan a la pureza: “Pedid al Padre con toda la energía de vuestros corazones... para que lleguéis a ser hijos [e hijas] de Dios; *para que cuando él aparezca, seamos semejantes a él,*

porque lo veremos tal como es... para que seamos purificados tal como él es puro” (Moroni 7:48; cursiva agregada).

Mi oración para ustedes y para sus alumnos este año es la oración de Moroni, tal y como la enseñó su Padre: una plegaria de pureza —la pureza de Cristo— que emana de nuestra fe, esperanza y caridad. Que le veamos como es y seamos como Él cuando Él venga, que seamos purificados como Él es puro.

“Y otra vez quisiera exhortaros a que viniéseis a Cristo, y procuraseis toda buena dádiva; y que no tocáseis... la cosa impura.

“Sí, venid a Cristo, y perfeccionaos en él...”

“Y... si por la gracia de Dios sois perfectos en Cristo y no negáis su poder, entonces sois santificados en Cristo por la gracia de Dios, mediante el derramamiento de la sangre de Cristo, que está en el convenio del Padre para la remisión de vuestros pecados, a fin de que lleguéis a ser santos, sin mancha” (Moroni 10:30, 32–33).

Esa llamada final, última, solitaria de la clave de nuestra religión y el libro más correcto jamás escrito, es de no tocar lo impuro, es de llegar a ser santo y sin mancha; es de ser puro. Esa pureza sólo viene por medio de la sangre del Cordero que ha llevado nuestros pesares, sufrido nuestros dolores; el Cordero que fue herido por nuestras transgresiones y golpeado por nuestras iniquidades, el Cordero que fue oprimido y afligido pero al que no hemos estimado (véase Mosíah 14).

Pero a pesar de todo lo que hemos impuesto sobre Él y pese a los azotes que no debería haber soportado, y aunque nuestros pecados y nuestra estupidez fueran tan rojos como la grana, se volverán “blancos como la nieve” (véase Isaías 1:18).

“Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido?”

“...Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero” (Apocalipsis 7:13–14).

La pureza mediante la sangre del Cordero: eso es lo que proclama este libro y es mi oración que ustedes ayuden a los alumnos a obtenerla. Ése es el convenio de Dios. Esta es la misión de Cristo. Ése es nuestro privilegio, nuestro deber y nuestra oportunidad inmerecida.

COSAS DEMASIADO MARAVILLOSAS PARA MÍ

ÉLDER VAUGHN J.
FEATHERSTONE
DE LOS SETENTA

Extracto de discursos,
Universidad Brigham Young
2000–2001, págs. 171–173, 180

Durante la capacitación de Autoridades Generales de la conferencia de octubre de 1992, el presidente Howard W. Hunter se refirió a un pasaje de las Escrituras. He escrito su comentario en el margen de mis Escrituras. El pasaje es Jeremías 31:31–34:

He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá.

No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto...

Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.

Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.

Estoy convencido de que la mayoría de ustedes vivirá para ver ese día. ¿Cómo puede el gran Jehová dar su ley en nuestro seno y escribirla en nuestros corazones? ¿Por qué no habrá necesidad de enseñar al prójimo? ¿Por qué perdonará nuestra iniquidad?

Este próximo mes de abril hará un año que el presidente Packer, que junto con los Doce Apóstoles tiene la responsabilidad de capacitar a todas las Autoridades Generales y Autoridades de Área, nos dio consejos e instrucción que conducirán al cumplimiento de la cita de Jeremías. La capacitación fue la más profunda y significativa de todas las capacitaciones a las que he asistido en mis 29 años como Autoridad General. Cambió mi vida y doy por hecho que cambió la de todas las Autoridades. El presidente Packer es un profeta de Dios; dedicó el tiempo necesario para prepararse y el esfuerzo indispensable para recibir la guía del Señor. Leyó los libros sobre Cristo de Frederic William Farrar, quizá el erudito bíblico más acertado fuera de la Iglesia. Son las obras de Farrar las que cita el élder James E. Talmage en *Jesús el Cristo*. El élder Bruce R. McConkie citaba a menudo sus trabajos; asimismo, el presidente Packer leyó *The New Foxe's Book of Martyrs [El nuevo libro de los mártires de Foxe]*, que también leí. La humillación, el sufrimiento y el horror de los primeros cristianos y la crueldad de los verdugos van más allá de lo que tenemos



la capacidad de comprender. La mayoría de los cristianos fueron quemados en la hoguera, les arrancaron la carne del cuerpo, se les enterraba vivos, o se les encerraba en jaulas con leones y tigres medio muertos de hambre. Estos primeros cristianos sufrieron el dolor más profundo y desgarrador y casi hasta en su último aliento invocaban el nombre de Jesús; era como si pudieran verle. Al leer los relatos de los cientos que sufrieron estas experiencias aterradoras, me sentí asombrado, y esperé que si alguna vez me encontraba en circunstancias similares, pudiera sufrir con la misma dignidad que ellos; desearía tener la suficiente fortaleza para ello.

El presidente Packer releyó *Jesús el Cristo*; leyó todos los pasajes relacionados con el Espíritu Santo y el Espíritu de Dios en los Libros Canónicos. Meditó y oró, y la revelación llegó. Estoy convencido de que no estaba destinada a quedar en el corazón de las Autoridades Generales; se trataba de una revelación para toda la Iglesia. Creo que, como Autoridades Generales, tenemos la sagrada obligación de llevar el mensaje a la Iglesia. Creo que escucharán más sobre este asunto inspirado, que ayudará y beneficiará a la Iglesia más que cualquier otra cosa en los próximos días, meses y años.

El mensaje del presidente Packer era que debemos vivir de tal manera que seamos dignos de tener la compañía del Espíritu Santo las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, a lo largo de nuestra vida. No era un mensaje para nosotros solamente; es un mensaje para todos y cada uno de los miembros de la Iglesia. ¿Se imaginan qué ocurriría si cada hombre, mujer, joven y niño fueran merecedores de ello? Maravillaríamos al mundo. Imagínense a los once millones de miembros que conforman la Iglesia en la actualidad, y a los veinte, cincuenta, ochenta y cien millones del futuro teniendo la compañía constante del Espíritu Santo.

Creo que el presidente Howard W. Hunter, al citar ese maravilloso pasaje de Jeremías, sabía que en un futuro no muy lejano, el presidente Packer nos ayudaría a cumplir los requisitos necesarios para disfrutar de esta hermosa bendición.

La segunda revelación de total y profunda importancia nos llegó cuando tanto él como los Doce nos animaron a testificar del Cristo Viviente. Ustedes ya habrán leído la declaración *El Cristo Viviente* del presidente Hinckley, sus consejeros y el Quórum de los Doce. ¿Con cuánta regularidad testificamos de las cosas que consideramos más preciosas y tenemos en mayor estima en esta vida? Para algunos, la respuesta será: “ocasionalmente” (es decir, una vez al año o de vez en cuando, cuando nos asignan un discurso o en una reunión de testimonios). Somos discípulos fieles de Cristo; en cada hogar Santo de los Últimos Días deberíamos testificar todos los días a nuestras esposas y

maridos, hermanos e hijos: Son las personas a las que debemos amar por encima de cualquier cosa en la tierra; son los que deseamos que conozcan la veracidad de esta gran obra. Las oportunidades de testificar con serenidad y humildad a nuestros amigos y vecinos que no son miembros de la Iglesia se presentarán en la escuela, en el trabajo y en nuestra comunidad, así como también podremos compartir nuestro testimonio unos a otros para edificar una mayor fe.

Por ejemplo, uno de nuestros hijos podría decirnos: “Seguro que el presidente Hinckley es un buen hombre”.

Podríamos responder diciendo: “Claro, es maravilloso”.

Qué habría pasado si dijéramos más bien: “Hijo, yo sé que es un profeta de Dios, un vidente y un revelador. Puede que sea uno de los más grandes profetas que hayan existido”.

¿Ven la diferencia? ¿Sienten la diferencia?

Una de nuestras hijas podría decir: “Tenemos un obispo agradable”.

Nosotros podríamos responder: “Sí cariño, lo es”.

¿Qué ocurriría si aprovecháramos esta oportunidad para decir: “Cariño, fue llamado por Dios por revelación, tiene el manto sobre sí, y recibe guía en su llamamiento por inspiración”?

Los niños necesitan escuchar a sus padres testificar, los hermanos pueden fortalecerse mutuamente y sus amigos pueden sentirse elevados espiritualmente.

¿Se imaginan algo en esta generación capaz de afectar a los miembros de la Iglesia más que vivir siendo dignos de la compañía constante del Espíritu Santo y testificar, según nos lo indique y mande el Espíritu Santo, de la verdad de esta obra grande, majestuosa y celestial especialmente de Aquél a quien pertenece esta obra?

De esta manera pondremos su ley en nuestro interior y se escribirá en nuestros corazones. Así es como nuestra iniquidad será perdonada. Por supuesto, vivir con dignidad para merecer la compañía del Espíritu Santo requiere arrepentimiento, sumisión y humildad. Luego, cumpliremos los requisitos y el Espíritu Santo nos inspirará a testificar y el perdón llegará.

La sección noventa y tres de Doctrina y Convenios nos enseña la realidad de esa posibilidad para todos los miembros dignos de la Iglesia:

De cierto, así dice el Señor: Acontecerá que toda alma que deseche sus pecados y venga a mí, invoque mi nombre, obedezca mi voz y guarde mis mandamientos, verá mi faz y sabrá que yo soy (D. y C. 93:1).

El Salvador dijo “toda alma”; no sólo las Autoridades Generales o las almas privilegiadas: toda alma. ¿Pueden imaginar el poder que se desataría por toda la Iglesia si todas las almas buscasen la faz de Cristo y supieran que vive? Recuerden, las promesas del Señor son ciertas.

En la primera sección de Doctrina y Convenios el Señor declara lo siguiente con estas poderosas palabras:

Lo que yo, el Señor, he dicho, yo lo he dicho, y no me disculpo; y aunque pasaren los cielos y la tierra, mi palabra no pasará, sino que toda será cumplida, sea por mi propia voz o por la voz de mis siervos, es lo mismo (D. y C. 1:38).

En D. y C. 18:36, el Señor nos enseña lo siguiente: “Por tanto, podéis testificar que habéis oído mi voz y que conocéis mis palabras”. Si alguna vez he escuchado la voz del Señor, ha sido al leer la declaración de la sección uno de Doctrina y Convenios. Un testimonio penetra mi corazón y mi alma y me hace saber que lo que el Señor dice es verdad. Como Jeremías, me conmueve que “[su palabra esté] en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos” (Jeremías 20:9).

Ha llegado el momento de tomar la decisión sagrada de seguir a los apóstoles y a los profetas, buscar el Espíritu Santo, testificar y ser dignos de ver el rostro del Maestro.

Por experiencia, sé que el ayuno, la oración, el estudio y la meditación son esenciales. El servicio es igual de importante. Debemos seguir el modelo que Cristo nos dejó...

Es mi testimonio que el Espíritu Santo y el testificar deberían ser la señal que nos marque el camino hacia el nuevo milenio. Uno mi voz a la del profeta Job, diciendo: éstas son cosas que no entiendo y que son “demasiado maravillosas para mí”.

Pertenece a una Iglesia maravillosa y espléndida. Les dejo mi testimonio solemne e inamovible de que el Libro de Mormón es verdadero; que Cristo es el Salvador del mundo; que Su Iglesia es la Iglesia verdadera y viviente; que Dios, nuestro Padre, es el Señor Omnipotente; que nosotros somos Sus hijos, que nos ama y que responde a nuestras oraciones, por humildes que éstas sean. En el nombre de Jesucristo. Amén.

ÉLDER ROBERT D. HALES DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

Extracto de “Una velada con el élder Robert D. Hales”, 1º de febrero de 2002, págs. 2–5, 7

SED COMO NIÑOS PEQUEÑOS

Hace un par de meses tuve la oportunidad de ir a un barrio en Palm Springs, California.

La presidenta de la Primaria se encontraba en medio de un dilema: Una de sus maestras había faltado. Al dirigirme hacia la salida, vi que había dos clases conjuntas sin maestra. Fui a la Primaria para saludarles. Una joven ex misionera fue la encargada de enseñar la clase, pero me conmovió el que los niños me preguntaran cuando ya me iba a ir: “¿No se va a quedar? ¿No nos va a enseñar?”. Casi pude ver una súplica en sus ojos, lo que me llenó de ternura.

Sentí algo de lo que el Salvador debió haber sentido cuando los padres “le presentaban niños para que los tocara” y orase por ellos; “y los discípulos reprendían a los que los presentaban.

“Viéndolo Jesús, se indignó, y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios” (Marcos 10:13–14; véase también Mateo 19:13–14).

Yo les dije: “Porque me lo piden, porque quieren que lo haga, me quedaré y seré su maestro”. Eran niños entre los ocho y los once años de edad, pero hacían preguntas increíblemente perspicaces. Por ejemplo, una de las niñas preguntó: “¿Qué hace usted para ser un buen apóstol?”. Su pregunta hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Le respondí: “Trato de ser como ustedes, como un niño. Nunca cambien. He pasado mi vida tratando de ser como Jesús dijo que fuéramos: ‘Tal como un niño pequeño’”. Les enseñé sobre Tercer Nefi: “He aquí, he venido al mundo para traer redención al mundo, para salvar al mundo del pecado.

“Por tanto, al que se arrepintiere y viniere a mí como un niño pequeño, yo lo recibiré, porque de los tales es el reino de Dios. He aquí, por éstos he dado mi vida, y la he vuelto a tomar; así pues, arrepentíos y venid a mí, vosotros, extremos de la tierra, y sed salvos” (3 Nefi 9:21–22; véase también 3 Nefi 11:37; D. y C. 99:3).

La mayoría de los niños son creyentes, amables, sin prejuicios ni faltas. Son puros, dulces y humildes, y están dispuestos a recibir instrucciones.



El Espíritu conmovía tanto sus corazones como el mío. Yo les dije: “Cuando crecemos, a veces nos olvidamos de la dulzura de ser niño y de creer de la forma en que ustedes creen ahora. Recuerden siempre este momento y lo que estamos sintiendo ahora con el Espíritu. Recuérdenlo, atesórenlo y nunca lo pierdan”.

Los niños hicieron comentarios perspicaces y profundos, y preguntas interesantes. Pude ver el compromiso que estaban haciendo, en especial por el rostro de una niña y dos niños. Su testimonio y sinceridad eran muy evidentes.

Les enseñé sobre la visita de Jesucristo a las Américas; me preguntaron cómo era Jesús en el mundo de los espíritus y cómo sería cuando Él regresara. Les leí:

“...y tomó a sus niños pequeños, uno por uno, y los bendijo, y rogó al Padre por ellos.

“Y cuando hubo hecho esto, lloró de nuevo;

“y habló a la multitud, y les dijo: Mirad a vuestros pequeños.”

“Y he aquí, al levantar la vista para ver, dirigieron la mirada al cielo, y vieron abrirse los cielos, y vieron ángeles que descendían del cielo cual si fuera en medio de fuego; y bajaron y cercaron a aquellos pequeños, y fueron rodeados de fuego; y los ángeles les ministraron” (3 Nefi 17:21–24).

Los pequeños en nuestras clases son hijos preciados de nuestro Padre Celestial.

El élder David B. Haight también se encontraba en Palm Springs, y fue a la reunión que comenzaba inmediatamente después de la mía. Dijo que cuando se hallaba en el estacionamiento se había encontrado con un niño de la Primaria y sus padres. Los padres le dijeron: “El élder Hales le acaba de enseñar a nuestro hijo”. El élder Haight me dijo: “El niño estaba radiante”.

Cuando enseñamos por el Espíritu, el corazón receptivo recibe por el Espíritu. “Porque el predicador no era de más estima que el oyente, ni el maestro era mejor que el discípulo; y así todos eran iguales” (Alma 1:26).

Tanto ellos como yo aprendimos por el Espíritu. En las clases de Seminarios e Institutos no es diferente.

No podemos olvidar la importancia de la fe. La enseñanza por medio del Espíritu es realmente un ejercicio de la fe. Para todo concepto que enseñamos y todo aquello de lo que testificamos debemos confiar en el Espíritu Santo para poder llegar al corazón de aquellos por quienes somos responsables. Enseñamos por medio de la fe; enseñamos por medio del Espíritu, declaramos nuestro testimonio con valentía.

Una de las mayores preocupaciones que tenemos con respecto a nuestra juventud es el hecho de que muchos

asisten a seminario e instituto pero no aplican las enseñanzas que reciben en su propia vida: ir al templo, recibir las investiduras y sellarse en el templo al tener la oportunidad de casarse allí.

Necesitamos la ayuda de ustedes para instar a sus alumnos a aplicar los principios del Evangelio en su vida. El aconsejar a la juventud que aplique las enseñanzas de seminario e instituto en sus actividades diarias, fortalecerá su testimonio y desarrollo espiritual.

APLICACIÓN DE LOS PRINCIPIOS DEL EVANGELIO

Mi preocupación es que existe una diferencia entre lo que la juventud a la que le enseñamos *sabe* sobre el Evangelio, y lo que *hace* para aplicar estos principios en su conducta diaria.

Es aquí donde nosotros, los maestros, somos de importancia en la vida de los alumnos. En muchos casos deberemos enseñarles la mejor manera de aprender lo que necesitan para avanzar su aprendizaje y obtener conocimiento.

Como maestros, debemos insistir en que nuestros alumnos piensen. Nunca olvidaré la lección que aprendí de un maestro de la Escuela Dominical cuando yo tenía unos diez años de edad. Para Navidad nos habían regalado una tarjeta grande con libritos individuales adentro, cada uno con una historia de la Biblia: David y Goliat, la Creación y Daniel en el foso de los leones. Había una larga serie de maravillosas historias de la Biblia. Leíamos cada uno en casa e íbamos a la clase preparados para hablar de ellos. Hasta el día de hoy puedo recordar claramente ese momento de enseñanza.

Después de hablar sobre cada relato, nos preguntaban: “¿Qué significa eso para ti?” “¿Cómo se relaciona este pasaje de las Escrituras —o historia o principio— a tu vida?” “¿Cómo puedes aplicar estos principios en tu hogar?” “¿Qué te parece eso?”. He descubierto en mi propio hogar, con mis hijos, que una vez que se les hacen estas preguntas, ellos comienzan a vivir y a sentir lo que se les enseña.

Se nos pedía que pensáramos. No estábamos sólo aprendiendo las historias; estábamos descubriendo el modo de aplicarlas a nuestra vida. Mi maestro estaba plantando en nosotros la semilla de la fe y ayudándola a crecer en cada uno de nosotros.

Nosotros enseñamos las Escrituras en forma de historias y debemos aplicarlas a la vida de esos jóvenes, donde puedan ser más eficaces. Nuestros jóvenes deben recordar las historias y las verdades de los principios del Evangelio en su vida, cuando más las necesiten.

John Greenleaf Whittier elocuentemente escribió: “...De todas las tristes palabras jamás habladas o escritas, las más tristes son estas: ‘Pude haber sido’ ” (“Maud Muller,” *The Complete Poetical Works of Whittier*, 1894, pág. 48).

No hay nada más trágico para una persona que el mirar atrás hacia lo que pudo haber sido. No queremos que pasen por la vida sin saber que son hijos de Dios, sin conocer el Plan de Salvación ni saber por qué están en esta tierra. Deben saber quiénes son y que con su conducta pueden realizar ese plan; pueden soportar todas las pruebas de la vida, desviar todos los dardos del adversario, perseverar hasta el fin y ganar la recompensa final del plan de felicidad.

Enseñen la importancia y el poder de la meditación y proporcionen tiempo en la clase para meditar. Usen aplicaciones prácticas: “¿Qué significa esto para ti?”. Mediten y oren. Pidan a los alumnos que escriban sus pensamientos e impresiones. Los sucesos que promueven la fe ocurren cuando los alumnos asumen un papel activo en la enseñanza y testifican a sus compañeros. Es muy importante tener francas conversaciones en cuanto a la importancia de la oración, el estudio de las Escrituras, etc., para que los jóvenes se ayuden y se apoyen mutuamente.

Es un proceso. Permítanles florecer durante el tiempo que estén con ustedes. Debemos permitirles aprender de los errores de los demás: Un hermano o hermana mayor, ejemplos de las Escrituras, etc., para que ellos mismos no tengan que pasar por ese problema. Las Escrituras exponen todo lo que les ocurre a los desobedientes. Nuestros alumnos no tienen por qué repetir los errores y sufrir dolor. Las Escrituras dicen todo lo que sucede cuando no somos obedientes. Nuestros alumnos no tienen que repetir los errores y soportar el dolor.

El aprendizaje es más difícil para unas personas que para otras. Esta fase del aprendizaje requiere que los maestros conozcan las habilidades de aprendizaje de los alumnos. Los buenos maestros saben no sólo el tema sobre el que enseñan, sino que también comprenden las necesidades de sus alumnos. Los buenos alumnos aprenden de sus maestros, están dispuestos a ser corregidos y expresan gratitud por el amoroso consejo del maestro. Los maestros sobresalientes enseñan a los alumnos a comprender quiénes son y los motivan a lograr su potencial para la salvación eterna.

Estén al tanto de lo que sucede en la vida de sus alumnos. Debemos conocer sus preocupaciones y lo que afrontan; por qué actúan del modo en que lo hacen y por qué dicen lo que dicen.

Reconozcan cuando un alumno esté listo para usar su albedrío y tenga la fortaleza para tomar decisiones. Parte del proceso de la enseñanza es dar a nuestros alumnos una guía y prepararlos para los desafíos a los que tendrán que enfrentarse.

¿Acaso no nos gustaría a todos evitar las pruebas y las dificultades de esta probación mortal?

Aquiles, uno de los héroes de la mitología griega era el protagonista de *La Ilíada* de Homero.

Además del recuento histórico de Homero sobre Aquiles, autores más recientes desarrollaron fábulas o folclore sobre Aquiles y su madre, Tetis.

De acuerdo con algunas versiones, Tetis hizo que Aquiles se volviera inmortal sumergiéndolo en el Río Estigia. Ella tuvo éxito en hacer de Aquiles un ser invulnerable, con la excepción del talón de donde lo había tomado.

Aquiles creció hasta convertirse en un guerrero invencible, conduciendo al ejército griego contra Troya con armadura completa.

La muerte de Aquiles se menciona en la *Odisea*. Se dice que lo mató una de las flechas de Paris, dirigida por Apolo a su única vulnerabilidad: su talón.

¿Acaso no le gustaría a todo padre y a todo maestro del SEI encontrar el secreto para proteger a nuestros hijos, haciéndolos invulnerables a los ardientes dardos del adversario?

Desafortunadamente, no podemos proteger a nuestros hijos de las hondas y flechas de la mortalidad. Nuestros desafíos, experiencias y oposiciones existen para fortalecerlos, no para destruirlos.

CULTIVAR LA FE PARA PREPARARNOS PARA LAS TORMENTAS DE LA VIDA

¿Qué importante es que durante nuestros problemas, cuando estemos siendo probados, no hagamos nada que cause que perdamos las persuasiones, el consuelo, la paz y la guía del Espíritu Santo! Esta paz nos dará la seguridad necesaria para tomar decisiones correctas en la vida a fin de afrontar la tempestad y acercarnos a los senderos de Dios.

Nuestra labor es ayudar a nuestros alumnos a prepararse para tomar decisiones difíciles para que, cuando vengan los desafíos, escojan sabiamente, sabiendo que tienen un albedrío y que hay “oposición en todas las cosas” (véase 2 Nefi 2:11); nuestro objetivo es ayudarlos a tomar sobre sí “toda la armadura de Dios” (Efesios 6:11, 13; véase también D. y C. 27:15) para que puedan soportar los “ardientes dardos del adversario” (1 Nefi 15:24; D. y C. 3:8; véase también Efesios 6:16) con la “espada [del] Espíritu” (Efesios 6:17; véase también D. y C. 27:18) y el “escudo de la fe” (Efesios 6:16; D. y C. 27:17) para perseverar hasta el fin y ser dignos de estar y vivir en la presencia de Dios el Padre y Su Hijo Jesucristo por toda la eternidad.

En las Escrituras hay muchos ejemplos de personas que aprendieron la lección bien y escucharon la voz apacible de amonestación. José escapó de la esposa de Potifar. Al Salvador y a Su familia se les dijo que escaparan. A Lehi y a su familia también se les dijo que escaparan. Nuestros alumnos deben saber que no deben permanecer cerca de una situación inicua. Muchas veces he visto jóvenes que creen que pueden vivir con un pie en Babilonia.

Como maestros del SEI, sólo deseamos que nuestros alumnos tengan éxito. A veces ese deseo es tan grande que tratamos de forzar el proceso. Conocemos el himno que dice:

*El hombre tiene libertad
De escoger lo que será;
Mas Dios la ley eterna da,
Que Él a nadie forzará.*

*Él con cariño llamará,
Y luz en abundancia da;
Diversos dones mostrará,
Mas fuerza nunca usará.*

(“Know This, That Every Soul Is Free”, *Hymns*, N° 240).

No podemos *forzar* la fe en nuestros hijos. La fe surge del interior de la persona y se basa en el deseo de recibirla y ejercitarla en nuestra vida y para que, por medio del Espíritu, tengamos fe duradera y la demostremos por medio de nuestros actos.

Muy a menudo intentamos traer a alguien al Evangelio por medio de nuestros deseos. Eso puede ser importante en la fase inicial, pero un verdadero maestro, una vez que ha impartido información y que los alumnos obtienen el conocimiento, los lleva al próximo paso para que obtengan el testimonio y el entendimiento espiritual en sus corazones que produce la acción y los hechos.

Eso es lo que debemos medir día a día en el salón de clases por medio de nuestras preguntas y conversaciones. Debemos hacer todo lo posible por determinar en qué punto en el camino de la fe se encuentra el alumno.

La fe es un don de Dios. A medida que la busquemos, nos será dada. Entonces podremos enseñar a los demás cómo obtener fe y mantener el Espíritu siempre. La fe proviene de la obediencia a las leyes y ordenanzas. “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios” (Juan 7:17).

Que las bendiciones del Señor estén con ustedes para enseñar y testificar de esta gran obra de tal modo que sea una influencia en la próxima generación de santos y padres. Que tengan el Espíritu para discernir las necesidades espirituales de sus alumnos a medida que se preparen para vivir en el mundo y no ser del mundo. Que puedan ustedes escuchar sus súplicas para recibir guía y ser modelos por medio del ejemplo de su conducta.

Ruego que por medio de su enseñanza fijen en el corazón de los jóvenes la verdad de que son hijos de Dios. Que Sus bendiciones les acompañen para que en rectitud puedan guiar a su familia con amor.

Agradecemos su servicio devoto y dedicado. Porque así como vivan el Evangelio en su vida y en su hogar, así enseñarán por medio del Espíritu de Dios. En el nombre de Jesucristo. Amén.

LA ACTITUD: LOS ASUNTOS MÁS IMPORTANTES

ÉLDER MARION D. HANKS DE LOS SETENTA

*Extracto de Ensign, julio de 1981,
pág. 70*

No tengan reparos a la hora de decir “No lo sé”, porque ciertamente son muchas las cosas que ignoramos.

Enseñen principios que hagan hincapié en la salvación. Eviten juzgar la fe de otras personas utilizando como



base sus propias opiniones, por sólidas que éstas sean, sobre cuestiones que no tengan una relación sustancial con la salvación.

Para nosotros es muy importante saber que Dios creó al hombre y la tierra. ¿Es acaso igual de trascendente conocer el método, o métodos, y el tiempo que empleó para ello? No lo creo así. Sé que Dios creó la tierra y sé para qué.

POR EL ESPÍRITU DE VERDAD

ÉLDER BOYD K. PACKER DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

*Extracto de un seminario para
presidentes de misión, 3 de abril
de 1985, págs. 2, 4*

El texto sobre el que se basan mis palabras de hoy se encuentra en la sección cincuenta de Doctrina y Convenios, versículo veintinueve. La breve frase de diecinueve palabras es como una ventana que abre el universo entero y da paso a un mundo de luz: “el que recibe la palabra por el Espíritu de verdad, la recibe como la predica el Espíritu de verdad”.

Presten atención al contexto de estas diecinueve palabras:

“Por tanto, yo, el Señor, os hago esta pregunta: ¿A qué se os ordenó?”



“A predicar mi evangelio por el Espíritu, sí, el Consolador que fue enviado para enseñar la verdad...”.

Todas las enseñanzas que recibirán reconocen el hecho de que la conversión se produce por el poder del Espíritu. Para tener éxito en la obra misional, deben ocurrir estas tres cosas:

Debemos comprender lo que debe sentir un investigador para que se produzca la conversión.

Debemos comprender cómo debe sentirse un misionero a fin de enseñar con el poder de conversión del Espíritu.

Finalmente, debemos comprender cómo se debe sentir un miembro de la Iglesia para participar en la experiencia de la conversión.

Cuando comprendamos estas tres cosas, cada detalle de nuestra administración y enseñanza deberían orientarse hacia la preparación de un ambiente en el que puedan plantarse esos principios con la suficiente profundidad, para que los investigadores acepten el bautismo por inmersión para la remisión de pecados.

EL SEÑOR MULTIPLICARÁ LA COSECHA

ÉLDER HENRY B. EYRING
DEL QUÓRUM DE LOS
DOCE APÓSTOLES

Una velada con el élder Henry B. Eyring, 6 de febrero de 1998

Me siento agradecido por estar con ustedes esta tarde.

Esta reunión lleva por título “Una velada con una Autoridad General”. Para mí, es más bien una velada con amigos. Un gran número de personas está reunido en el histórico Tabernáculo en Salt Lake City. Muchos más participan en esta asamblea desde numerosos puntos del país, un auténtico milagro, fruto de una explosión en materia de innovación electrónica, un milagro que avanza cada vez más rápidamente. Esta innovación es prueba del deseo del Señor de dotar a esta obra en la tierra con renovado ímpetu. El Señor, en Su misericordia, está multiplicando los medios a nuestro alcance para llevar a cabo la obra a la que nos ha llamado, que consiste en ofrecer a los hijos de nuestro Padre Celestial la oportunidad de elegir la vida eterna.

En una tarde del mes de febrero quizá se sientan un tanto desalentados ante lo difícil que parece ser el guiar a los jóvenes para que elijan obtener la vida eterna. En su clase actual o anterior, buscaban los rostros de sus alumnos y vigilaban su lenguaje corporal, intentando detectar alguna señal de que el Evangelio estaba anclado en sus corazones y en sus vidas. Nos encontramos a la mitad del año escolar cuando, al menos en este hemisferio, las mañanas son oscuras y en las que quizá releen una antigua carta de agradecimiento de un alumno o intenten recordar una conversación mantenida después de clase que les hizo saber que alguien había cambiado para bien. Todos nosotros ansiamos, algunas veces con dolor, ver alguna muestra de que nuestros esfuerzos y nuestro sacrificio han contribuido de alguna manera a la cosecha de almas del Señor.

Tenemos razones para sentir no solamente esperanzas, sino una gratitud ilimitada. Mucho más que los milagros tecnológicos que el Señor nos está concediendo, nos ha proporcionado desde el principio medios extraordinariamente eficaces para multiplicar los resultados de nuestra labor en la edificación del reino de Dios. Esta tarde me gustaría hablarles de algunos de ellos. De mis palabras quizá puedan ustedes pensar en unos cuantos más. Los que yo mencionaré hoy son tan sencillos y comunes que existe el riesgo de pasarlos por alto y subestimar su eficacia.

Mi objetivo es brindarles la confianza de que, si hacemos las cosas pequeñas, podemos esperar una gran cosecha gracias a los preparativos que el Señor ha hecho para



aumentar los resultados de nuestro trabajo. Podemos conseguir que aumenten las posibilidades de hacer las cosas pequeñas que darán como resultado un incremento de la cosecha, como el Señor prometió a algunos de Sus siervos en la sección 104 de Doctrina y Convenios: “Y si son fieles, multiplicaré bendiciones sobre ellos y su descendencia después de ellos, sí, una multiplicidad de bendiciones” (versículo 33).

Las palabras de esta promesa nos recuerdan el camino que el Señor ha preparado para la gran cosecha de los esfuerzos de ustedes. Es un principio en vigor con anterioridad a la fundación del mundo que se perpetuará por las eternidades. Es el siguiente: el Señor actúa a través de las familias. Cuando se concede una bendición a una persona y también a las generaciones posteriores, se produce un aumento sin fin de las bendiciones. Esa sencilla idea ha cambiado mi forma de ver a mis alumnos e incluso mi forma de verles a ustedes esta tarde. Enseñamos a los alumnos que serán padres y madres de generaciones; no sólo *cabe la posibilidad* de que sean maestros de sus hijos: tienen el mandamiento de serlo. Nosotros tenemos la bendición de enseñar a nuestros alumnos unas cuantas horas a la semana. Los padres pueden, si así lo desean, enseñar a sus hijos varias horas al día durante los años de su tierna infancia, cuando se les puede tocar el corazón y el alma y es más sencillo orientarlos hacia la vida eterna; mucho antes de las edades en las que nosotros tenemos la bendición de enseñarles.

Ahora bien, quizá nos preguntemos si seguirán nuestra forma de enseñar cuando sean padres y tengan que enseñar dentro de los muros de sus propios hogares. Como maestros, nosotros tenemos diferentes responsabilidades y limitaciones que ellos tendrán cuando sean padres. Sin embargo, he aprendido que no sólo utilizan como modelo nuestra enseñanza sino que pueden hacerlo con confianza. Los principios por los que debemos regirnos al enseñar también se aplican en el hogar con la misma intensidad. El atento estudio y la minuciosa aplicación de esos principios será una bendición para generaciones de familias.

SIGAN EL CURSO TRAZADO

El que sería siempre mi punto de partida, para estar seguro de que conozco esos principios, es la lectura del discurso del presidente J. Reuben Clark Jr., “El curso trazado por la Iglesia en la educación”, pronunciado hace sesenta años ante un grupo de maestros en Aspen Grove, de la Universidad Brigham Young. El presidente vio nuestra época y más allá, con perspectiva profética. Los principios que enseñó el presidente Clark, relacionados con la manera de ver a nuestros alumnos y cómo enseñarles, siempre se aplicarán en nuestro salón de clases, en nuestros hogares, en las familias de nuestros alumnos y hasta en las

de los hijos de sus alumnos. Aquí hay principios, estatutos basados en los hechos, del discurso dado por el presidente J. Reuben Clark:

“Los jóvenes de la Iglesia, los alumnos de ustedes, son en la gran mayoría sanos de pensamiento y espíritu. El problema principal no es convertirlos, sino mantenerlos sanos.

“Los jóvenes de la Iglesia tienen hambre de las cosas del Espíritu; están ansiosos por aprender el Evangelio, y lo quieren en su forma más correcta y pura” (*El curso trazado por la Iglesia en la Educación*, ed. rev., 1994, pág. 10).

En otro punto de su discurso, el presidente Clark aclaró los principios de la enseñanza que se derivan de la descripción anterior de nuestros alumnos:

“Ya he indicado que nuestros jóvenes no son niños desde el punto de vista espiritual; están bastante adelantados en el sendero que lleva hacia la madurez espiritual normal del mundo. Tratarlos como niños desde el punto de vista espiritual, tal como el mundo trataría a otro grupo de jóvenes de la misma edad, es también, por lo tanto, inadecuado. Digo una vez más, que casi no hay joven que pase por las puertas de los Seminarios e Institutos que no haya sido un beneficiario consciente de bendiciones espirituales, que no haya visto la eficacia de la oración, que no haya sido testigo del poder de la fe para sanar enfermos o que no haya percibido las manifestaciones espirituales que la mayoría del mundo no conoce. Ustedes no tienen que pararse furtivamente detrás de ese joven que tiene experiencia espiritual con el fin de susurrarle la religión al oído; pueden presentarse delante de él, cara a cara, y hablarle. No tienen necesidad de disfrazar las verdades religiosas con un manto de cosas mundanas; pueden presentarle estas verdades tal y como son. Tal vez los jóvenes les teman menos a esas verdades que ustedes. No hay necesidad de encaramientos graduales, ni cuentos, ni mimos, ni de tratarlos con condescendencia ni otro recurso infantil que se usan cuando se desea enseñar a los espiritualmente inexpertos que están casi muertos en ese sentido” (1992 ed. rev. [discurso dirigido a los maestros de educación religiosa, 8 de agosto de 1938], pág. 12).

Cuando escuchamos esa descripción optimista de la juventud, quizá nos preguntemos si el espectacular crecimiento experimentado por la Iglesia desde 1938 habrá alterado el principio según el cual hay que enseñar las cosas espirituales directamente, porque los jóvenes tienen hambre de recibirlas. Los jóvenes que asistían a las clases de seminario e instituto de religión en tiempos del presidente Clark, eran principalmente Santos de los Últimos Días de segunda o tercera generación, nacidos en el convenio. Hoy en día, el 67% de los miembros de la Iglesia son conversos. De esos conversos, el 60% son jóvenes entre catorce y veinticinco años, la edad en la que se les invita a asistir a nuestras aulas. La proporción de conversos entre nuestros alumnos aumentará cada vez más.

El gran cambio en nuestras aulas, a medida que el reino avanza en toda nación, tribu lengua y pueblo, no hace sino confirmar la visión profética del presidente Clark. En una situación que se repetirá cada vez más a menudo, algunos de nuestros alumnos habrán tomado la decisión de hacer convenios sagrados en las aguas bautismales pocos años atrás o tan sólo unas semanas antes. Habrán recibido, mediante la imposición de manos por personas con autoridad de Dios, el derecho a la compañía del Espíritu Santo. Recordarán ese momento; tendrán hambre de las cosas del Espíritu. Reconocerán la confirmación de la verdad por el Espíritu, estarán ansiosos por ver crecer sus testimonios al sentir la intensidad de los nuestros sobre las verdades fundamentales del Evangelio restaurado de Jesucristo.

De la misma forma en que nuestros alumnos se parezcan cada vez más a la juventud descrita por el presidente Clark, también lo harán los hijos que irán a los hogares de nuestros alumnos. La última vez que se sentaron con un niño a leer un pasaje de las Escrituras o a enseñar una lección de la noche de hogar, vieron y sintieron lo que describió el presidente Clark: Tenía hambre de las cosas del Espíritu, y reconoció la verdad espiritual; en ocasiones como si supiera más de lo que ustedes le estaban diciendo. Los principios expuestos hace tantos años serán una guía clara en los años por venir, tanto en nuestras aulas, como en los hogares de nuestros alumnos y sus descendientes.

Eso hace más esencial que estudiemos y sigamos con fe los principios que deben guiarnos. Aquí hay algunos de ellos, en palabras del presidente Clark, que no dan lugar a dudas:

“Cierto es que ustedes tienen interés en asuntos puramente culturales y en asuntos de conocimiento puramente secular; pero repito una vez más, a fin de dar énfasis: el interés principal de ustedes, y casi su único deber, es enseñar el Evangelio del Señor Jesucristo tal como ha sido revelado en estos últimos días. Deben enseñar este Evangelio, usando como recurso y autoridad los Libros Canónicos de la Iglesia y las palabras de aquellos a quienes Dios ha llamado para dirigir a Su pueblo en estos últimos días. No deben, no importa la posición que ocupen, mezclar en su trabajo su propia filosofía, no importa cuál sea su origen o cuán agradable o racional les parezca. Hacerlo así significaría tener tantas iglesias como seminarios, y eso sería caos.

“Ustedes no deben, no importa el puesto que ocupen, cambiar la doctrina de la Iglesia ni modificar lo que contienen los Libros Canónicos ni lo que declaran los que tienen autoridad para declarar a la Iglesia la voluntad e intención del Señor. El Señor ha dicho que Él es ‘el mismo ayer, hoy y para siempre’” (*El curso trazado*, págs. 13–14).

Ahora bien, según estas instrucciones, debemos enseñar a los alumnos con hambre espiritual, de la forma más directa posible, el Evangelio de Jesucristo tal y como se halla en

los Libros Canónicos y en las palabras de los profetas modernos. En general, las cosas van bien, muy bien; sin embargo, el alcance de nuestra responsabilidad y nuestra oportunidad requiere que nos preguntemos si podemos mejorar. El sentido común y la doctrina nos dan la respuesta. *Podemos* hacerlo mejor. Como cabría esperar, el presidente Brigham Young habló al respecto. ¿Escuchan su voz?

“La mejora pertenece al Espíritu y al plan de los cielos. Mejorar nuestras mentes, aumentar en sabiduría, conocimiento y entendimiento, acumular cada elemento de conocimiento que podamos en mecanismos y ciencias de todas clases, respetar la tierra, el objeto de la organización de la tierra, los cielos y los astros: todo ello es del cielo, viene de Dios; pero cuando una persona o un pueblo comienzan a menguar, a disminuir y a tomar un camino descendente, se están apartando del cielo y de las cosas celestiales” (*Discourses of Brigham Young*, edición de John A. Widtsoe, 1941, pág. 78).

PEQUEÑOS CAMBIOS EN COSAS QUE HACEMOS A MENUDO

La mayoría de nosotros ha tenido alguna experiencia en lo que se refiere a los esfuerzos de mejoramiento personal. La experiencia me ha enseñado lo siguiente sobre la forma de mejorar de personas y organizaciones: Lo mejor es centrarse en los pequeños cambios en las cosas que hacemos a menudo. En la constancia y la repetición hay mucha fuerza, y si podemos guiarnos por la inspiración para elegir pequeñas cosas que cambiar, la obediencia constante dará como resultado mejoras evidentes.

Ahora bien, por ese motivo sugeriré tres medios que casi todos utilizamos, o decidimos no utilizar, cada vez que enseñamos. Un pequeño cambio para mejorar en cualquiera de ellos podría dar como resultado una multiplicación de la cosecha, que es el deseo de nuestros corazones; el primero es el devocional, el segundo es el curso de estudio y el tercero consiste en plantear preguntas y responderlas.

Ahora bien, necesito hablar un poco de la manera en la que buscaría los pequeños cambios, las pequeñas mejoras que podría realizar. Seguiría los principios que enseñó el presidente Clark. Él nos dijo que nuestros alumnos tienen hambre de lo espiritual y estamos aquí para ayudarles a saciar esa hambre. La única manera de alimentarles consiste en que el Santo Espíritu confirme y desarrolle las verdades del Evangelio que enseñamos, y el Señor nos ha dicho cómo estar seguros de que esto ocurra. Un pasaje de las Escrituras que me aclara esta cuestión se encuentra en la sección seis de Doctrina y Convenios, en los versículos catorce y quince. El Señor describe un proceso; los alumnos sabrán que si fue real para Oliver Cowdery, también lo será para ellos y para sus hijos:

“De cierto, de cierto te digo, bendito eres por lo que has hecho; porque me has consultado, y he aquí, cuantas veces

lo has hecho, has recibido instrucción de mi Espíritu. De lo contrario, no habrías llegado al lugar donde ahora estás.

“He aquí, tú sabes que me has preguntado y yo te iluminé la mente; y ahora te digo estas cosas para que sepas que te ha iluminado el Espíritu de verdad”.

Para mí ese pasaje es doctrina verdadera y un mandato sencillo. Los pequeños cambios que buscaría son los que aumentarían la probabilidad de que uno de mis alumnos preguntara a Dios con fe. Esto traerá con total seguridad, en todos los casos, luz por parte del Espíritu; y esa es la alimentación que estamos buscando para nuestros alumnos; nos ayudará a encontrar posibles mejoras en todo lo que hacemos regularmente al enseñar.

EL DEVOCIONAL

El devocional, por ejemplo, es una oportunidad de aplicar el principio. Para la mayoría de nosotros, un devocional puede incluir música, una oración y un pensamiento espiritual, por lo general en ese orden.

Los himnos de Sión invitan al Espíritu Santo a estar presente. Por lo tanto, siempre que sea posible, cantemos. Existe una manera informal de hacerlo y otra más formal. El método formal implica planificación previa teniendo en cuenta la lección que se enseñará el día en cuestión, para encontrar así una idea central cuya veracidad deseamos que los alumnos lleguen a conocer, y entonces pedir a un alumno que elija un himno que contribuya a nuestro objetivo. Esto no parecerá una cosa sin importancia para ese joven cuando perciba que necesitamos su ayuda de verdad. Si se extiende con el cuidado necesario, nuestra invitación puede lograr que el joven tenga que pedir ayuda. Si ora, recibirá la inspiración. Y entonces, cantar ese himno, incluso si el acompañamiento deja mucho que desear y las voces son un poco débiles, será algo más que simple música.

El mismo cambio pequeño puede realizarse por la forma en que pedimos a un joven que ofrezca la oración en un devocional. Podríamos preguntar al alumno, antes de la clase, si tendría inconveniente en ofrecer la primera oración. Si el joven sabe lo que vamos a enseñar ese día y hasta qué punto necesitamos ayuda, quizá le pida a Dios algo de ayuda para él mismo. Cuando esto ocurra, la oración ofrecida en la clase contendrá más súplica y agradecimiento. El alumno que ore y los alumnos que escuchen la petición se sentirán inspirados.

El Señor también ha preparado una manera de multiplicar los esfuerzos de un alumno al que encarguemos ofrecer un pensamiento espiritual. La mayoría de nuestros alumnos leen a diario las Escrituras que estudiamos. Muchos leen también el Libro de Mormón; lo reconozcan o no, están recibiendo confirmación espiritual de la veracidad de esas palabras a medida que las leen. Todos lo haremos a nuestra manera, pero podemos invitar a un alumno a ofrecer el

pensamiento espiritual con palabras semejantes a éstas: “Sé que algo que has leído en las Escrituras te ha impresionado. ¿Te importaría leernos ese pasaje y compartir con nosotros cómo te hizo sentir?”.

Cuando esa invitación se realiza de una manera suficientemente clara, se produce una sucesión de acontecimientos muy intensos. El alumno escuchará con mayor atención esas suaves impresiones del Espíritu al leer. Esa mayor atención incrementará la frecuencia y la claridad de los sentimientos y con ello recibirán la impresión de qué Escritura elegir. Entonces, los alumnos en el salón de clase escucharán más que las palabras de las Escrituras y sentirán más que la emoción del compañero que ese día ofrece el pensamiento espiritual de las mismas. El Espíritu les habrá enseñado antes de que empecemos con el curso de estudios.

EL CURSO DE ESTUDIOS

Ahora, hablemos del curso de estudios, otro medio a nuestro alcance. Podríamos descubrir formas de mejorar nuestro uso del curso con sólo aceptar la veracidad del consejo del presidente Clark. Él aclaró que debemos enseñar las doctrinas fundamentales de la Iglesia que se hallan en los Libros Canónicos y las enseñanzas de los profetas, cuya responsabilidad es declarar la doctrina. Los que diseñan el curso de estudios han seguido esas instrucciones al pie de la letra. Cada plan de la lección, cada sugerencia de qué enseñar y cómo enseñarlo, se prepara de conformidad con ese principio. Las personas llamadas por el profeta para garantizar que la doctrina que se enseña en la Iglesia sea correcta, revisan cada palabra, cada imagen, cada diagrama del curso que ustedes reciben. Para desatar el poder del curso de estudios, basta con actuar con fe en que Dios ha inspirado su creación.

Primeramente, podemos seguir la secuencia de las lecciones, lo cual quizá requiera algo de fe. Por ejemplo, en las últimas semanas me ha impactado cómo los periodistas podrían haber interpretado mejor las noticias que transmitían si hubieran leído el libro de Helamán. (Eso hará reír a los que conocen el libro de Helamán y han visto la televisión hace poco.) El darme cuenta de ello me llevó a estudiar minuciosamente el curso de estudios de seminario e instituto de religión, correspondiente a los capítulos del siete al dieciséis de ese libro, donde se describen los terribles ciclos de prosperidad, orgullo, maldad, desastre, y arrepentimiento entre un pueblo escogido. Ahora bien, si supiera que tengo que enseñar ese material cerca del 1º de marzo, estaría terriblemente tentado a enseñarlo inmediatamente. Contribuiría a conseguir una charla muy animada en clase, quizá bastante animada. Los profetas de aquel día vieron nuestra época con impresionante claridad. Quizá tuviera el efecto en los alumnos de reconocer que los profetas hacen sus advertencias con autoridad de

Dios; seguramente verían que las Escrituras se aplican a los peligros de nuestro tiempo.

Pero éste es mi consejo: Haremos bien en respetar la ruta que nos presenta el curso de estudios inspirado. Nuestra disposición a hacerlo puede enseñar una lección de fe incluso más poderosa. Nuestros alumnos verán que tenemos una sólida convicción de que las Escrituras tienen aplicación en todas las épocas. Tristemente, habrá suficientes razones en marzo o un año después, o incluso cuatro años después, para aplicar las palabras de Helamán a nosotros mismos. Y gracias a nuestro ejemplo, les mostraremos que tenemos una fe perfecta en el hecho de que, si el Señor quisiera que reaccionáramos hoy a los acontecimientos del presente, podemos depender de las palabras del profeta actual, en lugar de arriesgarnos a ser culpables del error contra el cual nos alertó el presidente Clark con estas palabras: “Ustedes no deben... mezclar en su trabajo su propia filosofía personal, no importa cuál sea su origen o cuán agradable o racional les parezca” (*El curso trazado*, págs. 12–13). Seamos discretos; esperemos a que el profeta moderno dé aplicación de las Escrituras para explicar las noticias, en ocasiones terribles, que bombardean las mentes y los corazones de nuestros alumnos.

Apegarse al contenido del curso y a su orden destacará nuestros talentos particulares de enseñanza, no los impondrá. Existen más sugerencias de ideas para enseñar, formas de enseñarlas y pasajes correlacionados de los que cualquiera de nosotros podríamos imaginar. Incluso habiendo reducido y simplificado, obedeciendo los mandatos de los profetas, habrá más en el curso de estudios de lo que podemos abarcar. De modo que hay grandes oportunidades de elegir las partes que se acomoden a su estilo de enseñanza particular, pero como deseamos que nuestros alumnos pregunten al Señor para que sean iluminados, debemos bendecirles con el ejemplo. Para ello, podríamos leer cada palabra del curso. Puede que no tuviéramos tiempo para descubrir y encontrar todos los pasajes correlacionados y estudiarlos, pero Dios conoce a nuestros alumnos al igual que los pasajes correlacionados y las fuentes complementarias. Conoce y aprecia nuestras apretadas agendas y los deseos de nuestros corazones. Sabrá cuando hayamos leído y nos hayamos preparado en todo lo posible. Sabrá cuánto deseamos que nuestros alumnos sean iluminados y hasta qué punto podemos ayudar. Cuando preguntemos, Él nos guiará para saber qué partes del programa debemos utilizar, en qué orden, y qué referencias analizar.

Cuando actuamos de tal manera, se resuelve un viejo rompecabezas; al menos, así lo era para mí. En la clase de desarrollo del maestro que enseñaba hace muchos años, uno de los pasos era una evaluación previa. ¿Se acuerdan de aquello? Siempre me preocupó. El maestro debía preparar una lección aprendiendo en primer lugar lo que los alumnos sabían y lo que necesitaban. Nunca resultaba

claro cómo hacerlo. Incluso en la enseñanza, en las pequeñas mini-lecciones de ese curso, parecía prácticamente imposible realizar una evaluación previa de cada alumno. Algunos de nosotros tenemos unos pocos alumnos y podemos adivinar con cierta seguridad, por el estrecho contacto que tenemos con ellos, lo que saben y lo que necesitan. Sin embargo, para el resto, para los que tenemos grupos numerosos de alumnos a nuestro cargo, esto se hace muy difícil, pero existe una fuente de consuelo. El Señor sabe a la perfección lo que los jóvenes saben y lo que necesitan. Los ama a ellos y nos ama a nosotros. Y con esa ayuda podremos llevar a cabo una evaluación previa y elegir no sólo aquellas partes del curso que nos permitirán utilizar plenamente nuestras facultades para enseñar sino también aquellas que harán que los poderes del cielo descendan sobre esos alumnos en nuestra aula ese día.

Ahora bien, quizá en ocasiones sintamos la necesidad de añadir algo para enriquecer en cierta medida el programa. Este fenómeno suele darse en el mes de febrero. Puede que los alumnos tengan poco interés en acudir a clase o quizá empiecen a asistir de manera más esporádica. Nuestros primeros pensamientos sobre qué añadir suelen centrarse en algo que en otro contexto sabemos atraería su atención. Cada vez más nuestros alumnos son blanco de diversas formas de entretenimiento mundano. El mensaje del presidente Clark sugiere cómo debemos elegir, qué elementos añadir, cómo enriquecer la enseñanza, cómo elegir juiciosamente. El presidente Clark pareció percibir el mundo saturado por los medios de comunicación en el que las generaciones futuras tendrían que vivir y nos prometió que sabríamos, si pedíamos, qué experiencias invitarían al Espíritu y cuáles podrían obstaculizar la influencia del Espíritu que nosotros buscamos. Éste es su ruego por nosotros en ese discurso y ahora quiero prometerles algo:

“Que Dios siempre los bendiga en sus emprendimientos rectos. Que Él avive su entendimiento, aumente su sabiduría, que los ilumine por medio de la experiencia, que les confiera paciencia, caridad y, como entre sus más preciados dones, que los dote con el discernimiento de espíritus para que con certeza conozcan el espíritu de rectitud y el opuesto cuando se enfrenten a ellos. Que Él les dé entrada en los corazones de aquellos a quienes enseñan y que a ustedes les haga saber que al entrar allí se hallan en lugares santos que no deben manchar ni profanar, ya sea mediante doctrina falsa o corrupta, o por un acto pecaminoso. Que Él enriquezca el conocimiento de ustedes con la habilidad y el poder para enseñar la rectitud. Que la fe y el testimonio de ustedes aumenten, y que su habilidad para fomentar en los demás esos atributos crezca más cada día. Todo para que se enseñe, edifique, anime, e impulse a la juventud de Sión a fin de que no caiga junto al camino sino que llegue a alcanzar la vida eterna; para que cuando los jóvenes reciban estas bendiciones, ustedes, a

través de ellos, puedan también ser bendecidos” (*El camino trazado*, pág. 15).

Con esa bendición del presidente Clark, nunca optaremos por animar nuestros seminarios e institutos con música, actuaciones, oradores o humor susceptibles de ofender al Espíritu.

LAS PREGUNTAS FAVORECEN LA INSPIRACIÓN

Quisiera sugerirles ahora un medio más, que quizá puedan aplicar con eficacia: El formular y responder preguntas se encuentra en el corazón mismo del aprendizaje y de la enseñanza. El Maestro preguntaba y respondía (y en ocasiones optaba por no contestar) a preguntas durante su ministerio. El curso de estudios sugiere muchas preguntas que formular y sobre las que meditar. Algunas de ellas requieren únicamente un dato extraído de la memoria: “¿Quién era el padre de Helamán?” o “¿Para quién se consagró esta tierra?”.

Sin embargo, algunas preguntas fomentan la inspiración: Es el tipo de preguntas que formulan los grandes maestros. Quizá requiera un simple cambio de enunciación, o de inflexión de la voz. Un posible ejemplo de pregunta que quizá no favorezca la inspiración: “¿Cómo se reconoce a un profeta verdadero?”. Esa pregunta pide una respuesta que equivale a una lista, recuperada de la memoria, de las Escrituras y las palabras de los profetas modernos; muchos alumnos podrían participar en la respuesta. Muchos podrían hacer sugerencias cuando menos aceptables, y conseguiríamos estimular las mentes.

Pero también podríamos plantear la pregunta de la siguiente forma, con una pequeña modificación: “¿Cuándo han sentido que se encontraban en presencia de un profeta?”. Una pregunta así invitaría a las personas a examinar sus recuerdos a la búsqueda de sentimientos. Después de preguntar, convendría esperar unos instantes antes de pedirle a algún alumno en particular que responda. Incluso los que no hablen estarán pensando en experiencias espirituales. Esto invitará la presencia del Espíritu Santo. Entonces, incluso si ningún alumno dice nada, estarán preparados para que ustedes compartan el testimonio discreto de que ustedes disfrutaron de las bendiciones de vivir en una época en la que Dios ha llamado a profetas para guiarnos y enseñarnos.

Cuando planteamos preguntas a nuestros alumnos, favorecemos la aparición de otras preguntas en sus mentes. En ocasiones, nos preguntarán cosas que son nuevas para nosotros o de las que no conocemos las respuestas que han dado los profetas. En esos momentos haremos bien en recordar nuestra misión: Permitir que nuestros alumnos se nutran escuchando la verdad confirmada por el Espíritu Santo. Cuando tengamos dudas y no podamos responder con verdades fundamentales y bien fundadas del

Evangelio de Jesucristo, serviremos mejor a nuestros alumnos diciendo simplemente “No lo sé”. No serán los únicos en responder así; por ejemplo, cuando dicen que no conocen el día de la Segunda Venida del Salvador; incluso los ángeles del cielo serían incapaces de responder. Podemos mostrar a nuestros alumnos que nuestra fe en Dios responde cualquier pregunta para la que necesitamos una respuesta, así como nuestra paciencia para seguir adelante sin respuesta para todas las demás.

Ninguna de estas sugerencias les parecerá novedosa o importante, pero imaginen conmigo por un momento a uno de nuestros alumnos en unos cuantos años. Visualicen en su mente una pequeña sala, unos cuantos niños pequeños alrededor, algunos de ellos sentados en el suelo, y nuestro alumno, en una silla, sonriéndoles; es hora de empezar la noche de hogar y el padre o la madre anuncia el programa. Los niños empiezan a hacer las cosas habituales, uno de los niños dirige la música, el otro ofrece la oración, otro se encarga del pensamiento espiritual. Entonces, nuestro alumno da una lección sencilla, con unos cuantos pasajes de las Escrituras leídos por el hijo mayor, de unos ejemplares de las Escrituras muy desgastados que ha traído de la mesita de luz. Nuestro alumno menciona algo de una lección anterior y algo sobre una lección posterior. Entonces, juegan un poco, con el mismo sentimiento que reinaba en la habitación al comienzo y que estará presente a la hora de irse todos a la cama.

Para el espectador, esta escena puede parecer algo cotidiano, nada fuera de lo común. Sin embargo, el observador no habría visto algunas cosas, porque habían ocurrido con anterioridad. Esta imagen es el resultado del ejemplo de grandes maestros —del ejemplo de ustedes— de años atrás. Los padres en ese hogar del futuro meditaron sobre

el programa de las Escrituras que debían seguir; pasaron horas preparando esa lección; oraron fervientemente para saber qué ideas enseñar y qué pasajes de las Escrituras utilizar; invitaron en privado a los hijos a elegir un himno, a orar y a ofrecer el pensamiento espiritual. De igual manera, el observador no vería a la pequeña leer las Escrituras todas las noches y, quizá, se le escaparía el brillo de los ojos de un niño al responder a una pregunta seleccionada para invitar al Espíritu a estar presente.

Habrán días en los que será difícil ver los frutos de nuestros desvelos como maestros del Sistema Educativo de la Iglesia. Sin embargo, formamos parte de una gran obra en la que intervienen poderes muy superiores a los nuestros. El Señor de la cosecha, Jesucristo, es nuestro Maestro y nuestro líder. Nos ha llamado a desempeñar una misión especial en Su obra para la que nos ha proporcionado medios para aumentar los resultados de nuestro trabajo. Seremos fieles a la confianza depositada en nosotros y seremos fieles a Su promesa. La juventud de Sión será edificada, nutrida con el pan de vida y formarán familias eternas que serán el cimiento del Reino de Dios en la tierra y la promesa del reino celestial.

Los integrantes del Sistema Educativo de la Iglesia seguiremos el curso trazado ante nosotros. Nuestros alumnos viajarán a nuestro lado tan sólo por unos pocos años, pero se reunirán con nosotros al final del viaje, junto a sus millares de descendientes que habrán disfrutado de bendiciones porque ellos siguieron el ejemplo de sus maestros. Dejo una bendición sobre ustedes y ruego que sepan que el Señor les ama por su fiel servicio y que Él multiplicará los frutos de su cosecha.

En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén.

“DE ACUERDO CON SUS DESEOS”

ÉLDER DEAN L. LARSEN
DE LA PRESIDENCIA DEL
PRIMER QUÓRUM DE LOS
SETENTA

*Extracto de Liahona, abril/mayo
de 1985, págs. 26–27*

Durante muchos años he vivido con el recuerdo de una experiencia que sucedió en mi propia vida, mientras trabajaba en una comunidad en la que la Iglesia tenía un programa completo de seminarios, en un edificio adyacente al del colegio universitario. A mediados del año escolar se produjo una vacante en el profesorado debido a los problemas de salud de uno de los maestros, y se me extendió la



invitación de enseñar esas clases diariamente, durante un tiempo, hasta que pudieran encontrar un maestro permanente. En muchos aspectos, fue una experiencia agradable que a menudo recuerdo con cariño. En una de las clases, sin embargo, había un joven que resultó ser una verdadera prueba para mí. Estaba en su último año de secundaria, era brillante y talentoso, y era obvio que era popular entre los demás alumnos, además de ejercer una influencia considerable en ellos. Lamentablemente su conducta en las clases de seminario era por lo general irreverente. Buscaba la atención de sus compañeros y generalmente la obtenía como resultado de su mal comportamiento durante la clase.

En repetidas ocasiones me sentía frustrado cuando el ambiente que trataba de establecer para analizar y aprender cosas espirituales, era distorsionado por el desorden de este joven que buscaba la atención de los demás alumnos.

Tuvimos varias entrevistas personales que no ayudaron en absoluto, y aun cuando durante ellas mostraba estar de acuerdo conmigo, tan pronto llegaba a la clase siguiente, se volvía a comportar como de costumbre.

Al hablar con el consejero de la institución, me enteré de que el joven provenía de un hogar donde vivía con sólo uno de los padres y que constituía un problema constante en las demás clases del colegio, aun cuando los resultados en las pruebas de aptitud demostraban una habilidad y talentos superiores al promedio.

Entonces llegó finalmente el momento en que sabía que debía hacer algo decisivo si esperaba mantener un nivel de orden y atención en la clase. Después de una de sus típicas interrupciones invité al joven a salir del salón de clases conmigo y, una vez allí, le dije que no toleraría más sacrificar, por su mal comportamiento, las oportunidades que los demás alumnos tenían para aprender. Agregué que no sería más bienvenido a la clase hasta que aprendiera a controlar su conducta y a contribuir a mantener el ambiente espiritual necesario en las aulas de seminario. Se dio media vuelta y abandonó el edificio sin decir una palabra; nunca más volví a verlo.

Su madre me llamó esa tarde para expresarme su descontento y aflicción por lo que yo había hecho. Me advirtió que mi actitud al expulsar a su hijo de la clase de seminario permanecería en mi mente por mucho tiempo.

Su predicción fue correcta; nunca he podido liberarme completamente de esa experiencia; una semana o dos después del incidente, mi trabajo cambió y fui trasladado a otra parte del país. No tengo idea si el joven volvió a la clase de seminario, ni siquiera recuerdo su nombre, ya que han pasado más de 20 años. A veces me pregunto si no habrá por allí algún padre de familia numerosa, que culpe a un maestro antipático de seminarios, de su separación de la Iglesia, hace muchos años.

Estoy seguro de que he aprendido algunas cosas en los años posteriores, que me habrían ayudado a afrontar esa situación de forma más competente. Quizás hay algunas cosas que pude haber hecho para ayudar al joven a cambiar su actitud y conducta y no las hice. Estoy seguro de que sí las hubo; sin embargo, al reflexionar en estas experiencias, recuerdo vívidamente la preocupación que me causaban otros alumnos de la clase y el deseo ferviente que tenía de bendecir su vida de alguna forma. Cuando vuelven a mi mente los recuerdos de ese episodio en particular, inevitablemente me enfrento al mismo problema que tuve cuando le pedí a ese joven que abandonara el salón. Además de la responsabilidad que tenía por las oportunidades espirituales que él necesitaba, ¿cuál era mi responsabilidad hacia los demás alumnos cuyas oportunidades peligraban por la conducta del joven? ¿Y cuáles eran las responsabilidades de él?

LA GUÍA DE UN ALMA HUMANA: LA GRAN RESPONSABILIDAD DEL MAESTRO

PRESIDENTE DAVID O. MCKAY

PRESIDENTE DE LA IGLESIA

Extracto de Instructor, septiembre de 1965, págs. 341–343

Creo que la disciplina en el aula, la cual implica *autocontrol* y supone *consideración por los demás*, es el elemento más importante de la enseñanza...

La mejor lección que puede aprender un niño es el autocontrol y sentir su relación con los que le rodean, de modo que sepa que tiene que respetar sus sentimientos...



...La mala conducta no debería permitirse en la Iglesia ni en ninguno de nuestros centros educativos públicos.

Un entorno indisciplinado, un ambiente en el que se trata con falta de respeto al maestro y a los compañeros, es un entorno que debilitará las importantes cualidades del carácter...

...Cualquier maestro puede echar a un alumno; deben agotar todos sus recursos antes de llegar a tal extremo, pero hemos de tener *orden*. Es necesario para el crecimiento del alma y, si un muchacho se niega, o si dos muchachos se niegan a generar ese elemento, entonces deben marcharse. Es mejor que un muchacho muera de hambre a que una clase completa se envenene lentamente.

LA RESPONSABILIDAD INDIVIDUAL Y EL PROGRESO HUMANO

ÉLDER DEAN L. LARSEN
DE LA PRESIDENCIA DEL
PRIMER QUÓRUM DE LOS
SETENTA

Extracto de Liahona, julio de 1980, págs. 125–128



Los Santos de los Últimos Días saben que esta vida mortal fue creada con el propósito de ponernos en circunstancias en las que podemos ser probados individualmente, y que, haciendo ejercicio del libre albedrío que Dios nos ha dado, podemos determinar nuestras futuras posibilidades. El antiguo profeta Lehi comprendió esto y le dijo a su hijo Jacob: “Así pues, los hombres son libres según la carne; y les son dadas todas las cosas que para ellos son propias. Y son libres para escoger la libertad y la vida eterna, por medio del gran Mediador de todos los hombres, o escoger la cautividad y la muerte” (2 Nefi 2:27).

Además explicó que los hombres “han llegado a quedar libres para siempre, discerniendo el bien del mal, para actuar por sí mismos, y no para que se actúe sobre ellos, a menos que sea por el castigo de la ley... según los mandamientos que Dios ha dado” (2 Ne. 2:26).

En una ocasión, el Señor explicó que Su deseo es “que todo hombre pueda obrar en doctrina y principio pertenecientes a lo futuro, de acuerdo con el albedrío moral... que yo le he dado, para que cada hombre responda por sus propios pecados” (D. y C. 101:78).

El poder de diferenciar lo bueno de lo malo nos da la capacidad de ejercitar la libertad que tenemos de tomar decisiones. Al hacerlo, somos responsables de nuestros actos y no podemos eludir las inevitables consecuencias de nuestras acciones. La libertad de ejercer un control moral es indispensable en un medio en el que las personas tienen un gran deseo de progresar y desarrollarse.

Por la misma condición con la que somos investidos como hijos de nuestro Padre Celestial, en nuestra alma se encuentra implantado el apremiante anhelo de ser libres. También es natural que deseemos ser responsables por nuestro propio destino, puesto que dentro de nosotros hay una pequeña voz que nos confirma que esta responsabilidad es esencial para el logro de nuestro destino eterno.

La existencia de leyes, reglas y procedimientos nunca ha sido suficiente para obligar al hombre a obedecer; en cambio, la obediencia productiva es el resultado del ejercicio del libre albedrío...

La conducta programada no puede producir el nivel de desarrollo espiritual que se requiere para lograr la vida eterna, sino que existe un grado indispensable de libertad y autodeterminación que es esencial para dicho desarrollo. Con la comprensión de los principios correctos y el intrínseco deseo de aplicarlos, debemos sentir dentro de nosotros la motivación para hacer muchas cosas buenas por nuestra propia voluntad porque, como dice la revelación, tenemos el poder de convertirnos en nuestros propios agentes (véase D. y C. 58:27–28).

EN EL ESPÍRITU DE TESTIMONIO

ÉLDER BOYD K. PACKER
DEL QUÓRUM DE LOS
DOCE APÓSTOLES

Let Not Your Heart Be
Troubled [No se turbe vuestro corazón], 1991, págs. 15–19



**EL TESTIMONIO ES LA
FUERZA MOTRIZ**

El testimonio es, pues, la fuerza motriz; la fuerza re-
dentora.

Los programas redimen exclusivamente en la medida en que generen testimonio. Los programas muy sofisticados no hacen mal a nadie si el Espíritu está presente, pero si no está ahí, no servirán de mucha ayuda...

El testimonio tiene dos dimensiones. La primera, *el testimonio que compartimos con ellos*, que tiene el poder de elevarles y ser una bendición para ellos. La segunda, de una importancia infinitamente mayor, *es el testimonio que ellos mismos comparten*, que tiene el poder de redimirles y exaltarles. Quizá ustedes dirán que ellos pueden conseguir un testimonio de nuestras palabras. El nivel del testimonio se crea cuando ellos mismos testifican de la verdad y el Espíritu Santo lo confirma. Santiago dijo: “Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1:22). Y el Señor afirmó: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta” (Juan 7:17).

DEN OPORTUNIDADES AL DÉBIL

Si ustedes que ocupan cargos en la Iglesia desean redimir a las ovejas perdidas, asegúrense de que las “vitaminas”

les lleguen a los que sufren deficiencias y no solamente a los que se nutren con una dieta regular y equilibrada.

La actividad —la oportunidad de servir y testificar— es como una medicina que curará a los enfermos espirituales y fortalecerá a los débiles espirituales. Es un ingrediente esencial para la redención de las ovejas perdidas. Aun así, existe la tendencia, casi programada, a dar oportunidades de crecimiento a los que tienen ya una sobrecarga de actividad. Este patrón es evidente en nuestras estacas y barrios y puede seguir manteniendo fuera a las ovejas perdidas...

Hace algunos años, visité una estaca presidida por un hombre de eficacia y habilidad poco comunes. Cada detalle de la conferencia de estaca se había planificado minuciosamente. El presidente había actuado según el proceder habitual, asignando las oraciones entre los integrantes de la presidencia de estaca, el sumo consejo, los obispos y el patriarca de estaca. No se les había comunicado a los hermanos su asignación, de modo que la modificamos para que aquellos que merecían el honor, cedieran el privilegio a los que necesitaban, desesperadamente, la experiencia.

El presidente tenía una agenda detallada de las sesiones generales y me comentó que había veinte minutos libres en una de ellas. Le dije que podíamos dar alguna asignación a alguien que no tendría la oportunidad en otras circunstancias y que necesitaba esa experiencia para fortalecerse. El presidente replicó que en vez de eso podía avisar a varios líderes capaces y preeminentes para que prepararan mensajes y discursaran si fuera necesario. “Habrá muchos no miembros presentes”, dijo el presidente. “Estamos acostumbrados a tener conferencias muy organizadas y refinadas. Tenemos gente muy capaz en la estaca y causarán una excelente impresión”.

Nuevamente en dos ocasiones a lo largo de nuestra reunión el presidente mencionó el plan e insistió en contar con la participación de los “más capaces” de la estaca. Yo dije: “¿Por qué no emplear ese tiempo en los que más lo necesitan?”. Su reacción fue de desencanto: “Bien, usted es la Autoridad General”.

El domingo por la mañana temprano volvió a recordarme que todavía estábamos a tiempo de avisar a alguien y causar así una buena impresión.

El presidente de estaca inició la sesión de la mañana con un discurso muy preparado y conmovedor. A continuación, dio la palabra a su segundo consejero; resultaba obvio que estaba nervioso. Empezó diciendo: “No se puede creer nada de lo que el hermano Packer dice”. (Habíamos indicado anteriormente que ambos consejeros probablemente hablarían en la sesión del mediodía). Íbamos a ir a su casa para el almuerzo; había pensado que tendría tiempo de repasar sus notas, así que las había dejado en casa.

A falta de notas, recurrió al testimonio y compartió el relato inspirador de una bendición que había dado durante la

semana. Un hermano, desahuciado por los médicos, había sido arrebatado de las garras mismas de la muerte por el poder del sacerdocio. Ignoro el contenido de sus notas, pero estoy seguro de que no tenían comparación con lo inspirado de su testimonio.

Una anciana se encontraba sentada en la primera fila, de la mano con un hombre de aspecto desgastado. Aquella hermana desentonaba un poco en la congregación, entre tantos modelos a la última moda; su aspecto era un tanto casero. Parecía que tenía el derecho de hablar en la conferencia y de que se le diera el privilegio de presentar un informe de su misión. Cincuenta y dos años antes, había regresado de la misión, y desde entonces nunca había recibido una invitación para hablar delante de una congregación en la Iglesia. Compartió un enternecedor y emotivo testimonio.

Se invitó a otros a que se dirigieran a la congregación y, estando cercano el final de la reunión, el presidente sugirió que yo tomara el resto del tiempo. “¿Ha tenido usted alguna impresión espiritual?”, le pregunté. Replicó que seguía teniendo en mente al alcalde. (Los votantes de aquella gran ciudad habían elegido como alcalde a un miembro de la Iglesia, y éste se encontraba en la congregación.) Cuando le dije que podía pedirle al alcalde que saludara, el presidente me susurró que no era un miembro activo en la Iglesia. Cuando le sugerí que lo hiciera de todas formas, se resistió diciendo categóricamente que no era digno de hablar en aquella reunión; ante mi insistencia, solicitó al hermano en cuestión que se acercara al estrado.

El padre del alcalde había sido un pionero de la Iglesia en aquel lugar. Había servido como obispo de uno de los barrios y uno de sus hijos le había sucedido, el hermano gemelo del alcalde, si no recuerdo mal. El alcalde era la oveja perdida, se puso de pie detrás del púlpito y habló, para mi sorpresa, con rencor y hostilidad. Su intervención empezó más o menos así: “No sé por qué me han pedido que hable aquí. No sé por qué me encuentro en la Iglesia hoy, éste no es mi sitio; nunca he encajado aquí, no estoy de acuerdo con la manera de actuar de la Iglesia”.

Confieso que empecé a inquietarme, pero en ese momento guardó silencio y bajó la mirada hasta clavarla en el púlpito. Desde ese momento hasta que terminó de hablar, no volvió a alzar los ojos. Tras titubear, continuó: “Creo que no hay motivo para no decírselo: dejé de fumar hace seis semanas”. Entonces, sacudiendo el puño por encima de su cabeza, en un gesto dirigido a la congregación, continuó diciendo: “Si alguno de ustedes dice que eso ha sido fácil, entonces nunca ha experimentado el infierno que yo he vivido en las últimas semanas”.

En ese momento, se desmoronaron sus defensas: “Sé que el Evangelio es verdadero”, confesó, “siempre lo he sabido. Lo aprendí de niño, de mi madre”.

“Sé que la Iglesia no es la que está equivocada”, se sinceró, “sé que el que no está en lo correcto soy yo, y siempre lo he sabido también”.

Entonces dijo, quizá en nombre de todas las ovejas perdidas: “Sé que soy yo el que está equivocado y quiero volver. He intentado volver, pero ustedes no me lo permiten”.

Por supuesto que le dejábamos regresar, pero de alguna manera no se lo habíamos hecho saber. Después de la reunión, los presentes se abalanzaron en tropel sobre él, no sobre nosotros, para decirle “Bienvenido a casa”.

Al término de la conferencia, de camino hacia el aeropuerto, el presidente de estaca me dijo: “Hoy he aprendido una lección”.

Con la esperanza de confirmarla, le repliqué: “Si hubiéramos hecho lo que usted quería, habría usted hecho hablar al padre, o quizá al hermano, o al obispo, de aquel hombre, ¿verdad?”

Asintió con la cabeza y replicó: “Cualquiera de ellos, si se le hubieran asignado cinco minutos habría compartido un discurso inspirador de quince o veinte minutos, que habría contado con la aceptación de los presentes. Pero ninguna oveja perdida habría tenido la oportunidad de ser reclamada”.

Todos los que dirigimos los barrios y las estacas tenemos la obligación de abrir la puerta a las ovejas perdidas, de hacernos a un lado para dejarlas pasar. Hemos de aprender

a no bloquearles el acceso. La entrada es muy estrecha. A veces, adoptamos la torpe postura de intentar meterlas a través de una puerta que nosotros mismos estamos bloqueando. Solamente cuando albergamos el espíritu que nos impulsa a elevarlos, a empujarlos desde atrás para que nos precedan, para verles elevarse ante nosotros, tendremos el espíritu que engendrará el testimonio.

Me pregunto si acaso no sería esto a lo que el Señor se refería cuando dijo: “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos” (Mateo 9:12).

No estoy promulgando que se bajen las normas; mas bien todo lo contrario. Un número mayor de ovejas perdidas responderá a las normas elevadas más que a las bajas. La disciplina espiritual tiene un valor terapéutico.

La disciplina es una forma de amor, una expresión del mismo; es un elemento necesario y poderoso en la vida de las personas.

Cuando un niño que da sus primeros pasos juega junto a la carretera, lo evitamos. Muy pocos, a menos que se trate de nuestro propio hijo o nieto, pararán el vehículo para llevarlo a un lugar seguro y, si fuera preciso, disciplinarlo; si lo amamos lo suficientemente, lo haremos. Retener la disciplina cuando ésta contribuiría al crecimiento espiritual, es prueba de falta de amor e interés.

La disciplina espiritual, enmarcada en amor y confirmada con el testimonio, contribuirá a redimir almas.

CUÍDENSE DEL ORGULLO

**POR EL PRESIDENTE
EZRA TAFT BENSON
PRESIDENTE DE LA IGLESIA**

*Véase Liahona, julio de 1989,
págs. 4–8*

Mis amados hermanos y hermanas, me regocijo de estar con ustedes en esta gloriosa conferencia general de la Iglesia. Cuán agradecido estoy por el amor, las oraciones y el servicio de los devotos miembros de la Iglesia que hay en todo el mundo.

Quisiera elogiar a los santos fieles que están esforzándose por inundar la tierra con el Libro de Mormón y por absorber sus enseñanzas ellos mismos. No sólo debemos sacar a luz, de manera extraordinaria, más ejemplares de este libro, sino que debemos hacer penetrar en nuestra propia vida y en toda la tierra más de sus maravillosos mensajes.



Este libro sagrado se escribió para nosotros, para nuestros días. Debemos aplicar sus enseñanzas a nosotros mismos (véase 1 Nefi 19:23).

EL PECADO DEL ORGULLO

Doctrina y Convenios nos dice que el Libro de Mormón es el registro de “un pueblo caído” (véase D. y C. 20:9). ¿Y por qué cayó ese pueblo? Ése es uno de los mensajes principales del Libro de Mormón. Mormón mismo da la respuesta en los últimos capítulos del libro con estas palabras: “He aquí, el orgullo de esta nación, o sea, el pueblo de los nefitas, ha sido la causa de su destrucción a menos que se arrepientan” (Moroni 8:27). Y luego, no sea que podamos perder el significativo mensaje del Libro de Mormón que nos legó ese pueblo caído, el Señor nos advierte en Doctrina y Convenios: “...mas cuidaos del orgullo, no sea que lleguéis a ser como los nefitas de la antigüedad” (D. y C. 38:39).

Sinceramente deseo la ayuda de la fe y las oraciones de ustedes al tratar de aclarar este mensaje del Libro de Mormón sobre el pecado del orgullo. Este es un mensaje

que he tenido pesándome sobre el alma durante algún tiempo ya. Sé que el Señor quiere que este mensaje se dé a conocer ahora.

“CUÍDATE DEL ORGULLO”

En el concilio preterrenal, fue el orgullo lo que hizo caer a Lucifer, “el hijo de la mañana” (2 Nefi 24:12–15; véase también D. y C. 76:25–27; Moisés 4:3). Al llegar el fin de este mundo, cuando Dios purifique la tierra con fuego, los orgullosos serán quemados como rastrojo y los mansos heredarán la tierra (véase 3 Nefi 12:5; 25:1; D. y C. 29:9; José Smith—Historia 1:37; Malaquías 4:1).

En Doctrina y Convenios el Señor emplea tres veces la frase “cuídate del orgullo”, entre las cuales se incluyen las advertencias que les hizo a Oliver Cowdery, el segundo líder de la Iglesia, y a Emma Smith, la esposa del Profeta (D. y C. 23:1; véase también D. y C. 25:14; 38:39).

LA DEFINICIÓN QUE DIOS LE DA AL ORGULLO

El orgullo es un pecado muy mal interpretado y muchos pecan en la ignorancia (véase Mosíah 3:11; 3 Nefi 6:18). En las Escrituras no hay nada que hable de un orgullo justo, sino que siempre se considera un pecado. Por lo tanto, sea cual sea la forma en que el mundo emplee la palabra, nosotros debemos entender la forma en que Dios la emplea para poder comprender el lenguaje de las Sagradas Escrituras y sacar provecho de ellas (véase 2 Nefi 4:15; Mosíah 1:3–7; Alma 5:61).

La mayoría de nosotros piensa en el orgullo como egocentrismo, vanidad, jactancia, arrogancia o altivez; aunque todos estos son elementos que forman parte de ese pecado, su núcleo no está en ellos.

La característica principal del orgullo es la enemistad: enemistad hacia Dios y enemistad hacia nuestros semejantes. *Enemistad* significa “aversión, odio, resentimiento” o estado de oposición. Es el poder por el cual Satanás desea dominarnos.

LA ENEMISTAD HACIA DIOS

El orgullo por naturaleza es esencialmente competitivo. Oponemos nuestra voluntad a la de Dios. Cuando lo hacemos blanco a Él de nuestro orgullo, es con la actitud de decir: “Que se haga mi voluntad y no la Tuya”. Como dijo Pablo, “todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús” (Filipenses 2:21).

Nuestra voluntad, al colocarse en oposición a la de Dios, deja que nuestros deseos, apetitos y pasiones corran desenfrenados (véase Alma 38:12; 3 Nefi 12:30).

Los orgullosos no pueden aceptar que la autoridad de Dios dé dirección a su vida (véase Helamán 12:6). Oponen sus percepciones de la verdad contra el vastísimo conocimiento

de Dios, sus aptitudes en contra del poder del sacerdocio de Dios, sus propios logros contra las obras grandiosas de Él.

Nuestra enemistad hacia Dios puede ir marcada con etiquetas variadas, como la rebelión, la dureza de corazón, la dureza de cerviz, la impiedad, la vanidad, la facilidad para ofenderse y el deseo de recibir señales. Los orgullosos quieren que Dios esté de acuerdo con ellos, pero no tienen interés en cambiar de opinión para que la suya esté de acuerdo con la de Dios.

LA ENEMISTAD HACIA NUESTROS SEMEJANTES

Otro aspecto principal que es muy frecuente en este pecado del orgullo es la enemistad hacia nuestros semejantes. Diariamente nos vemos tentados a elevarnos por encima de los demás y a tenerlos por poca cosa (véase Helamán 6:17; D. y C. 58:41).

Los orgullosos hacen de toda persona su adversario, oponiendo a los demás su intelecto, opiniones, trabajos, riqueza, talentos y cualquier otro valor mundano. Según las palabras de C. S. Lewis: “El orgullo no encuentra placer en poseer algo, sino en poseerlo en mayor cantidad que el vecino... Lo que nos enorgullece es la comparación, el placer de colocarnos por encima de los demás. Una vez que desaparece el elemento de competencia, el orgullo deja de existir” (*Mere Christianity*, 1952, págs. 109–110).

En el concilio preterrenal, Lucifer presentó su propuesta en competencia con el plan del Padre, por el que Jesús abogaba (véase Moisés 4:1–3). Lucifer quería recibir honor por encima de todos los demás (véase 2 Nefi 24:13). En resumen, su orgulloso deseo era destronar a Dios (véase D. y C. 29:36; 76:28).

LAS CONSECUENCIAS DEL ORGULLO

Las Escrituras están repletas de evidencias de las graves consecuencias que trae el pecado del orgullo al hombre, individualmente, en grupos, a las ciudades y a las naciones. “Antes del quebrantamiento es la soberbia” (Proverbios 16:18). Eso fue lo que destruyó a la nación nefita y a la ciudad de Sodoma (véase Moroni 8:27; Ezequiel 16:49–50).

Por el orgullo, Cristo fue crucificado. Los fariseos estaban irritados porque Jesús proclamaba ser el Hijo de Dios, lo cual ponía en peligro la posición de ellos, y por eso tramaron Su muerte (véase Juan 11:53).

Saúl se convirtió en enemigo de David por causa del orgullo. Estaba celoso porque la multitud de las mujeres de Israel cantaban diciendo: “Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles” (1 Samuel 18:7; véase también 18:6, 8).

Los orgullosos temen más el juicio de los hombres que el juicio de Dios (véase D. y C. 3:6–7; 30:1–2; 60:2). La idea de “¿Qué pensarán los demás de mí?” pesa más para ellos que la de “¿Qué pensará Dios de mí?”.

El rey Noé estaba a punto de liberar al profeta Abinadí, pero sus malvados sacerdotes apelaron a su orgullo y esto envió a Abinadí a la hoguera (véase Mosíah 17:11–12). Herodes se entristeció ante la exigencia de su esposa de que le cortara la cabeza a Juan el Bautista; pero su orgulloso deseo de quedar bien ante los ojos “de los que estaban con él a la mesa” le hizo mandar a matar a Juan (Mateo 14:9; véase también Marcos 6:26).

El temor de los juicios de los hombres se manifiesta en la competencia que tiene lugar por lograr la aprobación de los demás. Los orgullosos aman “más la gloria de los hombres que la gloria de Dios” (Juan 12:42–43). El pecado se manifiesta en los motivos que tenemos para hacer lo que hacemos. Jesús dijo que Él hacía siempre “lo que le agrada[ba]” al Padre (Juan 8:29). ¿No sería mejor que nuestro motivo fuera agradar a Dios en lugar de tratar de colocarnos por encima de nuestros hermanos y tratar de superarlos?

A algunas personas orgullosas no les preocupa tanto que sus salarios sean suficientes para sus necesidades como que sean más de lo que otros ganan. Hallan su recompensa en estar por encima de los demás. Esta es la enemistad del orgullo.

Cuando el orgullo se apodera de nuestro corazón, perdemos nuestra independencia del mundo y entregamos nuestra libertad al cautiverio de los juicios humanos. La voz del mundo suena más fuerte que los susurros del Espíritu Santo. El razonamiento de los hombres triunfa sobre las revelaciones de Dios y los orgullosos se sueltan de la barra de hierro (véase 1 Nefi 8:19–28; 11:25; 15:23–24).

LAS MANIFESTACIONES DEL ORGULLO

El orgullo es un pecado que se puede observar fácilmente en los demás, pero que raramente admitimos en nosotros mismos. La mayoría de nosotros lo consideramos un pecado de los que están en la cumbre, como los ricos y los eruditos que nos miran a nosotros como si fuéramos poca cosa (véase 2 Nefi 9:42). Sin embargo, hay una dolencia mucho más común entre nosotros, y es la del orgullo de los que están abajo mirando hacia arriba; éste se manifiesta de diversas formas, como la crítica, el chisme, la calumnia, la murmuración, la pretensión de gastar más de lo que se gana, la envidia, la codicia, la supresión de la gratitud, el elogio que podría elevar a otro, el rencor y los celos.

La desobediencia es esencialmente una lucha orgullosa por el poder en contra de alguien que tiene autoridad sobre nosotros. Puede tratarse de los padres, de un líder del sacerdocio, de un maestro y hasta de Dios. El orgulloso aborrece la idea de que haya alguien que esté por encima de él, pues piensa que esto rebaja su propia posición.

El egoísmo es uno de los aspectos más comunes del orgullo. “La forma en que todo me afecta a mí” es lo que más

le importa a la persona: la vanidad, la autocompasión, el interés por la fama del mundo, la gratificación de los deseos personales y de sus propios intereses.

El orgullo da como resultado combinaciones secretas que se establecen para lograr poder, riquezas y la gloria del mundo (véase Helamán 7:5; Éter 8:9, 16, 22–23; Moisés 5:31). Este fruto del pecado del orgullo, a saber, las combinaciones secretas, destruyó a las civilizaciones de los Jareditas y los nefitas, y ha sido y será todavía la causa de la caída de muchas naciones (véase Éter 8:18–25).

Otro aspecto del orgullo es la contención. Las discusiones acaloradas, las peleas, el dominio injusto, la falta de entendimiento entre las generaciones, el divorcio, el abuso entre cónyuges, los tumultos y disturbios; todos encajan en esta categoría del orgullo.

La contención en la familia aleja de ella al Espíritu del Señor; también aparta a muchas personas de su familia. La contención varía desde una palabra hostil hasta los conflictos mundiales. Las Escrituras nos dicen que “la soberbia [u orgullo] concebirá contienda” (Proverbios 13:10; véase también Proverbios 28:25).

Las Escrituras testifican que los orgullosos se ofenden fácilmente y guardan rencor por las ofensas (véase 1 Nefi 16:1–3). Se niegan a perdonar a fin de mantener a la otra persona en el papel de deudor y de justificar sus malos sentimientos.

El orgulloso no acepta mansamente los consejos ni la corrección (véase Proverbios 15:10; Amós 5:10), sino que se pone a la defensiva para justificar sus debilidades y sus faltas (véase Mateo 3:9; Juan 6:30–59).

El orgulloso depende del mundo para que le diga si vale algo o no. Su autoestima se determina según el lugar en que se le juzgue en la escala del éxito mundano. Se considera de valor si la cantidad de personas que están por debajo de él en logros, talento, belleza o intelecto es bastante grande. El orgullo es ofensivo. Su concepto es: “Si tú tienes éxito, yo soy un fracaso”.

Si amamos a Dios, hacemos Su voluntad y tememos Su juicio más que el de los hombres, tendremos autoestima.

“UN PECADO CONDENATORIO”

El orgullo es un pecado condenatorio en todo el sentido de la palabra y limita o detiene el progreso (véase Alma 12:10–11). El orgulloso no es maleable de enseñar (véase 1 Nefi 15:3, 7–11); no cambia su manera de pensar para aceptar la verdad, porque eso implicaría que ha estado equivocado.

El orgullo afecta todas nuestras relaciones: la que tenemos con Dios y Sus siervos, la de esposo y esposa, de padres e hijos, de patrón y empleado, de maestro y alumno, y de toda la humanidad. Nuestro grado de orgullo determina

cómo trataremos a Dios y a nuestros hermanos. Cristo desea elevarnos a donde Él está. ¿Deseamos nosotros hacer lo mismo por nuestros semejantes?

El orgullo apaga nuestro sentido de que somos hijos de Dios y de que todos somos hermanos; nos separa y divide en “clases”, de acuerdo con nuestras “riquezas” y nuestras “oportunidades de aprendizaje” (3 Nefi 6:12). La unidad es imposible entre un pueblo orgulloso, y a menos que seamos uno, no somos del Señor (véase Mosíah 18:21; D. y C. 38:27; 105:2–4; Moisés 7:18).

EL PRECIO DEL ORGULLO

Piensen en lo que nos ha costado el orgullo en el pasado y en lo que nos cuesta ahora a nosotros mismos, a nuestra familia y a la Iglesia.

Piensen en el arrepentimiento que tendría lugar y que cambiaría la vida de las personas, que daría como resultado matrimonios sólidos y hogares fuertes, si el orgullo no nos impidiera confesar nuestros pecados y abandonarlos (véase D. y C. 58:43).

Piensen en los muchos miembros de la Iglesia que son menos activos porque se les ha ofendido y cuyo orgullo no les permite perdonar ni participar de las bendiciones del Señor.

Piensen en las decenas de miles de jóvenes y de matrimonios adicionales que podrían estar en una misión, si no fuera porque el orgullo les impide entregar por completo su corazón a Dios (véase Alma 10:6; Helamán 3:34–35).

Piensen en cuánto podría aumentar la obra del templo si el tiempo utilizado en este sagrado servicio fuera más importante que muchos otros pasatiempos.

EL PECADO UNIVERSAL

El orgullo nos afecta a todos, en diferentes momentos y con distinta intensidad. En esto se puede ver por qué el edificio que estaba en el sueño de Lehi y que representa el orgullo del mundo era “grande y espacioso” y se reunieron en él grandes multitudes (véase 1 Nefi 8:26, 33; 11:35–36).

El orgullo es el pecado universal, el gran vicio. Sí, *es* el pecado universal, el gran vicio.

LA HUMILDAD: EL ANTÍDOTO DEL ORGULLO

Su antídoto es la humildad, la mansedumbre, la obediencia (véase Alma 7:23). Es el corazón quebrantado y el espíritu contrito (véase 3 Nefi 9:20; 12:19; D. y C. 20:37; 59:8; Salmos 34:18; Isaías 57:15; 66:2). Como lo expresó tan acertadamente [el escritor inglés] Rudyard Kipling:

*Vano poder los reinos son;
huecos los gritos y el clamor.
Constante sólo es tu amor;*

*al compungido da perdón.
No nos retires tu amor;
háznos pensar en ti, Señor.*

(“Háznos pensar en ti, Señor”, *Himnos*, N° 35).

ELIJAMOS SER HUMILDES

Dios quiere un pueblo humilde. Podemos elegir entre ser humildes por decisión propia o porque se nos obligue a ser humildes. Alma dijo: “benditos son aquellos que se humillan sin ser obligados a ser humildes” (Alma 32:16).

Tomemos la decisión de ser humildes.

Podemos tomar la decisión de ser humildes venciendo la enemistad hacia nuestros hermanos, amándolos como a nosotros mismos y elevándolos hasta nuestra altura o por encima de nosotros (véase D. y C. 38:24; 81:5; 84:106).

Podemos tomar la decisión de ser humildes al adoptar una actitud sumisa que nos permita aceptar los consejos y las amonestaciones que se nos dan (véase Jacob 4:10; Helamán 15:3; D. y C. 63:55; 101:4–5; 108:1; 124:61, 84; 136:31; Proverbios 9:8).

Podemos tomar la decisión de ser humildes al perdonar a aquellos que nos hayan ofendido (véase 3 Nefi 13:11, 14; D. y C. 64:10).

Podemos tomar la decisión de ser humildes al servir con abnegación (véase Mosíah 2:16–17).

Podemos tomar la decisión de ser humildes al cumplir misiones y predicar la palabra que hará humildes también a otras personas (véase Alma 4:19; 31:5; 48:20).

Podemos tomar la decisión de ser humildes al asistir con más frecuencia al templo.

Podemos tomar la decisión de ser humildes al confesar y abandonar nuestros pecados y nacer nuevamente de Dios (véase D. y C. 58:43; Mosíah 27:25–26; Alma 5:7–14, 49).

Podemos ser humildes al amar a Dios, al someter nuestra voluntad a la Suya y al darle a Él el lugar de prioridad en nuestra vida (véase 3 Nefi 11:11; 13:33; Moroni 10:32).

Tomemos la decisión de ser humildes. Podemos hacerlo, yo sé que podemos.

LA GRAN PIEDRA DE TROPIEZO PARA SIÓN

Mis queridos hermanos, debemos prepararnos para redimir a Sión. Lo que nos impidió establecer a Sión en los días del profeta José Smith fue principalmente el pecado del orgullo, y ese mismo pecado fue lo que puso fin al cumplimiento de la ley de consagración entre los nefitas (véase 4 Nefi 1:24–25).

El orgullo es la gran piedra de tropiezo de Sión. Repito, el orgullo *es* la gran pieza de tropiezo de Sión.

Debemos limpiar el interior del vaso venciendo el orgullo (véase Alma 6:2-4; Mateo 23:25-26).

Debemos someternos “al influjo del Santo Espíritu”, despojarnos “del hombre natural” orgulloso, convertirnos en “santos por medio de la expiación de Cristo el Señor”

y volvernos “como un niño: sumiso, manso, humilde” (Mosiah 3:19; véase también Alma 13:28).

Que podamos hacerlo así y seguir adelante cumpliendo nuestro destino divino, es mi ferviente oración, en el nombre de Jesucristo. Amén.

LOS PELIGROS DE LAS SUPERCHERÍAS SACERDOTALES

POR PAUL V. JOHNSON
ADMINISTRADOR DEL SEI
PARA LA EDUCACIÓN RELI-
GIOSA Y LA EDUCACIÓN PRI-
MARIA Y SECUNDARIA

Conferencia del SEI sobre
Doctrina y Convenios e Historia
de la Iglesia 2002, 12 de agosto de
2002

Hoy quisiera enfocarme en una capacitación sobre seguridad.



Antes de salir al campo misional, trabajé en una fábrica manufacturera soldando maquinaria de granjas. Nos enseñaron sobre la seguridad en la fábrica y alrededor de la maquinaria. Había ciertas normas de seguridad y procedimientos que se cumplían, las cuales incluían qué tipo de zapatos teníamos que usar.

He estado en algunas minas como visitante. Es interesante saber que incluso los visitantes reciben capacitación sobre la seguridad y se les proporciona equipo de seguridad antes de ingresar a la mina. Las minas modernas tienen aparatos que controlan la calidad del aire para que, en caso de haber un problema, a los mineros se les alerte con suficiente tiempo para que puedan salir de la mina de prisa. Antes de implementarse estos modernos sistemas de control, los mineros solían llevar canarios a las minas. Los canarios son más sensibles a los gases tóxicos y se asfixiarían antes de que los mineros fueran afectados. Si se moría el canario, los mineros sabían que debían salir de allí. Era una forma de sistema de alerta precoz.

El objetivo de la capacitación de seguridad en la industria manufacturera, minera y en otras industrias es el de eliminar situaciones peligrosas, el de reducir los accidentes y salvar vidas. En realidad nunca he pensado en la educación de la Iglesia como una profesión peligrosa, al menos en cuanto a accidentes físicos. Nosotros, sin embargo, tenemos peligros espirituales.

Cuando Jeffrey R. Holland era Comisionado de Educación, nos dio un mensaje en el cual se refirió al cuidado que tienen los empleadores de la industria por la seguridad de sus empleados:

“Nuestra ocupación tiene peligros únicos, si es que los puedo llamar así; y nuestros empleadores tienen algo de esa misma tierna preocupación. Espero que no consideren como falta de fe o de confianza a los incesantes recordatorios que se colocan frente a ustedes. Evidentemente no son eso; son como los letreros de la choza en donde se guarda la pólvora: una advertencia. Siempre estarán allí, para nuestro beneficio, y supongo que deben estar siempre allí” (“Pitfalls and Powder Sheds”, *The Growing Edge*, noviembre de 1978, pág. 1).

Nos enfrentamos a muchos peligros en nuestra labor. Algunos de ellos no son específicos de nuestra ocupación pero pueden influir en nuestro empleo. Por ejemplo, dejar de estar al corriente en las obligaciones financieras podría llevarnos a perder nuestro empleo en el SEI.

En el mundo de hoy hay muchos divorcios y problemas conyugales. En la mayoría de los trabajos, el matrimonio y la vida en el hogar de un empleado no tienen ninguna relación con el hecho de que un empleado pueda conservar su trabajo o no, pero debido a la importancia que la Mesa Directiva de Educación da al hecho de tener buenos ejemplos en los salones de clase, en el SEI esto sí tiene mucho que ver.

Otro peligro podría ser la falta de tener una buena comunicación con los alumnos. Cada año perdemos gente porque no han sido cuidadosos y no han seguido los consejos. De esto se ha hablado en muchas ocasiones por lo que no hablaré de ello en el día de hoy. Sólo diré una vez más, sean cuidadosos en su comportamiento con los alumnos.

Otro desafío que tenemos es el de mantener la pureza de la doctrina. En un comentario sobre este peligro Jeffrey R. Holland dijo:

“Hermanos y hermanas, tengan a bien ser prudentes, moderados y completamente cautelosos en todos los asuntos que conciernen a la doctrina de la Iglesia. Esto es, como ustedes se imaginan, de gran preocupación para las Autoridades Generales, nuestros empleadores en esta gran obra. Y a pesar de que nos aman, nos ayudan y confían en nosotros individual y colectivamente (y ciertamente así es), no pueden dejar de responder a la angustia que ha expresado un miembro de la Iglesia, que siente que en el salón de clase se ha tomado una posición doctrinal o histórica poco apropiada. Es en vista del incesante peligro

que siempre está ante nosotros... que les doy estas advertencias y recordatorios...

“Con apropiada restricción, lo que enseñamos debe estar en armonía con los profetas y las sagradas Escrituras. No se nos ha llamado para enseñar doctrinas exóticas, entusiastas o egoístas. Sin duda tenemos bastante a nuestro alcance para comunicar con eficacia la enseñanza de los principios más básicos y fundamentales de la salvación... Continúen estudiando por el resto de su vida, pero sean prudentes y limiten la instrucción en el salón de clases a lo que las Autoridades Generales indiquen. Escuchen con atención y fíjense en qué es lo que ellos escogen para enseñar en la conferencia general; son ellos quienes *han sido* ordenados” (“Pitfalls”, pág. 1).

Hay otra preocupación a la que nos enfrentamos. Ahora tenemos acceso a Internet en nuestras computadoras de seminarios, en los institutos de religión y en los sitios administrativos. Hermanos y hermanas, a medida que abrimos esta puerta, necesitamos ser muy cuidadosos. La Iglesia, no sólo el SEI, no tiene tolerancia a la pornografía y a la utilización de Internet para este propósito con equipos de la Iglesia. Ustedes pueden perder su trabajo en un día; nos desagradaría mucho ver que esto suceda y esperamos que entiendan la seriedad del asunto. De hecho, el sistema de filtro que se utiliza en este momento puede generar informes que incluyen cada sitio de Internet que se visita desde cada computadora en el SEI. Esperamos que sean muy cuidadosos. En el futuro, si ustedes muestran una adicción personal o un patrón de conducta del uso de la pornografía, incluya o no los equipos del SEI, tendrá como consecuencia la pérdida de su trabajo. Esta gran plaga se ha extendido por el mundo, pero no la podemos tener entre nosotros. Debemos tener el Espíritu cuando enseñemos a esta preciosa juventud. Los profetas nos han advertido de esta maldad y debemos ser ejemplos de pureza en esta área.

LOS PELIGROS DE LA SUPERCHERÍA

Hay una cantidad de otros peligros que pueden ser únicos para nuestro tipo de ocupación, pero me gustaría enfocarme sólo en uno hoy: el peligro de la superchería sacerdotal. Desconozco cuánto tiempo hemos usado en el pasado para capacitar en esta área; no mucho en cuanto a este tema. Hay peligros específicos con la superchería sacerdotal a los cuales nosotros como profesionales asalariados somos más sensibles. Si somos conscientes de los peligros, podremos evitarlos más fácilmente.

¿Qué son las supercherías? Nefi nos da una definición muy concisa y útil:

“Él manda que no haya supercherías; porque he aquí, son supercherías sacerdotales el que los hombres prediquen y se constituyan a sí mismos como una luz al mundo, con el

fin de obtener lucro y alabanza del mundo; pero no buscan el bien de Sión” (2 Nefi 26:29).

Nefi explicó que ellos se “constituy[en] a sí mismos como una luz al mundo” para “obtener lucro” o “alabanza” y no “buscan... el bien de Sión”. Hay diversas manifestaciones de superchería, incluso la de constituir iglesias o aun convertirse en anticristos, como vemos en el Libro de Mormón. Pero vamos a concentrarnos en las manifestaciones que más probablemente veamos en nuestra profesión como maestros del SEI. Éstas probablemente son mucho más sutiles que las de los casos de Nehor o Korihor, pero todavía caben bajo la definición de superchería como la dio Nefi, y dañarán la obra. Dañarán a nuestros alumnos y nos dañarán a nosotros.

EL OBTENER LUCRO

De la definición de Nefi vemos que constituirse a sí mismo como una luz parece ser primordial en el problema de la superchería. Las razones de constituirse a sí mismo como una luz incluyen el obtener lucro y alabanza. Miremos un poquito más de cerca cada una de estas áreas. Hace unas semanas, conversé con un hombre que me dijo que tenía un hermano que había enseñado en el SEI por algunos años y que luego dejó el sistema. Él nunca pudo conciliar en su mente el que estuviera enseñando el Evangelio por un salario. Este hombre me preguntó cómo conciliaba esto en mi mente. Es una buena pregunta: ¿Cómo es que conciliamos esa idea? Es probable que la mayoría de nosotros lo haya considerado, probablemente antes de que se nos contratara y supongo que muchas veces más desde entonces.

El élder Spencer W. Kimball, que en ese entonces era miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, dio la mejor explicación que jamás haya escuchado:

“Es mi deseo que nuestros jóvenes nunca reciban la enseñanza por parte de mercenarios. Si alguno de ustedes está enseñando en este programa simplemente como si fuera un empleo, casi sólo por el salario, entonces espero que se les asigne a alguna otra área. Pero si su salario es secundario y su grandiosa y magnífica obsesión son nuestros hijos y su progreso y desarrollo, entonces espero que enseñen en Nueva York, en Michigan, en Wisconsin y en Utah, que es donde se encuentran mis queridos nietos” (“What I Hope You Will Teach My Grandchildren and All Others of the Youth of Zion,” discurso pronunciado a los maestros de religión, Universidad Brigham Young, 11 de julio de 1966, pág. 8).

Esa es una gran clave para nosotros. ¿Dónde está nuestro corazón? Si está por el bien de Sión y su juventud, creo que lo estamos haciendo bien.

El deseo de obtener lucro se manifiesta en nuestras tareas habituales y en nuestro salario. Además se manifiesta

en nuestros intereses externos, como el de escribir libros o enseñar cursos adicionales. Les hago una pregunta: ¿Puede una persona recibir un salario en el SEI y no estar involucrada en superchería? Sí, definitivamente. ¿Puede una persona escribir libros, recibir pago por enseñar cursos adicionales o tomar ventaja de otras oportunidades y no estar involucrada en superchería? Sí, pueden. Es una cuestión del corazón. ¿Cuál es la motivación? Lo que dijo el presidente Kimball es la clave en esta área. Cuando nuestros corazones están centrados en el dinero, se nos ofuscan los pensamientos y eso nos conduce a tomar malas decisiones.

LAS ALABANZAS DEL MUNDO

Además de obtener lucro, Nefi nos dice que la gente se constituye a sí misma como una luz a fin de recibir la alabanza del mundo. Algunos maestros tienen un intenso deseo de recibir alabanzas. Para obtener esas alabanzas, pueden empezar a verse a sí mismos como una luz. Cuando la gente los ve como una luz, desean darles la alabanza que tanto desean. Esto podría aumentar su deseo de mayores alabanzas y el ciclo continúa. Esto se convierte en algo peligroso porque puede hacer que los maestros cambien la doctrina, que enseñen cosas que no deben o utilicen métodos de enseñanza que no deberían utilizar sólo para aparecer como una luz.

En 1987 el élder Marvin J. Ashton del Quórum de los Doce Apóstoles dijo:

“Sea cuidadoso, sea consciente y sea sabio cuando la gente hable bien de usted. Cuando la gente lo trate con mucho respeto y cariño, sea cuidadoso, sea consciente y sea sabio. Cuando se le rindan honores, se lo señale y reconozca, puede ser difícil de llevar, especialmente si usted cree lo que se dice de usted...”

“Las alabanzas del mundo pueden ser una cruz pesada. Cuántas veces he escuchado decir a través de los años: ‘Él era magnífico hasta que se convirtió en una persona exitosa y perdió la visión de lo que era en verdad importante’. No estoy hablando acerca del dinero o de la posición, sino que estoy hablando acerca del reconocimiento, aun en las responsabilidades de la Iglesia...”

“Es mi oración que evitemos dejarnos llevar por las alabanzas, por el éxito o aun por el logro de metas que nos hemos propuesto a nosotros mismos” (“*Carry Your Cross*”, Discursos de Devocionales y Charlas Fogoneras de la Universidad Brigham Young 1986–1987, pág.141).

Estamos en una ocupación que en muchas ocasiones nos trae alabanzas y adulación. Pueden venir de los alumnos, de los padres, de líderes del sacerdocio, de otros maestros y aun de las Autoridades Generales, pero como el élder Ashton dijo, necesitamos ser cuidadosos, conscientes y sabios.

En 1952, la Primera Presidencia, en una carta dirigida a los presidentes de estaca y obispos se refirió a los efectos perjudiciales que la notoriedad puede tener en los nuevos conversos: “La demasiada atención y los elogios frecuentes tienen la tendencia a debilitar el borde de la fe y de las obras, las que nos llevarán a la exaltación que todos buscamos” (30 de junio de 1952, pág. 4).

Creo que el principio se aplica a cualquier persona que recibe demasiada atención y elogios. En nuestro trabajo podremos recibir muchos elogios y muchas alabanzas. Si eso se convierte en nuestra meta o si esto nos logra afectar, empezaremos a vernos a nosotros mismos como una luz.

LAS PALABRAS DE LAS AUTORIDADES GENERALES

Las Autoridades Generales a través de los años nos han hablado acerca del peligro de constituirnos a nosotros mismos como una luz. Revisemos algunos de sus comentarios. En 1992 el élder Dallin H. Oaks dijo:

“Otro ejemplo de un punto fuerte que se puede convertir en nuestra ruina tiene que ver con los maestros carismáticos. Con una mente capacitada y una manera hábil de hacer su presentación, los maestros pueden ser sumamente populares y eficaces en la enseñanza. Pero Satanás tratará de valerse de ese punto fuerte para desviar a los maestros, alentándolos a que tengan su propio séquito de discípulos. Un maestro de la Iglesia, un instructor del Sistema Educativo de la Iglesia o un profesor de una universidad Santo de los Últimos Días que reúna tal grupo de partidarios y lo haga ‘por causa de las riquezas y los honores’ (véase Alma 1:16), es culpable de superchería.

“...Son supercherías sacerdotales el que los hombres prediquen y se constituyan a sí mismos como una luz al mundo, con el fin de obtener lucro y alabanza del mundo; pero no buscan el bien de Sión’ (2 Nefi 26:29).

“Los maestros que son más populares y por lo tanto, los más eficaces, poseen una susceptibilidad especial a la superchería; si no tienen cuidado, ese punto fuerte se puede convertir en su ruina espiritual. Pueden llegar a ser como Almon Babbitt, con quien el Señor no estaba complacido, porque, como dice la revelación:

“ ‘Ambicionó imponer su propio criterio en lugar del consejo que yo he ordenado, sí, el de la Presidencia de mi iglesia; y levanta un becerro de oro para que mi pueblo lo adore’ (D. y C. 124:84)” (“Nuestros puntos fuertes se pueden convertir en nuestra ruina”, *Liahona*, mayo de 1995, pág. 17).

En 1989 en el Salón de Asambleas, el presidente Howard W. Hunter, que en ese entonces era el Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles, nos ofreció un discurso en nuestra Velada anual con una Autoridad General. Él dijo:

“Permítanme darles unas palabras de amonestación. Estoy seguro que reconocen el posible peligro de ser tan influyentes y tan persuasivos que sus alumnos desarrollen lealtad a ustedes más que al Evangelio. Ahora, ése es un maravilloso problema con el que tienen que luchar y sólo esperamos que todos ustedes sean maestros carismáticos. Sin embargo allí hay un peligro auténtico. Es por eso que ustedes deben invitar a sus alumnos a ir, ellos mismos, a las Escrituras, y no que ustedes sólo se las presenten y les den su interpretación. Es por eso que ustedes deben invitar a los alumnos a sentir el Espíritu del Señor, no sólo darles su propia reflexión personal en cuanto a ello. Es con este fin que ustedes deben invitar a sus alumnos a que vayan directamente a Cristo, no a quien enseña Su doctrina, no importa cuán hábilmente lo haga. Ustedes no van a estar siempre a disposición de estos alumnos. No pueden tenerlos de la mano después que han salido del colegio preuniversitario o de la universidad. Y ustedes no necesitan discípulos personales...

“...Por favor asegúrense de que la lealtad de estos jóvenes sea con las Escrituras y el Señor y con la doctrina de la Iglesia restaurada. Diríjanlos hacia Dios el Padre y Su Hijo Unigénito, Jesucristo, y hacia los líderes de la Iglesia verdadera. Asegúrense de que cuando el glamour y el carisma de la personalidad de ustedes, sus disertaciones y el ambiente de las aulas hayan desaparecido, ellos no queden con las manos vacías para hacer frente al mundo. Enséñenles esos dones que los sostendrán cuando se encuentren solos. Al hacer esto, la Iglesia será bendecida por muchas generaciones.

“Permítanme ofrecer una palabra de advertencia sobre [el tema de la enseñanza por medio del Espíritu]. Creo que si nos somos cuidadosos como maestros profesionales que trabajamos en el aula todos los días, podemos empezar a tratar de simular la verdadera influencia del Espíritu del Señor por medio de una manera indigna y manipuladora. Me preocupa cuando parece que la emoción o las lágrimas que corren libremente se igualan a la presencia del Espíritu. Ciertamente el Espíritu del Señor puede producir sentimientos emocionales fuertes, incluyendo las lágrimas, pero esa manifestación externa no debe ser confundida con la presencia del Espíritu mismo” (*Eternal Investments*, Discurso pronunciado a los maestros de religión, 10 de febrero de 1989, págs. 2–3).

En nuestra Velada con una Autoridad General en el pasado mes de febrero, el élder Robert D. Hales se dirigió a nosotros. Ustedes recordarán sus palabras:

“Cada uno de ustedes que enseñan seminario e instituto desea en su corazón ser un ángel. Eso es bueno, pero es una gran tentación de hacer el papel del Flautista Mágico e imaginarse que juntará a todos los jóvenes alrededor suyo y los amará tanto que hará que obtengan un testimonio o sentir que si usted es popular podrá ser su líder y modelo marcando una diferencia en la vida de sus alumnos...

“No hay nada más peligroso que el que el alumno vuelque su amor y atención hacia el maestro de la misma manera que un converso algunas veces vuelca su amor al misionero que le enseñó, en vez de al Señor. Luego si el maestro o el misionero se van o su vida es contraria a las enseñanzas del Evangelio, el alumno queda destrozado. Su testimonio se debilita. Su fe se destruye. Un verdadero y gran maestro es cuidadoso de hacer que sus alumnos se vuelvan al Señor.

“Una vez que hayamos tenido una influencia en la vida de los jóvenes, debemos entregarlos a Dios el Padre y a Su Hijo, nuestro Redentor y Salvador Jesucristo por medio de la oración, el estudio y la aplicación de los principios del Evangelio en su vida” (*Teaching by Faith*, Discurso pronunciado a los maestros de religión, 1º de febrero de 2002, pág. 7).

En la conferencia de abril de 1997, el élder Henry B. Eyring dijo: “Una de las maneras de saber que la advertencia es del Señor, es que se ha apelado a la ley de los testigos, de testigos autorizados. Cuando las palabras de los profetas parezcan repetitivas, deben captar nuestra atención y llenar nuestro corazón con gratitud por vivir en una época tan bendecida” (en *Conference Report*, abril de 1997, pág. 32 o *Liahona*, julio de 1997, pág. 27). Acabamos de repasar una de esas advertencias repetidas que las Autoridades Generales nos han dado específicamente a nosotros.

EL RECONOCER LAS SEÑALES

Uno de los desafíos en poder reconocer y evitar la superchería sacerdotal es que es un asunto del corazón. Es como el orgullo. De hecho, el orgullo es la raíz del problema. Si hay un accidente en una fábrica manufacturera, normalmente hay señales que son visibles, como la presencia de sangre o de histeria. La mayoría de las personas se dan cuenta inmediatamente de que hubo un accidente. Pero no sucede así con las heridas del corazón. Necesitamos ser más sensibles para poder reconocer con anticipación las señales de los problemas espirituales.

Estas señales pueden ser pequeñas como los canarios que se acostumbraban llevar a las minas. Si ustedes fueran mineros y vieran que el canario está mareado, supongo que podrían tener dos opciones. Una sería salir de inmediato. La otra sería suponer que al canario le ha dado la gripe. Esa segunda opción sería nefasta para un minero. El mismo tipo de opción en nuestra profesión también podría ser peligrosa.

Sería provechoso pensar en los siguientes síntomas y revisar nuestro propio comportamiento y lo que sucede en nuestros salones de clase. Estos síntomas no serían una prueba concluyente; son sólo síntomas. Pero es posible que el canario tenga en verdad más que sólo una gripe.

En cuanto a reunir seguidores, uno de los síntomas es que basamos nuestra autoestima en las alabanzas de otros debido a nuestras lecciones o discursos. Como lo mencioné antes, esto significa ponerse en una situación peligrosa, ya que los elogios se convierten en un criterio para medir nuestros esfuerzos y entonces podemos ponernos en una situación comprometida en la que planeamos lo que enseñamos y cómo lo enseñamos a fin de recibir más elogios.

Otro síntoma es cuando sentimos que podría ser perjudicial para el SEI si nos cambiaran de nuestra asignación; nos sentimos un tanto irremplazables. Aun si esto fuera cierto, sería más conveniente dejar que aquellos que hacen los cambios se preocupen de eso. Si ustedes realmente son irremplazables, les apuesto que ellos ya lo saben.

A veces nuestros alumnos pueden llegar al punto en el que se niegan a asistir a seminario o a instituto a menos que tengan un maestro en particular.

A veces el número de alumnos en las clases de algunos maestros no es proporcional al del resto del profesorado. Aun podríamos llegar a enfocarnos en la competencia de querer tener más alumnos que los otros maestros del edificio.

A veces un maestro puede tener como seguidor a otro maestro de la facultad o del área. Las personas pueden llegar a tener una lealtad más fuerte hacia ese maestro que a los líderes señalados.

Puede ser que haya un número inusual de solicitudes para hablar o enseñar a diferentes grupos.

Estoy seguro de que hay otros síntomas de un maestro que reúne seguidores que quizás deseen considerar.

Consideremos algunos síntomas de constituirnos a nosotros mismos como una luz en el área del conocimiento o de la erudición.

Tal vez algunos de nosotros sentimos que enseñamos doctrina más profunda, más pura y clara de la que se encuentra en cualquier plan de estudios o de la que enseña cualquier otro maestro.

Quizás tenemos recursos especiales a los que otros maestros en general no tienen acceso o tenemos un régimen de estudio especial que sentimos nos pone por encima de los demás.

Qué tal si sentimos que el SEI o que la Iglesia no está haciendo suficiente hincapié en alguna doctrina o aun que la malinterpretan. De hecho, ha habido unas pocas personas que sienten que las Autoridades Generales no entienden una doctrina específica claramente. Cuando se llega a ese punto, el canario ya se ha caído y no respira más.

Algunos de nosotros tenemos temas favoritos del Evangelio que se enseñan en todas nuestras clases, sin importar qué curso se esté enseñando.

Podemos sentir como que tenemos que saber la respuesta a todas las preguntas. Nos avergonzamos si un alumno nos hace una pregunta y no sabemos la respuesta.

Podríamos mirar a algunas Autoridades Generales o maestros del SEI como aquellos que enseñan el Evangelio puro y descartamos o menospreciamos a otras Autoridades Generales o a otros maestros.

Podríamos enseñar nuestras propias filosofías sobre las doctrinas.

Podrían surgir preguntas de los padres, de los líderes del sacerdocio o de los líderes del SEI sobre algunas de las cosas que hemos enseñado en la clase.

Podríamos enseñar con insistencia nuestra propia opinión e intentar enérgicamente convencer a los alumnos de que se pongan de nuestro lado.

Otro síntoma, que no se relaciona directamente a los salones de clase del SEI, es que nos constituyamos a nosotros mismos como los expertos en nuestros barrios y estacas en los asuntos del Evangelio. Si es que alguna vez hay una pregunta difícil en la clase de doctrina del Evangelio, ¿la mayoría de los miembros nos miran esperando una respuesta? Tal vez, muy sutilmente, nos estemos constituyendo como una luz.

¿Nos sentimos frustrados con otras personas porque parece que no entienden el Evangelio tan bien como nosotros? En el Libro de Mormón hubo una ocasión en la que “empezó el pueblo a distinguirse por clases, según sus riquezas y sus oportunidades para instruirse” (3 Nefi 6:12). Nosotros, como maestros de religión, es probable que tengamos mayores oportunidades de aprender más del Evangelio que ninguna otra persona en el mundo. Nuestro empleo incluye estudiar y enseñar el Evangelio. Necesitamos ser prudentes en no menospreciar a otras personas que no tienen la misma oportunidad.

A veces las capacitaciones pueden convertirse en un concurso tácito acerca de quién ha realizado la investigación más exhaustiva y quién aporta comentarios que nadie había escuchado antes.

A veces fomentamos el “síndrome de la adicción a los discernimientos”, en donde los alumnos tienen que venir a nuestra clase porque tenemos el verdadero discernimiento del Evangelio. Uno de los peligros con esto, ya sean discernimientos emocionales o académicos, es que los discernimientos en sí se convierten en el objetivo, y no nos ayudan necesariamente a vivir el Evangelio.

Podemos convertirnos en un supuesto experto en cierta área del Evangelio y eso puede hacer que nos irrite con la norma de enseñar diferentes cursos de instituto.

Podemos llegar a enfocarnos tanto en escribir libros o en otras metas académicas que nuestra propia búsqueda de

conocimiento tome prioridad sobre los alumnos y sobre la manera en que enseñamos.

Ahora analicemos algunos síntomas en donde nos estemos constituyendo a nosotros mismos como una luz en un sentido emocional o espiritual.

Podemos estar convirtiéndonos en dependientes de buscar historias emotivas intensas para utilizarlas en nuestras clases, o podemos utilizar historias que se enfocan excesivamente en nosotros mismos y en nuestra vida personal.

Podemos exagerar las historias a tal grado que no sean completamente ciertas.

Podemos ser muy liberales en cuán a menudo decimos a los alumnos que el Espíritu “me dijo que haga” algo, o como mencionó el presidente Hunter, podemos manipular las emociones y catalogarlas como si vinieran del Espíritu.

Podemos llegar a involucrarnos demasiado en dar consejos personales a los alumnos.

LOS RESULTADOS

Entonces, si es que hay superchería sacerdotal en nuestro sistema, ¿cuáles son los resultados? Creo que el mayor peligro es que no tenemos poder al enseñar o nuestra enseñanza puede tener el poder, pero no el poder de Dios (véase D. y C. 50:13–23). Quizás este sea un poder emocional o un poder de erudito, pero no ayuda con los cambios duraderos que deben ocurrir en la vida de un alumno y, como ya saben, las Autoridades Generales nos han pedido que examinemos con un ojo crítico cómo lograremos que el conocimiento de las Escrituras y del Evangelio pasen de la cabeza al corazón de manera que nuestros alumnos hagan las cosas correctas en su vida.

También podemos enseñar un mensaje equivocado si estamos involucrados en la superchería sacerdotal. Los alumnos podrían adorar a los maestros pero no llegar a tener una verdadera conexión con las doctrinas del Evangelio. Es como un padre que enseña enérgicamente a sus hijos en cuanto a la honestidad pero que hace trampa en el pago de sus impuestos. Las palabras están allí, pero no el poder. Puede que el alumno no se dé cuenta exactamente de lo que pasa, pero algo no está bien. No está bien porque el Espíritu no está allí como debería.

¿Qué pasa si los maestros permanecen libres de supercherías sacerdotales? Entonces, tenemos una situación poderosa. Ellos pueden enseñar la doctrina y el Evangelio de manera sencilla y sin adornos; pueden enseñar con el Espíritu. De hecho, si no podemos enseñar con el Espíritu, no podemos lograr lo que se nos ha pedido que hagamos. La única manera de aprender las cosas espirituales es mediante el Espíritu. Es la única manera en que nuestros alumnos pueden obtener el poder para vivir el Evangelio en estos últimos días.

Si nuestros maestros están libres de supercherías sacerdotales, los alumnos los estimarán, pero no dependerán de ellos. Ellos los estimarán y estarán agradecidos por lo que les ha enseñado, pero se volverán al Señor, a sus padres y a sus líderes del sacerdocio. Habrá milagros en la vida de los alumnos y seremos testigos de ello. Podemos hacerlo.

La superchería sacerdotal es un peligro en nuestra profesión. Nos puede afectar, pero no tiene que ser así si somos cuidadosos y humildes. Podremos hacer lo que es correcto. Podremos tener clases poderosas porque tenemos gente maravillosa, como ustedes, que tiene una gran actitud, que trabaja fuerte. Ustedes han permitido que el Señor sea una influencia poderosa en muchas personas. Estoy agradecido por los maestros que he tenido durante mis estudios en la Iglesia.

Hace poco formé parte de una sesión de preguntas y respuestas con algunos empleados. Una persona hizo el comentario de que a veces la administración utiliza una escopeta cuando debería utilizar un rifle. En otras palabras, podemos preocuparnos por unas pocas personas y en vez de hablar directamente con esas pocas personas, discutimos el asunto en general con todos los del sistema. Tengan a bien comprender que intencionalmente deseaba hablar sobre este tema con todos los empleados de tiempo completo. Está dirigido a todos nosotros; es para mí, para los administradores de zona y para cada maestro en el sistema. Sería un error hacer una pequeña lista en su mente de las personas que desean que escuchen este mensaje con atención. Cada uno de nosotros en nuestra ocupación afronta este peligro específico.

Ya que la superchería sacerdotal es un asunto del corazón, es mejor combatirla y erradicarla a nivel personal. Es mucho mejor ser una persona autorregulada en estos asuntos antes de que causen preocupación a los líderes del sacerdocio y a los supervisores. Es un asunto que debemos mirar muy de cerca en nuestra vida. Tiene la tendencia de comenzar a ocurrir si no somos diligentes.

A medida que reflexionamos sobre los peligros que se vinculan a nuestra profesión, debemos pensar constantemente en los alumnos. Voy a citar al élder Holland una vez más:

“Por el bien suyo y el de ellos, diríjense con cuidado, con humildad y con prudencia entre los peligros. Les agradecemos por permitirnos clavar este aviso en la pared de la cabaña de pólvora una vez más. Sin duda lo haremos otra vez por su seguridad y la nuestra” (“Pitfalls”, pág. 1).

EN CONCLUSIÓN

Desearía concluir con un pasaje del Nuevo Testamento. El apóstol Pablo está repasando con los tesalonicenses cómo él les enseñó el Evangelio. Creo que es un hermoso ejemplo de un maestro que no se ha infectado con la superchería sacerdotal. A medida que leemos esto, me gustaría que

se den cuenta de lo que hizo y de lo que no hizo Pablo (en particular a la luz del concepto de la superchería), por qué lo hizo y cuáles fueron los resultados.

“Porque nuestra exhortación no procedió de error ni de impureza, ni fue por engaño,

“sino que según fuimos aprobados por Dios para que se nos confiase el evangelio, así hablamos; no como para agradar a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones.

“Porque nunca usamos de palabras lisonjeras, como sabéis, ni encubrimos avaricia; Dios es testigo;

“ni buscamos gloria de los hombres; ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos seros carga como apóstoles de Cristo.

“Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos.

“Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos.

“Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; como trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios.

“Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irrepreensiblemente nos comportamos con vosotros los creyentes;

“así como también sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros,

“y os encargábamos que anduviéseris como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria.

“Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes” (1 Tesalonicenses 2:3–13).

Sé que el Evangelio es verdadero. Sé que participamos en una obra muy importante. Sé que es decisivo que mantengamos nuestra vida pura para así poder enseñar a la juventud de la Iglesia y que ellos puedan recibir el testimonio de las verdades del Evangelio en su alma a través del poder del Espíritu.

Sé que el presidente [Gordon B.] Hinckley es un profeta y que las Escrituras son la palabra de Dios. Es un gran privilegio el que tenemos de enseñar en base a las Escrituras y las palabras de los profetas. Elevaré mi oración por ustedes, buenos maestros. Expreso mi gratitud por todo lo que hacen. También estoy agradecido por sus esposas. Estoy agradecido por mi esposa, Jill, y estoy muy feliz de tenerla a mi lado. Digo esto en el nombre de Jesucristo. Amén.

CUATRO COSAS IMPRESCINDIBLES PARA LOS MAESTROS DE RELIGIÓN

**POR EL ÉLDER GORDON B.
HINCKLEY**
**DEL QUÓRUM DE LOS DOCE
APÓSTOLES**

Extracto de una Velada con el élder Gordon B. Hinckley, 15 de septiembre de 1978, pág. 3

Es imprescindible que como maestros de seminario e instituto de los programas de religión de la Iglesia leamos constantemente las Escrituras y otros libros que se relacionen directamente con la historia, la doctrina y las prácticas de la Iglesia. Pero nosotros también debemos leer la historia secular, la gran literatura que se ha conservado a través del tiempo y los escritos de pensadores y hacedores contemporáneos. Al hacerlo encontraremos la inspiración para transmitirla a nuestros alumnos, que necesitarán toda la fuerza equilibrada de



conocimiento que puedan obtener en tanto que se enfrentan al mundo en el que ellos se mueven.

Hermanos y hermanas, crezcan en el conocimiento de las verdades eternas que se les ha llamado a enseñar, y crezcan en el entendimiento de los grandes hombres y mujeres que han caminado en la tierra y de los maravillosos fenómenos que nos rodean en el mundo en el cual vivimos. He visto que el hombre llega a obsesionarse con un estrecho segmento de conocimiento y eso me preocupa; he visto a algunos así. Han seguido sólo una pequeña parte de conocimiento hasta que han perdido el sentido del equilibrio. Por el momento puedo pensar en dos que llegaron tan lejos y se equivocaron tanto en sus estrechas búsquedas, que habiendo sido maestros eficaces de la juventud, terminaron en apostasía y han sido excomulgados de la Iglesia. Mantengan el equilibrio en su vida. Cuidense de la obsesión, cuidense de la estrechez de pensamiento. Permitan que en sus intereses se incluyan muchas áreas buenas de estudio, mientras trabajan e incrementan la fortaleza en el campo de su profesión.

NUESTRA MISIÓN CONSUMADORA

POR EL ÉLDER JEFFREY R. HOLLAND
DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

Extracto de una Velada con el élder Jeffrey R. Holland, 5 de febrero de 1999, págs. 1–4

LOS PRIMEROS AÑOS

Hace mucho tiempo, cuando estábamos recién casados, Pat y yo tomamos la decisión de hacer lo que hacen ustedes. En ese momento pensamos que dedicaríamos toda nuestra vida a la educación religiosa. (Y como sucedió, estamos dedicando nuestra vida a ello; aunque de una manera y con un llamamiento que nunca habíamos previsto.) De una forma muy real, estoy en deuda con Pat por esa oportunidad y por la influencia que ella tuvo en la decisión que tomamos juntos de dedicar nuestra vida al Sistema Educativo de la Iglesia.

Puedo recordar claramente la conversación que tuvimos (así como élder Eyring recordó a su madre); casi puedo describir cómo teníamos nuestro apartamento en la primavera de 1965 cuando sin pensar mucho en el asunto y ciertamente sin un plan específico, la educación religiosa parecía que podría ser para nosotros. Recuerdo que dije: “Querida, una de las cosas que esto significa es que nunca tendremos mucho dinero”, a lo que ella respondió sin vacilación en su voz y sin parpadear: “Tendremos suficiente; me rehúso a permitir que el dinero determine la calidad o el significado de nuestra vida”.

Ese fue uno de sus mejores momentos. Pienso literal y sinceramente que no habría firmado mi primer contrato si no hubiera resonado en mis oídos la enfática declaración de ella. Una cosa era que yo tuviera que reducir mi propia lista de cosas materiales que quería y necesitaba, pero no sabía si era justo que yo esperara lo mismo de mi esposa y de mis hijos que aún no habían nacido, o incluso que en cierto sentido se los impusiera. Mi esposa me apoyó y siempre lo ha hecho desde entonces. Fuimos a una buena universidad para lograr un doctorado y allí vivimos pobremente en comparación con nuestros prósperos colegas. Regresamos al SEI con un título en la mano y dos hijos; y sin tener un solo un centavo firmamos nuestro próximo contrato por el gran importe de \$11.000 dólares. Les aseguro que mis amigos de la Universidad Yale firmaban contratos por mucho más dinero.

Lo que quiero decir es que esta fue la mejor decisión profesional que jamás he tomado. Puedo describirles dónde fue y acerca de qué estaba orando específicamente cuando llegó la respuesta cristalina de que regresar al SEI era



lo que debíamos hacer. Mis profesores de Yale pensaron que era un tonto y que de alguna manera habían fallado en su influencia. Lo que en verdad había influenciado mi vida era la guía del Señor. Él respondió y nuestra vida ha sido bendecida más allá de lo que pudiéramos imaginarnos. Hemos podido hacer lo que más nos gusta con y entre la mejor gente del mundo.

Nuestros hijos, nuestro mayor galardón, como son los suyos para ustedes, están agradecidos por haber crecido bajo la influencia del Sistema Educativo de la Iglesia con buenos amigos, compañeros y las buenas influencias que se comparten allí. Estaba en lo correcto cuando dije que no ganaría mucho dinero; y bien, ¿qué importa eso?, porque Pat también estuvo en lo correcto; hemos tenido suficiente.

En esta pequeña introducción quisiera rendir tributo a Pat y a las esposas de todos nuestros hombres que trabajan jornada completa; son mujeres que se sacrifican, brindan apoyo y devoción a la labor que sus esposos han elegido. (Me apresuraría a decir que tenemos mujeres que enseñan tiempo completo y en ese caso los maridos las apoyan, y otras que enseñan, por así decirlo, solas. Incluyo a todos en mis palabras.) Pero los hombres constituyen la mayor parte de los empleados que trabajan jornada completa y deseamos que sus esposas sepan que reconocemos lo que hacen y que las amamos. Gracias al cielo por su fe y su dedicación a la educación religiosa y al Señor Jesucristo.

Después de escribir sobre la experiencia de los Santos de los Últimos Días, Wallace Stegner dijo de nuestros antepasados pioneros: “Los hombres mormones fueron fuertes, pero las mujeres mormonas eran increíbles” (*The Gathering of Zion: The Story of the Mormon Trail*, 1964, pág. 13). Desde mi punto de vista e incluyendo a mi esposa, esa declaración sigue vigente. Gracias hermanas, sabemos de su sacrificio y sentimos su apoyo y cómo se ajustan en sus hogares para vivir dentro de su presupuesto. Si esto les da un poco de consuelo, les digo que nosotros también conocemos esa vida y no la cambiaríamos ni en esa época ni ahora, por nada del mundo.

Después de dejar BYU para unirnos a nuestros compañeros como nuevos empleados del SEI, tuvimos la misma presentación del sistema que ustedes. Nuestro primer año enseñamos básicamente solos en el área de la Bahía de San Francisco fortaleciendo dos programas pequeños de instituto, comenzando tres más y ayudando en un seminario matutino. Recuerdo que eran decenas de preparativos por semana y cientos de kilómetros recorridos.

El año próximo, en Seattle, Washington, aceptamos el desafío de servir en un instituto más grande con el que se allegaron otros grandes desafíos, para luego ser llamado como obispo a los 90 días de haber llegado a la ciudad. El alquiler era más alto, el costo de vida lo era más aún, y esperábamos otro hijo. Con esta situación, busqué

un segundo trabajo como vigilante nocturno pero, literalmente, no podía ni costearme el uniforme.

Luego nos trasladamos a New Haven, Connecticut, que tenía un costo de vida más alto y allí continué mis estudios. A los ocho meses de estar allí, se le llamó a Pat para ser presidenta de la Sociedad de Socorro y a mí para ser consejero en la presidencia de estaca. El centro de estaca estaba a 88 kilómetros de nuestro hogar y la estaca cubría todo Connecticut, la mitad de Massachusetts, el sur de Rhode Island, el nordeste de Nueva York y parte de Vermont; era inmensa. Fue una época de mucha tensión. Determinamos que con dos bebés en casa, Pat no podría trabajar; por lo que acepté cada oportunidad del SEI que se me diera en nuestra parte de New England y cualquier otro trabajo. Le agradezco mucho a William E. Berrett por su consideración, porque el darnos asignaciones en esa situación nos salvó financieramente. Le estaré eternamente agradecido.

LAS CITAS DE LOS VIERNES POR LA NOCHE

En medio de toda esa experiencia, decidimos que no íbamos a sobrevivir física o emocionalmente si no organizábamos ese caos. Una de las cosas que hicimos fue prometernos que tendríamos una cita todos los viernes por la noche, sin importar lo que sucediera, y que ninguno de nosotros aceptaría ninguna responsabilidad de nadie por nada en nuestra noche. (A excepción, claro, de una velada como esta junto a los hermanos del Sistema Educativo de la Iglesia. Soy consciente de que es viernes por la noche. Bienvenida a tu cita, querida.) No fue fácil en ese entonces tampoco, y no estoy seguro de que hayamos logrado el 100% de nuestra meta, pero lo intentamos.

Lo que se relacionaba con estudiar, escribir, trabajar, enseñar y servir en la presidencia de estaca lo hacía desde el sábado hasta el viernes a las 5 de la tarde. Lo que se relacionaba con servir en la Sociedad de Socorro, cuidar a los niños (los nuestros y los de otras personas), lavar la ropa y todo lo demás que hace una joven madre, Pat lo hacía desde el sábado hasta el viernes a las 5 de la tarde. Pero esas noches, por unas breves horas, estábamos juntos. Nos tomábamos un respiro de nuestra ocupada vida y nos recordábamos cuánto nos amábamos, por qué estábamos haciendo esto, y que seguramente debía haber una luz al final del túnel.

No recuerdo que esas citas hayan sido gran cosa. En realidad, no recuerdo si alguna vez salimos a comer, aunque seguramente por lo menos habremos comido pizza de vez en cuando. En realidad, no lo recuerdo. Pero sí recuerdo que caminábamos tomados de la mano por el Arboreto Yale-New Haven que estaba frente a nuestro departamento. Recuerdo las largas caminatas tomados de la mano, soñando cómo sería la vida cuando ya no estuviéramos tan ocupados. Al final de la calle había una heladería y es donde

generalmente terminábamos tomando un helado o, cuando nos iba muy bien, una bebida gaseosa con helado.

Aun cuando mis grandes gastos eran tan modestos, Pat me ha repetido cientos de veces que aquellos viernes por la noche la sacaron adelante en esos años. Ella dijo: “Esperaba anhelosamente que llegaran y contaba con ellos. Sabía que a pesar de las muchas noches de estudio, de trabajo o de asignaciones en la Iglesia, todavía podía contar con la noche del viernes. [Y por supuesto, siempre teníamos los lunes.] “No”, dijo ella, “las citas de los viernes no eran una extravagancia social [eso es quedarse corto], pero eran para mí y yo me sentía en control de mi vida y de la de mi esposo por lo menos por unas horas cada semana. Me ayudaron a salir adelante en tiempos muy difíciles”.

Un seudopsicólogo una vez dijo que la gente necesita tres cosas para estar emocionalmente saludable: alguien a quien amar, cosas significativas para hacer y algo agradable que esperar. Hermanos, asegúrense de que su esposa tenga regularmente algo agradable y algo genuinamente divertido que esperar.

También yo recuerdo que aquellas citas fueron las mejores de nuestra vida. De hecho (y esto es un pequeño fenómeno sorprendente que he observado y ustedes también a través de los años), sólo puedo recordar las cosas buenas de esos días. La tensión y la angustia, la carencia de tiempo y dinero para hacer cosas, eso parece haberse disipado en mi memoria. Todo lo que recuerdo vívidamente son las caminatas con mi esposa, el hermoso arboreto de la universidad y los helados que sabían particularmente ricos. También recuerdo New England en el otoño cuando los colores de los campos que estaban dentro de los límites de nuestra estaca eran indescriptiblemente hermosos. Y el encontrarme en los lugares de los principios de la historia de esta nación y leer las obras de los que fundaron para nosotros lo que un autor llamó *The First New Nation* [*La primera nueva nación*] (por Seymour Martin Lipset), y así sucesivamente. Discúlpenme por hablar de nuestra vida, pero recuerden que se supone que debo mantenerlo a un nivel personal.

Tal vez el narrar los primeros años de matrimonio no se aplique a la mayoría de los que estamos aquí sentados, envejeciendo, en la congregación de esta noche. Pero tal vez los principios todavía se apliquen. Lo que quiero decir con todo esto es que Dios fue bueno con nosotros en ese entonces, Él lo es ahora y Él siempre será bueno con nosotros, incluso en los recuerdos que Él nos permite retener para siempre. Las penas y los dolores se apagan y la felicidad parece aún más dulce. Amen su vida, saboreen cada etapa de ella, acepten las épocas difíciles y de pobreza junto con las buenas, y asegúrense de apartar un tiempo para ustedes, para los dos, para su matrimonio. Esa clase de sentido común volverá para bendecirles para siempre en su hogar, en sus profesiones y en la Iglesia misma.

Bien, discúlpeme por recordar el pasado. Vamos a continuar con un asunto totalmente diferente; y aquí deseo asegurarme de que no me malentiendan.

PERMANEZCAN EQUILIBRADOS

Hermanos y hermanas, por el bien de la Iglesia, de sus alumnos y del Evangelio que amamos y enseñamos, dedíquense mucho a permanecer equilibrados y constantes, sin prestarse al extremismo, o a los rumores, al sensacionalismo o a las modas de varios tipos que a menudo se extienden por la tierra (y a veces entre los miembros de la Iglesia). En relación a esto, esperamos que ustedes puedan ser, junto con nosotros, parte de la solución y nunca parte del problema.

Sé el desafío que es mantener la atención de la clase. Todo maestro quiere ser un líder popular en el buen sentido, atraer al alumno por la razón correcta y cautivarlo con el conocimiento que tenemos de las verdades del Evangelio. Cada uno de nosotros sabemos lo exigente que es hacer eso hora tras hora, día tras día, semana tras

semana. El enseñar con eficacia, el enseñar con poder, el enseñar con entusiasmo, con una sólida preparación y con materiales de apoyo atractivos, es un trabajo que no es fácil; es uno de los más arduos que conozco y, sin duda, es de los trabajos más difíciles que he realizado. Pero por favor resistan la tentación de llevar al extremo o al sensacionalismo cualquier doctrina que enseñen o cualquier consejo que den.

La red del Evangelio atrapa a toda clase de peces; nosotros lo sabemos. Algunos de ellos se sentarán en el salón de clase delante de ustedes; cada alma es preciosa, pero nunca debemos alentar una conducta estrafalaria en forma alguna, ya que tenemos suficiente de eso en el curso normal de todos los días. Ustedes, como maestros de los jóvenes, pueden hacer muchísimo para que sus alumnos, “la nueva generación”, como el Libro de Mormón los llama (véase Alma 5:49), tengan una raíz sólida y un firme cimiento. En lo que enseñan y en sus ejemplos, en sus comentarios y consejos, por favor mantengan un equilibrio, sean moderados, sean sensatos y edifiquen la fe.

EL MANTO ES MUCHO, MUCHO MÁS GRANDE QUE EL INTELECTO

POR EL ÉLDER BOYD K. PACKER

DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

Discurso pronunciado a los maestros de religión en un simposio de Doctrina y Convenios e Historia de la Iglesia, Universidad Brigham Young, 22 de agosto de 1981

El hecho de que hable en forma muy directa sobre un tema de tanta importancia, espero que se considere como una especie de homenaje a ustedes, nuestros colegas leales, devotos e inspirados.

He llegado a creer que muchos miembros de la Iglesia que pasan mucho tiempo en la investigación académica tienen la tendencia a comenzar a juzgar a la Iglesia, a sus líderes, su doctrina, y su organización, tanto de la actualidad como del pasado, basándose en los principios de su propia profesión. A menudo lo hacen sin darse cuenta, y es posible que algo de esto no sea perjudicial.

Es bastante fácil para un hombre con amplia capacitación académica juzgar a la Iglesia utilizando los principios que se le enseñaron en su capacitación profesional como su estándar. A mi modo de pensar debe ser exactamente lo contrario. Un miembro de la Iglesia siempre debe, especialmente si procura una larga carrera académica, juzgar a



las profesiones del hombre contra la palabra revelada del Señor.

Muchas disciplinas están sujetas a este peligro. A través de los años he visto a muchos miembros de la Iglesia perder su testimonio y ceder su fe como el precio de sus logros académicos. Muchos otros han sido severamente probados. Permítanme ilustrarlo.

Durante mi último año como uno de los supervisores de seminarios e institutos de religión, un maestro de seminario fue a una importante universidad en el Este del país para terminar un doctorado en orientación y asesoramiento. El experto más renombrado en esa materia estaba allí y sin demora se interesó en este agradable, pulcro e inteligente Santo de los Últimos Días.

Nuestro maestro atrajo la atención a medida que pasaba los cursos con relativa facilidad, y su futuro se veía muy prometedor, es decir, se vio prometedor hasta que llegó a la disertación. Él decidió basar sus estudios en obispos de barrio como personas que aconsejan.

En esa época fui llamado a ser Autoridad General y le ayudé a conseguir la autorización para entrevistar y enviar cuestionarios a un pequeño y diverso número de obispos.

En la disertación él describió el llamamiento y la ordenación de un obispo, describió el poder del discernimiento, el derecho de todo obispo a recibir revelación y su derecho a recibir guía espiritual. El comité del doctorado no entendió esto. Ellos sintieron que tales referencias no cabían en una disertación académica e insistieron que las suprimiera.

Él me vino a ver. Leí su disertación y le sugerí que podría resolver la preocupación de ellos al empezar el análisis de asuntos espirituales con una declaración que dijera algo como: “los Santos de los Últimos Días *creen* que el obispo tiene poder espiritual” o “ellos *afirman* que la inspiración de Dios asiste al obispo en su llamamiento”.

Pero el comité le negó también esto. Era obvio que se sentían muy avergonzados de incluir este material en una disertación académica.

Es como lo dijo Pablo: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14).

Se le recordó su gran potencial y se le dijo que con unos pocos arreglos, específicamente si dejaba de lado todas las referencias espirituales, su disertación sería publicada y su reputación quedaría establecida. Le pronosticaron que llegaría a ser una autoridad en ese campo.

Él se sintió tentado. Quizás, una vez establecido, podría incluir este ingrediente espiritual en su trabajo. Entonces, siendo una autoridad establecida, podría *en verdad* ayudar a la Iglesia.

Pero algo quedaría en el camino: su fe, su integridad. Entonces, él hizo lo mejor que pudo con su disertación. No contenía lo suficiente del Espíritu como para satisfacerlo y demasiado para que los profesores del mundo lo aceptaran completamente. Pero al fin recibió su doctorado.

Su disertación no es realmente el documento académico que podría haber sido porque le falta el ingrediente más importante. La revelación es un elemento tan esencial en la experiencia de un obispo al aconsejar, que cualquier estudio que lo ignore no se puede considerar como una obra académica.

Él volvió a su modesto salario y a la relativa oscuridad del Sistema Educativo de la Iglesia.

Hablé con este maestro hace uno o dos días. Hablamos acerca de su disertación y del hecho que nunca fue publicada. Él ha sido una *gran* influencia entre los jóvenes de la Iglesia; él hizo lo correcto. Resumió su experiencia de la siguiente manera: “El manto es mucho, mucho más grande que el intelecto; el sacerdocio es el poder que lo guía”. Su declaración es el título de este discurso y representa lo que deseo comunicarles a ustedes.

No debería criticar tan duramente a aquellos profesores; ellos no conocen los asuntos del Espíritu; uno puede comprender su posición. Sin embargo, es otra cosa cuando consideramos a los miembros de la Iglesia, especialmente a aquellos poseedores del sacerdocio que han hecho convenios en el templo. Muchos no hacen lo que hizo este maestro; más bien, ceden, cruzan la línea y abandonan las cosas del Espíritu. Después de esto, juzgan a la Iglesia, la

doctrina y a los líderes basándose en los criterios de su profesión académica.

Este problema ha afectado a algunos que han enseñado y escrito sobre la historia de la Iglesia. Estos profesores dicen de sí mismos que la fe en la religión tiene muy poca influencia en los eruditos mormones. Dicen eso porque, obviamente, no son simples Santos de los Últimos Días, sino también intelectuales capacitados, en su mayoría, en instituciones seculares. Ellos desearían que algunos historiadores que son Santos de los Últimos Días escriban la historia como se les enseñó en la universidad en vez de hacerlo como mormones.

Si no tenemos cuidado, mucho cuidado, y si no somos sabios, muy sabios, primero dejaremos fuera de nuestra profesión las cosas del Espíritu. El siguiente paso le seguirá al poco tiempo: sacaremos las cosas espirituales de nuestra vida.

Quisiera leerles una declaración muy importante del presidente Joseph F. Smith, una cita que harían bien en tener en mente al enseñar e investigar, y la que me servirá en cierta medida de texto para mis comentarios de hoy:

“No ha sido por la sabiduría del hombre que este pueblo ha sido dirigido en su curso hasta el presente; ha sido por la sabiduría de Aquel que está sobre los hombres y cuyo conocimiento es mayor que el del hombre y cuyo poder está por encima del poder humano... La mano del Señor puede no ser visible a todos. Habrá muchos que no podrán discernir el funcionamiento de la voluntad de Dios en el progreso y desarrollo de esta gran obra de los últimos días; *no obstante, hay quienes ven en cada hora y en cada momento de la existencia de la Iglesia, desde su inicio hasta ahora, la mano suprema y todopoderosa de Aquel que envió a Su Hijo Unigénito al mundo para ser sacrificado por los pecados del mundo*” (en *Conference Report*, abril de 1904, pág. 2; cursiva agregada).

Si no tenemos esto en mente constantemente, que el Señor dirige esta Iglesia, podremos perdernos en el camino del mundo de la investigación intelectual y académica.

Ustedes maestros de seminario, y algunos de ustedes maestros de instituto y de BYU, enseñarán la historia de la Iglesia en este año escolar. Esta es una oportunidad sin precedentes en la vida de sus alumnos para aumentar la fe y el testimonio de ellos de la divinidad de esta obra. Su propósito debe ser que ellos vean la mano del Señor a toda hora y en cada momento de la Iglesia desde su inicio hasta ahora.

Como uno que ha enseñado ese tema en muchas ocasiones, les ofrezco cuatro advertencias antes de que comiencen.

PRIMERA ADVERTENCIA

No existe tal cosa como una historia exacta y objetiva de la Iglesia si no se consideran los poderes espirituales que asisten a esta obra.

No existe tal cosa como un estudio académico objetivo del oficio de obispo sin tener en cuenta la guía espiritual, el discernimiento y la revelación. Eso no es erudición. Por consiguiente, repito, no existe una historia exacta y objetiva de la Iglesia que ignore el Espíritu.

Es como querer intentar escribir la biografía de Mendelssohn sin escuchar o mencionar su música o escribir sobre la vida de Rembrandt sin mencionar la luz, los lienzos o el color.

Si alguien que supiese muy poco de música escribiera una biografía de Mendelssohn, aquel que ha sido capacitado para sentir la música podría darse cuenta de ello de inmediato. Ese lector no necesitaría leer muchas páginas del manuscrito para darse cuenta de que se ha omitido el ingrediente más esencial.

A Mendelssohn se le podría presentar sin duda como un hombre común, no como un hombre impresionante en lo absoluto. Aquello por lo que más se le recuerda desaparecería. Sin ello, podría aparecer con suerte, como un hombre excéntrico. Desde luego, habría controversia en por qué se escribió su biografía. Quien leyera la biografía no podría llegar a conocer realmente a Mendelssohn, aun cuando el biógrafo hubiera hecho una investigación exhaustiva para su proyecto y aunque hubiera sido muy exacto en todos los demás detalles.

Y si ustedes vieran las pinturas de Rembrandt sólo en blanco y negro, se perderían la mayor parte de su inspiración.

Aquellos de nosotros que estamos involucrados profundamente en la investigación de la sabiduría del hombre, incluso aquellos que escriben y que enseñan la historia de la Iglesia, no estamos inmunes a estos peligros. He realizado investigación y estudios académicos y conozco algo de esos peligros. En todo caso, somos más vulnerables que aquellos que están en otras disciplinas. La historia de la Iglesia puede ser muy interesante e inspiradora y puede llegar a ser una herramienta muy poderosa para edificar la fe. Si no está escrita o no se enseña adecuadamente, puede llegar a destruir la fe.

El presidente Brigham Young amonestó a Karl G. Maeser que no enseñara ni siquiera las tablas de multiplicar sin el Espíritu del Señor. Cuánto más esencial es el Espíritu al investigar, escribir y enseñar la historia de la Iglesia.

Si nosotros, que somos quienes investigamos, escribimos y enseñamos la historia de la Iglesia, ignoramos la parte espiritual con el pretexto de que el mundo no lo entendería, entonces nuestro trabajo no sería objetivo. Y si por la misma razón lo mantenemos totalmente secular, presentaremos una historia que no es exacta ni erudita, sin importar el grado de investigación o de la naturaleza de las declaraciones individuales o de los incidentes que se incluyen como parte de la misma, y sin importar la capacitación o la reputación académica de aquel que escribe o

enseña. Terminaríamos con una historia a la que se le ha omitido el ingrediente más esencial.

Aquellos que tienen el Espíritu pueden reconocer muy fácilmente si algo le falta a la historia escrita de la Iglesia, esto a pesar del hecho de que el autor pueda ser un historiador altamente capacitado y el lector no; y debo añadir que hemos estado obteniendo mucha experiencia en cuanto a esto en los últimos años.

El presidente Wilford Woodruff nos advirtió: “Aquí diré que Dios me ha inspirado a llevar un diario de la historia de esta Iglesia, y *advierto a los historiadores futuros a que den crédito a mi historia de esta Iglesia y reino*; porque mi testimonio es verdadero y la verdad de su registro se manifestará en el mundo venidero” (Diario de Wilford Woodruff, 6 de julio de 1877, Departamento Histórico, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, cursiva agregada. La ortografía y la puntuación se han estandarizado).

SEGUNDA ADVERTENCIA

Existe la tentación de que el escritor o el maestro de historia de la Iglesia quiera decirlo todo, sin importar que sea digno de mencionarse o no, o que promueva la fe o no.

Algunas cosas que son ciertas no son de mucha utilidad.

Parece que los historiadores se enorgullecen en publicar algo nuevo, especialmente si ilustra una debilidad o un error de una destacada figura en la historia. Por alguna razón, los historiadores y novelistas parecen saborear tales cosas. Si se tratara de una persona que está viva, se incluiría bajo el título de los chismes. La historia puede ser tan engañosa como el chisme y mucho más difícil (y con frecuencia imposible) de verificar.

El escritor o el maestro que tiene una lealtad exagerada a la teoría de que todo se debe decir, está poniendo los cimientos de su propio juicio. No debería quejarse si algún día él recibe lo que ha dado. Quizás eso es lo que significa que los pecados de uno se pregonen desde las azoteas.

Hace tiempo, un historiador dio una conferencia a un grupo de alumnos universitarios sobre uno de los presidentes de la Iglesia que ya había fallecido. Parecía que su propósito era el de mostrar que ese presidente era un hombre que estaba sujeto a las debilidades de los hombres. Él presentó muchos supuestos hechos que no dejaban una muy buena imagen de ese presidente, especialmente cuando se tomaban fuera del contexto histórico en el cual vivió.

Alguien que no estuviera del todo familiarizado con este personaje histórico (especialmente alguien que no fuera maduro) probablemente salió de allí afectado en forma negativa. La fe de aquellos que hayan estado vacilantes en sus convicciones seguramente quedó debilitada o destruida.

Yo empecé a enseñar en seminario cuando Abel S. Rich era el director. Él era el segundo maestro de seminario

que había sido empleado por la Iglesia y era un hombre de madurez, sabiduría y experiencia. Entre las lecciones que aprendí de él estuvo ésta: cuando quiero conocer a un hombre, busco a quienes lo conocen mejor. No voy con sus enemigos, sino con sus amigos. Él no confiaría en sus enemigos. Ustedes no conocerían los pensamientos más íntimos de su corazón al consultar a aquellos que lo perjudicarían a él.

Somos maestros y deberíamos saber la importancia del principio de los prerrequisitos. Queda ilustrado fácilmente con la materia de la química. Ningún químico responsable recomendaría, ni una institución de reputación permitiría, que un alumno nuevo se inscribiera en una clase de química avanzada sin tener el conocimiento de los principios básicos de química. El curso avanzado sería un error destructivo, aun para un alumno nuevo muy brillante. Aun ese alumno brillante necesita algún conocimiento de los elementos, de los átomos y las moléculas, de los electrones, de las valencias, de los componentes y las propiedades. Permitir que un alumno avance sin el conocimiento de los fundamentos sin duda destruiría su interés y su futuro en el campo de la química.

El mismo ejemplo se podría hacer con referencia a la supuesta educación sexual. Hay muchas cosas que son verdades y que incluso son edificantes en cuanto a este tema. Hay aspectos de este tema que son tan pervertidos y desagradables que no conviene hablar de ellos en absoluto. No se pueden enseñar de forma segura a los niños pequeños o a aquellos que no son elegibles en virtud de su edad, su madurez o la ordenanza que los autoriza para comprenderlas.

El enseñar ciertas cosas que son verdaderas prematuramente o en el momento equivocado puede traer dolor y congoja en vez del gozo que se desea acompañe a la enseñanza.

Lo que es cierto en estos dos temas es, si acaso, doblemente cierto en el campo de la religión. Las Escrituras enseñan categóricamente que debemos dar leche antes que carne. El Señor expresó muy claramente que algunas cosas se deben enseñar con un criterio selectivo y que algunas cosas sólo se dan a aquellos que son dignos.

Tiene mucha importancia no sólo *lo que se nos dice* sino *cuándo se nos dice*. Tengan cuidado de edificar la fe en vez de destruirla.

El presidente William E. Berrett nos ha dicho cuán agradecido está del testimonio que se fijó firmemente en su mente de que los líderes anteriores fueron profetas de Dios, *antes* de que él se viera expuesto a los supuestos hechos que los historiadores han puesto en sus publicaciones.

Este principio de los prerrequisitos es tan fundamental a toda la educación que nunca he podido comprender por qué los historiadores están tan dispuestos a ignorarlo. Y,

si aquellos que están fuera de la Iglesia no tienen mucho para ser guiados excepto los principios de su profesión, aquellos que están dentro de la Iglesia deberían poder discernir mejor.

Algunos historiadores escriben y hablan como si los únicos que van a leer o escuchar son historiadores maduros y experimentados. Ellos escriben y hablan a una audiencia limitada. Desafortunadamente, muchas de las cosas que se dicen entre sí no son edificantes, van mucho más allá de la audiencia para quienes estaban previstas y destruyen la fe.

Lo que ese historiador hizo con la reputación de un Presidente de la Iglesia no valió la pena. Parecía resuelto a convencer a todos que el *profeta* era un *hombre*. Eso ya lo sabíamos. Todos los profetas y todos los apóstoles han sido hombres. Le hubiera valido más la pena si nos hubiera convencido de que el *hombre* era un *profeta*, un hecho tan cierto como el hecho de que era un hombre.

Él ha quitado algo del recuerdo que teníamos de un profeta. Él destruyó la fe. Les voy a recordar la verdad que enseñó Shakespeare, que irónicamente se pronunció en labios de Iago: “Quien me roba la bolsa, me roba una porquería, una insignificancia, nada; fue mía, es de él y había sido esclava de otros mil; pero el que hurta mi buen nombre, me arrebató una cosa que no le enriquece y me deja pobre en verdad” (*Otelo*, acto 3, escena 3, líneas 157–161).

Lo triste de todo esto es que, en años anteriores, él pudo haber tenido gran interés en quienes dirigían la Iglesia y deseado acercarse a ellos. Pero en vez de seguir esa larga, empinada, desalentadora y en ocasiones peligrosa senda hacia un logro espiritual, en vez de ascender a donde ellos estaban, concibió una forma de recolectar errores, debilidades y limitaciones para compararlas con las de él mismo. En ese sentido él intentó bajar a un personaje histórico a su nivel y de esa manera sentirse cerca a él y quizás así justificar sus propias debilidades.

Estoy de acuerdo con el presidente Stephen L Richards, quien declaró:

“Si a través de los años un hombre de la historia se ha asegurado un lugar elevado en la estima de sus conciudadanos y semejantes y ha llegado a ser parte integral de su afecto, al parecer ha llegado a ser un pasatiempo agradable para los investigadores y eruditos hurgar en el pasado de tal hombre, para descubrir, si las hubiera, algunas de sus debilidades y luego escribir un libro que exponga las presuntas conclusiones de los hechos no publicadas hasta ahora, todo lo cual tiende a robar el carácter histórico de la estima y la veneración idealistas que se le han tenido a través de los años.

“Ese ‘desenmascaramiento’, se nos dice, es con el fin de que se conozca la realidad, de que se conozcan los hechos. Si es que un personaje histórico ha hecho una gran contribución al país y a la sociedad, y si su nombre y sus actos

se han utilizado por generaciones para fomentar altos ideales de carácter y de servicio, ¿qué cosa buena se va lograr al desenterrar su pasado y explotar sus debilidades, las cuales quizás un público contemporáneo y generoso ya perdonó y atenuó?” (*Where Is Wisdom?*, Salt Lake City: Deseret Book Co., 1955, pág. 155).

Ese historiador o erudito que se complace en señalar las debilidades y flaquezas de los líderes actuales o pasados destruye la fe. Un destructor de fe (especialmente uno que está dentro de la Iglesia y más especialmente uno a quien se ha empleado específicamente para edificar la fe) se coloca a sí mismo en un gran peligro espiritual. Él está sirviendo al señor equivocado y a no ser que se arrepienta, no será contado entre los fieles en las eternidades.

El que escoge seguir los principios de su profesión, sin importarle cuánto dañen a la Iglesia o destruyan la fe de aquellos que no están listos para una “historia avanzada”, está en un gran peligro espiritual. Si esa persona es miembro de la Iglesia, ha quebrantado sus convenios y será responsable de sus actos. Después que termine todos los días de su vida mortal, no se hallará en donde se podría haber hallado.

Recuerdo una conversación que tuve con el presidente Henry D. Moyle. Regresábamos de Arizona en auto y hablábamos de un hombre que destruyó la fe de algunos jóvenes por medio de su posición estratégica de maestro. Alguien le preguntó al presidente Moyle por qué este hombre seguía siendo miembro de la Iglesia después de las cosas que había hecho. “Él no es miembro de la Iglesia”, contestó con firmeza el presidente Moyle. Otra persona contestó que no había escuchado que hubiera sido excomulgado. “Él se ha excomulgado a sí mismo”, respondió el presidente Moyle. “Él se ha aislado a sí mismo del Espíritu de Dios. El que se realice o no un tribunal para este hombre, no importa mucho; él se ha aislado a sí mismo del Espíritu del Señor”.

TERCERA ADVERTENCIA

Un escritor o maestro, en su esfuerzo por ser objetivo, imparcial y académico, puede sin darse cuenta estar concediendo la misma cantidad de tiempo al adversario.

Alguien ha comentado sobre un hombre que escribió un libro titulado *An Unbiased History of the Civil War from the Southern Point of View [Una historia imparcial sobre la guerra civil desde el punto de vista del sur]*. Mientras que nos reímos al ver este título, hay algo que decir en cuanto a presentar la historia de la Iglesia desde el punto de vista de aquellos que la han vivido rectamente. La idea de que debemos ser neutrales y discutir tanto a favor del adversario como a favor de la rectitud no es razonable ni segura.

En la Iglesia no somos neutrales, estamos de un solo lado. Se está desatando una guerra y nosotros estamos involucrados en ella. Es la guerra entre el bien y el mal y somos

los combatientes en la defensa del bien. Estamos, por tanto, obligados a dar preferencia y proteger a todo lo que represente el Evangelio de Jesucristo, y hemos hecho convenios de así hacerlo.

Algunos de nuestros eruditos establecen para sí mismos una postura neutral, a la que llaman “indiferencia comprensiva”. Los historiadores se inclinan especialmente a hacer eso. Si hacen un comentario de elogio acerca de la Iglesia, parece que sienten que deben contrarrestarlo con algo que no lo sea.

Algunos de ellos, ya que son miembros de la Iglesia, se sienten avergonzados con la idea de que se les acuse de tener favoritismos. A ellos les importa mucho lo que el mundo piense y tienen mucho cuidado de incluir en sus escritos críticas sobre los líderes anteriores de la Iglesia.

En especial se esfuerzan por ser aclamados como historiadores, medidos según los estándares del mundo. Les haría bien leer la visión de Nefi sobre la barra de hierro y reflexionar en los versículos del 24 al 28.

“Y sucedió que vi a otros que se adelantaban, y llegaron y se asieron del extremo de la barra de hierro, y avanzaron a través del vapor de tinieblas, asidos a la barra de hierro, hasta que llegaron y participaron del fruto del árbol.

“Y *después* de haber comido del fruto del árbol, miraron en derredor de ellos, como si se hallasen avergonzados. [Noten la palabra *después*. Está hablando de quienes participan de la bondad de Dios: de los miembros de la Iglesia.]

“Y yo también dirigí la mirada alrededor, y vi del otro lado del río un edificio grande y espacioso que parecía erguirse en el aire, a gran altura de la tierra.

“Y estaba lleno de personas, tanto ancianas como jóvenes, hombres así como mujeres; y la ropa que vestían era excesivamente fina; y se hallaban en actitud de estar burlándose y señalando con el dedo a los que habían llegado hasta el fruto y estaban comiendo de él.

“Y *después* que hubieron probado del fruto, se avergonzaron a causa de los que se mofaban de ellos; y cayeron en senderos prohibidos y se perdieron” (1 Nefi 8:24–28; cursiva agregada).

Quisiera decir con toda seriedad que la paciencia del Señor tiene un límite en cuanto a aquellos que están bajo el convenio de bendecir y proteger Su Iglesia y reino sobre la tierra pero no lo hacen.

Están en peligro, especialmente si salen a labrarse una reputación, sí, “han puesto su corazón en las cosas de este mundo, y aspiran tanto a los honores de los hombres, que [ellos] no aprenden esta lección única:

“Que los derechos del sacerdocio están inseparablemente unidos a los poderes del cielo, y que éstos no pueden ser

gobernados ni manejados sino conforme a los principios de la rectitud.

“Es cierto que se nos pueden conferir; pero cuando intentamos encubrir nuestros pecados, o satisfacer nuestro orgullo, nuestra vana ambición o ejercer mando, dominio o compulsión sobre las almas de los hijos de los hombres, en cualquier grado de injusticia, he aquí, los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido, y cuando se aparta, se acabó el sacerdocio o autoridad de tal hombre.

“He aquí, antes que se dé cuenta, queda abandonado a sí mismo para dar coques contra el aguijón, para perseguir a los santos y combatir contra Dios” (D. y C. 121:35–38).

Hay muchas referencias en las Escrituras y en la literatura de la Iglesia que nos convencen de que estamos en guerra con el adversario. No estamos obligados como Iglesia, ni como miembros, a complacer al enemigo en esta batalla.

El presidente Joseph Fielding Smith puntualizó que sólo un general imprudente daría acceso de toda su inteligencia al enemigo. No se espera, ni es necesario, que complazcamos a quienes intentan conseguir referencias de nuestros recursos, para luego distorsionarlas y utilizarlas en nuestra contra.

Vamos a suponer que una corporación bien administrada está bajo amenaza de que la adquiera otra corporación. Imagínense que la corporación que planea adquirirla está resuelta a acabar con todos los activos y luego disolver la compañía. Pueden estar seguros que la empresa que esté bajo esa amenaza buscará asesoría legal para protegerse.

¿Pueden imaginarse a ese abogado, que ha sido contratado para proteger a la compañía, que se ha propuesto que él no debe ponerse de ningún lado, que debe ser imparcial?

Supongamos que cuando los registros de la compañía que lo ha contratado para que la proteja se abren para que pueda preparar su defensa, él recoge evidencia y se la pasa a los abogados de la compañía enemiga. Entonces, su propia compañía estaría en gran peligro debido a su comportamiento desleal.

¿No reconocen una violación de la ética, la honradez o la moralidad?

Creo que se dan cuenta de la puntualización que estoy haciendo. Aquellos de ustedes que son empleados de la Iglesia tienen una responsabilidad especial de edificar la fe, no de destruirla. Si ustedes no hacen esto, y de hecho complacen al enemigo, que es el destructor de la fe, se convierten de alguna manera en traidores de la causa que han hecho convenio de proteger.

Aquellos que con cuidado han eliminado de su trabajo cualquier fe religiosa en nombre de la libertad académica o de la supuesta honestidad, no deberían esperar que se les apoye en sus investigaciones o que la Iglesia les pague para hacerlo.

Además, tengan por seguro que se obtiene muy poco de la verdad, y menos beneficio, de quienes roban documentos o de quienes negocian con bienes robados. Siempre ha habido y tenemos entre nosotros hoy día a quienes buscan ingresar a bibliotecas y archivos restringidos para copiar secretamente el material y robarlo con la esperanza de encontrar algún detalle que aún no ha sido publicado, esto a fin de poder venderlo por dinero o beneficiarse de alguna manera con su publicación o inflarse de orgullo por ser el primero en publicarlo.

En algunos casos el motivo es destruir la fe, si pueden, y la Iglesia, si les es posible. La Iglesia seguirá adelante y los esfuerzos de ellos serán por un corto tiempo, pero tal conducta no pasa desapercibida en el punto de vista eterno de las cosas.

No deberíamos avergonzarnos de estar dedicados, de estar convertidos, de estar predispuestos a favor del Señor.

El élder Joseph Fielding Smith señaló la falacia de intentar trabajar en los dos lados de la calle: “Se podría decir entonces que el Libro de Mormón no es verdadero ya que no da crédito a la historia que los lamanitas contaron acerca de los nefitas” (véase *Utah Genealogical and Historical Magazine*, abril de 1925, pág. 55).

Hace muchos años, ciertos profesores de la Universidad Harvard que eran miembros de la Iglesia, me invitaron a un almuerzo en el comedor de la Facultad de Economía de Harvard. Ellos querían saber si me les uniría para participar en una nueva publicación; querían que contribuyera en ella.

Fueron muy generosos en sus cumplidos, y dijeron que porque tenía un doctorado, muchos miembros de la Iglesia me escucharían, y siendo que era Autoridad General (en esa época, era Asistente al Consejo de los Doce), podría tener una influencia muy útil.

Les escuché con mucha atención pero al final de la conversación les dije que no me uniría. Les pedí que se me disculpara de responder a su propuesta. Cuando me preguntaron por qué, les dije lo siguiente: “Cuando sus compañeros me anunciaron el proyecto, describieron lo útil que sería para la Iglesia, que era un nicho que debía llenarse”. Luego el portavoz dijo: “Todos nosotros somos miembros fieles y activos de la Iglesia; *sin embargo...*”

Les dije a mis dos anfitriones que si el comunicado hubiese dicho: “Nosotros somos miembros fieles y activos de la Iglesia; *por lo tanto...*”, me habría unido a su organización. Tenía serias preocupaciones en cuanto a una organización “sin embargo”, pero muy poca a una “por lo tanto”.

Ese *sin embargo* significaba que ponían una condición sobre el ser miembros de la Iglesia y sobre su fe. Significaba que ponían otra cosa en primer lugar. Significaba que iban a juzgar a la Iglesia, al Evangelio y a sus líderes en contraposición con su propia formación y capacitación. Significaba

que su dedicación era parcial, y esa dedicación parcial no es suficiente para calificar a alguien para recibir una completa luz espiritual.

No voy a contribuir a publicaciones, ni pertenecer a organizaciones que por espíritu o tendencia son destructoras de la fe. Hay suficientes eruditos en el mundo decididos a buscar todas las verdades seculares. Hay muy pocos de nosotros, relativamente hablando, que se esfuerzan por comunicar las verdades espirituales, que están protegiendo a la Iglesia. No podemos ser neutrales sin riesgo.

Hace muchos años, el élder Widtsoe hizo referencia a un maestro imprudente que, en la Asociación de Mejoramiento Mutuo, patrocinó un debate con la intención de mejorar la habilidad de debatir de los jóvenes de la Iglesia. Escogió como tema “Resuelto: José Smith fue un profeta de Dios”. Desafortunadamente, ganó el lado de los contrarios.

Los jovencitos que hablaron en favor de la propuesta no fueron tan ingeniosos y no prepararon sus argumentos tan bien como los del lado contrario. El hecho de que José Smith siguiera siendo profeta después de terminar el debate no protegió a algunos de los participantes de sufrir la destrucción de su fe y que a partir de entonces dirigieran su vida como si José Smith no fuera profeta, como si la Iglesia que él estableció y el Evangelio que él restauró no fuesen verdaderos.

CUARTA ADVERTENCIA

La última advertencia se relaciona con la idea de que mientras algo ya esté impreso, mientras esté disponible por otros medios, no hay nada de malo en utilizarlo para escribir, hablar o enseñar.

Sin duda ustedes pueden ver la falacia en esto.

En ocasiones me he sentido decepcionado al leer declaraciones que tienden a subestimar o degradar a la Iglesia o a los líderes anteriores de la Iglesia en escritos de aquellos que se supone son dignos miembros de la Iglesia. Cuando he comentado acerca de la desilusión que he sentido al verlo publicado, la respuesta ha sido: “Ya se había publicado antes, y está disponible; por lo tanto, no veo ninguna razón para no publicarlo otra vez”.

No se logra nada bueno con hacer que se disemine. Es posible que lo lean aquellos que no son lo suficientemente maduros para una “historia avanzada”, y un testimonio en desarrollo puede quedar destruido.

Hace algunos años el presidente Ezra Taft Benson se dirigió a ustedes y dijo: “Se nos ha informado que algunos de nuestros maestros, especialmente en nuestros programas universitarios, están comprando escritos de apóstatas conocidos... con el objeto de informarse en cuanto a ciertos puntos de vista o para ganar información de sus investigaciones. Deben darse cuenta de que cuando compran sus escritos o se suscriben a sus revistas, están ayudando

a sostener su causa. Esperamos que esos escritos no estén en los seminarios, institutos o en su biblioteca personal. Confiamos en que ustedes representen al Señor y a la Primera Presidencia ante sus alumnos, no a las opiniones de los detractores de la Iglesia” (*The Gospel Teacher and His Message*, Discurso pronunciado al personal del Sistema Educativo de la Iglesia, 17 de septiembre de 1976, pág. 12).

Yo respaldo este sabio consejo, y les exhorto a que lo sigan.

Recuerden: cuando se ve a un apóstata amargado, no sólo se ve la ausencia de luz, sino que también se ve la presencia de la oscuridad.

¡No propaguen los microbios de la enfermedad!

Aprendí una gran lección hace algunos años cuando entrevisté a un joven que estaba en la casa de la misión, al cual se le impidió servir en una misión. Me confesó una transgresión que ustedes pensarían que jamás entraría en la mente de un ser humano normal.

“¿De dónde sacaste la idea para hacer algo así?”, le pregunté.

Para mi gran sorpresa, me contestó: “De mi obispo”.

Dijo que el obispo le preguntó en la entrevista: “¿Has hecho esto alguna vez? ¿Has hecho aquello alguna vez? ¿Has hecho esta otra cosa alguna vez?”, y le describió en detalle cosas que este joven jamás hubiera pensado. Lo atormentaron hasta que, bajo perversa inspiración, la oportunidad se presentó por sí misma y él cayó.

No perpetúen lo indigno, lo desagradable o lo sensacional.

Algunas cosas que se publican luego se dejan de publicar, y el refrán que dice “es bueno deshacerse de lo que no sirve” se podría aplicar.

El élder G. Homer Durham, del Primer Quórum de los Setenta, nos contó el consejo que recibió de uno de sus profesores que fue un historiador eminente: “No escriban (y debo agregar, no enseñen) historia que sólo sirve para echarla en la basura”.

Moroni dio una norma excelente que los historiadores deben seguir:

“Pues he aquí, a todo hombre se da el Espíritu de Cristo para que sepa discernir el bien del mal; por tanto, os muestro la manera de juzgar; porque toda cosa que invita a hacer lo bueno, y persuade a creer en Cristo, es enviada por el poder y el don de Cristo, por lo que sabréis, con un conocimiento perfecto, que es de Dios.

“Pero cualquier cosa que persuade a los hombres a hacer lo malo, y a no creer en Cristo, y a negarlo, y a no servir a Dios, entonces sabréis, con un conocimiento perfecto, que es del diablo; porque de este modo obra el diablo, porque él no persuade a ningún hombre a hacer lo bueno,

no, ni a uno solo; ni lo hacen sus ángeles; ni los que a él se sujetan” (Moroni 7:16–17).

Hay una gran diferencia entre considerar la vida mortal como la conclusión y realización de nuestra existencia o considerarla como la preparación para una existencia eterna.

Ésas son las precauciones que les doy a ustedes que son los que enseñan y escriben la historia de la Iglesia.

Hay ciertos requisitos para enseñar o escribir la historia de esta Iglesia. Si es que alguien carece de cualquiera de esos requisitos, no puede enseñar adecuadamente la historia de la Iglesia. Puede quizás recitar los hechos y dar su punto de vista, pero no puede enseñar adecuadamente la historia de la Iglesia.

Voy a presentar estos requisitos en manera de preguntas para que ustedes puedan evaluarse a sí mismos.

¿Creen que Dios el Eterno Padre y Su Hijo Jesucristo se aparecieron en persona al joven profeta José Smith en el año 1820?

¿Tienen un testimonio personal de que el Padre y el Hijo se aparecieron en toda Su gloria, y que estuvieron en el aire arriba del joven y lo instruyeron de acuerdo al testimonio que dio al mundo en la historia que más adelante publicó?

¿Saben que el testimonio del profeta José Smith es verdadero porque han recibido un testimonio espiritual de que esto es verdad?

¿Creen que la Iglesia que fue restaurada a través de él es, según las palabras del Señor, “la única iglesia verdadera y viviente sobre la faz de toda la tierra, con la cual yo, el Señor, estoy bien complacido” (D. y C. 1:30)? ¿Saben por medio del Espíritu Santo que ésta es *La* Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, restaurada mediante mensajeros celestiales en estos tiempos modernos; que la Iglesia constituye el reino de Dios en la tierra, y que no es sólo una institución inventada por humanos?

¿Creen que los sucesores del profeta José Smith fueron y son profetas, videntes y reveladores; que la revelación de los cielos dirige las decisiones, normas y pronunciamientos que vienen de las Oficinas Generales de la Iglesia? ¿Han llegado a tener la firme convicción, por medio del Espíritu, de que estos profetas en verdad representan al Señor?

Pues bien, evidentemente se dieron cuenta que no hablé en cuanto a los requisitos académicos. Mediante el estudio personal y el indispensable trabajo de curso pueden obtenerse los hechos, el entendimiento y la instrucción. Estos tres requisitos que he mencionado vienen a la persona mediante el Espíritu. No los pueden recibir a través de la capacitación o el estudio secular; ni mediante investigación académica o científica.

Repito: si existe una deficiencia en alguno de éstos, entonces, a pesar de cualquier otra capacitación que posea la

persona, no podrá comprender, escribir o enseñar la verdadera historia de esta Iglesia. Los asuntos de Dios sólo los entiende uno que posee el Espíritu de Dios.

Ahora, ¿qué pasó con el historiador que difamó a uno de los primeros Presidentes de la Iglesia y que puede haber debilitado o destruido la fe en ese proceso? ¿Qué pasa con otros miembros de la Iglesia que han sido culpables en sus publicaciones o en sus enseñanzas de algo semejante?

Quiero decirles algo que tal vez les sorprenda. Conozco a un hombre que hizo algo tan destructivo como esto y que luego llegó a ser un profeta de la Iglesia. Me refiero a Alma, hijo. Aprendí acerca de él al leer el Libro de Mormón, que en verdad es una historia fidedigna de la Iglesia en la antigüedad.

Ustedes conocen el registro de Alma, cuando era joven. Él seguía al profeta Alma, su padre, a donde iba, y ridiculizaba todo lo que su padre predicaba. Él era, en esa época de su vida, un destructor de la fe. Entonces, llegó el momento del cambio. Debido a que su padre había orado por ello, él volvió en sí, cambió y llegó a ser uno de los grandes hombres de la historia religiosa.

Quiero decir algo a ese historiador y a los demás que hayan dado un valor más alto al intelecto que al manto.

Las Autoridades Generales de antes y las de ahora son hombres, hombres muy comunes que tienen en su mayoría orígenes muy humildes. ¡Nosotros necesitamos la ayuda de ustedes! La necesitamos urgentemente. No podemos investigar ni organizar la historia de la Iglesia. No tenemos el tiempo para hacerlo ni tenemos la capacitación que ustedes poseen; pero conocemos el Espíritu y sabemos lo esencial que es como parte de nuestra historia. Es nuestro deber el organizar la Iglesia, ponerla en orden, conferir las llaves de la autoridad, efectuar las ordenanzas, vigilar el crecimiento del reino y llevar sus cargas, las pesadas cargas, las nuestras y las de los demás, de las cuales ustedes saben muy poco.

¿Saben ustedes lo inadecuados que en verdad somos si se nos compara con los llamamientos que hemos recibido? ¿Pueden sentir, hasta cierto grado, el peso, el peso abrumador de la responsabilidad que tenemos? Si buscan insuficiencia e imperfecciones, podrán encontrarlas muy fácilmente. Pero quizás ustedes no sienten, como nosotros, el peso enorme de responsabilidad vinculado a los llamamientos que se nos han dado. No tenemos la libertad de hacer algunas cosas que los académicos creen sería razonable, porque el Señor no permitiría que las hiciésemos, y esta es Su Iglesia. Él la preside.

Hay otra parte de la continua historia de la Iglesia con la que ustedes no están familiarizados. Quizás puedo ilustrársela:

Hace unos años tuve el triste privilegio de acompañar al presidente Kimball, en ese entonces Presidente de los

Doce, a una estaca lejana para reemplazar a un líder de la estaca que había sido excomulgado debido a una transgresión. Sentimos gran compasión por este buen hombre que había cometido un acto tan indigno. Su pesar, angustia y sufrimiento me trajeron a la mente la frase “la hiel de amargura”.

A partir de entonces, en algunas ocasiones, recibí llamadas del presidente Kimball preguntando: “¿Ha escuchado algo de este hermano? ¿Cómo le está yendo? ¿Se ha comunicado con él?” Luego que el hermano Kimball se convirtió en Presidente de la Iglesia, las llamadas no cesaron, sino que más bien aumentaron.

Un día recibí una llamada del Presidente. “He estado pensando en este hermano. ¿Cree que es muy pronto como para que se bautice?” (Siempre hacía preguntas, nunca daba una orden.) Le respondí con mis sentimientos y me dijo: “¿Por qué no le pide que venga para que usted lo vea? Si después de la entrevista usted siente que está bien, podemos proceder”.

Poco tiempo después, llegué muy temprano a la oficina. Mientras salía de mi auto, vi que el presidente Kimball entraba en el suyo. Se iba al aeropuerto en un viaje por Europa. Bajó la ventana para saludarme y le dije que tenía buenas noticias sobre nuestro hermano. “Se bautizó anoche”, le dije.

Él me hizo una señal para que me subiera al auto y me sentara junto a él, y me pidió que le contara todo al respecto. Le conté sobre la entrevista que tuve con nuestro hermano y que finalicé diciéndole muy claramente que su bautismo no sería una señal de que se le fueran a restaurar las bendiciones del sacerdocio en un futuro inmediato. Le dije que pasaría mucho, mucho tiempo antes que eso sucediera.

El presidente Kimball me dio unas palmaditas en la rodilla en un gesto suave como para corregirme y me dijo: “Bueno, quizás no tanto tiempo...” Poco después las llamadas por teléfono comenzaron otra vez.

Quiero contarles de otra lección que recibí. Hace muchos años, cuando era una nueva Autoridad General y con poca experiencia, me llamaron a la oficina del Primer Consejero de la Primera Presidencia. “Nos enteramos que se va a una conferencia a la costa oeste este fin de semana. Nos preguntamos si podría salir uno o dos días antes para ayudarnos con un problema que hay en las oficinas de la misión en otra ciudad”.

Un misionero había confesado haber cometido una transgresión y el presidente de misión estaba reacio a tomar medidas. Se me instruyó que convocara un tribunal y que el misionero fuera excomulgado.

Fui y entrevisté al misionero por largo tiempo. Luego me fui a un parque para pensar y orar al respecto. Este era un

caso inusual, de lo más inusual. Después de dos horas, llamé a un miembro de la Primera Presidencia desde un teléfono público y le conté un poco de lo que había averiguado y de cómo me sentía al respecto. Él me preguntó qué es lo que yo quería hacer. Con vacilación le dije que quería demorar la decisión, no actuar en ese momento. Luego le dije: “Pero, Presidente, si usted me vuelve a decir que lo haga, yo lo haré”.

Su voz vino por el teléfono y me pareció como un trueno: “¡No vaya en contra de los susurros del Espíritu!”

Había aprendido una gran lección que nunca olvidaré y la inspiración afectó en gran manera los hechos cuando se tomó la acción definitiva.

No cedan su fe como pago por un avanzado título universitario o por el reconocimiento y los elogios del mundo. No se aparten del Señor ni de Su Iglesia ni de Sus siervos. Se les necesita, ¡ay, cómo se les necesita!

Puede ser que ustedes ofrezcan su reputación académica y los elogios de sus compañeros en el mundo como un sacrificio sobre el altar del servicio. Quizás ellos nunca entiendan los asuntos del Espíritu como ustedes tienen derecho a hacerlo. Tal vez ellos no los consideren una autoridad en esa área o un erudito. Sólo recuerden que cuando Abraham fue probado, no fue necesario que realmente sacrificara a Isaac. Sólo tenía que estar dispuesto a hacerlo.

Y ahora una última lección de la historia de la Iglesia, una que ilustra el tipo de cosas del pasado que edifican la fe y aumentan el testimonio.

William W. Phelps había sido un compañero de confianza del profeta José Smith. Luego, en una hora de crisis cuando el Profeta lo necesitaba más que nunca, se volvió en contra de él y se unió a los apóstatas y opresores que buscaban quitarle la vida al Profeta.

Más tarde, el hermano Phelps reconoció su error. Se arrepintió de lo que había hecho y le escribió al profeta José Smith, pidiéndole perdón. Quisiera leerles la carta que el profeta José escribió en respuesta al hermano Phelps.

Confieso también que muchas veces he gemido en agonía cuando he pensado en los incidentes de esta clase que los estudiosos han descubierto cuando han estudiado minuciosamente los registros de nuestra Iglesia pero que los han dejado fuera de sus escritos por temor a que se les considerara indignos de una reseña académica de la historia de la Iglesia.

A continuación la carta.

“Estimado hermano Phelps:

“...Usted podrá, en cierta medida, darse cuenta de mis sentimientos, así como de los del élder Rigdon y del hermano Hyrum, cuando leímos su carta; ciertamente nuestros corazones se fundieron de ternura y compasión cuando nos

dimos cuenta de sus resoluciones, etc. Puedo asegurarle que siento la disposición de actuar en su caso de una manera tal que contará con la aprobación de Jehová (cuyo siervo soy) y de acuerdo a los principios de verdad y rectitud que han sido revelados; y por cuanto la longanimidad, la paciencia y la misericordia han caracterizado los tratos de nuestro Padre Celestial hacia los humildes y penitentes, siento la disposición de copiar Su ejemplo, de atesorar los mismos principios y, al hacerlo, ser un salvador de mi prójimo.

“Es cierto que hemos sufrido mucho como consecuencia de su comportamiento; la copa de la amargura, ya llena lo suficiente para ser bebida por los mortales, se rebasó cuando usted se volvió contra nosotros. Uno con quien con frecuencia nos habíamos sentado juntos en consejo y con quien habíamos disfrutado muchos momentos de refrigerio del Señor: ‘si hubiera sido un enemigo, podríamos haberlo soportado’...

“Sin embargo, se bebió la copa, se ha hecho la voluntad de nuestro Padre y aún estamos vivos, por lo cual agradecemos al Señor. Y habiendo sido librados de las manos de hombres perversos por la misericordia de nuestro Dios, le decimos que usted tiene el privilegio de ser liberado de los poderes del adversario, de ser traído a la libertad de los queridos hijos de Dios y nuevamente tomar su lugar entre los Santos del Altísimo, y que con diligencia, humildad y amor genuino se encomiende a sí mismo a nuestro Dios, y a su Dios, y a la Iglesia de Jesucristo.

“Creando que su confesión es real y su arrepentimiento genuino, estoy feliz una vez más de estrecharle la mano derecha de la hermandad y de regocijarme con el retorno del pródigo...

“ ‘Entra, querido hermano, ya que la guerra ha pasado, Porque los que fueron amigos al principio, al final nuevamente lo serán’.

“Un abrazo como siempre,

“José Smith, hijo”

(*History of the Church*, tomo IV, págs. 162–164.)

El hermano Phelps sí volvió a la hermandad total. Él escribió himnos, y el himno que cantamos al iniciar esta reunión, “Llor al Profeta”, fue escrito por el hermano Phelps, al igual que “Oh Dios, Eterno Padre”, “Ya regocijemos”, “Entonad sagrado son”, “El Espíritu de Dios”, sólo para mencionar unos cuantos.

¡Qué gran pérdida hubiera sido para la Iglesia si el hermano Phelps no hubiese vuelto, y cuán grande hubiera sido la tragedia para él mismo!

Cuando leo acerca de las Autoridades Generales del pasado, me siento abrumado por la humildad. Consideren al profeta José Smith y las pocas oportunidades que tuvo de recibir una educación formal. Lean las cartas que escribió de su puño y letra y se darán cuenta que su ortografía no era buena. Cuán agradecido debió haber estado por tener un escriba. He sollozado cuando he contemplado todo lo que hicieron con lo poco que tenían. Puedo percibir lo agradecidos que deben haber estado con aquellos que permanecieron a su lado.

A ustedes, que se han desviado del camino, ¡vuelvan! Sabemos cómo eso puede suceder; hemos andado por la senda de la investigación y del estudio. ¡Vengan a ayudarnos!, ustedes con su erudición y capacidad, ustedes con sus mentes brillantes e inteligentes, ustedes con su experiencia y con sus títulos académicos.

Cuán agradecidos estamos hoy por los muchos miembros que tienen dones y capacitación especiales y que los dedican a la edificación de la Iglesia y el reino de Dios y a la protección de la misma.

Que el Señor les bendiga a ustedes que tan fielmente recaban y enseñan la historia de la Iglesia y edifican la fe de aquellos a quienes enseñan. Doy mi testimonio de que el Evangelio es verdadero, de que esta Iglesia es Su Iglesia. Ruego que puedan ser inspirados cuando escriban y cuando enseñen. Que el Espíritu del Señor pueda estar con ustedes en rica abundancia.

A medida que lleven a sus alumnos por los senderos de la historia de la Iglesia en esta dispensación, es suyo el privilegio de ayudarles a ver el milagro de la Restauración, el manto que pertenece a Sus siervos y “ver en cada hora y cada momento de la existencia de la Iglesia... la mano suprema y todopoderosa de [Dios]” (Joseph F. Smith, en *Conference Report*, abril de 1904, pág. 2).

A medida que escriban y enseñen la historia de la Iglesia bajo la influencia de Su Espíritu, llegarán un día a saber que no fueron simples espectadores, sino una parte central de la misma, porque ustedes son Sus santos.

Este testimonio se lo dejo junto con mis bendiciones, en el nombre de Jesucristo. Amén.

LA BIBLIA, UN LIBRO SELLADO

POR EL ÉLDER BRUCE R. MCCONKIE

DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

Suplemento, A Symposium on the New Testament, 1984, págs. 1–7

Es un gusto y un honor estar aquí con ustedes y es mi oración que el Espíritu se derrame abundantemente sobre todos nosotros a medida que consideramos algunos asuntos que son de gran importancia en lo que concierne a nuestra labor como maestros.

Debo hablarles acerca del libro sellado, el cual contiene muchos de los misterios del reino. Estos son aspectos de gran valor para quienes enseñan el Evangelio. Mi tema específico es la Biblia, un libro sellado, pero mi método y la forma en que voy a discutir este tema no será igual a la forma en que lo discute la gente normalmente.

Hay muchas cosas que se deben decir y voy a hablar claramente, esperando poder edificar y no ofender.

Estas palabras tan bien conocidas pueden aplicarse a lo que voy a decir:

*A todo ser viviente de esta tierra
tarde o temprano, la muerte llega.
¿Podría el hombre dar su vida mejor?
Que luego de enfrentar peligro y dolor,
Por honrar el nombre que de otro heredó,
¿Y sacrificarlo todo por su Dios?*

(Thomas Babington Macaulay, “Horatius,” líneas 219–224, en *The Lays of Ancient Rome*, 1842).

Sin embargo, hay una traducción más sencilla que creo que es coloquial o apócrifa o pseudoepigráfica, y que dice más o menos así: Los insensatos entran de prisa a los lugares donde los ángeles tienen miedo de entrar. Eso es lo que pasa.

Isaías y Juan nos hablan de un libro que está sellado. La profecía de Isaías habla de llevar las palabras de la parte no sellada del libro a una persona de gran conocimiento, a alguien que se considera tiene gran poder intelectual, quien pidió que se le llevara el libro.

Habiéndosele dicho que dos tercios del libro estaban sellados, el gigante intelectual, experto en el conocimiento lingüístico del mundo, dijo: “No puedo leer un libro sellado” (José Smith—Historia 1:65). Esta profecía se cumplió cuando Martin Harris llevó algunos de los caracteres, copiados de las planchas del Libro de Mormón, al profesor



Charles Anthon a la ciudad de Nueva York (véase Isaías 29; 2 Nefi 27; José Smith—Historia 1:63–65).

Juan el Revelador vio en las manos del Gran Dios un libro sellado con siete sellos, “que contiene”, como lo dice la revelación, “la voluntad, los misterios y las obras revelados de Dios; las cosas ocultas de su administración concernientes a esta tierra durante los siete mil años de su permanencia, o sea, su duración temporal” (D. y C. 77:6), y cada sello cubre un período de mil años. Según Juan lo vio, nadie sino el Señor Jesús, “el León de la tribu de Judá, la raíz de David” (véase Apocalipsis 5:5), tiene el poder de abrir estos siete sellos.

Este mismo conocimiento contiene la parte sellada del Libro de Mormón. Hasta donde sabemos, los dos libros sellados son el mismo libro. De esto sí estamos muy seguros: Cuando se traduzca la parte sellada del Libro de Mormón durante el Milenio, contendrá el relato de la vida preterrenal; de la creación de todas las cosas, la Caída, la Expiación y la Segunda Venida; de las ordenanzas del templo en su plenitud; del ministerio y la misión de los seres trasladados; de la vida en el mundo de los espíritus, tanto en el paraíso como en el infierno; de los reinos de gloria que serán habitados por seres resucitados y de muchas cosas como éstas.

Por ahora, el mundo no está listo para recibir estas verdades. Por un lado, estas doctrinas adicionales destruirían completamente la teoría de la evolución orgánica como se enseña casi universalmente en las instituciones educativas. Por otro lado, estas doctrinas describirán un concepto y plazo de tiempo en cuanto a la creación de esta tierra, de todas las formas de vida y de todas las estrellas y constelaciones que es totalmente diferente de lo que suponen todas las teorías de los hombres. Y es triste, pero hay quienes, si se vieran forzados a tomar una decisión en este momento, elegirían a Darwin por encima de Dios.

Nuestro propósito al referirnos al libro sellado o a los libros de los que hablan Isaías y Juan es el de crear el marco para considerar el libro sellado (la Santa Biblia) que tenemos ahora en las manos. Así como sólo el Señor Jesucristo tiene poder para abrir los siete sellos en el libro de Juan, así también la llegada de la parte sellada del Libro de Mormón depende de nuestra fe y rectitud.

Cuando rompamos el velo de incredulidad que por ahora nos deja fuera de una perfecta comunión con los dioses y los ángeles, y cuando obtengamos una fe como la del hermano de Jared, entonces adquiriremos el mismo conocimiento que él recibió. Esto no ocurrirá sino hasta después que venga el Señor (véase Éter 4).

El Libro de Mormón salió a luz y se tradujo por el don y el poder de Dios. No se incluyó a los hombres sabios con su erudición ni conocimiento. No lo sacaron a luz los

gigantes intelectuales que recibieron capacitación en la sabiduría lingüística del mundo. Salió a luz mediante el poder del Espíritu Santo. El traductor dijo: “No soy instruido” (2 Nefi 27:19). El Señor contestó: “Los instruidos no... leerán” el registro de las planchas (2 Nefi 27:20).

Aquí hay una gran clave. Se traduce el Libro de Mormón correctamente ya que un hombre poco instruido lo hizo por el don y el poder de Dios. Lo hizo en menos de sesenta días de traducción. La Biblia abunda en errores y en malas traducciones, a pesar del hecho de que los académicos y traductores de mayor conocimiento de todas las épocas trabajaron por muchos años en los manuscritos de la antigüedad para traerlos a la luz.

La clave para lograr un entendimiento del santo orden no se encuentra en la sabiduría de los hombres, ni en los pasillos enclaustrados, ni en los títulos académicos, ni en el conocimiento del griego o el hebreo (aunque de todos estos den como resultado aclaraciones intelectuales muy especiales) sino que las cosas de Dios se conocen y comprenden mediante el poder del Espíritu de Dios (véase 1 Corintios 2). Así dice el Señor: “Llamo a lo débil del mundo, a aquellos que son indoctos y despreciados” para llevar a cabo mi obra (D. y C. 35:13).

Como bien lo expresó Pablo: “¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?... Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte” (1 Corintios 1:20, 25–27).

Naturalmente debemos aprender todo lo que podamos en todos los campos; debemos sentarnos con Pablo a los pies de Gamaliel, debemos obtener conocimiento de los reinos y países e idiomas (véase D. y C. 88:76–81). “Pero bueno es ser instruido”, Jacob nos dice, *si* hacemos “caso de los consejos de Dios” (véase 2 Nefi 9:29).

Pero sobre todas las cosas, más importante que todo esto junto, más importante que toda la sabiduría obtenida mediante el poder del intelecto, a través de los hombres sabios de todas las épocas, sobre todo esto está la necesidad de la guía del Espíritu al estudiar y al enseñar. La manera en la que el Libro de Mormón salió a luz, mediante el poder de Dios, que utilizó a un hombre poco instruido, establece el modelo para todos nosotros, para todas las obras en el reino. El Señor puede hacer Su obra a través de nosotros si se lo permitimos.

Bueno, me he formado una opinión cuidadosa y la creo firmemente, de que la Biblia, como la tenemos actualmente, es un libro sellado. No tiene el sello jaredita, que sólo

puede ser quitado mediante la fe y la rectitud; la Biblia es para los hombres de nuestros días, para los justos y los malvados; y no está sellada con siete sellos sino con dos. Daremos los nombres de éstos y cómo pueden ser quitados. La Biblia debe llegar a ser un libro abierto, un libro que todos los hombres de la tierra puedan leer, creer y comprender.

Pero primero debemos decir lo que la Biblia es y mostrar su relación con otros escritos inspirados para ganar la salvación. Todos sabemos que la Biblia es el más grande de todos los libros, que es un volumen de Escrituras sagradas que contiene la mente, la voluntad y la voz del Señor para todos los hombres de la tierra y que ha surtido el más grande efecto en la civilización del mundo, hasta este tiempo, que ningún otro libro que jamás se haya escrito.

No hay pueblo sobre la tierra que tenga a la Biblia en tan grande estima como nosotros. Creemos en ella, la leemos y escudriñamos lo que dice, nos regocijamos en las verdades que enseña y buscamos ajustar nuestras vidas de acuerdo a las normas divinas que en ella se proclaman. Pero no creemos, como lo hace el cristianismo evangélico, que la Biblia contiene todas las cosas necesarias para la salvación, ni creemos que Dios haya dejado de hablar a los hombres, ni de revelar, ni de hacer saber Su voluntad a Sus hijos.

Es más, sabemos que la Biblia contiene sólo una pequeña porción de todas las revelaciones que se han dado en épocas pasadas. Se han dado muchas más revelaciones que las que han sido preservadas para nosotros en la Biblia actual. Contiene relativamente una pequeña parte de las verdades reveladas cuando se la compara a la gran cantidad de verdades reveladas que han recibido los hombres en épocas de mayor progreso espiritual que la nuestra.

Incluso la pequeña porción de verdad que se ha preservado para nosotros en la Biblia actual no nos ha llegado en su expresión y perfección original. Un ángel le dijo a Nefi, en repetidas ocasiones, que la Biblia, que incluye tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo Testamento, contenía el conocimiento de la salvación cuando se escribió originalmente y que luego pasó por las manos “de una iglesia grande y abominable, que es la más abominable de todas las demás iglesias” (1 Nefi 13:26); que se quitaron muchas cosas claras y preciosas y muchos convenios del Señor; y a causa de estas cosas muchísimos tropezaron y no sabían en qué creer ni cómo actuar. (Véase 1 Nefi 13.)

Sin embargo, con todo esto, no podemos evitar concluir que la Divina Providencia dirige todas las cosas como deben ser. Esto significa que la Biblia, como la conocemos ahora, contiene esa porción de la palabra de Dios que un mundo rebelde, malvado y apóstata tiene derecho y es capaz de recibir.

No dudamos tampoco que la Biblia, como está ahora constituida, se ha dado para probar la fe de los hombres.

Prepara a los hombres para recibir el Libro de Mormón. Aquellos que en verdad creen en la Biblia aceptarán el Libro de Mormón; aquellos que creen en el Libro de Mormón aceptarán Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio, y aquellos que sean así iluminados se esforzarán por vivir para que puedan recibir la mayor luz y conocimiento de aquellos libros sellados que todavía saldrán a la luz: aquellos libros, repito, que saldrán a la luz por medio de hombres poco instruidos que serán guiados por el Espíritu Santo.

Afortunadamente, se ha escrito la Biblia para que todos los hombres, sin importar cuán pequeña sea su dotación espiritual, puedan obtener verdades e instrucciones de ella, en tanto que quienes tengan el poder de discernimiento puedan aprender las cosas profundas y escondidas, reservadas sólo para los Santos.

A modo de perspectiva, en lo que concierne a la salvación, El Libro de Mormón y las otras revelaciones de los últimos días sobrepasan a la Biblia. Estas Escrituras modernas son de hecho las que se deben creer para poder ser salvos. Si fuera necesario, aquellos de nosotros que vivimos en la dispensación del cumplimiento de los tiempos podríamos salvarnos aun sin la Biblia, ya que mediante la revelación directa se nos han dado otra vez las verdades y poderes del Evangelio.

Además, a fin de tener todas las cosas en perspectiva, debemos ser conscientes de que hay escritos aprobados e inspirados que no están en los libros canónicos. Estos escritos también son verdaderos y deben utilizarse junto con las Escrituras al aprender y enseñar el Evangelio. Junto a los libros canónicos, los cinco más grandes documentos en nuestra literatura son:

1. La “Carta a Wentworth” (véase *History of the Church*, tomo IV, págs. 535—541; véase “Escritos y discursos de los profetas de nuestros días”, *Liahona*, junio de 1978, págs. 39—44). Fue escrita por el profeta José Smith y contiene un relato de la aparición del Libro de Mormón, de los antiguos habitantes de las Américas, de la organización de la Iglesia en esta dispensación y de las persecuciones que sufrieron los primeros Santos de los Últimos Días. Los Trece Artículos de Fe son parte de esta carta.

2. *Lectures on Faith (Discursos sobre la fe)*. Estos discursos fueron preparados por el profeta José Smith bajo su dirección. Él y otros hermanos de la Escuela de los Profetas fueron quienes los enseñaron. El Profeta dijo que ellos abarcaban “la importancia de la[s] doctrina[s] de salvación” (Introducción a D. y C., edición de 1835; vuelto a imprimir en Independence, Missouri.: Herald House, 1971).

3. *The Father and the Son: A Doctrinal Exposition by the First Presidency and the Twelve*. [El Padre y el Hijo: Una exposición doctrinal por la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce.]

(Véase James R. Clark, comp., *Messages of the First Presidency of the Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, Salt Lake City: Bookcraft, 1965—1975, tomo V, págs. 26—34; véase también tomo V, págs. 23—25.) Este documento explica la posición y relación entre el Padre y el Hijo, muestra aquellas maneras en las que Jesucristo es el Padre y a través de sus varias recitaciones acaba con la visión falsa y herética de que Adán es nuestro Padre y Dios.

4. “King Follett Sermon” y “Sermon in the Grove”. [El “Sermón del Rey Follett” y el “Sermón en la arboleda,” véase *History of the Church*, tomo VI, págs. 302—317; tomo VI, págs. 473—479). Estos dos sermones, que son uno en pensamiento y contenido, exponen la doctrina de la pluralidad de dioses y la de llegar a ser coherederos con Cristo. Demuestran que el hombre puede llegar a ser como su Hacedor y reinar en exaltación celestial para siempre.

5. “The Origin of Man” [“El Origen del Hombre”], por la Primera Presidencia de la Iglesia. (Véase Clark, *Messages of the First Presidency*, tomo IV, págs. 200—206; véase también tomo IV, pág. 199.) Este inspirado documento aclara la posición oficial de la Iglesia en cuanto al origen del hombre y por tanto contradice las creencias sobre la evolución que tienen los biólogos y otros científicos. Como se puede esperar, esto despierta mucha ira entre los intelectuales cuyos testimonios son más etéreos que reales.

Ahora en cuanto a nuestro libro sellado moderno, la Santa Biblia, el libro que prepara a los hombres para llegar a adquirir la mayor luz y el conocimiento que el Señor tiene para ellos. ¿Cuáles son los sellos que esconden sus maravillas del mundo?

Son dos en número y son los extremos opuestos de un péndulo en movimiento. Son los sellos de Satanás y han sido fraguados con una habilidad diabólica. De hecho, no puedo pensar en dos sellos que pudieran destruir más eficazmente el valor y la utilización de la Biblia que estos dos. Son el sello de la ignorancia y el sello de la intelectualidad, y procedo ahora con una explicación sobre cada uno de ellos.

En cuanto al sello de la ignorancia: este sello mantuvo alejada de la Biblia a casi toda persona que vivió sobre la tierra por casi 1.500 años. Si alguna vez hubo un libro sellado, fue la Biblia durante la Edad Media. La iglesia que dominaba en aquel entonces ni la utilizó ni enseñó en base a ella, sino más bien siguió las tradiciones de sus padres, de ahí que se dieron doctrinas como éstas: que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno; la adoración a María y a la imágenes; la intercesión de los santos; las misas para la salvación de los vivos y de los muertos; la venta de indulgencias; el purgatorio; el bautismo infantil; la justificación para la persecución y muerte de los herejes como sucedió durante la Inquisición Española, etc., porque no hay Escritura adecuada que justifique ni un poquito a ninguna de ellas.

El resultado de la Edad Media fueron el Renacimiento y la Reforma, movimientos que principalmente sirvieron para traducir y utilizar la Biblia. Mucha gente que buscaba la verdad fue quemada viva por la simple posesión de una Biblia no autorizada. No necesitamos hacer mucho hincapié en esto porque hay estanterías llenas de libros en todas las buenas bibliotecas que cuentan la tan angustiada y funesta historia.

En la actualidad, el sello de la ignorancia permanece sólo en la medida que la mayoría de los cristianos, y el resto del mundo en general, no tengan verdadero interés en estudiar la Biblia. Los líderes religiosos modernos son sociólogos, no teólogos; y en los países católicos casi no se anima o incentiva a tener o leer la Biblia.

El sello de la intelectualidad es otro asunto. Lo imponen, sin duda, sin darse cuenta en muchos casos, “los sabios, y los instruidos... que se inflan a causa de su conocimiento y su sabiduría” (en palabras de Jacob) y quienes no saben que están contados entre los que el Santo de Israel “desprecia” (2 Nefi 9:42).

Mostraremos la falacia de confiar en el aprendizaje y la intelectualidad en lugar de confiar en el Espíritu y en el entendimiento pleno del plan de salvación a medida que expongamos las claves del entendimiento que nos permitirán quitar los sellos de la Biblia sellada.

Algunas de las claves del entendimiento son de un significado casi infinito, otras son tan insignificantes que si se las ignora, nadie se daría cuenta. Sin embargo, se deben mencionar aun estas insignificantes para poder mantener la perspectiva de los asuntos importantes. Nos tomaremos la libertad de clasificarlas en una escala del uno al diez.

Decimos de la Biblia, como Parley P. Pratt dijo del Libro de Mormón: “Romped los sellos; todos ved su luz y gloria renacer” (“Un ángel del Señor”, *Himnos*, 1948, N° 9).

CLAVE UNO: LEAN LA BIBLIA

¿Podría alguna otra clave ser más obvia que esta? Sencillamente lean el libro en sí. A menos que lo leamos y hasta que no lo hagamos, ninguna otra cosa nos ayudará a quitar el sello de la Biblia. No podemos sino clasificar a esta clave con un diez en nuestra escala. Toda la erudición y comprensión bíblica comienza con la lectura del material fuente básico.

Uno de nuestros problemas es que leemos lo que los demás han dicho sobre la Biblia; leemos un libro de relatos del Antiguo Testamento, conseguimos algo que la revista *Selecciones* publica bajo el nombre bíblico, que omite las genealogías y teóricamente las partes difíciles.

Lean el libro en sí; “escudriñad las Escrituras” (Juan 5:39). Atesoren mucho la palabra de Dios, vayan a la fuente. Las palabras son sagradas. Si llegan a nosotros

tal y como fueron escritas originalmente, entonces son inspiradas por el Espíritu Santo. Se deben leer una y otra vez mientras vivamos.

Pero en mi opinión, no todos los libros de la Biblia tienen el mismo valor. Los Evangelios, especialmente el Evangelio de Juan, valen su peso en oro. El libro de Hechos no se queda atrás. Las Epístolas de Pablo, la de los Romanos siendo la más importante y la de Filemón la más pequeña, son tesoros de doctrina y sabios consejos. Los escritos de Pedro y Santiago, junto con Primera de Juan, figuran como si fueran escritos por ángeles; Segunda y Tercera de Juan son de valor especial; la de Judas por lo menos vale la pena, y para aquellos con entendimiento del Evangelio, Apocalipsis es la base de la sabiduría divina que ensancha la mente e ilumina el alma.

En el Antiguo Testamento, Génesis es el libro más importante de todos los libros, un relato divino cuyo valor no se puede medir. Éxodo y Deuteronomio también son de gran valor. Números, Josué, Jueces, los libros de Samuel, de Reyes y las Crónicas, son todos libros con historia imprescindible, que incluyen actos de fe y asombro y que vienen a constituir la base para la comprensión de la fe cristiana. Levítico no tiene una aplicación especial para nosotros, excepto por algunos versículos, por lo que no se necesita estudiar continuamente. Rut y Ester son hermosas historias que son parte de nuestra herencia. Los Salmos contienen poesía maravillosa y son de gran significado las partes mesiánicas, que hablan de los últimos días y de la Segunda Venida. Proverbios, Eclesiastés y Lamentaciones son libros interesantes; Job es para las personas a quienes les guste este libro y Cantares es una parte de la Biblia que no tiene valor: no son escritos inspirados. Esdras, Nehemías, Abdías y Jonás son los profetas de menor importancia; y todos los demás profetas (Isaías siendo el más importante de todos ellos) cada uno en su lugar y orden expusieron palabra de doctrina y profecía que se debe estudiar a profundidad.

CLAVE DOS: APRENDAN HEBREO Y GRIEGO

Desde luego no hay objeción en aprender el hebreo y el griego, pero tiene algunos peligros. José Smith y algunas Autoridades Generales de su época estudiaron un poco de hebreo. Cuando se utiliza adecuadamente el conocimiento de una lengua antigua, como un medio de ganar inspiración sobre versículos específicos, amerita una clasificación de uno o de uno y dos décimos. Si se utiliza incorrectamente su valor disminuye en la escala a un cinco o diez bajo cero, dependiendo de la actitud y el punto de vista espiritual de quien lo utiliza.

Aquellos que recurren a las lenguas originales para obtener conocimiento doctrinal tienen la tendencia de confiar más en los eruditos que en los profetas para la interpretación de las Escrituras. Esto es peligroso; es triste que se

les cuente entre los sabios e instruidos que creen saber más que el Señor.

Desde luego que ninguno de nosotros se debe sentir preocupado o inferior si no tiene un conocimiento básico de los idiomas en que la Biblia fue escrita por primera vez. Nuestra preocupación debe ser la de ser guiados por el Espíritu e interpretar las palabras antiguas en armonía con la revelación de los últimos días.

CLAVE TRES: EL UTILIZAR LOS COMENTARIOS ANALÍTICOS Y DICCIONARIOS BÍBLICOS

Cualquier cosa que se diga bajo este título es más una advertencia que una aprobación. En lo que se refiere a asuntos históricos o geográficos, estos escritos sin inspiración se clasifican en la escala en un uno o dos; pero en asuntos doctrinales bajan a un diez bajo cero, un cien bajo cero o un mil bajo cero, dependiendo de la doctrina que se trate.

Los sabios e instruidos tienen un conocimiento tan pequeño de la doctrina, que leerlos es casi una pérdida de tiempo. Todos sus credos son una abominación a los ojos del Señor. Enseñan como doctrina los mandamientos de los hombres. Distorsionan y pervierten las Escrituras para ajustarlas a sus tradiciones; y si aciertan alguna vez, es por pura casualidad.

Uno dice que Jesús no caminó sobre el agua porque eso es imposible; dice, en cambio, que caminó en las olas de la playa.

Otro dice que no alimentó a los cinco mil al multiplicar los panes y los peces porque eso es contrario a la naturaleza; dice, en cambio, que muchos en la congregación llevaron comida en sus morrales pero tuvieron miedo de sacarla no fuera que tuvieran que compartirla con los demás. Jesús simplemente les enseñó a compartir.

Otro más dice que no debemos esperar la Segunda Venida en el sentido literal, porque ciertamente Cristo ya no es un hombre que pueda morar entre los hombres otra vez; dice, en cambio, que la Segunda Venida ocurre siempre que Cristo mora en el corazón del hombre.

¿Qué es lo que pueden enseñarnos los comentarios analíticos del mundo sobre la naturaleza de Dios; sobre la vida preterrenal, la guerra en los cielos y el eterno plan de salvación; sobre la caída del hombre con su muerte temporal y espiritual; sobre la creación paradisiaca que se restaurará durante el Milenio; sobre el sacerdocio de Melquisedec y sus oficios; sobre la congregación literal de Israel y la restauración de las diez tribus sobre las montañas de Israel; sobre predicar a los espíritus encarcelados y la doctrina de salvación por los muertos; sobre los templos, el matrimonio celestial y la continuación de la unidad familiar en la eternidad; sobre los dones, señales y milagros; sobre la apostasía universal, el glorioso día de la resurrección y el advenimiento del Libro de

Mormón; sobre la expiación de Jesucristo, que hace que la salvación sea posible bajo condiciones de obediencia; sobre los tres grados de gloria; sobre la exaltación en el más alto grado del mundo celestial donde los hombres serán herederos junto con Jesucristo; sobre casi todas las doctrinas básicas de la salvación?

Mis estimados maestros, todas estas cosas y diez mil más, nos las ha enviado el Dios del cielo en esta última dispensación de gracia, mediante la revelación directa. Son las verdades que hacen que la salvación esté disponible y no se las podrá encontrar en los escritos de los eruditos del mundo.

CLAVE CUATRO: APRENDAN SOBRE LAS COSTUMBRES Y TRADICIONES DEL LUGAR

Esta clave tiene una ventaja considerable. Se la clasifica con un dos o tres. A menudo las palabras de las Escrituras adquieren un significado nuevo y adicional cuando se leen a la luz de las condiciones locales que influenciaron a quienes escribieron las Escrituras.

Cuando aprendemos que el consejo de Jesús de cuidarnos de los falsos profetas que vienen a nosotros vestidos de ovejas pero que por dentro son lobos rapaces, hacía referencia a los rabinos, escribas y fariseos de Sus días, nos damos cuenta que su aplicación moderna es hacia los líderes de las iglesias falsas que enseñan doctrinas falsas.

Vemos con una perspectiva totalmente diferente el llamado de abandonar las cargas del mundo, las cuales están llenas de pecados, y de aceptar el santo Evangelio cuando aprendemos que el llamado del manso Nazareno de venir a Él, de llevar Su yugo sobre nosotros y de aprender de Él porque Su yugo es fácil y ligera Su carga, y que Él daría descanso a nuestra alma, fue en realidad una invitación a abandonar las prácticas ritualistas, formales y onerosas de la ley de Moisés y aceptar la sencillez de la adoración en el Evangelio.

Cuando aprendemos que todos los grupos de viajeros en Palestina acampaban en *caravanas*, en las que había habitaciones llamadas posadas que rodeaban a un patio donde se ataba a los animales, obtenemos una visión completamente nueva del lugar en que Jesús nació.

Cuando leemos que Jesús reprendió a los maestros judíos porque sus tradiciones hacían que la ley de Dios no tuviera ningún efecto, que los acusó a causa de sus completamente ridículas restricciones del día de reposo, que los condenó por sus ceremonias de lavamiento y purificación, es de considerable ayuda saber cuáles eran las tradiciones, las restricciones y las ceremonias.

Nefi cita “las palabras de Isaías” y dice que “son claras para todos aquellos que son llenos del espíritu de profecía” (2 Nefi 25:4). Como manera complementaria para entender las palabras de los profetas, él dice que los hombres

deben ser “instruidos conforme a la manera de las cosas de los judíos” (2 Nefi 25:5).

Los autores como Edersheim, Farrar y Geike, que escribieron hace más de cien años cuando los hombres tenían más fe y cuando creían en la divinidad del Hijo, nos dan mucha información muy útil en cuanto a estas costumbres y formas de vida antiguas.

CLAVE CINCO: ESTUDIEN LAS ESCRITURAS EN CONTEXTO

El contexto de cada pasaje de las Escrituras es importante: vamos a clasificarla con un tres o cuatro en nuestra escala. Dios no hace acepción de personas; cualquier cosa que Él ha dicho o dirá a una persona, la dirá a otra persona que está en una situación parecida. Y es posible que dé indicaciones que parezcan ser contradictorias a personas que están en diferentes situaciones.

Si las Escrituras dicen: “No matarás” (Éxodo 20:13), ¿qué es lo que va a detener al Señor de decirle a Nefi que mate a Labán mientras ese líder judío estaba en el suelo ebrio? Si las Escrituras dicen que a los miembros de la Iglesia que cometan asesinato se les negará la vida eterna, ¿también se aplica esto a las naciones paganas? Si necesitamos un versículo que nos enseñe en cuanto a la separación de la Iglesia y el gobierno, ¿lo encontraremos en el Antiguo Testamento cuando las personas estaban siendo gobernadas en forma teocrática o en el Nuevo Testamento cuando se les exigió dar a César lo que era suyo? Si estudiamos las ceremonias levíticas, ¿nos volveremos al Libro de Mormón donde no había levitas entre su gente? Y así sucesivamente. Evidentemente las Escrituras tienen una aplicación limitada o general de acuerdo al contexto.

CLAVE SEIS: DISTINGAN CORRECTAMENTE ENTRE LOS PASAJES LITERALES Y LOS FIGURADOS

Esto es difícil; requiere de una experiencia y discernimiento considerables, y sin duda se clasifica con un tres o cuatro. En general seremos más prudentes si tomamos las cosas literalmente, aunque en las Escrituras abundan los sentidos figurados.

Los acontecimientos literales incluyen el hablar con Dios cara a cara como un hombre habla con su amigo; que el hombre fue hecho a la imagen de Dios, tanto física como espiritualmente; la venida de Jesucristo como el Unigénito en la carne; que el mismo Señor Jesucristo moró en la Sión de Enoc; Su reinado durante el Milenio; que todos los hombres resucitarán de la muerte con cuerpos tangibles de carne y hueso, etc.

Los sentidos figurados incluyen que Enoc caminó con Dios, que el Señor habitó con el antiguo Israel, que Cristo fue el pan vivo que descendió del cielo, el comer Su carne y beber Su sangre en la ordenanza de la Santa Cena, etc.

CLAVE SIETE: UTILICEN LA VERSIÓN DE LA BIBLIA DEL REY SANTIAGO [EN INGLÉS; Y EN ESPAÑOL, LA VERSIÓN REINA-VALERA]

En lo que respecta a las Biblias del mundo, la versión [en inglés] del Rey Santiago es tanto mejor que las otras que no hay comparación. Se clasifica con un cinco o seis en nuestra escala. Esta es la Biblia que preparó el camino para la traducción del Libro de Mormón y que estableció un patrón y nivel literario para las revelaciones de Doctrina y Convenios. Es la Biblia oficial de la Iglesia [en inglés]. Quizás sería bueno consultar *Why the King James Version? [¿Por qué la versión del Rey Santiago?]*, escrito por el presidente J. Reuben Clark, Jr., (Salt Lake City: Deseret Book Co., 1956) en el que hace un amplio estudio sobre este tema.

CLAVE OCHO: ¿QUÉ HAY DE LAS OTRAS TRADUCCIONES DEL MUNDO?

En respuesta les decimos: Olvídenlas; tienen tan poco valor que es casi una pérdida de tiempo profundizar en ellas. Seremos generosos al clasificarlas con un uno en nuestra escala. Son traducciones que no son obligatorias para nosotros, y en general exponen sencillamente las preferencias religiosas de su traductor. Algunas por ejemplo, dicen que Cristo nació de una mujer joven en vez de decir que nació de una virgen.

Habrán ocasiones en las que una de estas traducciones no inspiradas proporcione algún conocimiento adicional en cuanto a un punto específico; no todas son malas, pero hay tantas cosas que estudiar y aprender que pongo en duda la sabiduría de atesorar los puntos de vista de la traducción de los sabios e instruidos, quienes no tienen nada en el sentido inspirado para aportar al entendimiento de las verdades eternas.

CLAVE NUEVE: UTILICEN Y DEPENDAN DE LA TRADUCCIÓN DE JOSÉ SMITH, A LA QUE SE HA LLAMADO LA VERSIÓN INSPIRADA

Este consejo se clasifica con un ocho o nueve. Sería difícil afirmarlo con demasiado énfasis. La Traducción de José Smith, que también se conoce como la Versión Inspirada, es definitivamente la mejor Biblia en inglés que existe por ahora en la tierra. Contiene todo lo que tiene la versión del Rey Santiago, además de páginas de agregados y correcciones y algunas supresiones esporádicas. Se realizó mediante el espíritu de revelación, y los cambios y agregados son el equivalente a la palabra revelada en el Libro de Mormón y Doctrina y Convenios.

Por razones históricas y de otra índole, en el pasado ha habido algunos prejuicios y malentendidos entre algunos miembros de la Iglesia en cuanto al lugar que ocupa la Traducción de José Smith. Espero que todo eso ya haya desaparecido. La edición Santo de los Últimos Días en

inglés de la Biblia contiene notas al pie de página que incluyen muchos de los cambios importantes que se hicieron en la Versión Inspirada, y tiene también una sección de diecisiete páginas de extractos que son demasiado largos para incluirlos en las notas al pie de página.

El consultar esta sección y las notas al pie de página darán a cualquier persona que tenga un entendimiento espiritual, un aprecio profundo por esta obra de revelaciones del profeta José Smith. Es una de las grandes evidencias de su llamamiento profético.

Me complace decir que aquí en la Universidad Brigham Young tenemos al experto más destacado sobre la Traducción de José Smith. Sus aportes a este campo de la erudición del Evangelio se clasifican entre las mejores obras publicadas en esta dispensación. Él es por supuesto el hermano Robert J. Matthews, decano de la facultad de Educación Religiosa. Su obra publicada: "*A Plainer Translation*": *Joseph Smith's Translation of the Bible, a History and Commentary* ["Una traducción más clara": *La Traducción de José Smith de la Biblia, Una historia y comentario analítico*], (Provo: Brigham Young University Press, 1975), merece un estudio meticuloso.

CLAVE DIEZ: UTILICE LAS AYUDAS DIDÁCTICAS DE LA EDICIÓN DE LA BIBLIA SUD EN INGLÉS

Recibí una carta de un maestro de seminario en la cual criticaba nuestras nuevas publicaciones de las Escrituras porque tenían notas al pie de la página, pasajes correlacionados y ayudas didácticas. Él argumentó que éstas eran ayudas que detenían a las personas de poder hacer un estudio intensivo en el que harían su propia correlación de pasajes.

Bueno, yo tengo necesidad de estas ayudas y se las recomiendo. Incluyen las correcciones de la Traducción de José Smith, la Guía para el Estudio de las Escrituras, las notas al pie de página, el diccionario geográfico y los mapas.

Ninguno de estos recursos es perfecto; no determinan por sí mismos la doctrina; ha habido y sin duda hay errores en ellos. Los pasajes correlacionados, por ejemplo, no establecen ni nunca ha sido la intención que demuestren que los pasajes paralelos se refieren al mismo tema. Sólo son ayudas. Desde luego que se clasifican en un cuatro o cinco en importancia. Utilícenlas constantemente.

CLAVE ONCE: UTILICEN TRADUCCIONES INSPIRADAS E INTERPRETATIVAS DE LAS ESCRITURAS

Me parece que la mayoría de nosotros casi no nos damos cuenta de la gran luz que está disponible para nosotros en las traducciones inspiradas e interpretativas de pasajes bíblicos. Para aquellos con entendimiento espiritual, estas interpretaciones inspiradas se clasifican en un ocho o nueve en

nuestra escala; para aquellos con menor madurez espiritual, todo lo que hacen es plantear dudas y preguntas.

Como ustedes saben, casi todas las citas que se hacen en el Nuevo Testamento de pasajes del Antiguo Testamento varían del texto original en hebreo, según se ha traducido en nuestra Biblia. ¿Por qué? Hay dos razones: una razón es que muchas de las citas proceden de la Septuaginta griega y no del texto hebreo que se ha convertido en nuestro Antiguo Testamento. La Septuaginta tenía muchas deficiencias porque incorporó los puntos de vista doctrinales de los traductores.

Lo que es más importante, los judíos de la época de Jesús hablaban arameo y no hebreo, pero sus Escrituras estaban escritas en hebreo. Por tanto, era costumbre, mientras adoraban en la sinagoga, que un maestro leyera los textos en hebreo y que otro tradujera o parafraseara esos pasajes al arameo (o como ellos decían, convertir esos pasajes en *targums*) para que la gente pudiera entender.

Cuando Jesús y los Apóstoles hicieron estos Targums, y cabe mencionar que todos ellos enseñaron regular y constantemente en las sinagogas, fueron inspirados y por tanto ofrecieron gran conocimiento sobre el pasaje de las Escrituras que se tratase. Muchos pasajes del Antiguo Testamento adquieren nuevo significado debido a la forma en que se citan en el Nuevo Testamento.

A efectos prácticos, con frecuencia Nefi muchas veces hizo lo mismo al citar a Isaías o a Zenós. Él no dio una traducción literal, sino una traducción inspirada e interpretativa. Y en muchos casos sus palabras dan un significado nuevo o más amplio a la palabra profética original.

De hecho, Moroni hizo lo mismo en las apariciones a José Smith en 1823. Por ejemplo, él mejoró a tal grado la promesa del retorno de Elías, que es como ir de una placentera media luz al resplandor del sol del mediodía. Y sin embargo, años después, con un conocimiento pleno de la traducción más perfecta, José Smith conservó el idioma de la versión del Rey Santiago de la Biblia en inglés tanto en el Libro de Mormón, como en Doctrina y Convenios y en su traducción inspirada de la Biblia.

Sin duda aquí tenemos un mensaje. Por un lado, significa que el mismo pasaje de las Escrituras se puede traducir correctamente de muchas maneras y, por otro, que la traducción que se utiliza depende de la madurez espiritual de las personas.

Asimismo, el sermón del monte en el Libro de Mormón conserva, con ciertas mejorías, el idioma de la versión del Rey Santiago de la Biblia en inglés; pero más adelante, la Traducción de José Smith presenta una gran parte de este sermón en una manera que supera aun a la del Libro de Mormón.

Un pasaje tan sencillo como lo es Juan 17:3 tiene un significado limitado para todos los hombres, pero es un faro

celestial de luz resplandeciente para nosotros. De él aprendemos que conocer a Dios y a Cristo es ser como ellos (pensar lo que ellos piensan, hablar lo que ellos hablan, hacer lo que ellos hacen) y todo este conocimiento va más allá de lo que la capacidad de una mente poco preparada puede recibir.

Con la rapidez que aprendamos el plan de salvación y nos pongamos a tono con el Espíritu Santo, las Escrituras adquirirán un significado completamente nuevo para nosotros. Ya no estaremos limitados, como las mentes pequeñas de los sabios del mundo, sino que nuestra alma se llenará de la luz y el entendimiento que va más allá de cualquier cosa que podamos concebir.

CLAVE DOCE: LAS ESCRITURAS MODERNAS REVELAN LAS ESCRITURAS ANTIGUAS

No es posible dar suficiente énfasis a esta clave. Se clasifica en diez o en más. En el verdadero y real sentido de la palabra, la única manera de entender la Biblia es obtener primero un conocimiento de los tratos de Dios con los hombres por medio de la revelación de los últimos días.

Podríamos ser salvos sin la Biblia, pero no podemos ser salvos sin la revelación de los últimos días. El nuestro es un reino restaurado; todas las doctrinas, leyes, ordenanzas y poderes fueron restaurados. Dios y los ángeles nos los dieron otra vez. Creemos en lo que creemos, tenemos las verdades que poseemos, y ejercitamos las llaves y poderes con los que se nos ha investido, porque se nos han dado al abrirse los cielos en nuestros días. No miramos hacia atrás a una época pasada ni a la gente del pasado para buscar la salvación.

De hecho, no podría ser de otro modo con un Dios que nunca cambia; lo que tenemos se ajusta a lo que los antiguos santos tenían. Todas las prácticas y verdades que ellos tenían y que corresponden a las que tenemos actualmente son un segundo y adicional testigo de las verdades del Evangelio. Pero nuestro conocimiento y poderes vienen directamente del cielo.

Por tanto, los relatos imperfectos y parciales de los tratos del Señor con Sus antiguos santos, tal como se encuentran en la Biblia, deben ajustarse y leerse en armonía con lo que hemos recibido. Es hora de que aprendamos, no que el Libro de Mormón es verdadero porque la Biblia lo es, sino lo opuesto. La Biblia es verdadera, en la medida en que lo es, porque el Libro de Mormón es verdadero.

El Evangelio sempiterno, el sacerdocio eterno, las ordenanzas idénticas de la salvación y la exaltación, las doctrinas de salvación que nunca cambian, la misma Iglesia y reino, las llaves del reino, que pueden sellar al hombre a la vida eterna; todas estas verdades han sido siempre las mismas en todas las épocas y así será infinitamente en esta tierra y en todas las tierras por toda la eternidad.

Estas cosas las sabemos mediante la revelación en los últimos días.

Una vez que sabemos estas cosas, se abre la puerta al entendimiento de la poca información que hay en la Biblia. Al combinar el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio, tenemos al menos mil pasajes que nos permiten saber lo que predominó entre el pueblo del Señor en épocas antiguas.

¿Tuvieron la plenitud del Evangelio sempiterno en todo momento? Sí, no hubo ni siquiera un período de diez minutos desde los días de Adán hasta que se apareció el Señor Jesucristo en la tierra de Abundancia en que el Evangelio, como lo tenemos en su plenitud eterna, no estuviera sobre la tierra.

No se dejen confundir en este asunto por el hecho de que las ceremonias de la ley de Moisés fueron administradas por el Sacerdocio Aarónico. Donde está el sacerdocio de Melquisedec, está la plenitud del Evangelio, y todos los profetas poseyeron el sacerdocio de Melquisedec.

¿Hubo bautismos en los días del antiguo Israel? La respuesta está en la Traducción de José Smith de la Biblia y en el Libro del Mormón. El registro de los primeros seiscientos años de la historia nefita es sencillamente un relato verdadero y claro de cómo eran las cosas en el antiguo Israel desde los días de Moisés en adelante.

¿Hubo una Iglesia en la antigüedad?, y de ser así, ¿cómo fue organizada y regulada? No hubo ni siquiera un abrir y cerrar de ojos, durante todo el tiempo que se le llama la era precristiana, en que la Iglesia de Jesucristo no haya estado sobre la tierra, organizada básicamente en la misma forma en la que está ahora. Melquisedec pertenecía a la Iglesia, Labán era miembro, al igual que Lehi, mucho antes de que saliera de Jerusalén.

Siempre hubo poder apostólico. El Sacerdocio de Melquisedec siempre dirigió el rumbo del Sacerdocio Aarónico. Todos los profetas tuvieron una posición dentro de la jerarquía de la época. El matrimonio celestial siempre ha existido. De hecho, ése es el corazón y la parte central del convenio abrahámico. Elías y Elías el profeta vinieron a restaurar este antiguo orden y a otorgar el poder sellador que le da eficacia eterna.

La gente pregunta: ¿tuvieron el don del Espíritu Santo antes del día de Pentecostés? Tan seguro como que el Señor vive, ellos sí tuvieron el don del Espíritu Santo; eso es parte del Evangelio y aquellos que recibieron el don hicieron milagros y buscaron y obtuvieron una ciudad cuyo constructor y creador era Dios.

Con frecuencia he deseado que la historia del antiguo Israel hubiese pasado por el proceso de edición de las manos proféticas del profeta Mormón. Si hubiese sido así, estaría tan bien escrito como el Libro de Mormón, pero

supongo que de todos modos así es como estaba escrito desde un principio.

CLAVE GENERAL: MEDITEN, OREN Y BUSQUEN EL ESPÍRITU

Ésta es la conclusión de todo el tema. Esta clave quita el sello. Ésta es la única manera en que las verdades puras, preciosas y escondidas de la Biblia se pueden llegar a conocer en su plenitud; y, en la escala, se le clasifica por encima de todas las demás.

Todos sabemos que debemos atesorar las palabras de vida; que debemos vivir de toda palabra que proviene de la boca de Dios; que debemos meditar las cosas de la rectitud de día y, al igual que Nefi, que bañen nuestras almohadas de noche, todo esto mientras permitimos que las solemnidades de la eternidad penetren nuestra alma.

Todos sabemos que debemos pedir al Señor guía y entendimiento. “Pedid, y recibiréis; llamad, y se os abrirá” (D. y C. 4:7). “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” (Santiago 1:5).

“Y se os dará el Espíritu por la oración de fe; y si no recibís el Espíritu, no enseñaréis” (D. y C. 42:14). Porque “ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:20–21).

Bueno, se podría decir mucho más; sólo hemos abierto la puerta a la investigación. Por muy grande que sea la oscuridad del mundo entre los sabios e instruidos, no debemos estar ni confundidos ni inseguros. El Evangelio proclamado no tiene doctrinas inciertas. Tenemos el poder para quitar los sellos del libro cerrado y de gozar de la luz que procede de sus páginas.

A manera de conclusión, doctrina y testimonio, permítanme ofrecerles cuatro instrucciones simples:

1. Enseñen basándose en la fuente. Utilicen las Escrituras; con frecuencia nuestra tendencia es de estudiar los libros sobre la Biblia en vez de tomar la palabra divina en su pureza.

Las corrientes de agua viva fluyen de la Fuente Eterna, y fluyen en los canales de las Escrituras preparadas por los profetas. Ahora les doy un consejo sabio en forma de refrán que la mayoría de ustedes va a entender: No beban el agua que está río abajo de donde beben los caballos, especialmente si se trata de los caballos del sectarismo.

2. Enseñen la doctrina en vez de enseñar los principios éticos. Lean nuevamente las instrucciones dadas por el presidente J. Reuben Clark, Jr., en *El curso trazado por la Iglesia en la educación*, (discurso pronunciado a los maestros de religión el 8 de agosto de 1938; véase también *Charge to*

Religious Educators, Salt Lake City: La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, 1981). Como él lo explica, si enseñamos principios éticos y nada más, fallamos; en cambio, si enseñamos las grandes y eternas doctrinas de salvación, tenemos éxito y los principios éticos se resolverán por sí mismos.

3. Enseñen por medio del Espíritu. Esto es indiscutible; y ha sido cierto desde el comienzo y lo será eternamente. ¿Han logrado captar la visión de la gran proclamación hecha en los días de Adán de cómo y de qué manera se debe predicar el Evangelio?

El pasaje de las Escrituras dice: “[Crean] en su Hijo Unigénito, aquel que él declaró que vendría en el meridiano de los tiempos, que fue preparado desde antes de la fundación del mundo” (Moisés 5:57). Es decir, creer en Cristo y cumplir con el grande y eterno plan de salvación.

Y luego vienen estas palabras: “Y así se empezó a predicar el evangelio desde el principio, siendo declarado por santos ángeles enviados de la presencia de Dios, y por su propia voz, y por el don del Espíritu Santo” (Moisés 5:58).

El Evangelio se enseña, se debe enseñar y se puede enseñar sólo mediante el Espíritu Santo. Ese don se nos da a nosotros como santos del Altísimo y a nadie más. Estamos solos y tenemos un poder que el mundo no posee. Nuestros puntos de vista en asuntos religiosos y espirituales son infinitamente mejores que los de ellos porque recibimos inspiración de los cielos.

Ésta es la razón por la que el llamamiento para enseñar, el llamamiento para ser maestros (y hablo en cuanto a los maestros de ambos sexos) es la tercera posición más grande dentro de la Iglesia. En verdad Pablo dijo: “Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas” (1 Corintios 12:28). Apóstoles, profetas, maestros, en ese orden. Luego, los que mueven montañas y los que levantan a los muertos.

Los apóstoles y profetas también son maestros y, ¿qué mayor comisión podría alguien recibir del Señor que representarlo y decir lo que Él diría si estuviera presente, y hacerlo porque las palabras pronunciadas fluyen por el poder del Espíritu Santo?

4. Lleguen a ser eruditos del Evangelio. Con una comisión tan grande, ¿cómo podríamos hacer otra cosa sino convertirnos en eruditos del Evangelio y entonces vivir de tal modo que el Espíritu tome de nuestros tesoros de verdad adquiridos aquellas porciones que necesitemos a la hora precisa?

Por la naturaleza misma de las cosas, cada maestro se convierte en un intérprete de las Escrituras para quienes lo escuchan; no podría ser de otro modo. Debemos

predicar, enseñar, exponer y exhortar. Pero nuestras explicaciones deben estar en armonía con las palabras de los profetas y apóstoles; y lo serán si son guiadas por el Espíritu. Recuerden que ellos son los oficiales principales colocados en la Iglesia para asegurarse que no seamos “llevados por doquiera de todo viento de doctrina” (véase Efesios 4:14).

Ahora, unas últimas palabras: En la Iglesia todos somos hermanos; el Señor no hace acepción de personas; no es la posición que tengamos en la Iglesia la que nos salva, sino la obediencia y la rectitud personal.

El Evangelio ha sido restaurado para “que todo hombre hable en el nombre de Dios el Señor, el Salvador del mundo” (D. y C. 1:20). Todos tenemos derecho al espíritu de inspiración. Como dijo el profeta José Smith: “Dios

no ha revelado nada a José que no hará saber a los Doce, y aun el menor de los santos podrá saber todas las cosas tan pronto como pueda soportarlas” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 177).

Los dones del Espíritu están disponibles para todos nosotros. Efectivamente, es nuestro el privilegio, el privilegio de cada élder en el reino, de despojarnos de las envidias y los temores y humillarnos ante el Señor, y entonces “el velo se rasgará” y lo veremos y sabremos que es Él (véase D. y C. 67:10).

Esta obra es verdadera, la mano del Señor está en ella y saldrá triunfante. Y todos los que hagamos nuestra parte recibiremos paz y gozo en esta vida y seremos herederos de la vida eterna en el mundo venidero. En el nombre del Señor Jesucristo. Amén.

LA UNIDAD

**POR EL PRESIDENTE
J. REUBEN CLARK JR.
PRIMER CONSEJERO DE LA
PRIMERA PRESIDENCIA**

*Extracto de Conference
Report, abril de 1950, pág. 180*

Hermanos, les digo nuevamente, como les he dicho cada noche de reunión del sacerdocio por años, que si están unidos, si obran como un solo hombre al llevar a cabo los propósitos del Señor, no hay absolutamente nada que pueda resistir su poder.



LA LEALTAD

Un parte esencial de la unidad es la lealtad. No puede haber unión si no existe lealtad. La lealtad es una cualidad muy difícil de poseer; requiere la habilidad de hacer a un lado el egoísmo, la codicia, la ambición y todas las características mezquinas de la mente humana. No se puede ser leal a menos que se esté dispuesto a renunciar a estas cosas. No hay crecimiento mental, físico o espiritual a menos que haya restricción, y algo de sacrificio, de parte de quien desea ser leal. Tiene que dejar de lado sus propias preferencias y deseos, y tener presente sólo la gran meta final.

LA UNIDAD: UN PRINCIPIO DE FORTALEZA

**POR EL PRESIDENTE
GEORGE Q. CANNON
PRIMER CONSEJERO DE LA
PRIMERA PRESIDENCIA**

*Extracto de Gospel Truth:
Discourses and Writings of
George Q. Cannon [Las
verdades del Evangelio:
Discursos y escritos de
George Q. Cannon], sel.
Jerreld L. Newquist, 2 tomos,
1957–1974, tomo I, pág. 207*



Supongo que a cada uno de nosotros le gusta hacer las cosas a su manera. Yo sé que a mí me gusta...pero no me gusta lo suficiente como para deseársela en oposición a la manera de mis hermanos. Ése es nuestro deber como la Primera Presidencia de la Iglesia. Es el deber de todas las presidencias en toda la Iglesia...

Supongan que un hombre tiene más sabiduría que otro; es mejor llevar a cabo un plan que no es tan sabio, si están unidos. Hablando en términos generales, un plan o una norma que sea inferior en algunos sentidos es más eficaz si los hombres están unidos, que un mejor plan en donde los hombres estén divididos.

TODO TIENE SU TIEMPO

POR EL ÉLDER DALLIN H. OAKS

DEL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

En Brigham Young University 2001–2002 Speeches, 2002, págs. 187–193; véase también Liahona, octubre de 2003, págs. 10–17

Los discursos académicos más significativos que escuché mientras presté mis servicios en BYU tuvieron una característica en común. En vez de proporcionar nuevos hechos o de defender una posición específica, como hacen muchos sermones, esos discursos cambiaron la manera de pensar de quienes los escuchaban en cuanto a un tema importante. Aunque soy un orador de devocionales más bien que de sermones sobre asuntos académicos, voy a hacer el mismo intento el día de hoy. Intentaré cambiar la manera de pensar de quienes me escuchan en cuanto a un asunto importante, que es: *todo tiene su tiempo*.

Empezaré con un relato que escuché hace unos años en la ceremonia de inauguración del rector de una universidad, el cual ilustra la importancia de hacer las cosas en el momento oportuno en la administración de una universidad. Un rector de la universidad había llegado al final de su periodo de servicio y su sucesor comenzaba el suyo. Como gesto de buena voluntad, el sabio rector saliente le entregó a su joven sucesor tres sobres cerrados. “Consérvelos hasta que se produzca la primera crisis en su administración”, le explicó. “Entonces abra el primer sobre y descubrirá un valioso consejo”.

Pasó un año antes que el nuevo rector sufriera una crisis. Cuando abrió el primer sobre, halló una sola hoja de papel en la que estaba escrito: “Culpe a la administración anterior”. Siguió el consejo y superó la crisis.

Dos años después, enfrentó otro serio desafío a su liderazgo. Abrió el segundo sobre y leyó: “Reorganice su administración”. Lo hizo y la reorganización calmó los ánimos de sus críticos y dio nuevo ímpetu a su liderazgo.

Mucho después, el ahora bien experimentado rector enfrentó su tercera gran crisis. Abrió con impaciencia el último sobre, creyendo que el consejo que encerraba iba a solucionar sus problemas. De nuevo no había más que una sola hoja de papel, pero esta vez decía: “Prepare tres sobres”. Había llegado el momento de tener nuevo liderazgo.

Quizás sea una exageración decir que el hacer las cosas en el momento oportuno lo es todo; sin embargo, es vital. En Eclesiastés leemos:



“Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora.

“Tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado...

“tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de endechar, y tiempo de bailar;

“...tiempo de abrazar, y tiempo de abstenerse de abrazar...

“...tiempo de callar, y tiempo de hablar” [Eclesiastés 3:1–2, 4–5, 7].

En todas las decisiones importantes de nuestra vida, lo más fundamental es hacer lo correcto. Segundo, y tan sólo un poco más atrás que lo primero, es hacer lo correcto en el momento oportuno. Aquellos que hacen lo correcto en el momento inoportuno pueden sentirse frustrados e ineficaces; pueden incluso sentirse confusos en cuanto a si hicieron lo correcto, cuando en realidad lo erróneo no fue la decisión, sino el momento.

I. EL TIEMPO DEL SEÑOR

Lo primero que deseo decir al respecto es que el Señor tiene Su propio horario: “...mis palabras son ciertas y no fallarán”, enseñó el Señor a los primeros élderes de esta dispensación. “Mas todas las cosas tienen que acontecer en su hora” (D. y C. 64:31–32).

El primer principio del Evangelio es fe en el Señor Jesucristo. Fe significa confiar: confiar en la voluntad de Dios, confiar en Su manera de hacer las cosas y confiar en Su horario, en vez de tratar de imponerle el nuestro. El élder Neal A. Maxwell dijo:

“En lo referente a nosotros, la cuestión reside en confiar en Dios lo bastante como para confiar también en Su tiempo. Si realmente pudiéramos creer que el Señor quiere lo mejor para nosotros, ¿cómo no le permitiríamos desplegar Sus planes como Él considerara mejor? Lo mismo sucede con la Segunda Venida y con todos esos asuntos en los que debemos hacer acopio de fe, no sólo en Sus planes y propósitos generales, sino en el tiempo del Señor para cada uno de nosotros en forma individual” (*Even As I Am*, Salt Lake City: Deseret Book, 1982, pág.93).

Hace poco, durante la conferencia del pasado mes de abril, el élder Maxwell dijo: “Debido a que la fe puede ser probada en el tiempo del Señor, aprendamos a decir no sólo ‘Que se haga Tu voluntad’, sino pacientemente agreguemos: ‘Que se haga en Tu debido tiempo’ ” (en *Conference Report*, abril de 2001, pág.76; véase también “Con esperanza... arar”, *Liahona*, julio de 2001, pág. 73).

De hecho, no podemos tener una fe verdadera en el Señor sin tener también plena confianza en Su voluntad y en Su tiempo.

Entre las personas que violan este principio están quienes defienden la eutanasia. Ellos tratan de tomar un asunto esencial, el cual nosotros comprendemos sólo lo determina Dios, y quieren acelerar este acontecimiento de acuerdo a su propia voluntad o preferencia.

Al servir en la Iglesia del Señor, deberíamos recordar que el *cuándo* es tan importante como el *quién*, el *qué*, el *dónde* y el *cómo*.

Un claro ejemplo de la importancia de escoger el mejor momento para hacer las cosas se halla en el ministerio terrenal del Señor y en Sus instrucciones subsiguientes a los Apóstoles. Durante Su vida terrenal, el Señor mandó a los Doce Apóstoles que no predicaran a los gentiles, sino que les dijo: "...id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mateo 10:5-6; véase también Mateo 15:22-26). Más tarde, en el momento adecuado, se invirtió esa instrucción en una gran revelación concedida al apóstol Pedro. Sólo entonces, en el momento exacto dictaminado por el Señor, se llevó el Evangelio a los gentiles (véase Hechos 10-11).

Como se demuestra en ese ejemplo, la revelación continua es el medio por el que el Señor administra Su tiempo; necesitamos esa dirección proveniente del cielo. Por ejemplo, muchos de nosotros o de nuestros descendientes participarán sin duda alguna en el cumplimiento de las profecías relacionadas con la edificación de la ciudad de la Nueva Jerusalén (véase D. y C. 84:2-4); no obstante, ése es un asunto relacionado con el tiempo del Señor, y no con el nuestro. No recibiremos la autorización ni la bendición para llevar a cabo la limpieza de los terrenos ni para marcar el lugar donde irán los cimientos de tan grandioso proyecto sino hasta que el Señor diga que ha llegado el momento. En este asunto, como en muchos otros, el Señor obrará a Su debido tiempo y a Su propia manera.

Nosotros nos preparamos tal y como lo ha dicho el Señor; nos mantenemos listos para actuar en el tiempo del Señor. Será Él quien nos diga que ha llegado el momento de dar el paso siguiente. Hasta entonces, no tenemos más que concentrarnos en nuestras propias tareas y en lo que nos ha pedido hacer hoy; en este punto somos conscientes de lo que ha dicho el Señor: "...apresuraré mi obra en su tiempo" (D. y C. 88:73).

Los que no aceptan la revelación continua a veces se meten en problemas al actuar demasiado pronto, demasiado tarde o al persistir en algo demasiado tiempo. La práctica de la poligamia es un claro ejemplo.

La importancia del tiempo del Señor también es palpable en Sus leyes alimenticias. El Señor dio una instrucción alimenticia al antiguo Israel, y mucho tiempo después, debido a "las maldades y designios" de los "últimos días" (véase D. y C. 89:4), nos ha dado la Palabra de Sabiduría adaptada

a las circunstancias de nuestra época y acompañada de la promesa de bendiciones propias para nuestra era.

El tiempo del Señor se aplica también a hechos importantes de nuestra propia vida. Un gran pasaje de Doctrina y Convenios declara que recibiremos una experiencia espiritual concreta "en su propio tiempo y a su propia manera, y de acuerdo con su propia voluntad" (D. y C. 88:68). Ese principio se aplica a la revelación (véase Dallin H. Oaks, "La enseñanza y el aprendizaje por medio del Espíritu", *Liahona*, mayo de 1999, pág. 21) y a todos los acontecimientos más importantes de nuestra vida: el nacimiento, el matrimonio, el fallecimiento, e incluso a nuestras mudanzas de un sitio a otro.

Voy a citarles un ejemplo de la vida de un destacado antepasado pionero de muchos de quienes se encuentran aquí presentes. Anson Call estuvo en el primer éxodo de Nauvoo. Él y su familia atravesaron Iowa en la primavera de 1846 y llegaron a Council Bluffs, Iowa ese verano. Allí estaba Brigham Young organizando las compañías de carromatos. Él designó a Anson Call como capitán de los 10 primeros carromatos. Los Doce ordenaron que su caravana de carretas se fuera hacia el oeste. Se fueron del río Misuri con rumbo al oeste el 22 de Julio de 1846. Habiendo sido organizados por la autoridad del sacerdocio, se les dirigió hacia las Montañas Rocosas y continuaron en dirección al oeste con mucha determinación.

Después de haber viajado más de 210 kilómetros a través de lo que ahora es Nebraska, se le dieron nuevas instrucciones a esta primera caravana de carretas de que no avanzaran más durante esa temporada. Encontraron un lugar para pasar el invierno y luego, en la primavera de 1847, volvieron hacia el este y se reunieron con el grupo principal de la Iglesia en Iowa del lado del río Misuri. Allí Anson Call y su familia permanecieron por un año preparándose y ayudando a que otros miembros se prepararan para el viaje al oeste. No fue sino hasta dos años después de su primer intento hacia el oeste en 1846 que Anson Call y su familia por fin viajaron a los valles de las montañas. Allí, Brigham Young utilizó con frecuencia al obediente y emprendedor Anson Call para comenzar nuevas colonizaciones en las montañas del Oeste (véase *The Journal of Anson Call*, United States: Ethan L. Call and Christine Shaffer Call; Afton, Wyoming: Shann L. Call, 1986, pág. 36).

¿Cuál es el significado de esta experiencia pionera? No basta con estar bajo llamamiento, ni con seguir el camino correcto, sino que debemos hacerlo en el momento adecuado; si no lo es, debemos adecuar nuestros hechos al horario del Señor, tal como lo ha revelado por conducto de Sus siervos.

El tiempo del Señor se revela con frecuencia de esta manera. Hace varios años, el presidente Hinckley anunció la construcción de un gran número de nuevos templos,

duplicándose así el número de templos en funcionamiento de la Iglesia, pasando de 50 a 100 en pocos años. Siempre ha existido la meta de tener más templos, mas no habría sido apropiado que persona alguna propusiera un aumento tan repentino y espectacular, sino hasta que el profeta del Señor anunciara que eso sería uno de los objetivos principales de la Iglesia y sus miembros. Sólo el profeta del Señor podría llevar a toda la Iglesia hacia el oeste. Sólo el profeta del Señor podría indicar que la Iglesia duplicara sus templos en funcionamiento en tan pocos años.

En mi discurso de la conferencia del pasado mes de octubre facilité otro ejemplo: la importancia de seguir el tiempo del Señor con aquellos a quienes queramos interesar en el mensaje del Evangelio. La proclamación del Evangelio es Su obra, no la nuestra, y por tanto, debe hacerse en Su tiempo, no en el nuestro. Actualmente hay países que deben oír el Evangelio antes de que el Señor vuelva otra vez. Lo sabemos, pero no podemos forzarlo; debemos aguardar al momento del Señor. Él nos avisará y abrirá las puertas o derrumbará los muros cuando haya llegado ese momento. Debemos pedir la ayuda y la guía del Señor para ser instrumentos en Sus manos para proclamar el Evangelio a las naciones y a las personas que estén listas ahora, a aquellas personas a las que Él quiere que ayudemos hoy. El Señor ama a todos Sus hijos y desea que todos tengan la plenitud de Su verdad y la abundancia de Sus bendiciones. Él sabe cuándo los grupos o las personas están preparados y desea que demos oído y prestemos atención a Su horario para compartir el Evangelio con ellos.

II. EL ALBEDRÍO DE LOS DEMÁS

El logro de ciertas metas importantes en nuestra vida está sujeto a algo más que el tiempo del Señor; algunas de esas metas personales están sujetas también al albedrío de los demás. Eso se hace particularmente evidente en dos cuestiones de especial importancia para los jóvenes en edad universitaria: los bautismos misionales y el matrimonio.

El verano pasado, mi esposa y yo nos encontrábamos en Manaus, Brasil, donde hablé a cerca de cien misioneros que servían en aquella gran ciudad en el Amazonas. Al levantarme para hablar, tuve la impresión de hacer a un lado las notas que suelo emplear en tales ocasiones y sustituirlas por algunos pensamientos sobre la importancia de hacer las cosas en el momento debido, como algunos de los pasajes y principios que he abordado aquí.

Les recordé a los misioneros que algunos de nuestros proyectos más importantes no se pueden llevar a cabo sin el albedrío y las obras de otras personas. Un misionero no puede bautizar a cinco personas este mes sin el albedrío y las obras de esos cinco. El misionero puede planificar, trabajar y hacer todo lo que esté dentro de sus posibilidades, pero el resultado deseado dependerá del albedrío y de las

obras de otras personas. En consecuencia, las metas del misionero deben basarse en su albedrío personal y en sus obras, en vez del albedrío y las obras de los demás.

Sin embargo, éste no es el momento para profundizar en lo que dije a los misioneros sobre las metas; a cambio, voy a compartir otras aplicaciones del principio de que “todo tiene su tiempo” con ejemplos de nuestra propia vida.

III. APLICACIONES A NUESTRA VIDA

Alguien dijo que la vida es lo que nos pasa a nosotros mientras hacemos otros planes. Debido a la existencia de elementos sobre los que no tenemos control alguno, no podemos planificar ni llevar a cabo todo lo que deseamos. Viviremos muchas cosas importantes que no habíamos incluido en nuestros planes, y no todas ellas serán bienvenidas. Los trágicos acontecimientos del 11 de septiembre y sus consecuencias revolucionarias nos proporcionan un ejemplo evidente. Aun nuestros deseos más justos tal vez no se realicen, o se hagan realidad de diversos modos o en momentos diferentes de aquellos esperados.

Por ejemplo, no podemos tener la seguridad de que nos casaremos tan pronto como quisiéramos; además, un matrimonio que pudiera parecernos oportuno a nosotros puede o no convertirse en una bendición. Mi esposa Kristen es un ejemplo; ella no se casó sino hasta pasados varios años después de servir en una misión y de graduarse de la universidad. Los adultos solteros tienen algunas experiencias interesantes. Mientras ella estaba en casa de su hermana para festejar sus cincuenta años, el esposo de su hermana comentó algo que había leído hacía poco en un periódico. “Kristen”, le dijo, “ahora que ya has cumplido 50 años hay más posibilidades de que te mate un terrorista que de casarte”.

El determinar el momento más oportuno para contraer matrimonio tal vez sea el mejor ejemplo de un acontecimiento extremadamente importante en nuestra vida, pero uno que resulta casi imposible de planificar. Al igual que sucede con otros acontecimientos terrenales que dependen del albedrío de otras personas o de la voluntad y del tiempo del Señor, el matrimonio no se puede anticipar ni planear con seguridad. Podemos y debemos trabajar y orar en pos de nuestros deseos justos, pero a pesar de haberlo hecho, muchas personas seguirán siendo solteras más tiempo del deseado.

Entonces, ¿qué se debe hacer mientras tanto? La fe en el Señor Jesucristo nos prepara para aquello que nos depare la vida, para reaccionar correctamente ante las oportunidades que se nos presenten: aprovecharnos de las que recibimos y superar las decepciones de las que perdemos. Al ejercer esa fe, debemos comprometernos en cuanto a cuáles serán las prioridades y las normas que seguiremos en circunstancias o cuestiones que no controlamos, y

debemos persistir fielmente en dichos compromisos sin importar lo que nos suceda a causa del albedrío de los demás o del tiempo del Señor. Al obrar así, tendremos en nuestra vida una constancia que nos proporcionará guía y paz. Cualesquiera que sean las circunstancias que escapen a nuestro control, nuestros compromisos y nuestras normas deben ser constantes.

A veces nuestros compromisos aparecerán en momentos inesperados y se aplicarán en circunstancias inesperadas. A veces los principios que enseñamos a los demás volverán para guiar nuestras acciones cuando pensamos que ya no las necesitamos más. Una experiencia personal ilustrará esta realidad. Muchos padres Santos de los Últimos Días comprenden la importancia de dar a sus hijos consejos cuando salen en una cita. Hice esto con mis hijos y creo que ellos hicieron caso de mi consejo. En la época en que conocí a Kristen, cuando en una ocasión salía de mi casa para encontrarme con ella, uno de mis hijos me dijo con una sonrisa en los labios: “Papi, ¡recuerda quién eres!”.

Los compromisos de los adultos solteros y el servicio que prestan pueden fortalecerlos a través de los difíciles años mientras esperan el momento y la persona adecuados. Los compromisos y el servicio de ellos pueden también fortalecer e inspirar a otras personas. El poeta John Greenleaf Whittier habló de esto en su maravilloso poema “Snow-Bound”, que habla sobre su querida tía que nunca se casó:

*La más dulce dama, a quien
El destino fatal, un compañero rehusó,
Sola y sin techo, ella es quien
El sosiego en el amor desinteresado encontró,
Y doquier que ella fue, acogió bien,
Sobre sí un tranquilo y cortés elemento.*

[John Greenleaf Whittier, “Snow-Bound: A Winter Idyl”, en *Snow-Bound: Among the Hills: Songs of Labor: and Other Poems*, Boston; New York: Houghton, Mifflin and Company, 1898, versos 352–357.]

Sabios son aquellos que adoptan este compromiso: *Pondré al Señor en primer lugar en mi vida y cumpliré Sus mandamientos*. Es la persona misma quien ejerce control sobre la realización de ese compromiso, ya que podemos cumplirlo sin importar lo que decidan hacer los demás, a la vez que nos mantiene firmes en la fe, sin importar el ritmo que el Señor tenga pensado para los momentos más importantes de la vida.

¿Pueden ver la diferencia que existe entre el comprometerse a *lo que vayan a hacer* en vez de tratar de planificar el estar casados para cuando se gradúen o el ganar una determinada suma de dinero en su primer empleo?

Si tenemos fe en Dios, si nos comprometemos a guardar Sus mandamientos y lo ponemos en primer lugar en nuestra vida, no tenemos necesidad de planificar cada acontecimiento —ni siquiera cada acontecimiento importante—

y, por tanto, no debemos sentirnos rechazados ni deprimidos si algunas cosas —aunque sean muy importantes— no suceden cuando las habíamos planeado, cuando las esperábamos o cuando oramos por ellas.

Comprométanse a poner al Señor en primer lugar en la vida, a guardar los mandamientos y a hacer aquello que les pidan los siervos del Señor; sólo entonces estarán encaminados hacia la vida eterna. No importará que les llamen a servir como obispos o presidentas de la Sociedad de Socorro, ni si están solteros o casados, ni siquiera si mueren mañana. No sabemos qué va a suceder, así que den lo mejor de sí mismos en aquello que es fundamental y luego confíen en el Señor y en Su tiempo.

A veces la vida da giros muy extraños. Compartiré con ustedes algunas experiencias personales para ilustrar este punto.

Cuando era joven, pensaba en servir una misión. Me gradué de la secundaria en junio de 1950, pero una semana más tarde, a miles de kilómetros de distancia, un ejército norcoreano cruzó el paralelo 38 y nuestro país entró en guerra. Yo tenía 17 años, pero al ser miembro de la Guardia Nacional de Utah, recibí órdenes de movilizarme y entrar en el servicio activo. De repente, tanto para mí como para muchos jóvenes de mi generación, la tan anhelada misión de tiempo completo que habíamos planeado se esfumó.

Otro ejemplo: Fui relevado como presidente de la Universidad Brigham Young después de servir durante nueve años. Pocos meses después, el gobernador del estado de Utah me designó para servir durante un período de diez años en el Tribunal Supremo del estado. Tenía 48 años y mi esposa June y yo intentábamos planear cómo sería el resto de nuestra vida. Queríamos servir en esa misión de tiempo completo que ninguno de los dos había tenido el privilegio de hacer. Decidimos que serviría unos 20 años en el Tribunal Supremo del estado con lo que al final tendría 69 años; luego me retiraría de ese puesto y enviaríamos nuestra documentación para cumplir una misión como matrimonio.

El verano pasado cumplí 69 años y vívidamente recordé aquel importante plan. Si las cosas hubieran sucedido tal como habíamos planeado, ya habría enviado los papeles para servir en una misión con mi esposa June.

Cuatro años después de organizar aquel plan, fui llamado al Quórum de los Doce Apóstoles, algo que jamás habíamos imaginado. Al darnos cuenta de que el Señor tenía otras cosas en mente y un tiempo diferente al que habíamos pensado, dimití como magistrado del Tribunal Supremo. Pero ése no fue el fin de las diferencias importantes. Cuando yo tenía 66 años, mi esposa June falleció de cáncer y dos años después me casé con Kristen McMain, la compañera eterna que está ahora a mi lado.

¡Cuán diferente es mi vida de como la había planeado! Mi vida profesional ha cambiado, al igual que mi vida personal; pero el compromiso que hice con el Señor de ponerlo en primer lugar y estar dispuesto para lo que Él deseara que hiciera, me ha llevado a través de estos cambios de trascendencia eterna.

La fe y el confiar en el Señor nos fortalecen para aceptar y perseverar sin importar lo que suceda en nuestra vida. Desconozco el porqué recibí un “no” a mis oraciones a favor de la recuperación de mi esposa de tantos años, pero el Señor me testificó que era Su voluntad y me dio la fuerza para aceptarlo. Dos años después de su muerte, conocí a la mujer maravillosa que ahora es mi esposa por la eternidad y también sé que ésa era la voluntad del Señor.

Vuelvo al tema donde empecé. No confíen en que puedan planear cada acontecimiento de su vida, ni siquiera los más importantes. Antes bien, prepárense para aceptar los planes del Señor y el albedrío de los demás en cuestiones que, inevitablemente, les afectarán a ustedes. Planifiquen, claro, pero ciñan sus planes a los compromisos personales que los sostendrán a pesar de lo que suceda. Anclen su vida en los principios eternos y vivan de acuerdo con ellos; sólo entonces podrán esperar en el tiempo del Señor y estar seguros de los resultados en la eternidad.

El principio más importante, en lo que se refiere al tiempo, es mantener una perspectiva eterna. La vida terrenal no es más que una pequeña porción de la eternidad; no

obstante, la forma en que nos comportemos aquí —lo que lleguemos a ser como consecuencia de nuestras acciones y deseos, confirmado por nuestros convenios y las ordenanzas administradas por la debida autoridad— dará forma a nuestro destino por toda la eternidad. Tal como enseñó el profeta Amulek: “...esta vida es cuando el hombre debe prepararse para comparecer ante Dios” (Alma 34:32). Esa realidad debe ayudarnos a mantener una perspectiva eterna: el tiempo de la eternidad. Como lo expresó el presidente Charles W. Penrose en una conferencia general en la que conmemoró la muerte del presidente Joseph F. Smith:

“¿Por qué desperdiciar su tiempo, sus talentos, sus recursos, su influencia en seguir algo que perecerá y fallecerá, cuando podrían dedicarse a algo que seguirá en pie para siempre? Porque esta Iglesia y reino, a la cual pertenecen, permanecerá y continuará a través del tiempo, por la eternidad, mientras que las épocas interminables avanzarán y ustedes con ellas llegarán a ser más poderosos, en tanto que las cosas de este mundo perecerán y no permanecerán ni en la resurrección ni después de ella, dice el Señor nuestro Dios” [en *Conference Report*, junio de 1919, pág. 37].

Ruego que cada uno de nosotros dé oídos a la palabra del Señor sobre cómo conducirnos en la vida terrenal y que establezcamos normas y compromisos que estén en armonía y a tono con el tiempo de Nuestro Padre Celestial. Testifico de Jesucristo, nuestro Salvador, de Quien esta Iglesia es, en el nombre de Jesucristo. Amén.

LA IGLESIA DE
JESUCRISTO
DE LOS SANTOS
DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

